AMANECER ROJO

PIERCE BROWN

Marte lleva siglos colonizado por la humanidad, que ha establecido un estricto sistema de castas condicionadas genéticamente para garantizar la explotación de las riquezas minerales y la supremacía de la clase gobernante. Los Rojos son los mineros sometidos al poder de los Dorados, la clase superior de la sociedad, que dispone de todos los logros y adelantos de la civilización, mientras que la clase más baja sólo puede esperar una muerte lenta en los túneles de explotación o a manos de la policía.

Pero la rebelión se está incubando en el seno de esa sociedad. Darrow, un Rojo desesperado por el asesinato de su esposa, recibe una propuesta sorprendente: someterse a una serie de modificaciones para convertirse en un Dorado y participar en el brutal método de formación de la casta dirigente, que los convierte en máquinas de matar desalmadas, con el fin de dinamitar su poder desde dentro. El muchacho acepta y desde ese momento tendrá que luchas por sobrevivir en una sociedad sin moral y sin amigos.

Pierce Brown

Amanecer rojo

Red Rising - 1

ePub r1.6
Titivillus 04.11.2019

Título original: *Red Rising*
Pierce Brown, 2014
Traducción: Silvia Schettin Pérez
Ilustración (mapa): Joel Daniel Phillips

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Amanecer rojo

Mapa

Agradecimientos

Prólogo

Primera parte: Esclavo
- **1. Sondeainfiernos**
- **2. El sector**
- **3. El laurel**
- **4. El regalo**
- **5. La primera canción**
- **6. La mártir**

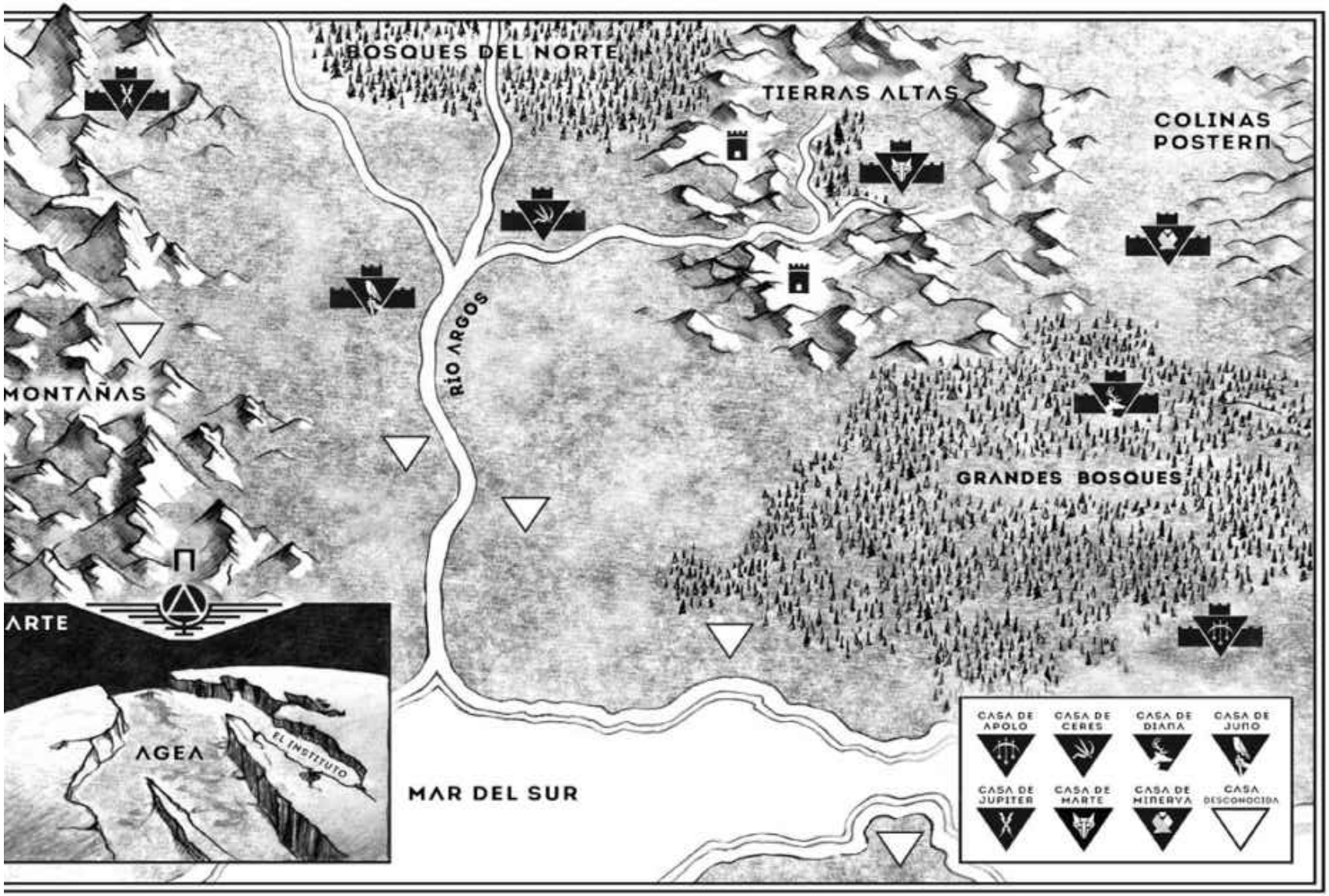
Segunda parte: Renacido
- **7. Lázaro**
- **8. Dancer**
- **9. La mentira**
- **10. El tallista**
- **11. Locos**
- **12. La talla**
- **13. Cosas malas**
- **14. Andrómeda**
- **15. La prueba**
- **16. El instituto**
- **17. La selección**
- **18. Condiscípulos**
- **19. El paso**

Tercera parte: Dorado
- **20. La casa de Marte**
- **21. Nuestro dominio**
- **22. Las tribus**
- **23. Fractura**
- **24. La guerra de Tito**
- **25. Guerra tribal**
- **26. Mustang**
- **27. La casa de la ira**
- **28. Mi hermano**
- **29. Unidad**
- **30. La casa de Diana**
- **31. La caída de Mustang**
- **32. Antonia**
- **33. Disculpas**

Cuarta parte: El segador
- **34. Los bosques del norte**
- **35. Perjuros**
- **36. La segunda prueba**
- **37. El sur**
- **38. La caída de Apolo**
- **39. El botín de los Próctores**
- **40. Paradigma**
- **41. El chacal**
- **42. Guerra en el cielo**
- **43. La última prueba**
- **44. El comienzo**

Autor

A mi padre, que me enseñó a caminar


BOSQUES DEL NORTE
TIERRAS ALTAS
COLINAS POSTERN
RIO ARGOS
MONTAÑAS
GRANDES BOSQUES
ARTE
AGEA
EL INSTITUTO
MAR DEL SUR
CASA DE APOLO
CASA DE CERES
CASA DE DIANA
CASA DE JUNO
CASA DE JUPITER
CASA DE MARTE
CASA DE MINERVA
CASA DESCONOCIDA

Agradecimientos

Si escribir es una tarea de la mente y el corazón, quiero dar las gracias a Aaron Phillips, Hannah Bowman y Mike Braff, que pulen mi mente con su sabiduría y consejos.

Gracias a mis padres, a mi hermana, a mis amigos y al clan Phillips, quienes protegen mi corazón con su amor y lealtad.

Y a los lectores, gracias. Estos libros os van a apasionar.

Habría vivido en paz, pero mis enemigos me trajeron la guerra.

Observo a mil doscientos de sus hijos e hijas más fuertes. Escuchando a un cruel dorado hablar entre grandes columnas de mármol. Escuchando a la bestia que trajo la llama que me carcome el corazón.

—Los hombres no fueron creados iguales —declara. Alto y arrogante, e imponente como un águila—. Los débiles os han engañado. Decían que los mansos heredarían la tierra. Que los fuertes deberían alimentar a los débiles. Esta es la Noble Mentira de la *demokracia*. El cáncer que envenenó a la humanidad.

Atraviesa con la mirada a los estudiantes allí reunidos.

—Vosotros y yo somos dorados. Somos la consumación de la línea evolutiva. Nos elevamos por encima del montón de carne de los hombres y encauzamos a los colores menores. Vosotros habéis heredado este legado.

Se detiene, y observa los rostros de la asamblea.

—Pero no es gratis.

»El poder hay que reclamarlo. Y la riqueza, ganarla. El reinado, el dominio y el imperio se compran con sangre. Vosotros, niños que aún no habéis sido marcados con cicatrices, no os merecéis nada. No sabéis lo que es el dolor. No sabéis lo que vuestros antepasados sacrificaron para colocaros en esta cima. Pero pronto lo sabréis. Pronto os enseñaremos por qué los dorados gobiernan a la humanidad. Y yo os prometo que, de entre todos vosotros, solo los que sean aptos para el poder sobrevivirán.

Pero yo no soy un dorado. Soy un rojo.

Él cree que los hombres como yo somos débiles. Cree que soy estúpido, pusilánime e infrahumano. No me criaron en palacios. No monté a caballo por las praderas ni me alimenté de platos de lengua de colibrí. Me forjaron en las entrañas

de este duro mundo. Afilado por el odio. Fortalecido por el amor.

Se equivoca.

Ninguno de ellos sobrevivirá.

PRIMERA PARTE
ESCLAVO

En Marte crece una flor. Es roja y áspera,
apropiada para nuestro suelo. Se llama hemanto.
Significa «flor de sangre».

1

SONDEAINFIERNOS

Lo primero que deberías saber de mí es que estoy hecho de la misma madera que mi padre. Y cuando vinieron a por él, hice lo que me pidió. No lloré. Tampoco lo hice cuando la Sociedad retransmitió la detención. Ni cuando los dorados lo juzgaron. Ni cuando los grises lo colgaron. Mi madre me golpeó por ello. Se suponía que mi hermano Kieran era el estoico. Él era el mayor, y yo el más joven. Se suponía que yo tenía que llorar. Sin embargo, Kieran gimió como una niña cuando la Pequeña Eo colocó un hemanto en la bota izquierda de mi padre y volvió corriendo junto al suyo. Mi hermana Leanna se lamentó a mi lado en voz baja. Yo me limité a observar y pensar que era una lástima que hubiera muerto bailando pero sin llevar puestos sus zapatos de baile.

En Marte hay poca gravedad. Así que hay que tirar de los pies para romper el cuello. Dejan que sean los seres queridos quienes lo hagan.

Huelo mi propia peste dentro de la escafandra. Está fabricada con algún tipo de nanoplástico y es tan abrasadora como su nombre da a entender. Aísla de los pies a la cabeza. No entra nada. No sale nada. El calor no, desde luego. Lo peor es que no te puedes limpiar el sudor de los ojos. Quema como el maldito infierno mientras se escurre desde la cinta de la cabeza hasta que termina encharcándote los talones. Por no mencionar el olor cuando

meas. Algo que hay que hacer a menudo. Hay que ingerir mucha agua por el tubo de hidratación. Supongo que podrían ponernos una sonda. Elegimos el hedor.

Los perforadores de mi clan comentan algún cotilleo por el comunicador mientras estoy montado en la Garra Perforadora. Estoy solo en este profundo túnel subido a una máquina construida con la forma de una mano de metal gigantesca que agarra y roe la tierra. Desde el asiento situado en lo alto de la perforadora, justo a la altura de lo que sería la articulación del codo, controlo las garras que derriten la roca. Allí mis dedos se enfundan en unos guantes de control que manejan los múltiples taladros tentaculares que hay a unos noventa metros por debajo de mi asiento. Dicen que para ser un sondeainfiernos tienes que mover los dedos tan rápido como las llamas de un fuego. Los míos son más rápidos.

A pesar de las voces que me hablan al oído, estoy a solas en la profundidad del túnel. Mi vida es la vibración, el eco de mi propio aliento y un calor tan denso y nocivo que parece que estoy envuelto en un espeso edredón de meados calientes.

Otro río de sudor se abre paso a través de la cinta escarlata que llevo atada a la frente. Se desliza hasta mis ojos y los abrasa hasta que se vuelven tan rojos como mi pelo, que es del color de la herrumbre. Antes estiraba el brazo e intentaba limpiarme el sudor, pero solo conseguía rascar inútilmente el visor frontal de mi escafandra. Aún quiero hacerlo. Incluso después de tres años, el prurito y la quemazón de mi sudor resultan una auténtica tortura.

Las paredes del túnel que rodea mi asiento están bañadas de un amarillo sulfuroso por una corona de luces. El alcance de los rayos de luz se debilita cuando alzo la mirada hacia el pozo vertical que he excavado hoy. Arriba, el preciado helio-3 irradia un tenue brillo como de plata

líquida, pero yo me fijo en las sombras, en busca de las víboras que se arrastran en la oscuridad atraídas por el calor de mi perforadora. Se te meten en el traje, rompen el aislante a mordiscos y allí intentan arrastrarse hasta el sitio más cálido que encuentren, que suele ser la tripa, para poner ahí sus huevos. A mí ya me han mordido. Aún sueño con aquella bestia. Negra, como un espeso zarcillo de petróleo. Pueden llegar a ser tan anchas como un muslo y tan largas como tres hombres, pero es a las crías a quienes tememos. No saben cómo racionar su veneno. Como yo, sus ancestros vinieron de la Tierra, pero Marte y los túneles profundos las hicieron mutar.

La profundidad de esos túneles resulta inquietante. Son solitarios. Más allá del rugido de la perforadora, oigo las voces de mis amigos, todos ellos mayores que yo. Pero es imposible verlos medio clic por encima de mí en la oscuridad. Perforan mucho más arriba, cerca de la boca del túnel que he excavado. Bajan con garfios y cables para colgarse en las paredes del túnel y llegar así a las vetas de helio-3. Minan con taladros de un metro de largo y devoran el mineral inservible. El trabajo requiere ser increíblemente diestro con los pies y con las manos, pero yo soy el que se gana el sueldo del equipo. Yo soy el sondeainfiernos. Hay que estar hecho de una pasta especial, y yo soy el más joven de los que se recuerdan.

Llevo tres años en las minas. Empiezas a los trece. Si eres mayor para follar, eres mayor para cavar. Al menos eso es lo que decía el tío Narol. Salvo que yo me casé hace apenas seis meses, así que no sé por qué lo decía.

Eo baila en mis pensamientos mientras me esfuerzo por ver mi pantalla de control e introduzco los dedos de la Garra Perforadora alrededor de una veta reciente. Eo. A veces resulta difícil recordarla con otro nombre que no sea aquel con el que la llamábamos cuando éramos niños.

La Pequeña Eo: una niña diminuta escondida debajo de una cabellera roja. Roja como la roca que me rodea. No de un rojo vivo, sino un rojo oxidado. Roja como nuestro hogar, como Marte. Eo tiene también dieciséis años. Y puede que se parezca a mí —pertenece a un clan de excavadores de la tierra roja, un clan de canto, de danza y de tierra—, pero podría estar hecha de aire, del éter que une las estrellas en un mosaico. Aunque no es que yo haya visto las estrellas alguna vez. Ningún rojo de las colonias mineras ve las estrellas.

La Pequeña Eo. Querían casarla en cuanto cumpliera catorce años, como a todas las chicas de los clanes. Pero ella prefirió la escasez, y esperó a que yo llegara a los dieciséis, la edad casadera de los hombres, antes de deslizarse ese cordel alrededor del dedo. Dijo que ya desde niña sabía que nos íbamos a casar. Yo no.

—¡Para! ¡Para! ¡Para! —exclama bruscamente el tío Narol por el comunicador—. ¡Para, Darrow, chico!

Mis dedos se paran en seco. Narol está arriba con todos los demás, siguiendo mi progreso en el visor de su casco.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto, molesto.

No me gusta que me interrumpan.

—¿Que qué pasa ahora, pregunta el pequeño sondeainfiernos? —El viejo Barrow suelta una risita.

—Una bolsa de gas, eso es lo que pasa —espeta Narol. Es el locutor jefe de un equipo de más de doscientas personas —. Espera. Estoy llamando a un equipo de escaneo para que eche un ojo a los detalles antes de que nos mandes a todos al infierno con una explosión.

—¿Esa bolsa de gas? Es diminuta —digo—. Más bien parece una espinilla de gas. Puedo arreglármelas.

—¡Un año en la taladradora y ya se cree que sabe dónde tiene el culo y dónde la boca! Vaya con el desagradecido —añade Barlow secamente—. Recuerda las palabras de

nuestro líder dorado. Paciencia y obediencia, jovencito. La paciencia es la mayor virtud del valor. Y la obediencia es la mayor virtud de la humanidad. Escucha a tus mayores.

Pongo los ojos en blanco cuando escucho el epigrama. Si los mayores pudiesen hacer lo que yo hago a lo mejor valdría la pena escucharlos. Pero son tan lentos con las manos como con el cerebro. A veces creo que quieren que yo también sea así, sobre todo mi tío.

—Estoy en racha —digo—. Si creéis que hay gas, puedo bajar y escanearlo a mano. Fácil. Sin perder el tiempo.

Me sermonearán con la precaución. Como si la precaución les hubiera servido alguna vez de algo. Hace eones que no ganamos un Laurel.

—¿Quieres que Eo se quede viuda? —ríe Barlow, la voz quebrada por las interferencias de estática—. Por mí bien. Es una cosita preciosa. Perfora esa bolsa que ya me la quedo yo. Puede que sea viejo y esté gordo, pero mi taladro aún funciona.

Los doscientos perforadores que están arriba ríen a coro. Aprieto los mandos con fuerza y los nudillos se me ponen blancos.

—Escucha al tío Narol, Darrow, es mejor no hacer nada hasta que tengamos una lectura —añade mi hermano Kieran. Es tres años mayor que yo. Eso le hace creer que es sabio, que sabe más. De lo único que sabe es de precaución —. Tenemos tiempo.

—¿Tiempo? Joder, llevará horas —espeto. Todos están en mi contra en esto. Todos están equivocados, son lentos y no entienden que el Laurel está solo a un audaz movimiento de distancia. Peor que eso: dudan de mí—. Eres un cobarde, Narol.

Silencio al otro lado de la línea.

Llamar a un hombre cobarde no es el mejor modo de asegurarse su cooperación. No debería haberlo hecho.

—Yo digo que lo escanees tú mismo —grazna Loran, que es mi primo y el hijo de Narol—. Si no lo hace, los gammas se llevarán el Laurel por… bueno, enésima vez.

El Laurel. Veinticuatro clanes en la colonia minera subterránea de Lico. Un Laurel por trimestre. Eso significa más comida de la que puedas comer. Significa más ciscos para fumar. Edredones importados de la Tierra. Litros de licor de ámbar con el sello de calidad de la Sociedad. Significa ganar. El clan Gamma lleva ganándolo desde que alcanza el recuerdo, así que para nosotros, los clanes menores, siempre se ha tratado de cubrir el cupo, lo justo para sobrevivir. Eo dice que el Laurel es la zanahoria que la Sociedad nos pone delante, siempre lejos de nuestro alcance. Lo justo para que sepamos lo que nos falta y lo poco que podemos hacer al respecto. Se supone que somos pioneros. Eo nos llama esclavos. Yo pienso que no nos esforzamos lo suficiente. Los viejos siempre impiden que nos arriesguemos mucho.

—Loran, cierra el pico con lo del Laurel. Dale al gas y perderemos todos los malditos Laureles de aquí al día del juicio final, chaval —gruñe el tío Narol.

Arrastra las palabras. Casi puedo oler la bebida a través del comunicador. Quiere llamar a un equipo de escaneo para proteger su culo. O tiene miedo. El muy borracho nació ya meándose del miedo. Pero miedo ¿de qué? ¿De nuestros señores, los dorados? ¿De sus acólitos, los grises? ¿Quién sabe? Solo unos pocos. ¿A quién le importa? A muchos menos. De hecho, solo un hombre se preocupó por mi tío y está muerto.

Mi tío es débil. Es cauteloso y excesivo cuando se trata de bebida, una débil sombra de mi padre. Parpadea lenta y dificultosamente, como si abrir los ojos y volver a ver el mundo le resultara doloroso cada vez que lo hace. Aquí abajo en las minas no confío en él… ni en ninguna otra parte, la verdad. Pero mi madre me diría que le escuchara;

me recordaría que debo respetar a mis mayores. Aunque estoy casado, aunque soy el sondeainfiernos de mi clan, ella me diría que «mis ampollas aún no se han convertido en callos». Yo obedeceré, a pesar de que eso me pone tan furioso como la irritación que me produce el sudor que me baña la cara.

—Está bien —murmuro.

Cierro la Garra y espero mientras mi tío llama desde la seguridad de la cámara que hay en la parte superior del túnel. Esto llevará horas. Hago los cálculos. Ocho horas hasta el toque de sirena. Para derrotar a Gamma tengo que mantener un ritmo de 156,5 kilos por hora. Los del equipo de escaneo tardarán, en el mejor de los casos, dos horas y media en llegar aquí y hacer su trabajo. Así pues, luego tendré que bombear 227,6 kilos por hora. Imposible. Pero si continúo y paso del rollo del escáner, ya es nuestro.

Me pregunto si el tío Narol y Barlow saben lo cerca que estamos. Probablemente. Probablemente ni siquiera crean que haya algo por lo que merezca la pena arriesgarse. Probablemente crean que la intervención divina dará al traste con nuestras posibilidades. Gamma tiene el Laurel. Siempre ha sido así y siempre lo será. Nosotros los de Lambda nos limitamos a sobrevivir con nuestros comestibles y nuestras escasas comodidades. No mejoramos. No empeoramos. No hay nada por lo que valga la pena arriesgarse a cambiar la jerarquía. Mi padre lo averiguó colgado al final de una cuerda.

No hay nada por lo que valga la pena arriesgarse a morir. Contra mi pecho, siento la cinta de matrimonio hecha de seda y cabellos que pende de un cordel en torno a mi cuello y pienso en las costillas de Eo.

Este mes seguiré viendo la delgadez a través de su piel. A mis espaldas, irá a pedirles sobras de comida a las familias de los Gamma. Actuaré como si no supiera nada. Aun así,

seguiremos sintiendo hambre. Como demasiado porque tengo dieciséis años y aún estoy creciendo; Eo miente y dice que nunca ha sido de mucho apetito. Algunas mujeres se venden por comida o por lujos a los quincallas (los grises, si hay que ponerse técnico), es decir, a las tropas de guarnición de nuestra pequeña colonia minera. Ella nunca vendería su cuerpo para alimentarme. ¿Verdad? Pero luego me paro a pensar en ello. Yo haría cualquier cosa por alimentarla…

Bajo la mirada desde el borde de mi perforadora. Se abre una larga caída hasta el fondo del agujero que he cavado. Allí solo hay roca fundida y taladros que repiquetean. Pero antes de saber lo que estoy haciendo, ya me he quitado las correas, tengo el escáner en la mano y estoy saltando hacia los dedos del taladro en una caída de cien metros. Salto de un lado a otro, entre las paredes del pozo de la mina y el largo cuerpo vibrante de la perforadora, para frenar la caída. Me aseguro de no estar cerca de un nido de víboras cuando estiro un brazo para sujetarme en un engranaje que hay justo encima de los dedos del taladro. Los diez taladros resplandecen por el calor. El aire titila y retuerce las formas. Siento el calor en el rostro, siento cómo me apuñala los ojos, siento sus punzadas en el vientre y las pelotas. Esos taladros te derretirían los huesos si no tuvieses cuidado. Y yo no lo tengo. Lo que tengo es agilidad.

Desciendo buscando dónde agarrarme con las manos y poniendo los pies entre los dedos del taladro. De ese modo podré bajar el escáner lo bastante cerca de la bolsa de gas como para obtener una lectura. El calor es insoportable. Esto ha sido un error. Oigo voces que me gritan por el comunicador. Casi rozo uno de los taladros cuando por fin estoy lo bastante cerca de la bolsa de gas. El escáner parpadea en mi mano mientras hace la comprobación. Mi traje hierve y me llega el olor a algo dulce y acre, como a

sirope quemado. Para un sondeainfiernos, ese es el olor de la muerte.

2

EL SECTOR

Mi traje no puede soportar el calor que hace aquí abajo. La capa exterior está casi derretida. Pronto desaparecerá la segunda. Entonces el escáner emite un parpadeo plateado y yo tengo lo que había venido a buscar. Por poco no me doy cuenta. Mareado y asustado, me aparto de los taladros. Una mano después de otra, remolco mi cuerpo hacia arriba, y me alejo a toda prisa del espantoso calor. Entonces algo se me engancha. Mi pie está atorado en uno de los engranajes que hay cerca de los dedos del taladro. Ahogo un grito de súbito pánico. El terror se va apoderando de mí. Veo cómo se funde el talón de la bota. La primera capa desaparece. La segunda burbujea. Lo siguiente será la carne.

Me esfuerzo por respirar hondo y acallo los gritos que se agolpan en mi garganta. Me acuerdo del arma. Saco la falce de la funda trasera. Es un filo terriblemente curvado, tan largo como mi pierna, diseñado para amputar y cauterizar los miembros que quedan atrapados en la maquinaria, justo como ahora. A la mayor parte de los hombres los invade el pánico cuando quedan atrapados, y por eso la falce es un arma desagradable con forma de media luna destinada a que la usen manos torpes. Aun siendo presa del terror, mis manos se mueven hábilmente. Hago tres cortes con la falce, que solo cortan nanoplástico en vez de carne. Al tercero, me agacho y, de un tirón, libero mi pierna. Al hacerlo, rozo el borde de un taladro con los nudillos. Un dolor lacerante me atraviesa la mano. Huelo a carne chamuscada, pero ya estoy fuera, trepando lejos del calor infernal, trepando de nuevo

hasta mi asiento, riéndome durante todo el recorrido. Me entran ganas de llorar.

Mi tío tenía razón. Yo estaba equivocado. Pero no pienso permitir que él se entere.

—Idiota —es lo más amable que me dice.

—¡Demente! ¡Maldito demente! —aúlla Loran.

—Muy poco gas —le digo—. Ahora a perforar, tío.

Los acarreadores me toman el relevo cuando suena la sirena. Me impulso fuera de la perforadora, que dejo en el profundo túnel para los del turno de noche, y engancho una mano cansada en la cuerda que arrojan a este pozo de un kilómetro de largo para ayudarme a subir. A pesar de la quemadura supurante que tengo en el dorso de la mano, tiro de mi cuerpo hacia arriba por la cuerda hasta que salgo del pozo. Kieran y Loran caminan a mi lado hasta que nos unimos al resto en el graviascensor más cercano. Las luces amarillas penden del techo como arañas.

Mi clan y los trescientos hombres de Gamma tienen ya los pies puestos en los rieles de metal cuando llegamos al graviascensor rectangular. Evito a mi tío —que lleva encima un cabreo de mil demonios— y recibo algunas palmaditas en la espalda por mi proeza. Los jóvenes como yo creen que hemos ganado el Laurel. Saben cuánto helio-3 en bruto he sacado este mes; más que Gamma. Los viejos mierdas solo refunfuñan y dicen que somos estúpidos. Yo escondo la mano y meto los dedos de los pies debajo de los rieles.

La gravedad cambia y salimos disparados hacia arriba. Un esquirol de los gammas que no lleva ni una semana de óxido debajo de las uñas se ha olvidado de poner los pies debajo de los rieles, así que se queda suspendido en el aire mientras el ascensor se eleva en vertical durante seis kilómetros. Se nos taponan los oídos.

—Pero si tenemos un mojón flotante de Gamma —se mofa Barlow con los lambdas.

Por mezquino que suene, siempre es agradable ver a un gamma cagarla en algo. Tienen más comida, más ciscos para fumar y más de todo gracias al Laurel. Acabas por despreciarlos. Pero supongo que también es normal. Me pregunto si ellos nos odiarán ahora.

Ya basta. Agarro el nanoplástico de color rojo óxido de la escafandra del chaval y tiro de él hacia abajo. Chaval. Qué gracia. Apenas tendrá tres años menos que yo.

Está muerto de cansancio, pero cuando ve el rojo sangre de mi escafandra se yergue tenso, evita mirarme a los ojos y se convierte en la única persona que ha visto la quemadura de mi mano. Le guiño un ojo y creo que se caga en el traje. A todos nos pasa de vez en cuando. Recuerdo cuando conocí a mi primer sondeainfiernos. Creí que era un dios.

Ahora está muerto.

Una vez llegamos a la terminal, una enorme caverna gris de cemento y metal, nos quitamos la parte superior del traje y bebemos el aire fresco y frío de un mundo muy alejado de los taladros abrasadores. La peste y el sudor colectivos convierten la zona en un cenagal. Las luces parpadean a lo lejos y nos advierten de que nos apartemos de los rieles magnéticos del transbordador horizontal que hay al otro lado de la terminal.

No nos mezclamos con los gammas mientras avanzamos, en una tambaleante fila de trajes del color de la herrumbre, hacia el transbordador horizontal. La mitad con eles de Lambda, y la otra mitad con bastones de Gamma pintados en rojo oscuro en las espaldas de los trajes. Dos locutores jefes de escarlata. Dos sondeainfiernos de rojo sangre.

Un equipo de quincallas nos observa mientras recorremos el erosionado suelo de cemento. Sus duroarmaduras grises son simples y están gastadas, tan descuidadas como su pelo. Detendrían una hoja sencilla, puede que también una de iones, pero una hoja de pulsos o un filo las atravesarían

como si fueran de papel. Pero solo hemos visto esas armas en la holopantalla. Los grises ni siquiera se preocupan de hacer demostraciones de fuerza. Las porras eléctricas les cuelgan a los costados. Saben que no tendrán que usarlas.

La obediencia es la mayor de las virtudes.

El capitán de los grises, Dan el Feo, un cabrón grasiento, me tira un guijarro. Aunque se le ha oscurecido la piel debido a la larga exposición al sol, tiene el pelo gris como el resto de su color. Le cae fino y enmarañado sobre los ojos, que se asemejan a dos cubitos de hielo envueltos en ceniza. Lleva el emblema de su color, un símbolo compacto y gris parecido al número cuatro con varias barras a los lados, a lo largo de sus manos y muñecas. Es cruel y severo, como todos los grises.

Oí que habían retirado a Dan el Feo de la primera línea allá en Eurasia, dondequiera que esté eso, cuando quedó lisiado y no quisieron comprarle un brazo nuevo. Ahora lleva un modelo antiguo. Se siente inseguro por ello, así que me cercioro de que vea que le echo un vistazo al brazo.

—Ya he visto que has tenido un día interesante, cielo. —Su voz suena tan rancia y pesada como el aire del interior de mi escafandra—. Ahora eres un héroe valeroso, ¿eh, Darrow? Siempre supe que serías un héroe valeroso.

—El héroe eres tú —digo, y le señalo el brazo con la cabeza.

—Te crees muy listo, ¿eh?

—Solo soy un rojo.

Me hace un guiño.

—Saluda de mi parte a tu pajarillo. Frutita madura para darse un atracón. —Se pasa la lengua por los dientes—. Incluso para un roñoso.

—No he visto un pájaro en mi vida.

Excepto en la HP.

—Menuda cosa —ríe—. Espera, ¿adónde vas? —me pregunta cuando doy media vuelta—. Una reverencia a tus superiores no estaría de más, ¿no crees?

Hace un gesto de burla y mira a sus compañeros.

Hago caso omiso de su broma, me giro y hago una profunda reverencia. Mi tío me ve y aparta la vista con un gesto de repugnancia.

Dejamos atrás a los grises. No me importa hacer reverencias, pero probablemente le corte el cuello a Dan el Feo si tengo la oportunidad. Eso es como decir que viajaría hasta Venus en un cohete si alguna vez me apeteciera.

—Oye, Dago. ¡Dago! —Loran le grita al sondeainfiernos de Gamma. El tío es una leyenda. Todos los demás no son más que flores de un día. Puede que yo sea mejor que él—. ¿Cuánto has sacado?

Dago, una pálida tira de cuero con una sonrisita arrogante por cara, enciende un largo cisco y exhala una nube de humo.

—No sé —responde, arrastrando las palabras.

—¡Venga!

—Me da igual. Los recuentos en bruto nunca importan, lambda.

—¡Y una mierda que no! ¿Cuánto habrá sacado esta semana? —grita Loran mientras subimos al vagón.

Todo el mundo se pone a encender ciscos y a sacar licor. Sin embargo, todos escuchan con atención.

—Nueve mil ochocientos veintiún kilos —responde un gamma con orgullo.

Al oírlo, me reclino y sonrío. Oigo vítores de los lambdas más jóvenes. Las manos más viejas no reaccionan. Yo estoy ocupado pensando qué hará Eo con el azúcar este mes. Nunca nos habían dado azúcar hasta ahora, siempre lo habíamos conseguido ganándolo a las cartas. Y fruta. He oído que el Laurel te da fruta. Es probable que Eo se lo dé

todo a los niños hambrientos para demostrarle a la Sociedad que no necesita sus premios. ¿Y yo? Yo me comería la fruta y haría política con el estómago lleno. Pero ella rebosa pasión por sus ideales, mientras que yo solo siento pasión por ella.

—Aun así no ganaréis —dice Dago con voz lenta mientras el vagón comienza a moverse—. Darrow es un cachorrillo, pero lo bastante listo como para saberlo. ¿Me equivoco, Darrow?

—Joven o no, soy mucho mejor que tu arrugado culo.

—¿Estás seguro de eso?

—A muerte. —Le guiño un ojo y le lanzo un beso—. El Laurel es nuestro. Esta vez manda a tus hermanas a mi sector a buscar azúcar.

Mis amigos se ríen y se dan palmadas en las placas de los muslos de las escafandras.

Dago me mira. Al cabo de un momento, le da una profunda calada a su cisco, que brilla con fuerza y se quema rápidamente.

—Este eres tú —me dice.

Apenas medio minuto después, el cisco no es más que una colilla.

Tras desembarcar del transbordador horizontal, me meto en el ventilador con todos los demás. Es un sitio frío y mohoso, y huele exactamente como lo que es: una angosta nave de metal donde miles de hombres se despojan de las escafandras en las que han sudado y meado durante horas, para darse una ducha de aire.

Me despego el traje, me pongo uno de los gorritos y camino desnudo hasta colocarme en el tubo transparente más cercano. Los hay por docenas, alineados en el ventilador. Aquí no hay ni bailes ni volteretas de orgullo. La única camaradería es el agotamiento y las suaves palmadas

de las manos en los muslos, que crean un ritmo que acompaña a los zumbidos de los chorros de las duchas.

La puerta de mi tubo se cierra tras de mí con un siseo, y amortigua el sonido de la música. Un zumbido familiar sale del motor, seguido de una tremenda corriente de aire y de la reverberación de la succión. Entonces, el chorro lleno de moléculas antibacterianas ulula desde la parte superior de la máquina y me azota la piel para arrancarme la suciedad y la piel muerta y llevársela por el desagüe que hay al fondo del tubo. Duele.

Después, me separo de Loran y Kieran cuando ellos se dirigen al área común para bailar y beber en las tabernas antes de que el baile de las Laureales comience de manera oficial. Los quincallas estarán allí para repartir las prestaciones de comestibles y anunciarán el Laurel a medianoche. Para nosotros los del turno de día habrá baile antes y después.

Cuentan las leyendas que el dios Marte era el padre de las lágrimas, y enemigo del baile y el laúd. Con lo primero estoy de acuerdo. Pero la colonia de Lico, una de las primeras que se construyeron bajo la superficie de Marte, está habitada por un pueblo que aprecia el baile, el canto y la familia. Despreciamos esa leyenda y nos labramos nuestro propio patrimonio. Es la única resistencia que podemos mantener contra la Sociedad que nos gobierna. Nos mantiene unidos. A ellos no les importa que bailemos o que cantemos, siempre y cuando cavemos sin rechistar. Siempre y cuando preparemos el planeta para el resto de los suyos. Sin embargo, para recordarnos cuál es nuestro lugar, prohíben una canción y un baile y castigan su ejecución con la pena de muerte.

Aquel fue el último baile de mi padre. Solo lo he contemplado una vez, y de la misma forma he oído la canción solo una vez también. No la entendí cuando era un

niño, ya que hablaba de valles lejanos, niebla, amantes perdidos y un segador destinado a guiarnos hasta nuestro hogar invisible. Yo era pequeño y curioso cuando la mujer la cantó mientras colgaban a su hijo por robar comida. Habría sido un muchacho alto, pero nunca obtenía la comida suficiente para conseguir recubrir sus huesos de carne. Su madre fue la siguiente. La gente de Lico celebró los Lamentos Languidecientes para ellos: un ritmo trágico de golpes de puño contra el pecho, que se va debilitando despacio, despacio, hasta que los puños, como el corazón de la madre, dejan de latir y todo el mundo se dispersa.

El sonido me atormentó aquella noche. Lloré a solas en nuestra pequeña cocina. Me preguntaba por qué lloraba entonces si no lo había hecho por mi padre. Mientras yacía tumbado en el suelo frío oí unos tenues arañazos en la puerta de nuestra casa. Cuando la abrí encontré un capullo de hemanto depositado en la tierra roja. No había ni un alma a la vista; tan solo las diminutas pisadas de Eo en el suelo. Aquella fue la segunda vez que llevó flores después de una muerte.

Como llevamos el canto y la danza en la sangre, supongo que no me resultó extraño descubrir, mientras los practicaba, que amaba a Eo. No a la Pequeña Eo. No a lo que había sido, sino a lo que Eo es ahora. Ella dice que me amaba desde antes de que colgaran a mi padre. Pero fue en una taberna llena de humo, cuando vi su cabello del color del óxido girar en espirales y sus pies moverse al son de la cítara y sus caderas al ritmo de los tambores, cuando mi corazón se aceleró. No eran ni sus piruetas ni sus volteretas. Ninguna de aquellas presuntuosas estupideces que tanto caracterizan los bailes de los jóvenes. El suyo era un movimiento grácil y altivo. Sin mí, ella no comería. Sin ella, yo no viviría.

Puede que se burle de mí cuando lo digo, pero ella es el espíritu de nuestra gente. Nos ha tocado vivir una vida llena de dificultades. Tenemos que sacrificarnos por el bien de unos hombres y unas mujeres a quienes no conocemos. Tenemos que excavar en Marte para acondicionárselo a otros. Eso nos convierte a algunos en gente de pensamientos retorcidos. Pero la bondad de Eo, su risa y su voluntad fiera son lo mejor que puede nacer de un hogar como el nuestro.

La voy a buscar al ramal del sector de mi familia, a menos de un kilómetro de túnel del área común. El sector es uno más de entre las dos docenas que rodean el área común. Es un conglomerado caótico de metal y casas de rocas rojizas excavadas en el interior de una de las viejas minas. La piedra y la tierra son nuestros techos, nuestros suelos, nuestro hogar. El Clan es una gigantesca familia. Eo creció a un paso de mi casa. Sus hermanos son como mis hermanos. Su padre es como el padre que perdí.

Un embrollo de cables eléctricos se enmaraña en el techo de la caverna como una jungla de lianas rojas y negras. Las luces penden de esa jungla, y se mecen suavemente con el aire que circula en el sistema de oxigenación central del área común. Sobre el centro del sector cuelga una imponente holopantalla. Es un aparato cuadrado que emite imágenes en cada uno de sus lados. Los píxeles están completamente oscurecidos y la imagen es imprecisa y borrosa, pero jamás ha dejado de cumplir su cometido, jamás se ha apagado. Baña nuestro conglomerado de casas con su propia luz pálida. Vídeos de la Sociedad.

La casa de mi familia está excavada en la roca a unos cien metros de distancia del suelo del sector. Está unida a él por medio de un sendero escarpado, aunque también se puede hacer llegar a alguien al nivel del sector con poleas y

cuerdas. Solo las utilizan los viejos y los enfermos, y tenemos pocos de ambas cosas.

Nuestra casa tiene pocas habitaciones. Hasta hace poco, Eo y yo no habíamos dispuesto de una para nosotros. Kieran y su familia cuentan con dos, y mi madre y mi hermana comparten la otra.

Todos los lambdas de Lico viven en nuestro sector. Omega e Ípsilon son nuestros vecinos, cada uno a un lado a un minuto de distancia por el ancho túnel. Todos estamos conectados. Excepto los gammas. Ellos viven en el área común, por encima de tabernas, casetas de reparaciones, costureras y mercadillos. Los quincallas viven encima de ellos en una fortaleza, cerca de la estéril superficie de nuestro cruel mundo. Allí es donde se encuentran los puertos a través de los que llega la comida de la Tierra hasta nosotros, los pioneros abandonados.

La holopantalla que pende sobre mi cabeza me muestra imágenes de las batallas de la humanidad, seguidas por una música triunfal que acompaña la vertiginosa sucesión de éxitos de la Sociedad. El emblema de la Sociedad, una pirámide de oro con tres barras paralelas unidas a cada uno de los lados y un círculo rodeándolo todo, aparece en la pantalla como una llama. La voz de Octavia au Lune, la anciana soberana de la Sociedad, narra la lucha que el hombre afronta al colonizar los planetas y las lunas del Sistema.

«Desde los albores de la humanidad, la epopeya de nuestra especie narra una historia de guerras tribales. Una historia de pruebas, de sacrificio, y de atreverse a desafiar los límites de la naturaleza. Ahora, mediante la obediencia y el deber, estamos unidos; pero nuestra lucha no es diferente. Hijos e hijas de todos los colores, se nos pide que nos volvamos a sacrificar una vez más. En nuestro mejor momento, lanzamos nuestras mejores semillas a las

estrellas. ¿Dónde prosperaremos primero? ¿Venus? ¿Mercurio? ¿Marte? ¿Las lunas de Neptuno o Júpiter?».

Su voz se vuelve solemne cuando su intemporal rostro de regia apariencia se inclina para escudriñar desde lo alto de la HP. En las palmas de sus manos brilla el emblema de oro —un punto en el centro de un círculo alado— con las alas doradas extendidas a ambos lados de su antebrazo. Solo una imperfección estropea su rostro áureo: una larga cicatriz curvada que le recorre el pómulo derecho. Tiene la belleza de un pájaro de presa despiadado.

«Vosotros, valientes rojos, pioneros de Marte (los más fuertes de la raza humana), os sacrificáis por el progreso, os sacrificáis para allanar el camino del futuro. Vuestra vida y vuestra sangre son el primer pago por la inmortalidad de la raza humana mientras vamos más allá de la Tierra y de la Luna. Vosotros vais adonde nosotros no podríamos ir. Vosotros sufrís para que otros no sufran.

»Yo os saludo. Yo os amo. El helio-3 que extraéis es la savia del proceso de terraformación. El planeta rojo tendrá pronto un aire que se podrá respirar y un suelo que se podrá poblar. Y pronto, cuando Marte sea habitable, cuando vosotros, los valientes pioneros, hayáis preparado el planeta rojo para nosotros, los Colores menos fuertes, nos uniremos a vosotros y seréis dignos del mayor reconocimiento bajo el cielo que vuestro gran esfuerzo habrá creado. ¡Vuestro sudor y vuestra sangre son el combustible de la terraformación!

»¡Valientes pioneros! Recordad siempre que la obediencia es la virtud más elevada. Por encima de todo, la obediencia, el respeto, el sacrificio, la jerarquía…».

No hay nadie en la cocina, pero oigo a Eo en el dormitorio.

—¡Quédate quieto dondequiera que estés! —exige desde detrás de la puerta—. Ni se te ocurra, bajo ninguna circunstancia, mirar en esta habitación.

—Vale. —Me detengo.

Sale al cabo de un rato, turbada y sonrojada. Tiene el pelo cubierto de polvo y telarañas. Paso los dedos por entre la maraña. Acaba de llegar de la hilandería, donde cosechan la bioseda.

—No has pasado por el ventilador —sonrío.

—No me ha dado tiempo. Tuve que escaparme de la hilandería para recoger algo.

—¿Qué has recogido?

Sonríe con dulzura.

—No te casaste conmigo porque te lo contara todo, ¿recuerdas? Y no entres en esa habitación.

Me abalanzo hacia la puerta. Ella me bloquea el camino y me baja la cinta para el sudor que llevo en la frente hasta taparme los ojos. Me empuja el pecho con la frente. Me río y aparto la cinta. Agarro a Eo por los hombros para hacerla retroceder y poder mirarla a los ojos.

—¿O qué? —le pregunto con una ceja arqueada.

Ella se limita a sonreírme y ladear la cabeza. Me aparto de la puerta de metal. Soy capaz de sumergirme en minas de roca fundida sin parpadear, pero hay advertencias que puedes ignorar y otras que no.

Ella se pone de puntillas y me da un beso justo en la nariz.

—Buen chico. Sabía que serías fácil de adiestrar —dice.

Después arruga la nariz porque huele mi quemadura. No me hace carantoñas, ni me regaña. Ni siquiera dice nada, excepto un «te quiero» con una sombra de preocupación en la voz.

Aparta los restos fundidos de la escafandra de mi herida, que se alarga desde los nudillos hasta la muñeca, y me aplica un emplasto de seda con antibiótico y ribonucleico.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunto.

—Si yo no te sermoneo, tú no me haces interrogatorios.

La beso en la nariz y juego con la fina trenza de pelo que lleva en el dedo anular. Mi pelo enrollado con hebras de seda forma su cinta de casada.

—Tengo una sorpresa para ti esta noche —me dice.

—Y yo otra para ti —le respondo, pensando en el Laurel.

Le coloco en la cabeza mi cinta para el sudor como si fuera una corona. Al notar que está mojada, arruga la nariz.

—Bueno, en realidad yo tengo dos para ti, Darrow. Lástima que no lo previeras. Podrías haberme traído un terrón de azúcar o una sábana de satén o… quizás incluso café para acompañar el primer regalo.

—¡Café! —Me río—. ¿Con qué clase de color te crees que te has casado?

Suspira.

—Vaya un partido, un sondeador como tú. Loco, terco, temerario…

—¿Diestro? —digo con una sonrisa maliciosa mientras deslizo una mano por debajo de su falda.

—Supongo que eso tiene sus ventajas. —Sonríe y me aparta la mano como si fuera una araña—. Y ahora ponte estos guantes si no quieres que las mujeres te den la murga. Tu madre ya ha ido para allá.

3

EL LAUREL

Caminamos de la mano por el túnel junto con el resto de los habitantes de nuestro sector hasta el área común. Por encima de nuestras cabezas, en la HP, se ven aeronaves no tripuladas de la familia Lune, muy arriba, tanto como deben de estarlo los oropelos (los áureos, por decirlo con propiedad). Muestran los horrores de un atentado terrorista que mató a un equipo minero rojo y a un grupo de técnicos naranjas tras hacer explotar una bomba. Se culpa a los Hijos de Ares. El extraño símbolo de Ares, un casco despiadado con afiladas llamaradas solares que nacen de la coronilla, arde por toda la pantalla; la sangre gotea de los extremos de las llamaradas. Se ven niños destrozados. Llaman asesinos tribales a los Hijos de Ares. Los llaman los causantes del caos. Los condenan. La policía gris de la Sociedad y los soldados apartan escombros. Dos del color obsidiana, hombres y mujeres colosales que prácticamente me doblan en tamaño, aparecen junto a los diestros doctores del amarillo ayudando a las víctimas a alejarse de la explosión.

En Lico no hay Hijos de Ares. Su guerra fútil no nos afecta; y sin embargo, se ofrece una recompensa por cualquier información sobre Ares, el rey terrorista. Hemos oído la transmisión miles de veces, y todavía parece irreal. Los Hijos creen que nos maltratan, así que hacen volar cosas por los aires. Son rabietas sin sentido. Hagan lo que hagan, retrasan el proceso de dejar Marte listo para que vengan los demás colores. Perjudica a la humanidad.

En el túnel, donde los chicos compiten por ver quién toca el techo, la gente de los sectores desborda alegría mientras se dirige hacia el baile de las Laureales. Sin dejar de caminar, cantamos la canción de las Laureales: la melodía vertiginosa de un hombre que encuentra a la que será su mujer en un campo de oro. Hay risas mientras los muchachos intentan correr por las paredes o prueban a hacer series de piruetas, solo para terminar cayendo al suelo de cara o para que los supere alguna niña.

La hilera de luces ilumina el largo pasillo. A lo lejos, el borracho del tío Narol, que ya es anciano a los treinta y cinco años, toca la cítara para los niños que bailan alrededor de nuestras piernas; ni siquiera él puede estar siempre con el ceño fruncido. Sujeto a los hombros por unas correas, lleva el instrumento a la altura de la cadera, para que la plana caja de resonancia hecha de plástico, con el agujero centrado y sus muchas cuerdas tensas de metal, quede en paralelo al techo. Rasguea las cuerdas con el pulgar derecho, salvo cuando deja caer el dedo índice o cuando el pulgar coge una sola cuerda, todo ello mientras la mano izquierda pulsa los graves, cuerda a cuerda. Es increíblemente difícil conseguir que la cítara suene de otra forma que no sea lúgubre. Las manos del tío Narol están a la altura de las circunstancias, pero las mías solo producen música trágica.

Antes tocaba para mí y me enseñaba los pasos de baile que mi padre nunca tuvo la oportunidad de enseñarme. Incluso me hizo aprender el baile prohibido, ese por el que te matarían. Practicábamos en las viejas minas. Me golpeaba una y otra vez los tobillos con una vara hasta que las piruetas de aquellos vertiginosos movimientos fluían a la perfección, blandiendo un trozo largo de metal como si fuera una espada. Cuando lo hacía bien, me besaba en la frente y me decía que era igual que mi padre. Fueron aquellas clases

las que me enseñaron a moverme, las que hicieron que superara a los demás chicos cada vez que jugábamos a perseguirnos o al escondite en los antiguos túneles.

—Los dorados bailan en parejas, los obsidianos de tres en tres y los grises por docenas —me decía—. Nosotros bailamos solos, porque solos cavan los sondeainfiernos. Es solo y no de otra forma como un niño se convierte en hombre.

Echo de menos aquellos días, días en los que era lo bastante joven como para no juzgarlo por la peste a licor de su aliento. Tenía once años por aquel entonces. Hace solo cinco de aquello. Sin embargo, parece que ha pasado una eternidad.

Los lambdas me dan palmaditas en la espalda, e incluso Varlo el panadero inclina la frente cuando paso y le lanza a Eo un pedazo de pan. No cabe duda de que han oído lo del Laurel. Eo se guarda el pan entre las faldas para después y me lanza una mirada llena de curiosidad.

—Sonríes como un idiota —observa, y me pellizca en el costado—. ¿Qué has hecho?

Me encojo de hombros y trato de quitarme la sonrisa de la cara. Es del todo imposible.

—Bueno, estás muy orgulloso de algo —dice con desconfianza.

El hijo y la hija de Kieran, mis sobrinos, se acercan dando pasitos rápidos. Los mellizos tienen tres años y ya son lo bastante ágiles como para sobrepasar en velocidad a la esposa de Kieran y a mi madre.

Mi madre sonríe como una mujer que ya ha visto de todo. En el mejor de los casos, su sonrisa es de perplejidad.

—Parece que te has quemado, cariño —observa al ver que llevo guantes en las manos. Habla con voz lenta, irónica.

—Una ampolla —dice Eo por mí—. Y muy fea.

Madre se encoge de hombros.

—Su padre llegaba a casa con cosas peores.

Le paso el brazo sobre los hombros. Están más delgados que cuando me enseñaba, como hacen todas las mujeres con sus hijos, las canciones de nuestra gente.

—¿Es preocupación lo que he notado en tu voz, mamá? —pregunto.

—¿Preocupación? ¿Yo? No seas tonto.

Mamá suspira y sonríe despacio. Le doy un beso en la mejilla.

La mitad de los clanes ya están borrachos cuando llegamos al área común. Además de gente de baile, somos gente borracha. Los quincallas nos dejan en paz con eso. Cuelga a un hombre sin motivo aparente y conseguirás que alguien se queje en los sectores. Pero oblíganos a mantenernos sobrios y te pasarás todo un maldito mes arreglando los destrozos. Eo es del parecer de que el grendel, el hongo que destilamos, no es autóctono de Marte sino que lo plantaron aquí para esclavizarnos con la bebida. Siempre lo saca a relucir cada vez que mi madre prepara una nueva remesa, y mi madre suele responder dando un largo trago y diciendo: «Prefiero tener como amo a la bebida que a un hombre. Estas cadenas son más dulces».

Y serán más dulces todavía con el almíbar que nos darán en las cajas del Laurel. Tienen distintos sabores para el alcohol; por ejemplo, de bayas y de algo que se llama canela. Quizás incluso me den una cítara de madera en vez de una de metal. A veces te dan cosas de esas. La mía está desgastada y vieja. Llevo demasiado tiempo tocándola. Pero era de mi padre.

La música suena delante de nosotros, en el área común: canciones indecorosas de percusiones improvisadas y cítaras quejumbrosas. Se nos unen los omegas y los ipsílones, que se zarandean jovialmente entre ellos de camino a las

tabernas. Todas las puertas de las tabernas están abiertas de par en par, y el humo y el ruido que dejan escapar inundan la plaza del área común. Las mesas están dispuestas en círculo alrededor de la plaza y se ha acondicionado un espacio libre alrededor de los patíbulos centrales para que haya espacio suficiente para bailar.

Las casas de los gammas llenan los siguientes niveles, seguidos de los almacenes de suministros; después, una delgada pared, y luego, en lo alto del techo, una cúpula hundida en la que hay compuertas de observación selladas con nanoplástico. A ese lugar lo llamamos la Olla. Es la fortaleza donde viven y duermen nuestros guardianes. Más allá está la inhabitable atmósfera de nuestro planeta, un páramo desolado que solo he visto en la HP. Se supone que el helio-3 que extraemos cambiará eso.

Los bailarines, malabaristas y cantantes de las Laureales ya han comenzado sus espectáculos. Eo avista a Loran y a Kieran y los saluda con un grito. Están en una mesa larga y llena de gente cerca de La Gota Empapada, una taberna donde el más anciano de nuestro clan, el Viejo Segador, se dedica a ser el centro de atención y a contarles historias a los borrachos. Esta noche ha perdido el conocimiento sobre la mesa. Es una pena, porque me habría gustado que viera como, por fin, he ganado el Laurel para el clan.

En nuestros banquetes, donde apenas hay comida suficiente como para que cada una de todas esas almas se llene un poco el buche, la bebida y el baile son los protagonistas. Loran me sirve una taza de licor antes incluso de que me siente. Siempre está intentando que los demás beban para así poder ponerles lazos ridículos en el pelo. Se aparta para que Eo se siente al lado de su esposa, Dio, la hermana de Eo, gemela en aspecto aunque no en edad.

Loran quiere a mi mujer como lo haría Liam, el hermano de Eo, pero sé que una vez estuvo prendado de ella como

ahora lo está de Dio. De hecho, se arrodilló delante de mi esposa cuando ella cumplió catorce años. Aunque también es cierto que la mitad de los chicos hicieron lo mismo. Yo no tuve que esforzarme. Ella dejó muy clara su elección.

Los hijos de Kieran se arremolinan a su alrededor. Su mujer le besa en los labios y la mía en la frente; después le alborota los cabellos pelirrojos. No entiendo cómo las mujeres pueden estar tan bonitas después de un día en la hilandería recogiendo seda de aracnogusano. Yo era guapo al nacer, de rostro angular y delgado, pero la mina ha hecho mella en mí. Soy alto y sigo creciendo. Aún tengo el pelo del color de la sangre seca, los iris del color mismo de la herrumbre tanto como los de Octavia au Lune son del color del oro. Mi piel es lisa y pálida, pero está marcada de cicatrices: cortes y quemaduras. No tardaré mucho en presentar el aspecto endurecido de Dago o fatigado del tío Narol.

Pero las mujeres… están por encima de mí, por encima de todos. Preciosas y llenas de vida a pesar de la hilandería, y a pesar de los niños que paren. Llevan faldas a capas por debajo de las rodillas y blusas de varios tonos de rojos. De ningún otro color. Siempre rojo. Ellas son el alma del clan. Y estarán mucho más bonitas engalanadas con los lazos y las cintas y los encajes importados que contienen las cajas del Laurel.

Toco los emblemas de mis manos: tienen cierta textura ósea. Es un tosco círculo rojo con una flecha y unas rayas cruzadas. Me quedan bien. No así los de Eo. Puede que tenga nuestro pelo y nuestros ojos, pero ella podría ser una de los oropelos que vemos en la holopantalla. Se lo merece. Y entonces la veo darle a Loran un fuerte manotazo en la cabeza cuando él arroja hacia atrás una taza del licor de arroz de mamá. Si es Dios el que coloca cada cosa en su lugar, eligió el lugar correcto para ella. Sonrío. Pero en

cuanto miro detrás de ella, mi sonrisa se desvanece. Por encima de las cabriolas de los bailarines, entre cientos de faldas al vuelo, de botas danzantes y del batir de palmas, se balancea un único esqueleto sobre los altos y fríos patíbulos. Los demás no se dan cuenta. Para mí es una sombra, un recuerdo del destino de mi padre.

Aunque somos excavadores, no se nos permite enterrar a nuestros muertos. Es otra de las leyes de la Sociedad. Mi padre estuvo balanceándose allí dos meses hasta que descolgaron su esqueleto y pulverizaron sus huesos. Yo tenía seis años, pero intenté bajarlo de ahí el primer día. Mi tío me lo impidió. Lo odié por separarme del cuerpo de mi padre. Más tarde lo odié de nuevo porque descubrí que era un hombre débil: mi padre había muerto por algo, mientras el tío Narol seguía vivo, se emborrachaba y echaba a perder la vida.

—Está chiflado, algún día te darás cuenta. Está chiflado y es brillante y noble. Narol es el mejor de mis hermanos —me dijo mi padre en cierta ocasión.

Ahora solo es el último.

Nunca pensé que mi padre bailaría la Danza del Diablo, la que los ancianos del lugar llaman muerte en la horca. Él era un hombre pacífico y dialogante. Pero su ideal era la libertad, tener nuestras propias leyes. Sus armas eran sus sueños. Su legado es la Rebelión del Bailarín. Murió con él en el cadalso. Nueve hombres bailando la Danza del Diablo al mismo tiempo, sacudiendo los brazos y las piernas, hasta que solo quedó él.

No fue una gran rebelión; pensaron que una protesta pacífica podría convencer a la Sociedad de que aumentase las raciones de comida. Así que bailaron el Baile de la Siega enfrente de los graviascensores y quitaron piezas de maquinaria de las perforadoras para que no funcionaran. La

jugada falló. Lo único que te consigue más comida es ganar el Laurel.

Llegan las once y mi tío se sienta con su cítara. Me mira como con desagrado, borracho como un bufón en las celebraciones de Yule. No intercambiamos palabra, aunque él tiene alguna amable para Eo, y ella para él. Todo el mundo quiere a Eo.

Mi tío solo se revuelve en el asiento cuando llega la madre de Eo, me besa en la coronilla y me dice en voz alta: «Ya hemos oído la noticia, chico de oro. ¡El Laurel! Estás hecho de la misma madera que tu padre».

—¿Qué pasa, tío? ¿Tienes gases? —pregunto.

Resopla indignado.

—¡Pedazo de comemierda!

Se abalanza hacia mí por encima de la mesa y nos enredamos al momento en un revoltijo de puños y codos que termina en el suelo. Narol es grande, pero consigo darle la vuelta y le machaco la nariz con la mano herida hasta que Kieran y el padre de Eo me separan de él. El tío Narol me escupe. Hay más sangre y licor que otra cosa. Al rato estamos bebiendo otra vez cada uno en un extremo de la mesa. Mi madre pone los ojos en blanco.

—Lo que le pasa es que está amargado porque no hizo nada para ganar el Laurel. Hacer bulto y ya —dice Loran de su padre.

—El maldito cobarde no sabría cómo ganar el Laurel ni aunque le cayera en las manos —gruño.

El padre de Eo me acaricia la cabeza y ve cómo su hija está curándome la quemadura de la mano debajo de la mesa. Vuelvo a ponerme los guantes. Me guiña un ojo.

Cuando llegan los quincallas, Eo ya ha entendido a qué venía tanto jaleo con el Laurel, pero no está tan entusiasmada como creí que estaría. Se retuerce las faldas entre las manos y me sonríe. Pero sus sonrisas se parecen

más a muecas. No entiendo su aprensión. Nadie de los otros clanes la siente. Mucha gente se acerca a presentarme sus respetos; todos los sondeainfiernos lo hacen, menos Dago. Está sentado en el centro de un grupo de relucientes mesas gammas —las únicas que tienen más comida que licor— mientras se fuma un cisco.

—No veo la hora de que el tío mierda este empiece a comer raciones normales —ríe Loran entre dientes—. Dago nunca ha probado los alimentos que toma el pueblo.

—Y sin embargo está más delgado que una mujer —añade Kieran.

Loran y yo reímos y yo le paso un exiguo trocito de pan a Eo.

—Alégrate —la animo—. Esta es una noche de celebración.

—No tengo hambre —responde.

—¿Ni siquiera si el pan lleva canela por encima?

No va a tardar en hacerlo.

Eo me dedica esa media sonrisa, como si supiera algo que yo no sé.

A las doce, un grupito de quincallas desciende con gravibotas desde la Olla. Llevan sucias las armaduras de mala calidad. Muchos de ellos son chicos o ancianos retirados de las guerras de la Tierra. Pero no es eso lo que importa. Llevan las porras eléctricas y los achicharradores en fundas cerradas con hebillas. Nunca he visto usar ninguna de esas armas. No las necesitan. Tienen el aire, la comida y el puerto. Nosotros no tenemos ni un solo achicharrador que disparar. Y no será porque Eo no quisiera robar uno.

Los músculos de la mandíbula de Eo se contraen al ver a los quincallas flotar en sus gravibotas. Se les une el juez de minas, Timony cu Podginus, un insignificante hombre de pelo cobrizo, perteneciente a los peniques (o los cobres, por usar el nombre apropiado).

—Mirad, mirad, ¡sucios roñosos! —les dice Dan el Feo.

Cae el silencio sobre las distintas celebraciones cuando flotan sobre nosotros. Las gravibotas del magistrado Podginus son de una calidad inferior, así que se tambalea en el aire como si estuviera senil. Más quincallas bajan en un graviascensor. Podginus extiende los dedos de sus pequeñas manos cuidadas de manicura.

—Compañeros colonos, qué maravilloso es ver vuestros festejos. Debo confesar —contiene una risita—, debo confesar que me emociona la naturaleza rústica de vuestra felicidad. Bebidas sencillas. Alimentos sencillos. Bailes sencillos. Oh, qué hermosos espíritus los vuestros, y la manera en que os entretenéis. Ay, ojalá pudiera divertirme igual. ¡Hoy en día ni siquiera logro encontrar el placer fuera del planeta con las rosas de un prostíbulo después de una comida de exquisito jamón y tarta de piña! ¡Qué tristeza la mía! Cómo se echa a perder el alma. Si pudiera ser como vosotros... Pero no puedo cambiar mi color y, dada mi condición de cobre, estoy condenado a llevar una vida tediosa de datos, burocracia y gestiones.

Chasquea la lengua y brincan los rizos de color cobre al desplazarse sus botas.

—Pero vayamos a lo importante. Se han cubierto todas las cuotas, excepto en el caso de Mu y Chi. Por eso no recibirán carne, leche, especias, productos higiénicos, comodidades ni cuidados dentales este mes. Solo avena y productos básicos. Entenderéis que las naves de la órbita de la Tierra solo pueden traer un número determinado de suministros a las colonias. ¡Recursos valiosos! Y tenemos que dárselos a los que de verdad rinden. ¡A lo mejor así en el siguiente trimestre, Mu y Chi, perderéis menos el tiempo!

Mu y Chi perdieron una docena de hombres en una explosión de gas como la que temía el tío Narol. No perdieron el tiempo. Murieron.

Sigue parloteando un rato más antes de llegar a lo que de verdad importa. Muestra el Laurel y lo sostiene en el aire, cogido con los dedos. Está recubierto de una imitación de oro, pero la ramita resplandece de igual modo. Loran me da un codazo. El tío Narol pone mala cara. Me reclino en el asiento, consciente de los ojos que están fijos en mí. Los jóvenes me toman como ejemplo. Los niños adoran a los sondeainfiernos. Pero también los ojos ancianos están pendientes de mí, como suele decir Eo. Soy su orgullo, su chico de oro. Ahora les enseñaré cómo actúa un hombre de verdad. No saltaré victorioso. Me limitaré a inclinar la cabeza y sonreír.

—Y tengo el honor, de parte del archigobernador de Marte, Nerón au Augusto, de otorgar el Laurel por la productividad y la excelencia mantenida mes tras mes, y por su gloriosa obediencia, fortaleza y sacrificio…

Gamma se lleva el Laurel.

Y nosotros no.

4

EL REGALO

Cuando las cajas adornadas del Laurel bajan hasta los gammas, pienso en lo astuta que ha sido la jugada. No nos dejarán ganar el Laurel. No les importa que las matemáticas no cuadren. No les importa que los jóvenes protesten a gritos ni que los viejos se lamenten con la misma trillada sabiduría de siempre. Esto no es más que una demostración de poder. Ahí reside su poder. Deciden el ganador. Un juego de méritos que se gana al nacer. Mantiene la jerarquía inamovible. Mantiene nuestro esfuerzo y nos aleja de confabulaciones.

Incluso a pesar de nuestra decepción, una parte de nosotros no culpa a la Sociedad. Culpamos a los gammas que reciben los regalos. Supongo que la gente no puede odiar a todo el mundo. Y cuando ve las costillas de sus hijos a través de las camisas mientras sus vecinos se llenan la tripa de estofados de carne y de pasteles, es difícil odiar a otros que no sean ellos. Podrías pensar que lo van a compartir, pero no lo hacen.

Mi tío se encoge de hombros. Los demás están rojos de ira. Loran parece que fuera a atacar a los quincallas o a los gammas. Pero Eo no deja que me crispe. No deja que se me blanqueen los nudillos cuando cierro los puños, lleno de furia. Ella sabe mejor que mi propia madre el genio que tengo, y sabe cómo calmar mi ira antes de que estalle. Mi madre sonríe con dulzura cuando ve a Eo cogerme del brazo. Cómo quiere a mi mujer.

—Baila conmigo —me susurra.

Les grita a los músicos que continúen y a los que tocan los tambores para que sigan tocando. No cabe duda de que está llena de rabia. Ella odia a la Sociedad más que yo. Y por eso amo a mi mujer.

Pronto resuena la vertiginosa música de las cítaras y los ancianos aporrean la mesa. Las faldas vuelan. Los pies repiquetean y se deslizan por el suelo. Y yo agarro a mi mujer mientras los clanes se dejan arrastrar por el baile alrededor de la plaza para unirse a nosotros. Sudamos y reímos e intentamos olvidarnos de la rabia. Los dos crecimos juntos, y ahora somos adultos. En sus ojos veo mi corazón. En su aliento escucho mi alma. Ella es mi tierra. Ella es mi familia. Mi amor.

Me aparta de allí entre risas. Nos abrimos camino entre la multitud para estar a solas. Pero no se detiene cuando logramos dejar al resto atrás. Me guía por caminos de metal y techos bajos y oscuros hacia los túneles antiguos, hasta a la hilandería donde se afanan las mujeres. Es la hora del cambio de turno.

—¿Adónde se supone que vamos? —pregunto.

—No sé si recuerdas que tengo regalos para ti. Y si te disculpas porque tu regalo haya quedado un poco deslucido, te doy un guantazo.

Al ver un bulbo de hemanto rojo como la sangre asomar de un muro, lo arranco y se lo doy.

—Mi regalo —digo—. Claro que tenía intención de sorprenderte.

Suelta una risita.

—Bueno, vale. Esta mitad de dentro es mía. La mitad de fuera es tuya. ¡No! ¡No tires! Me quedo también con tu parte.

Huelo el hemanto en su mano. Tiene un aroma a herrumbre y a los escasos guisos de mi madre.

Dentro de la hilandería, los aracnogusanos, que son del grosor de un muslo, están recubiertos de pelo negro y marrón y tienen largas patas esqueléticas, tejen seda a nuestro alrededor. Se arrastran por las vigas, las delgadas patas desproporcionadas respecto al voluminoso abdomen. Eo me guía hasta el nivel más alto de la hilandería. Las viejas vigas de metal están cubiertas de seda. Me estremezco al contemplar esas criaturas en el techo y en el suelo. De víboras entiendo; de aracnogusanos, no. Los tallistas de la Sociedad los crearon. Riéndose, Eo me lleva hasta una pared y tira de una densa cortina de tejido membranoso que descubre un conducto de metal oxidado.

—Ventilación —dice—. La argamasa de los muros cedió para dejarlo al descubierto hace una semana. Y también un viejo conducto.

—Eo, nos darán latigazos si nos encuentran. No nos está permitido…

—No voy a dejar que echen a perder este regalo también. —Me da un beso en la nariz—. Vamos, sondeainfiernos. En este túnel no hay ni un solo taladro fundidor.

La sigo durante una larga serie de giros a través del estrecho corredor hasta que salimos por una rejilla a un mundo de sonidos inhumanos. Un suave zumbido llena la oscuridad. Ella me coge de la mano. Es lo único que me resulta familiar.

—¿Qué es eso? —pregunto.

—Animales —responde, y me adentra en la noche desconocida. Noto algo blando bajo los pies. Intranquilo, dejo que tire de mí hacia delante—. Hierba. Árboles. Árboles, Darrow. Estamos en un bosque.

El perfume de las flores. Después, luces en la oscuridad. El centelleo de animales con el abdomen verde revoloteando en la negrura. Enormes insectos de alas iridiscentes alzándose desde las sombras. Palpitan de vida y color.

Recobro el aliento y Eo se ríe cuando una mariposa pasa tan cerca de mí que puedo tocarla.

Todas estas criaturas se mencionan en nuestras canciones, pero solo las hemos visto en la HP. Tienen colores que jamás habría imaginado. Mis ojos no han visto más que tierra, el fulgor de la perforadora, a mis hermanos rojos y el gris del cemento y del metal. La HP ha sido la ventana a través de la que he visto el color. Pero este es un espectáculo diferente.

Los colores de los animales que vuelan me queman los ojos. Me río, tiemblo, alargo el brazo y toco a las criaturas que flotan ante mí en la oscuridad. Como si volviera a ser un niño, las cojo entre mis manos ahuecadas y alzo la mirada hacia el techo despejado de la habitación. Es una burbuja transparente por la que se asoma el cielo.

El cielo. Hasta ahora no era más que una palabra.

No puedo ver la superficie de Marte, pero sí puedo ver más allá. Las estrellas brillan apenas con elegancia en un cielo negro como el aceite. Como las luces que cuelgan sobre nuestro sector. Da la impresión de que Eo pudiera unirse a ellas. El rostro le brilla al contemplarme, y se ríe cuando me pongo de rodillas y aspiro el aroma de la hierba. Es un olor extraño, dulce y evocador, aunque no tengo recuerdos de ella. Mientras los animales zumban entre la maleza, en los árboles, cojo a Eo y la arrastro al suelo y la beso con los ojos abiertos por primera vez. Los árboles y las hojas se mecen con suavidad por el aire que entra por los conductos de ventilación. Y bebo los sonidos, los olores y las imágenes, mientras mi mujer y yo hacemos el amor en una cama de hierba bajo un techo de estrellas.

—Esa es la galaxia de Andrómeda —me explica después, cuando estamos tumbados sobre nuestras espaldas.

Los animales gorjean en la oscuridad. El cielo sobre mi cabeza es algo aterrador. Si lo miro con demasiada fijeza, me

olvido de la atracción de la gravedad y siento como si fuera a caer hacia él. Los escalofríos me recorren la espalda. Soy una criatura de recovecos, de túneles, de pozos. La mina es mi hogar, y parte de mí quiere ir a refugiarse, alejarse de esta extraña habitación de seres vivos y espacios abiertos.

Eo gira sobre su costado para mirarme y pasa los dedos por las cicatrices que me recorren el pecho como ríos. Más abajo encontraría las marcas de las heridas que la víbora me dejó en la tripa.

—Mamá solía contarme historias de Andrómeda. Dibujaba con las tintas que le daba aquel quincalla, Bridge. A él siempre le gustó mi madre, ya sabes.

Mientras permanecemos tumbados uno junto al otro, ella respira hondo y yo sé que ha planeado algo, que se ha guardado algo para que hablemos de ello en este momento. Este lugar le da fuerzas.

—Tú has ganado el Laurel, todos lo sabemos —me dice.

—No hace falta que me consueles. Ya no estoy enfadado. No tiene importancia. Después de ver esto, nada tiene importancia.

—¿De qué estás hablando? —pregunta bruscamente—. Tiene más importancia que nunca. Has ganado el Laurel, pero no te han dejado quedártelo.

—Da igual. Este lugar…

—Este lugar existe, pero no nos permiten venir, Darrow. Los grises se lo guardan para ellos. No lo comparten.

—¿Por qué deberían? —pregunto confundido.

—Porque lo hicimos nosotros. ¡Porque es nuestro!

—¿Lo es?

La idea me resulta ajena. Todo cuanto poseo es mi familia y a mí mismo. Todo lo demás pertenece a la Sociedad. Nosotros no pusimos el dinero para enviar aquí a los pioneros. Sin ellos estaríamos en la Tierra moribunda con el resto de la humanidad.

—¡Darrow! ¿Acaso eres tan rojo que no ves lo que nos han hecho?

—Vigila esa lengua —le advierto con firmeza.

Tuerce la mandíbula.

—Lo siento. Es que… estamos encadenados, Darrow. No somos colonos. Bueno, sí, claro que lo somos. Pero sería más apropiado llamarnos esclavos. Mendigamos comida. Mendigamos los Laureles como los perros mendigan las sobras de las mesas de sus amos.

—Puede que tú seas una esclava —espeto—. Pero yo no. Yo no mendigo. Yo me gano las cosas. Soy un sondeainfiernos. Nací para sacrificarme, para dejar Marte preparado para el hombre. Hay nobleza en la obediencia…

Eo levanta las manos en un gesto de impotencia.

—¿Qué eres? ¿Una marioneta parlanchina? Escupiendo sus malditas mentiras. Tu padre tenía razón. Puede que no fuera perfecto, pero tenía razón. —Agarra una mata de hierba y la arranca del suelo. Parece una especie de sacrilegio—. Tenemos derecho a reclamar esta tierra, Darrow. Nuestro sudor y nuestra sangre la regaron. Aun así, pertenece a los dorados, a la Sociedad. ¿Desde hace cuánto tiempo? ¿Cien o ciento cincuenta años de pioneros que cavan y mueren? Nosotros ponemos la sangre y ellos las órdenes. Preparamos la tierra para los colores que nunca han vertido ni una gota de sudor por nosotros, colores que se sientan tan cómodos en sus tronos allá, en la Tierra, colores que nunca han estado en Marte. ¿Merece la pena vivir para eso? Te lo repito: tu padre tenía razón.

Niego con la cabeza.

—Eo, mi padre murió antes de cumplir veinticinco años porque tenía razón.

—Tu padre era débil —farfulla.

—¿Y qué narices quieres decir con eso?

Noto cómo la sangre me enrojece el rostro.

—Quiero decir que tu padre era demasiado comedido. Quiero decir que tu padre tenía el sueño correcto, pero murió por no luchar para convertirlo en realidad —replica con brusquedad.

—¡Tenía una familia que proteger!

—Era aún más débil que tú.

—Cuidado —siseo.

—¿Cuidado? ¿Y esto me lo dice Darrow, el demente sondeainfiernos de Lico? —Me lanza una sonrisa condescendiente—. Tu padre nació cuidadoso y obediente. Pero ¿y tú? No me lo pareció cuando me casé contigo. Los demás dicen que eres como una máquina porque creen que nunca has sentido miedo. Están ciegos. No ven hasta qué punto te ata el miedo.

Me acaricia la clavícula con la flor de hemanto en una repentina muestra de ternura. Es una criatura cambiante. La flor es del mismo color que la cinta nupcial de su dedo.

Me giro sobre un codo para mirarla de frente.

—Suéltalo. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Sabes por qué te quiero, sondeainfiernos? —pregunta.

—Por mi sentido del humor.

Se ríe con sequedad.

—Porque creías que podías ganar el Laurel. Kieran me ha contado cómo te has quemado la mano hoy.

Suspiro.

—Qué rata. Siempre largando. Pensé que esas cosas las hacían los hermanos pequeños, no los mayores.

—Kieran tenía miedo, Darrow. No por ti, como tal vez te imagines. Es de ti de quien tenía miedo, porque él no puede hacer lo que tú hiciste. El chico ni se lo plantearía.

Siempre da rodeos al hablar. Odio las abstracciones a las que se entrega.

—Así que me quieres porque piensas que yo creo que hay cosas por las que merece la pena arriesgarse —logro

descifrar—. ¿O porque soy ambicioso?

—Porque tienes coco —se burla.

Me obliga a que se lo pregunte de nuevo.

—¿Qué quieres que haga, Eo?

—Actuar. Quiero que uses tus dones para hacer realidad el sueño de tu padre. Ya sabes cómo te observa la gente, cómo sigue tus pasos. Quiero que pienses que por tener esta tierra, nuestra tierra, merece la pena arriesgarse.

—¿Arriesgar qué?

—Tu vida. Mi vida.

Resoplo.

—¿Tantas ganas tienes de librarte de mí?

—Habla y ellos te escucharán —me apremia—. Es así de simple. Todos los oídos quieren escuchar una voz que los guíe en la oscuridad.

—Magnífico, así me colgará un batallón. Soy hijo de mi padre.

—No te colgarán.

Río con brusquedad.

—La de certezas que tiene mi mujer. Me colgarán.

—Tú no has nacido para ser un mártir. —Vuelve a tumbarse, con un suspiro de desilusión—. No entenderías qué finalidad tiene.

—Ah. Entonces dímelo tú, Eo. ¿Cuál es la finalidad de morir? Yo solo soy el hijo de un mártir. Dime lo que consiguió ese hombre al robarme un padre. Dime qué sentido tiene toda esa maldita tristeza. Dime por qué ha sido mejor que aprendiera a bailar con mi tío que con mi padre. —Sigo—. ¿Acaso esa muerte puso comida en tu mesa? ¿Acaso mejoró nuestras vidas en algo? Morir por una causa no ayuda en ninguna maldita cosa. No hizo más que robarnos su risa. —Siento cómo los ojos me escuecen por las lágrimas—. Solo nos robó un padre y un marido. Así pues ¿y qué si la vida no

es justa? Si uno tiene familia, eso es lo único de lo que debería cuidar.

Se pasa la lengua por los labios y se toma un tiempo antes de responder.

—La muerte no está vacía como tú dices. El vacío es la vida sin libertad, Darrow. El vacío es vivir con las cadenas del miedo, el miedo a la pérdida, a la muerte. Lo que propongo es que rompamos esas cadenas. Rompe las cadenas del miedo y romperás las cadenas que nos atan a los dorados, a la Sociedad. ¿Te lo imaginas? Marte podría ser nuestro. Podría pertenecer a los colonos que sirvieron aquí como esclavos, que murieron aquí. —Es más fácil ver su rostro ahora que la noche va palideciendo más allá del techo transparente. Está viva, es magnífica—. Si guiaras a los demás hacia la libertad… Las cosas que podrías hacer, Darrow. Las cosas que podrías desencadenar. —Se calla y veo que le brillan los ojos—. Se me parte el alma cuando pienso en todo lo que podrías hacer. Tienes tanto, tantísimo potencial, pero te pones unas metas tan bajas…

—No haces más que repetir los mismos argumentos —le rebato con amargura—. Crees que merece la pena morir por un sueño. Yo digo que no. Dices que es mejor morir de pie. Yo digo que es mejor vivir de rodillas.

—¡Ni siquiera estás viviendo! —espeta—. Somos seres mecánicos, con mentes mecánicas, vidas mecánicas…

—¿Y corazones mecánicos? —pregunto—. ¿Eso lo que soy?

—Darrow…

—¿Qué es lo que te da fuerzas para vivir? —le pregunto de pronto—. ¿Yo? ¿La familia y el amor? ¿O acaso algún sueño?

—No es solo un sueño, Darrow. Vivo por el sueño de que mis hijos nazcan libres. Que puedan ser lo que deseen. Que posean la tierra que su padre les dio.

—Yo vivo para ti —digo con tristeza.

Me besa en la mejilla.

—Entonces tienes que vivir por algo más.

Un largo y terrible silencio se interpone entre nosotros. No entiende lo miserable que me hacen sentir sus palabras, cómo me retuerce a voluntad. Porque no me quiere como yo la quiero a ella. Su espíritu es tan elevado, y el mío tan inferior… ¿No soy lo bastante bueno para ella?

—¿Dijiste que tenías otro regalo para mí? —digo, cambiando de tema.

Niega con la cabeza.

—En otro momento. El sol se está alzando. Contémplalo conmigo una vez, al menos.

Nos tumbamos y vemos cómo la luz entra en el cielo como si fuera una marea hecha de fuego. No se parece a nada que pudiera haber imaginado. No logro reprimir las lágrimas que se acumulan en mis ojos mientras el mundo del otro lado se llena de luz y los árboles del lugar revelan sus colores verdes, marrones y amarillos. Es pura belleza. Es un sueño.

Guardo silencio mientras regresamos hacia los lóbregos conductos grises. Las lágrimas permanecen en mis ojos y, después de que la majestuosidad de lo que he visto desaparezca, me pregunto qué es lo que Eo quiere de mí. ¿Quiere que coja mi falce y comience una rebelión? Yo moriría. Mi familia moriría. Ella moriría, y no me arriesgaría a perderla por nada. Ella lo sabe.

Mientras intento imaginar cuál podría ser su otro regalo, salimos por los conductos de la hilandería. Salgo del tubo yo primero y extiendo una mano hacia ella cuando oigo una voz. Tiene un acento untuoso, de la Tierra.

—Rojos en nuestros jardines —farfulla—. Menuda sorpresa.

5

LA PRIMERA CANCIÓN

Dan el Feo está de pie con tres quincallas. Las porras eléctricas chisporrotean en sus manos. Dos de los hombres se inclinan sobre las barras metálicas de las vigas de la hilandería. Detrás de ellos, las mujeres de Mu e Ípsilon envuelven la seda de los gusanos en largas varas plateadas. Sacuden las cabezas con insistencia al verme, como si me aconsejaran que no fuera idiota. Hemos entrado en zonas no permitidas. Eso significa latigazos; pero, si me resisto, significará la muerte. Matarán a Eo y me matarán a mí.

—Darrow… —susurra Eo.

Me interpongo entre Eo y los quincallas, pero no me resisto. No permitiré que muramos tan solo por echar un vistazo a las estrellas. Extiendo los brazos para que sepan que me rendiré.

—Sondeainfiernos —les dice Dan el Feo a los demás entre risitas—. La hormiga más fuerte no deja de ser una hormiga. —Me golpea con la porra eléctrica en el estómago. Duele como cuando te muerde una víbora y a la vez te patea una bota. Caigo al suelo, sin aliento, las manos en la rejilla de metal. La electricidad serpentea por mis venas. Noto que la bilis me sube por la garganta—. Ahora tú, sondeainfiernos. —Deja caer una de las porras eléctricas frente a mí—. Te lo ruego. Intenta darme con eso. No habrá consecuencias. Solo un poco de diversión. Intenta darme un puñetero golpe.

—¡Hazlo, Darrow! —grita Eo.

No soy estúpido. Levanto las manos en señal de rendición y Dan suspira decepcionado mientras me cierra las esposas

magnéticas alrededor de las muñecas. ¿Qué habría preferido Eo que hiciera? Los insulta cuando ellos le inmovilizan los brazos y nos arrastran a los dos por la hilandería hasta las celdas. Esto significará el látigo. Pero solo el látigo, porque yo no recogí la porra eléctrica, porque no escuché a Eo.

Paso tres días en la celda de la Olla antes de ver a Eo de nuevo. Bridge, uno de los quincallas más viejos y amables, nos saca de allí juntos; deja que nos toquemos. Me pregunto si ella me escupirá, si me maldecirá por mi impotencia. Pero se limita a cogerme los dedos con suavidad y acercar sus labios a los míos.

—Darrow.

Me acaricia la oreja con los labios. Su aliento es cálido, y tiene los labios temblorosos y agrietados. La siento frágil cuando me abraza, como una niña pequeña hecha de alambres y envuelta en una piel pálida. Le flaquean las rodillas y se estremece apretada contra mí. La calidez que vi en su rostro mientras contemplábamos el amanecer se ha esfumado y la ha abandonado como un borroso recuerdo. Pero yo apenas veo nada que no sean sus ojos o su pelo. La rodeo con los brazos y oigo los murmullos de la multitud que abarrota el área común. Los rostros de nuestro clan y de nuestra familia se clavan en nosotros mientras estamos de pie al borde del los patíbulos donde nos darán los latigazos. Me siento como un niño bajo esas miradas, bajo las luces amarillentas.

Me parece soñar cuando Eo me dice que me quiere. Su mano se demora en la mía. Pero hay algo extraño en sus ojos. Solo deberían azotarla, pero sus palabras son definitivas; sus ojos, tristes pero sin miedo. Está despidiéndose. Una pesadilla comienza a invadir mi corazón. Puedo sentirla como si un clavo me raspara la

columna vertebral cuando ella susurra un epigrama en mi oído. «Rompe las cadenas, amor mío».

Y entonces me separan de ella tirándome del pelo. Las lágrimas le bañan el rostro. Esas lágrimas son para mí, aunque no entiendo por qué. No logro pensar. El mundo me da vueltas. Me estoy ahogando. Unas manos ásperas me obligan a arrodillarme y después tiran de mí hacia arriba. Nunca he escuchado este silencio en el área común. Los pasos lentos de mis captores levantan ecos mientras me obligan a desplazarme.

Los quincallas me visten con la escafandra de sondeainfiernos. El olor acre me hace creer que estoy en casa, que lo tengo todo bajo control. No es verdad. Me arrastran lejos de Eo, hasta el mismo centro del área común, y me arrojan al borde de los patíbulos. Las escaleras metálicas están oxidadas y manchadas. Me agarro a ellas y miro hacia la parte superior de los patíbulos. Cada uno de los veinticuatro locutores jefe sostiene una cuerda de cuero. Me esperan en lo alto de la plataforma.

—Ay, qué horribles son las situaciones como estas, amigos —exclama el magistrado Podginus. Sus gravibotas de color cobre zumban sobre mi cabeza mientras él flota en el aire—. Ay, cómo los vínculos que nos atan se estrechan cuando alguien decide quebrantar las leyes que nos protegen a todos.

»Incluso los más jóvenes, incluso los mejores, están sujetos a la Ley. ¡Al orden! ¡Sin eso seríamos animales! Sin obediencia, sin disciplina, ¡no habría colonias! ¡Y las pocas colonias que hay quedarían desgarradas por el desorden! El hombre quedaría confinado a la Tierra. Se revolcaría para siempre jamás en ese planeta hasta el fin de los tiempos. Pero ¡el orden! ¡La disciplina! ¡La ley! Esas son las cosas que dan poder a nuestra raza. Maldita sea la criatura que rompa estos acuerdos.

El discurso resulta más elocuente de lo habitual. Podginus está intentando impresionar a alguien con su inteligencia. Alzo la mirada hacia las escaleras, y lo que veo es algo que no esperaba que este par de ojos viera jamás. Duele mirarlo, embeberse en el esplendor de su cabello, de su emblema. Veo a un dorado. En este lugar monótono, él es como imagino que serían los ángeles. Cubierto por un manto dorado y negro. Envuelto en el sol. Un león que ruge sobre su pecho.

Tiene un rostro talludo, severo y poderoso. Su pelo resplandece, peinado hacia atrás y pegado a la cabeza. Ni una sonrisa, ni una arruga de desagrado marcan sus labios finos; el único surco que veo es el de una cicatriz, que le recorre el pómulo derecho.

He sabido por la HP que una cicatriz así solo la llevan los más puros de entre los dorados. Los Marcados como Únicos. Así los llaman. Son hombres y mujeres del color dirigente que se han graduado en el Instituto, el lugar donde aprenden los secretos que algún día permitirá a la humanidad colonizar todos los planetas del Sistema Solar.

Podginus no nos habla a nosotros. Se dirige a otro dorado, uno alto y delgado, tan delgado que al principio creí que era una mujer. Sin cicatriz alguna, el rostro del magistrado está cubierto con una capa de una pasta extraña que resalta el color de sus mejillas y oculta las arrugas de su cara. Le brillan los labios. Y el cabello le resplandece de una forma diferente a la de su amo. Resulta un espectáculo grotesco de contemplar. Él piensa lo mismo de nosotros. Olisquea el aire, desdeñoso. Y el dorado de mayor edad le habla a él con dulzura, y no a nosotros.

¿Y por qué iba a hablarnos a nosotros? No somos dignos de las palabras de un dorado. Yo apenas quiero mirarlo. Siento como si ensuciara sus impolutas galas con mis ojos

de rojo. La vergüenza se apodera de mí y luego entiendo por qué.

Su cara me resulta familiar. Todos los hombres y todas las mujeres de las colonias la conocen. Aparte de Octavia au Lune, este es el rostro más célebre de Marte: el de Nerón au Augusto. El archigobernador de Marte ha venido a ver cómo me azotan, y ha traído un séquito consigo. Dos cuervos (obsidianos, para hablar con propiedad) flotan en silencio detrás de él. Llevan unos yelmos con forma de calavera a juego con su color. Yo nací para cavar la tierra; ellos, para matar hombres. Son medio metro más altos que yo. Tienen ocho dedos en cada una de sus robustas manos. Los crían para la guerra, y contemplarlos es como contemplar a las víboras de sangre fría que infestan nuestras minas. Reptiles los dos.

Hay una docena de personas más en el séquito, incluido otro dorado algo más menudo que parece su aprendiz. Es incluso más bello que el archigobernador y parece despreciar a ese hombre delgado y afeminado. Y hay un equipo de verdes, encargados de controlar las cámaras de la HP, que parecen minúsculos comparados con los cuervos. Tienen el pelo negro. No verde como sus ojos y los emblemas de sus manos. Los ojos les refulgen con una excitación frenética. Como no acostumbran a disponer de sondeainfiernos que sirvan para dar ejemplo, me convierten en un espectáculo. Me pregunto cuántas colonias más lo están viendo. La presencia del archigobernador indica que todas.

Me despojan ostentosamente de la escafandra que me acababan de poner. Me veo en la pantalla de la HP que queda sobre mi cabeza. Veo la cinta nupcial colgando del cordel que llevo alrededor del cuello. Parezco más joven de lo que me siento, y más delgado. Me arrastran por las escaleras y me doblan encima de una caja metálica junto a

la horca de la que colgó mi padre. Tiemblo cuando me tumban encima del frío acero y me atan las manos con unas ligaduras. Me llegan el olor del cuero sintético de los látigos y el sonido de la tos de uno de los locutores jefe.

—Que se haga justicia, para siempre jamás —sentencia Podginus.

Los latigazos llegan al momento. Cuarenta y ocho en total. No son suaves, ni siquiera los de mi tío. No pueden serlo. Los latigazos muerden y aúllan en la carne. Sueltan un extraño plañido cuando trazan un arco en el aire. La música del terror. Apenas puedo ver cuando terminan. Me desmayo dos veces, y en ambas ocasiones al despertar me pregunto si se me verá la columna vertebral en la HP.

Es un espectáculo, toda una demostración de poder. Dejan que el quincalla, Dan el Feo, actúe mostrándome simpatía, como si se compadeciera de mí. Me susurra al oído palabras de aliento, lo bastante alto como para que las recojan las cámaras. Y cuando el último latigazo se hiende en mi espalda, él se adelanta como para impedir que llegue otro más. Subconscientemente, creo que él me salva. Siento gratitud. Quiero besarlo. Él es la salvación. Pero sé que he recibido los cuarenta y ocho.

Entonces me arrastran y me echan a un lado. Dejan la sangre. Estoy seguro de que he gritado, convencido de que he quedado en ridículo. Oigo que sacan a mi mujer.

—Ni siquiera los jóvenes, ni siquiera los bellos pueden escapar de la justicia. El bien de todos los colores exige que preservemos el orden y la justicia. Sin ellos reinaría la anarquía. Sin la obediencia, ¡el caos! El hombre perecería bajo las irradiadas arenas de la Tierra. Bebería de los devastados océanos. La unidad es indispensable. Que se haga justicia, para siempre jamás.

Sus palabras resuenan huecas.

A nadie le ofende verme ensangrentado y maltrecho. Pero cuando arrastran a Eo al patíbulo se oyen gritos. Imprecaciones. Incluso ahora está preciosa, incluso privada de la luz que vi en ella hace tres días. Es un ángel incluso cuando me ve y las lágrimas le bañan el rostro.

Todo esto por una pequeña aventura. Todo esto por una noche bajo las estrellas con el hombre a quien ama. Aun así está tranquila. De haber miedo es el que está dentro de mí, porque siento algo extraño en el ambiente. Un escalofrío le recorre la piel cuando la tumban encima de la caja fría. Se estremece. Ojalá mi sangre la hubiera calentado para ella.

Cuando azotan a Eo, intento no mirar. Pero duele más abandonarla. Sus ojos se cruzan con los míos. Brillan como rubíes. Tiemblan cada vez que el látigo cae sobre ella. «Pronto acabará todo esto, amor mío. Pronto volveremos a nuestras vidas. Resiste el látigo y volvamos a tenerlo todo». Pero ¿será capaz de soportar tantos latigazos?

—¡Terminad con esto! —le digo al quincalla que hay junto a mí—. ¡Terminad con esto! —le suplico—. Haré cualquier cosa. Obedeceré. Azotadme a mí, pero terminad con esto, ¡malditos cabrones! ¡Terminad con esto!

El archigobernador me mira desde lo alto, pero su rostro es dorado, sin mácula ni preocupación alguna. No soy más que la más ensangrentada de las hormigas. Mi sacrificio le impresionará. Sentirá compasión si me humillo, si me arrojo al fuego por amor. Sentirá lástima. Así es como funcionan las cosas.

—¡Excelencia! ¡Deme a mí su castigo! —le ruego—. ¡Por favor! —Suplico porque en los ojos de mi mujer veo algo que me aterra.

Veo su lucha interior mientras marcan su espalda con líneas sangrientas. Veo cómo la ira se va apoderando de ella. Por algún motivo, no está asustada.

—No. No. No —le suplico—. Eo, por favor, ¡no!

—Amordazad a ese miserable. Irrita los oídos del archigobernador —ordena Podginus.

Bridge me mete una piedra en la boca. Siento náuseas y lloro.

Cuando cae el decimotercer latigazo, cuando intento decirle que no lo haga, Eo clava en mí la mirada por última vez y empieza a cantar. Es una melodía tranquila, una melodía de profunda tristeza, como la canción que susurra la profundidad de las minas al soplar el viento en los pozos abandonados. Es la canción de la muerte y del lamento, la canción prohibida. La canción que solo había oído una vez.

La matarán por esto.

Su voz es suave y melódica, aunque no es en absoluto tan preciosa como ella. El eco se escucha por toda el área común, y se alza como el canto sobrenatural de una sirena. Cesan los latigazos. Los locutores jefe se estremecen. Incluso los quincallas sacuden las cabezas con tristeza al identificar las palabras. A pocos hombres les gusta ver cómo la belleza se convierte en cenizas.

Podginus mira avergonzado al archigobernador Augusto, quien desciende con sus gravibotas doradas para verlo todo más de cerca. Los cabellos lustrosos le resplandecen sobre la noble frente. Los pómulos marcados atrapan la luz. Esos ojos dorados examinan a mi mujer como si estuviesen contemplando a un gusano al que de repente le hubiesen brotado alas de mariposa. La cicatriz de su cara se tuerce cuando habla con una voz que rezuma poder.

—Déjala cantar —le dice a Podginus, sin molestarse en esconder su fascinación.

—Pero, señor…

—Ningún animal salvo el hombre se arroja voluntariamente a las llamas, cobre. Disfruta del espectáculo. No volverás a verlo. —Se vuelve al equipo de

cámaras—. Seguid grabando. Eliminaremos las partes que nos parezcan intolerables.

Qué fútil hacen esas palabras que parezca el sacrificio de Eo.

Pero nunca he visto a mi esposa más bella que en ese momento. Enfrentada al rostro frío del poder, ella es el fuego. Esta es la chica que bailó en la taberna llena de humo, envuelta en una melena roja. Esta es la chica que tejió para mí una cinta nupcial con sus propios cabellos. Esta es la chica que elige morir por una canción de muerte.

Amor mío, amor mío,
recuerda las lágrimas
cuando la muerte del invierno dio paso
a los cielos de primavera
rugían y rugían
pero nosotros recogíamos las semillas,
sembrábamos una canción
contra su avaricia.

Y
valle abajo
escucha el vaivén del segador, el vaivén del segador,
el vaivén del segador.
Y valle abajo
oye el canto del segador,
la canción de un invierno que acaba.

Hijo mío, hijo mío,
recuerda las cadenas
cuando el oro reinaba con riendas de hierro
rugíamos y rugíamos
y nos retorcíamos y gritábamos
por un nosotros, por un valle

de sueños más prósperos.

Cuando su voz alcanza por fin la máxima intensidad y a la canción se le acaban las palabras, sé que la he perdido. Se convierte en algo más importante; y tenía razón: no lo entiendo.

—Una melodía pintoresca. Pero ¿es esa toda tu fuerza? —le pregunta el archigobernador cuando termina.

La mira a ella, pero habla alto, para la multitud, para los que lo verán en las demás colonias. Su séquito suelta una risita ante el arma de Eo, una canción. ¿Qué es una canción sino notas lanzadas al aire? Inútil como una cerilla bajo la tormenta contra el poder del dorado. Nos ridiculiza.

—¿Quiere alguno de vosotros unirse a ella en el canto? Os lo imploro, audaces rojos de… —mira a su ayudante, que le hace saber el nombre moviendo los labios— Lico. Uníos si lo deseáis.

Apenas logro respirar con la piedra en la boca. Me arranca astillas de los molares. Las lágrimas me corren a mares por el rostro. No se oye ninguna voz en la multitud. Veo a mi madre temblar de ira. Kieran aprieta a su mujer contra él. Narol tiene la mirada clavada en el suelo. Loran gime. Están todos aquí, todos en silencio.

—Ay, Su Excelencia, parece que la chica está sola en su fanatismo —declara Podginus. Eo no mira a nadie más que a mí—. Esto deja claro que su opinión es la de un marginado, la de un inadaptado. ¿Acaso deberíamos proceder?

—Sí —responde el archigobernador, ociosamente—. Tengo una cita con Arcos. Colgad a esta perra roñosa, no sea que se ponga a aullar otra vez.

6

LA MÁRTIR

Por Eo, no reacciono. Soy la ira. Soy el odio. Todo. Pero le sostengo la mirada incluso cuando se la llevan y le ponen la soga alrededor del cuello. Miro a Bridge y me quita la mordaza de la boca sin decir palabra. Mis dientes no volverán a ser los mismos. Las lágrimas se acumulan en los ojos del quincalla. Me aparto de él y avanzo a trompicones hasta los pies del cadalso para que Eo pueda verme mientras muere. Esta es su elección. Estaré con ella hasta al final. Me tiemblan las manos. Oigo sollozos entre la multitud que tengo a mi espalda.

—¿A quién diriges tus últimas palabras antes de que se haga justicia? —pregunta Podginus. Rezuma compasión ante la cámara.

Me preparo para que diga mi nombre, pero no lo hace. Aunque no aparta sus ojos de los míos, grita el nombre de su hermana. «Dio». La palabra tiembla en el aire. Ahora está aterrorizada. No reacciono cuando Dio sube los escalones del cadalso. No lo entiendo, pero no me pondré celoso. Esto no tiene nada que ver conmigo. La quiero. Y ella ha elegido. No lo entiendo, pero no permitiré que muera sin recibir de mí nada que no sea amor.

Dan el Feo tiene que ayudar a Dio a subir las escaleras hasta el patíbulo; tropieza sin parar y está aturdida cuando se inclina hacia su hermana. Lo que sea que le dice, yo no lo oigo; pero Dio deja escapar un gemido que me atormentará para siempre. Me mira mientras llora. ¿Qué le ha dicho mi esposa? Las mujeres lloran. Los hombres se secan los ojos.

Tienen que golpear a Dio para apartarla de su hermana. Aun así, se aferra a los pies de Eo, llorando. El archigobernador hace un gesto con la cabeza, aunque ni se molesta en mirar cuando, al igual que hicieron con mi padre, cuelgan a Eo.

—Vive para algo más —me dice moviendo los labios. Mete la mano en el bolsillo y saca el hemanto que le di. Está deshecho y aplastado. Después, en voz alta, grita—: ¡Rompe las cadenas!

La trampilla que hay debajo de sus pies se abre. Cae y, durante un momento, su pelo queda suspendido sobre su cabeza como una flor roja. Entonces los pies se agitan en el aire y cae. La delicada garganta se le llena de arcadas. Los ojos se le abren de par en par. Si pudiera salvarla de esto… Si pudiera protegerla… Pero el mundo se ha convertido en un lugar frío y duro para mí. No se doblega como yo querría que lo hiciera. Veo cómo muere mi mujer y cómo cae el hemanto de su mano. La cámara lo graba todo. Corro hacia ella y le beso los tobillos. Sostengo sus piernas contra mi pecho. No permitiré que sufra.

En Marte hay poca gravedad, así que hay que tirar de los pies para romper el cuello. Dejan que sean los seres queridos quienes lo hagan.

Pronto no se oye nada, ni siquiera el crujido de la soga.

Mi mujer pesa demasiado poco.

No era más que una niña.

Comienzan los golpes del Lamento Languideciente. Los puños contra los pechos. Miles. Rápidos, como un corazón que late a toda prisa. Más despacio. Un latido cada segundo. Un latido cada cinco. Un latido cada diez. Después, ninguno más, y la masa lúgubre se aleja como polvo sostenido en la palma de la mano cuando los viejos túneles ululan con el viento de las profundidades.

Y los dorados se marchan volando.

El padre de Eo, Loran y Kieran se pasan la noche sentados junto a mi puerta. Dicen que están aquí para hacerme compañía, pero están ahí para vigilarme, para asegurarse de que no me mato. Me quiero morir. Mi madre me venda las heridas con seda que mi hermana, Leanna, ha robado de la hilandería.

—El nervonucleico tiene que estar seco o te quedará cicatriz.

¿Qué son las cicatrices? Apenas importan. Eo no las verá. ¿Por qué iban a importarme? Nunca volverá a pasarme la mano por la espalda. Nunca volverá a besarme las heridas.

Se ha ido.

Estoy tumbado de espaldas en nuestra cama para sentir el dolor y olvidarme así de mi esposa. Pero no puedo olvidar. Sigue colgada, incluso ahora. Por la mañana pasaré cerca de ella de camino a las minas. Pronto apestará y pronto se descompondrá. Mi hermosa mujer brillaba con demasiada intensidad como para vivir mucho tiempo. Aún siento el crujido de su cuello en mis manos; tiemblan ahora en la noche.

En nuestra habitación hay un túnel oculto que excavé en la roca hace mucho tiempo, para poder escaparme cuando era niño. Lo utilizo ahora. Me escabullo sigilosamente de mi casa por el camino secreto para que mi clan no me vea alejarme en la penumbra.

El sector está tranquilo. Tranquilo excepto por la HP, que retransmite la muerte de mi mujer con una banda sonora de fondo. Pretendían mostrar la futilidad de la desobediencia. Y lo han conseguido, pero hay algo más en ese vídeo. Muestran mi castigo, y el de Eo, y todo el tiempo suena su canción. Y cuando muere vuelve a oírse, lo que parece darle al vídeo el efecto equivocado. Aunque no fuera mi mujer,

veo a una mártir, la preciosa canción de una chica joven silenciada por la soga de unos hombres crueles.

Entonces la HP se ennegrece de repente. Nunca había pasado antes. Y Octavia au Lune vuelve con el mismo mensaje de siempre. Casi da la impresión de que alguien hubiera logrado controlar la señal, porque la imagen de mi mujer parpadea de nuevo en la pantalla gigantesca.

—Rompe las cadenas —grita.

Entonces desaparece y la pantalla vuelve a estar negra. Crepita. Regresa la imagen. Eo vuelve a gritar. Vuelve al negro otra vez. Aparece la programación habitual, entonces la pantalla muestra sus gritos por última vez y aparezco yo tirando de sus piernas. Y luego, una interferencia de estática.

Las calles están en silencio mientras me dirijo hacia el área común. El turno de noche no tardará en regresar. Oigo un ruido y un hombre aparece por la calle y se pone delante de mí. La cara de mi tío me observa con malicia, escondida entre las sombras. Una única bombilla cuelga sobre su cabeza, e ilumina la petaca que lleva en la mano y su andrajosa camisa roja.

—Eres igual que tu padre, cabroncete. Estúpido y vanidoso.

Cierro los puños.

—¿Has venido a detenerme, tío?

Gruñe.

—No conseguí evitar que tu padre se matara. Y él era mejor que tú, maldita sea. Se controlaba más.

Doy un paso adelante.

—No necesito tu permiso.

—Claro que no, pichoncito, no lo necesitas. —Se pasa una mano por el pelo—. Aun así, no lo hagas. Destrozarías a tu madre; quizá pensabas que ella no sabía que te escaparías.

Lo sabía. Me lo dijo. Dijo que ibas a morir como mi hermano, como tu chica.

—Si madre lo supiera, me detendría.

—No. Ella deja que los hombres cometamos nuestros errores. Pero esto no es lo que tu mujer habría querido.

Señalo a mi tío con un dedo.

—No tienes ni idea de nada. Ni idea de lo que ella quería.

Eo dijo que yo no comprendería lo que es ser un mártir. Yo le demostraré que sí.

—Claro. —Se encoge de hombros—. Caminaré contigo, ya que tienes la cabeza llena de piedras. —Suelta una risita—. A los lambdas nos encanta la soga.

Me lanza su petaca. Camino junto a él con el paso vacilante.

—Intenté convencer a tu padre de que se olvidara de su pequeña protesta, ¿sabes? Le dije que las palabras y el baile significan tanto como el polvo. Intenté plantarle cara. La cagué. Me dejó fuera de combate. —Lanza un derechazo lento—. Llega un momento en la vida en el que te das cuenta de que un hombre sabe lo que quiere y es una ofensa contradecirlo.

Le doy un trago a la petaca y se la devuelvo. El mejunje sabe más denso y más raro de lo habitual. Qué extraño. Me obliga a terminármelo.

—¿Tú sabes lo que quieres? —pregunta, mientras se da golpecitos en la cabeza—. Claro que sí. Se me olvida que yo te enseñé a bailar.

—Terco como una víbora. Fue eso lo que dijiste, ¿no? —digo en voz baja, y me permito una ligera sonrisa.

Camino en silencio con mi tío durante un momento. Me pone una mano encima del hombro. Un sollozo se me quiere escapar del pecho. Lo reprimo.

—Me ha dejado —susurro—. Me ha dejado sin más.

—Sus motivos tendría. Esa chica no era ninguna tonta.

Las lágrimas llegan cuando entro en el área común. Mi tío me estruja contra él con un solo brazo y me da un beso en la coronilla. Es todo lo que me puede ofrecer. No es un hombre que haya nacido para dar afecto. Tiene el rostro pálido y espectral. Treinta y cinco años, y ya tan viejo, tan cansado. Una cicatriz le retuerce el labio superior. El gris encanece sus espesos cabellos.

—Saluda de mi parte a los del valle —me susurra, con la áspera barba rozándome el cuello—. Brinda con mis hermanos y dale un beso a mi mujer, y sobre todo a Dancer.

—¿Dancer?

—Ya lo conocerás. Y si ves al abuelo y a la abuela, diles que seguimos bailando para ellos. No estarán solos mucho tiempo. —Se marcha, después se detiene y añade, sin darse la vuelta—: Rompe las cadenas, ¿me oyes?

—Te oigo.

Me deja en el área común, donde mi mujer se balancea. Sé que las cámaras me observan cuando subo hasta el patíbulo. Los escalones son de metal, así que no crujen. Eo cuelga como una muñeca. Tiene el rostro tan blanco como la tiza y el pelo se le mueve ligeramente debido a los ventiladores que rechinan en lo alto.

Después de cortar la cuerda con la falce que he robado de las minas, sujeto el lado deshilachado y la hago descender con cuidado. Cojo a mi mujer en brazos, y juntos nos ponemos en camino hacia la hilandería. Las del turno de noche están haciendo sus últimas horas. Las mujeres observan en silencio mientras llevo a Eo hasta el conducto de ventilación. Allí veo a Leanna, mi hermana. Alta y callada como mi madre, me mira con dureza pero no hace nada. Ninguna de las mujeres lo hace. No delatarán la tumba de mi esposa. No dirán nada, ni siquiera a cambio del chocolate que se les da a los espías. Apenas cinco almas han recibido

sepultura en tres generaciones: alguien siempre termina colgado por eso.

Este es el acto de amor supremo. El silencioso réquiem de Eo.

Las mujeres empiezan a llorar, y cuando paso alargan las manos para tocar el rostro de Eo, para tocar el mío y ayudarme a abrir el conducto de ventilación. Arrastro a mi esposa por la estrecha tubería de metal y la llevo hasta donde hicimos el amor bajo las estrellas, el lugar donde me contó sus planes y yo no la escuché. Sostengo su cuerpo sin vida y deseo que su alma me vea en el lugar donde fuimos felices.

Cavo un agujero junto a la base de un árbol. Mis manos, cubiertas con la tierra de nuestro suelo, están tan rojas como su pelo cuando cojo su mano y le beso la cinta nupcial. Pongo la parte exterior del bulbo del hemanto sobre su corazón, cojo la interior y la pongo cerca del mío. Después la beso en los labios y la entierro. Pero sollozo antes de terminar. Descubro su cara y la vuelvo a besar y aprieto mi cuerpo contra el suyo hasta que veo un sol rojo alzándose fuera de la bóveda artificial. Los colores del lugar me abrasan los ojos y no puedo contener las lágrimas. Cuando me separo, veo mi cinta asomando de su bolsillo. Me la hizo ella para que me secara el sudor. Ahora la empapo con mis lágrimas y me la llevo conmigo.

Kieran me golpea en la cara cuando me ve de vuelta en el sector. Loran no puede hablar y el padre de Eo se desploma contra una pared. Creen que me han fallado. Oigo el llanto de la madre de Eo. Mi madre me prepara la comida en silencio. No me siento bien. Me cuesta respirar. Leanna llega más tarde y la ayuda a cocinar. Me besa la coronilla mientras como. Se demora el tiempo suficiente para olerme el pelo.

Tengo que usar una sola mano para llevarme la comida a la boca. Mi madre me sostiene la otra entre sus palmas encallecidas. La mira a ella en lugar de a mí, como si recordara cuando era pequeña y tierna, y se preguntara cuándo se volvió tan áspera.

Termino la comida justo cuando llega Dan el Feo. Mi madre no se levanta de la mesa cuando me llevan. Sigue con la mirada fija en el lugar donde estaba mi mano. Me parece que cree que si no alza la mirada esto no ocurrirá. Ni siquiera ella tiene tanto aguante.

Me van a colgar delante de toda la asamblea a las nueve de la mañana. Por algún motivo, me siento mareado. El corazón me late de forma extraña y lenta. Escucho el eco de las palabras que el archigobernador le dijo a Eo.

«¿Es esa toda tu fuerza?».

Mi gente canta; bailamos, amamos. Esa es nuestra fuerza. Pero también cavamos. Y después morimos. Rara vez logramos escoger el porqué. Esa elección es poder. Esa elección ha sido nuestra única arma. Pero no es suficiente.

Me preguntan cuáles serán mis últimas palabras. Pido que suba Dio. Tiene los ojos hinchados e inyectados de sangre. Es una chica muy frágil, a diferencia de su hermana.

—¿Cuáles fueron las últimas palabras de Eo? —le pregunto, aunque mi boca se mueve con lentitud, de forma extraña.

Le echa una mirada furtiva a mi madre, que al final ha venido, pero niega con la cabeza. Hay algo que no me están contando. Hay algo que no quieren que sepa. Un secreto que se mantiene incluso ahora que estoy a punto de morir.

—Dijo que te quería.

No la creo, pero sonrío y le doy un beso en la frente. No puede soportar más preguntas. Y yo estoy mareado. Me cuesta hablar.

—Le diré que le mandas saludos.

Yo no canto. Nací para otras cosas.

Mi muerte es absurda. Es el amor.

Pero Eo tenía razón. No entiendo esto. Esta no es mi victoria. Esto es egoísta. Me dijo que viviera para algo más. Quería que luchara. Y aquí estoy, muriendo a pesar de sus deseos. Rindiéndome a causa del dolor.

Me da un ataque de pánico como les sucede a los suicidas cuando se dan cuenta de su estupidez.

Demasiado tarde.

Siento abrirse la trampilla bajo mis pies. Mi cuerpo cae. La soga me despelleja el cuello. Me cruje la columna. Unas agujas me atraviesan las lumbares. Kieran avanza hacia mí a trompicones. El tío Narol lo aparta de un empujón. Con un guiño, me agarra de los pies y tira.

Ojalá no me entierren.

SEGUNDA PARTE
RENACIDO

Hay una fiesta en la que llevamos caras de demonios
para proteger a nuestros muertos del valle de los espíritus malignos.
Las caras destellan gracias al oropel.

7

LÁZARO

Estoy muerto, pero no veo a Eo. Los míos creen que vemos a nuestros seres queridos cuando fallecemos. Nos esperan en un valle verde donde el humo de las hogueras y el aroma de los guisos se condensan en el aire. Hay un Anciano con la capa húmeda de rocío que mantiene a salvo el valle y nos espera con nuestra gente en un camino de piedra junto al cual pastan las ovejas. Dicen que la niebla allí es fresca y las flores desprenden dulces aromas, y que aquellos que fueron enterrados recorren más rápido el camino de piedra.

Pero no veo a mi amor. No veo el valle. No veo más que luces fantasmales en la oscuridad. Siento una presión y sé, como sabría cualquier minero, que estoy sepultado bajo tierra. Dejo escapar un grito silencioso. Me entra tierra en la boca. El pánico se apodera de mí. No puedo respirar, ni tampoco puedo moverme. La tierra me abraza hasta que consigo salir de allí excavando con las uñas, siento el aire, aspiro bocanadas de oxígeno, jadeo y escupo polvo.

Pasan minutos antes de que mire por encima de mis rodillas. Estoy acuclillado en una mina desierta, un viejo túnel abandonado desde hace mucho tiempo pero conectado aún al sistema de ventilación. Huele a tierra. Una única bengala llamea junto a mi tumba, y proyecta extrañas sombras en las paredes. Me deslumbra como hizo el sol cuando se levantó por encima de la tumba de Eo.

No estoy muerto.

Tardo más tiempo del que podría pensarse en darme cuenta. Pero tengo una herida sangrante alrededor del

cuello, donde la soga se me clavó en la piel. Y tengo tierra en los latigazos de la espalda.

Aun así, no estoy muerto.

El tío Narol no tiró de mis pies con la fuerza suficiente. Pero seguro que los quincallas lo habrían comprobado, a no ser que estuvieran perezosos. No es un pensamiento descabellado, pero hay algo más. Iba demasiado mareado camino del patíbulo. Incluso ahora noto algo en las venas. Estoy aletargado, como si me hubieran drogado. Fue Narol. Él me drogó. Él me enterró. Pero ¿por qué? Y ¿cómo lograría evitar que lo cogieran cuando descolgó mi cuerpo?

Llega un rumor sordo procedente de la oscuridad situada más allá de la bengala. Solo entonces sé que obtendré respuestas. Una tanqueta, una especie de escarabajo de metal de seis ruedas, se arrastra sobre la cresta de un largo túnel. La rejilla frontal sisea soltando vapor cuando se detiene frente a mí. Dieciocho focos me deslumbran. Unas formas salen de los laterales del vehículo. Se recortan contra el resplandor de las luces para agarrarme. Estoy demasiado aturdido como para resistirme. Tienen las manos callosas de los mineros y los rostros cubiertos con máscaras de demonios del Octobernacht. Y, sin embargo, me mueven con suavidad, y me guían en vez de forzarme a entrar en la escotilla de la tanqueta.

Dentro, la esfera de luz es de un rojo sangriento. Me acomodo en un raído asiento individual frente a las dos siluetas que me han sacado de mi tumba. La máscara de la mujer es de un blanco pálido y con los cuernos de un demonio. Sus ojos resplandecen con una luz sombría a través de las aberturas. La otra silueta pertenece a un hombre tímido. Es espigado y silencioso, y parece que me tiene miedo. Lleva la máscara del rostro de un rugiente murciélago y no esconde ni las miradas cohibidas ni el modo en el que oculta las manos. Ambas son características de los

que tienen miedo, como el tío Narol aseguraba siempre cuando me enseñaba a bailar.

—Sois Hijos de Ares, ¿verdad? —aventuro.

El hombre enclenque se encoge, mientras que la mirada de la mujer se torna burlona.

—Y tú eres Lázaro —dice la chica.

Su voz me parece fría e indolente; juega con los oídos como un gato juega con un ratón atrapado.

—Me llamo Darrow.

—Ya, sabemos quién eres.

—¡No le cuentes nada, Harmony! —farfulla el enclenque —. Dancer nos dijo que no discutiéramos nada con él hasta que estuviéramos en casa.

—Gracias, Ralph. —Pronuncia el nombre con énfasis.

Luego le lanza un suspiro al tirillas y niega con la cabeza.

Después de darse cuenta de su error, el enclenque se revuelve incómodo en su asiento, pero he dejado de prestarle atención. Aquí la que manda es la mujer. A diferencia de la del enclenque, su máscara es como la de una vieja arpía, una de las brujas de las ciudades caídas de la Tierra que hacían caldo con el tuétano de los huesos de los niños.

—Estás hecho un asco.

Harmony extiende el brazo para tocarme el cuello. Le agarro la mano y se la estrujo. Sus huesos son tan quebradizos como el plástico hueco en la mano de un sondeainfiernos. El enclenque hace ademán de coger su porra eléctrica, pero Harmony le indica con un gesto que se calme.

—¿Por qué no estoy muerto? —pregunto.

A causa del ahorcamiento, mi voz suena como la gravilla arrastrada sobre el metal.

—Porque Ares tiene una misión para ti, pequeño sondeainfiernos.

Tuerce el gesto por el dolor cuando le estrujo la mano.

—Ares…

Mi mente evoca imágenes de explosiones de bombas, miembros amputados y caos. Ares. Ya sé qué tipo de misión querrá. Estoy demasiado aturdido como para saber siquiera lo que diré cuando me lo pida. Mis pensamientos no están entre los vivos, sino con Eo. Soy una carcasa vacía. ¿Qué les habría costado dejarme enterrado?

—¿Me podrías devolver la mano ya? —pregunta Harmony.

—Solo si te quitas la máscara. Si no, me la quedo.

Se ríe y se retira la máscara. Su rostro es el día y la noche. El lado derecho es una maraña de piel ajada y dada de sí que se estira y se dobla en un discurrir de ríos de cicatrices. Una quemadura de vapor. Una visión familiar, aunque no tanto en mujeres. Resulta infrecuente ver a una mujer en un equipo de perforaciones.

Sin embargo, el lado de la cara que me impresiona es el que no tiene quemaduras. Es preciosa, más bonita incluso que Eo. La piel suave, las facciones marcadas y armoniosas, blanca como la leche. Y aun así tan fría, tan furiosa y tan cruel. Tiene los dientes de abajo desiguales y las uñas mal cuidadas. Lleva cuchillos dentro de las botas. Lo sé por el amago con que se dirigió a ellas cuando le agarré la mano.

El enclenque, Ralph, es de una fealdad ordinaria, el rostro oscuro y afilado como un hacha, los dientes separados y mugrientos. Mira fijamente a través de la escotilla de la tanqueta mientras rodamos y traqueteamos por los túneles abandonados hasta alcanzar galerías iluminadas y pavimentadas para los vehículos. No conozco a estos rojos, y aunque llevan nuestro emblema en las manos no me fío de ellos. No son ni de Lambda ni de Lico. Podrían incluso ser platas.

Al cabo de un tiempo vislumbro otros vehículos de servicio y tanquetas por la escotilla. No sé dónde estamos,

aunque eso me preocupa menos que la tristeza que me crece en el pecho. Cuanto más nos alejamos y más tiempo dedico a mis pensamientos, más lacerante me resulta el dolor. Me toco la cinta nupcial con un dedo. Eo sigue muerta. No me está esperando al final de este viaje. ¿Por qué he tenido que sobrevivir, si ella no lo ha hecho? ¿Por qué tiré tan fuerte de sus pies? ¿Habría sobrevivido también? Siento las entrañas como un agujero negro. Un peso espantoso me oprime el pecho y me hace querer saltar de la tanqueta y lanzarme ante uno de los vehículos de servicio. La muerte es más fácil cuando ya la has buscado.

Pero no salto. Me quedo ahí sentado con Harmony y con Ralph. Eo quería algo más para mí. Cierro con fuerza el puño en torno a la cinta escarlata de mi cabeza.

La carretera del túnel se ensancha cuando llegamos a un puesto de control vigilado por unos quincallas sucios con equipos desgastados. La verja eléctrica ni siquiera está electrificada. Dejan pasar la tanqueta que va delante de nosotros después de comprobar un panel que tienen a un lado. Después nos llega el turno y yo me remuevo en el asiento, al igual que Ralph. Harmony suelta una risita desdeñosa cuando el quincalla escanea el lateral de la tanqueta y nos hace una señal con la mano para que atravesemos la verja.

—Tenemos una clave de acceso. Los esclavos no tienen cerebro. Los quincallas son idiotas. Es con las élites con quienes hay que tener cuidado. Monstruos obsidianos. Pero no pierden el tiempo aquí abajo.

Estoy intentando convencerme de que esto no es algún truco de los dorados, de que Harmony y Ralph no son enemigos, cuando nos separamos del túnel principal y enfilamos hacia una calle sin salida rodeada de almacenes de suministros no mucho más grandes que el área común. Unas penetrantes luces sulfurosas cuelgan de las

instalaciones. La mitad de los focos están fundidos. Uno parpadea encima de un garaje que está cerca de un almacén marcado con un extraño símbolo dibujado con una pintura poco corriente. Nos dirigimos hacia el garaje. La puerta se cierra y Harmony me hace una señal para que me baje de la tanqueta.

—Hogar, dulce hogar —dice—. Ahora vamos a ver a Dancer.

8

DANCER

Dancer me atraviesa con la mirada. Es casi de mi altura, lo que no es habitual. Pero es ancho y terriblemente viejo, quizá ya entrado en la cuarentena. Tiene remolinos blancos en las sienes. Y el cuello marcado por una decena de cicatrices similares. Ya las he visto antes. Mordeduras de víboras. El brazo izquierdo le cuelga sin fuerzas junto al costado. Daño nervioso. Pero sus ojos me llaman poderosamente la atención; son mucho más brillantes que los de la mayoría, con volutas de auténtico rojo, no de un rojo herrumbroso. Tiene una sonrisa paternal.

—Debes de estar preguntándote quiénes somos —comienza a decir Dancer con amabilidad.

Tiene una voz tranquila, a pesar de su tamaño. Junto a él hay ocho rojos, todos hombres excepto Harmony, que lo miran con adoración. Mineros todos ellos, me parece, con las manos fuertes y llenas de cicatrices de los de nuestra clase. Se mueven con la gracia de nuestra gente. Algunos fueron sin duda volteadores o arriscados, como llamamos a los que corren por las paredes y ejecutan las cabriolas y los saltos de los bailes. ¿Habrá algún sondeainfiernos?

—No se lo está preguntando. —Harmony se toma su tiempo para pronunciar aquellas palabras, las hace rodar por la lengua. Le aprieta la mano a Dancer cuando lo rodea para mirarme—. Aquí el maldito pequeñajo lo adivinó hace una hora.

—Ah. —Dancer le lanza una dulce sonrisa—. Claro que sí. De lo contrario, Ares no nos habría pedido que nos

arriesgáramos a traerlo aquí. ¿Sabes dónde es «aquí», Darrow?

—Eso da igual —murmuro. Miro a mi alrededor, a las paredes, los hombres y las luces oscilantes. Todo es muy frío y sucio—. Lo que importa es… —No consigo terminar mi propia frase. El súbito recuerdo de Eo hace que se me quiebre la voz—. Lo que importa es que vosotros queréis algo de mí.

—Sí, eso importa —admite Dancer. Me pone una mano en el hombro—. Pero eso puede esperar. Me sorprende que estés en pie. Tienes las heridas de la espalda llenas de tierra. Vas a necesitar antibacterianos y restauradores dérmicos para evitar que te queden cicatrices.

—Las cicatrices no importan —espeto. Me quedo mirando las dos gotas de sangre que caen al suelo desde el faldón de mi camisa. Las heridas se reabrieron cuando salí de la tumba —. Eo sí está… muerta, ¿verdad?

—Sí que lo está. No podíamos salvarla, Darrow.

—¿Por qué no?

—Simplemente no podíamos.

—¿Por qué no? —insisto. Lo miro con rabia, y luego miro con rabia a sus seguidores y siseo las palabras, una a una—. Si me salvasteis a mí, podríais haberla salvado a ella. Era a ella a quien habríais querido. A la maldita mártir. A ella le importaba todo esto. ¿O es que Ares no necesita hijas, sino solo hijos?

—Mártires hay hasta debajo de las piedras —dice Harmony con un bostezo.

Me adelanto como una serpiente y la agarro del cuello. Las oleadas de ira me crispan la cara hasta que se me queda entumecida y siento cómo se me acumulan las lágrimas en los ojos. Los achicharradores gimen a mi alrededor mientras se preparan para disparar. Uno me oprime el cogote. Siento su boca fría.

—¡Suéltala! —grita alguien—. ¡Hazlo, chico!

Les escupo, zarandeo a Harmony una vez y la tiro a un lado. Se acurruca en el suelo, tosiendo, y después un cuchillo brilla en su mano cuando se incorpora.

Dancer se interpone entre nosotros, renqueante.

—¡Basta ya! ¡Los dos! ¡Darrow, por favor!

—Tu chica era una soñadora, chaval —me escupe Harmony desde detrás de Dancer—. Tan inútil como una llama sobre el agua…

—Harmony, maldita sea, cierra ya esa bocaza —ladra Dancer—. Apartad esas malditas cosas. —Los achicharradores se apagan. Después de un tenso silencio, se inclina hacia mí para hablarme. Baja el tono de voz. Mi respiración está agitada—. Darrow, somos amigos, somos amigos. No puedo hablar por Ares, ni te puedo decir por qué no pudo ayudarnos a salvar a tu chica: no soy más que una de sus manos. No puedo quitarte el dolor, ni tampoco puedo devolverte a tu mujer. Pero, Darrow, mírame. Mírame, sondeainfiernos. —Lo hago. Clavo la mirada en esos ojos rojos como la sangre—. Hay muchas cosas que no puedo darte. Pero sí puedo darte justicia.

Dancer camina hacia Harmony y le susurra algo; tal vez que tenemos que ser amigos. No lo seremos. Pero prometo que no la estrangularé, y ella promete que no me apuñalará.

La chica guarda silencio cuando me aparta de los otros y me guía a través de angostos pasillos de metal hasta una pequeña puerta que abre haciendo girar un pomo. El eco de nuestras pisadas resuena por los pasadizos herrumbrosos. La habitación es pequeña y está llena de mesas y de material médico. Harmony me ordena que me quite la camisa y que me siente en una de las mesas frías para limpiarme las heridas. No mueve las manos con delicadeza cuando me frota la espalda lacerada para quitarme la tierra. Intento no gritar.

—Eres un estúpido —me reprocha mientras me extrae trozos de roca de una herida profunda. Jadeo de dolor y trato de decir algo, pero aprieta un dedo contra mi espalda y me interrumpe—. Los soñadores como tu chica están llenos de limitaciones, pequeño sondeainfiernos. —Se asegura de que no hable—. Entiéndelo. El único poder que tienen está en la muerte. Cuanto peor sea su muerte, más fuerte será su voz, y más intensos los ecos. Pero tu mujer cumplió su propósito.

Su propósito. Suena muy frío, distante y triste, como si mi risueña chica llena de sonrisas solo hubiera estado destinada a la muerte. Las palabras de Harmony se me quedan clavadas y miro fijamente la rejilla de metal antes de darme la vuelta para mirar esos ojos airados.

—Entonces ¿cuál es tu propósito?

Harmony levanta las manos cubiertas de sangre y tierra.

—El mismo que el tuyo, pequeño sondeainfiernos. Hacer que el sueño se convierta en realidad.

Después de que Harmony me limpie la tierra de la espalda y me ponga una inyección de antibacterianos, me lleva a una habitación que está junto a un grupo de generadores ronroneantes. El abarrotado alojamiento médico tiene filas de catres y una cisterna de agua. Me deja solo. La ducha es algo terrorífico. Aunque es más delicado que el aire del ventilador, la mitad del tiempo siento que me estoy ahogando, y la otra mitad siento una mezcla de agonía y éxtasis. Abro el grifo de agua caliente hasta que se forma un vapor denso y el dolor me lacera la espalda.

Una vez limpio, me visto con las extrañas prendas que me han preparado. No es ni un mono ni una prenda hecha a mano como las que estoy acostumbrado a llevar. El material es lustroso y elegante, como si estuviera destinado a vestirlo alguien de otro color.

Cuando Dancer entra en la habitación aún estoy a medio vestir. Arrastra el pie izquierdo, casi tan inutilizado como su brazo izquierdo. Aun así es un hombre impresionante, más ancho que Barlow, y mejor parecido que yo a pesar de la edad y de las cicatrices de mordeduras de su cuello. Lleva un bol de hojalata y se sienta en uno de los catres, que cruje bajo su peso.

—Te salvamos la vida, Darrow. Así que tu vida es nuestra, ¿no estás de acuerdo?

—Mi tío me salvó la vida —digo.

—¿El borracho? —resopla—. Lo mejor que ha hecho ha sido hablarnos de ti. Y tenía que haberlo hecho cuando eras un chaval, pero te mantuvo en secreto. Ha trabajado para nosotros como informante desde antes de que muriera tu padre, ¿lo sabías?

—¿Lo han colgado?

—¿Por haberte descolgado? Espero que no. Le dimos un inhibidor de señal para apagar las anticuadas cámaras. Hizo su trabajo con sigilo.

El tío Narol. Locutor jefe, pero borracho como una cuba. Siempre pensé que era débil. Todavía lo es. Ningún hombre fuerte bebería como él ni estaría tan amargado. Pero nunca se mereció la manera en que lo desprecié. Aun así, ¿por qué no salvó a Eo?

—Te comportas como si mi tío te debiera algo.

—Se lo debe a su pueblo.

—Pueblo. —Me río de esa palabra—. Está la familia. Está el clan. Puede que también estén el sector y la mina, pero el pueblo… Pueblo. Y te comportas como si me representaras, como si tuvieras algún derecho sobre mi vida. Pero no eres más que un estúpido. Todos vosotros, los Hijos de Ares. —Mi voz suena con una condescendencia devastadora—. Estúpidos que no sabéis hacer otra cosa que poner bombas.

Como niños enfadados que les dan patadas a los nidos de las víboras.

Eso es lo que quiero hacer. Quiero dar patadas, emprenderla a golpes con todo. Por eso le insulto, y por eso escupo sobre los Hijos aunque en realidad no tengo ningún motivo para odiarlos.

El atractivo rostro de Dancer se tuerce en una sonrisa cansada. Solo entonces me percato de lo débil que es realmente su inútil brazo izquierdo. Más delgado que el musculoso brazo derecho, doblado como el tallo de una flor. Pero a pesar de la extremidad marchita, hay en Dancer una amenaza retorcida, menos evidente que la de Harmony. Hace su aparición cuando me río de él, cuando me mofo de él y de sus sueños.

—La misión de nuestros informantes es pasarnos información y ayudarnos a encontrar a los renegados para que podamos sacar de las minas lo mejor de los rojos.

—Para que podáis usarnos.

Dancer sonríe severamente y recoge el bol del camastro.

—Vamos a jugar a un juego para ver si eres uno de esos renegados, Darrow. Si ganas, te llevaré a ver algo que pocos rojos inferiores han visto.

Rojos inferiores. Es la primera vez que oigo esa expresión.

—¿Y si pierdo?

—Entonces no serás un renegado y los dorados volverán a ganar.

La idea me turba.

Tiende el bol hacia mí y me explica las reglas.

—Hay dos tarjetas en el bol. Una tiene impresa la guadaña del segador. La otra, un cordero. Si eliges la guadaña, pierdes. Si eliges el cordero, ganas.

Pero me doy cuenta de que su voz titubea cuando dice esto último. Me está poniendo a prueba. Y eso significa que aquí no interviene la suerte. Así pues, tiene que estar

midiendo mi inteligencia, lo que significa que hay una vuelta de tuerca. La única forma en que podría poner a prueba mi inteligencia consistiría en que ambas tarjetas tuvieran una guadaña; esa es la única variable que puede alterarse. Fácil. Miro fijamente los atractivos ojos de Dancer. Este juego está amañado. Estoy acostumbrado a ellos, y normalmente sigo las reglas. Pero esta vez no lo voy a hacer.

—Jugaré.

Alargo la mano hacia el bol y cojo una tarjeta, procurando que solo yo pueda ver la figura. Es una guadaña. Dancer no me quita la vista de encima.

—He ganado —digo.

Extiende el brazo para ver la figura, pero me la meto en la boca antes de que alcance a cogerla. En ningún momento consigue verla. Dancer me mira mientras mastico el papel. Me la trago, saco del bol la tarjeta que queda y se la arrojo. Una guadaña.

—La carta del cordero tenía demasiada buena pinta como para no comérmela —digo.

—Perfectamente comprensible.

El rojo de sus ojos centellea. Aparta el bol. Recupera el carácter amable, como si este nunca hubiera sido amenazante.

—¿Sabes por qué nos llamamos los Hijos de Ares, Darrow? Para los romanos, Marte era el dios de la guerra, el dios de las glorias militares, de la defensa del corazón y del hogar. Era honorable y todo eso. Pero Marte es un fraude. Es una versión idealizada del dios griego, Ares.

Dancer enciende un cisco y me pasa otro a mí. Los generadores zumban como nuevos y el cisco me llena de un abotargamiento similar cuando el humo hace volutas en mis pulmones.

—Ares era un cabrón. Un cabrón malvado patrono del odio, la violencia, la sed de sangre y las matanzas —añade.

—Así que al llamaros como él os referís a la verdad de las cosas en la Sociedad. Estupendo.

—Algo así. Los dorados preferirían que olvidáramos la historia. Y la mayor parte de nosotros o bien lo hemos hecho, o bien no nos la han enseñado nunca. Pero sé cómo ellos ascendieron al poder hace cientos de años. Lo llaman la Conquista. Asesinaron a todo aquel que se opuso a ellos. Masacraron ciudades y continentes. No hace muchos años, redujeron un mundo entero a cenizas: Rea. El Señor de la Ceniza lo sumió en el olvido con armas atómicas. Actuaron con la ira de Ares. Y ahora nosotros somos los hijos de esa ira.

—¿Tú eres Ares? —pregunto en un susurro.

Planetas. Han destruido planetas. Pero Rea está mucho más lejos de la Tierra que Marte. Es una de las lunas de Saturno, creo. ¿Por qué iban a lanzar bombas atómicas en un lugar tan lejano?

—No. Yo no soy Ares.

—Pero le perteneces.

—No le pertenezco a nadie más que a Harmony y a mi gente. Soy como tú, Darrow. Nací en un clan de cavadores de tierra, de mineros de la colonia de Tiros. Solo que yo sé más del mundo. —Frunce el ceño ante mi expresión impaciente—. Piensas que soy un terrorista. Y no lo soy.

—¿No? —le pregunto.

Dancer se reclina y le da una calada a su cisco.

—Imagínate que hubiera una mesa cubierta de pulgas —explica—. Las pulgas saltarían y saltarían hasta alturas desconocidas. Entonces llega un hombre y encierra las pulgas en un tarro de cristal vuelto del revés. Las pulgas saltan y se dan con el tope del tarro, sin poder llegar más alto. Y entonces el hombre quita el tarro, pero las pulgas no saltan más alto de lo que se han acostumbrado porque creen que aún hay un techo de cristal. —Exhala humo. A través de

él veo cómo le brillan los ojos como el ascua del final de su cisco—. Nosotros somos las pulgas que saltan alto. Ahora te enseñaré cómo de alto.

Dancer me lleva por un destartalado pasillo hasta un ascensor cilíndrico de metal. Es un aparato oxidado y pesado, que chirría mientras subimos a un ritmo constante.

—Deberías saber que tu mujer no murió en vano, Darrow. Los verdes que nos ayudan piratearon la transmisión. Conseguimos entrar en la señal y emitimos la versión auténtica en todas las HP de nuestro planeta. El planeta, los clanes de los cientos de miles de colonias mineras y los que viven en las ciudades han oído la canción de tu esposa.

—Eso no son más que cuentos —protesto—. No hay ni la mitad de colonias.

No me hace caso.

—Oyeron su canción, y ya la llaman Perséfone.

Hago una mueca y alzo la mirada hacia él. No. Ella no se llama así. Ella no es su símbolo. No pertenece a estos bandidos de nombres falsos.

—Se llama Eo —le recalco—. Y pertenece a Lico.

—Ahora pertenece a su gente, Darrow. Y recuerdan los relatos de una diosa que le fue arrebatada a su familia por el dios de la muerte. Incluso a pesar del rapto, la muerte no pudo quedársela para siempre. Ella fue la Doncella, la diosa de la primavera destinada a regresar después de cada invierno. La belleza encarnada puede conmover la vida incluso más allá de la tumba. Así es como ven a tu esposa.

—Ella no va a volver —replico para dar por terminada la conversación.

Es inútil discutir con este hombre. No hace más que hablar y hablar.

El ascensor se detiene y salimos a un pequeño túnel. Lo sigo y llegamos a otro ascensor de un metal más reluciente y

mejor mantenido. Dos Hijos lo protegen con achicharradores. Volvemos a subir enseguida.

—Ella no volverá, pero su belleza y su voz resonarán hasta el final de los tiempos. Ella creía en algo mayor que ella misma; y la muerte le dio a su voz el poder que no tuvo en vida. Ella era pura, como tu padre. Nosotros, tú y yo —me toca el pecho con el dorso del dedo índice—, somos sucios. Estamos hechos para la sangre. Manos ásperas. Corazones sucios. Somos seres inferiores en el gran esquema de los acontecimientos; pero sin nosotros, hombres de guerra, nadie salvo la gente de Lico habría escuchado la canción de Eo. Sin nuestras manos ásperas, los sueños de los corazones más puros no podrían llegar a hacerse realidad nunca.

—Ve al grano —lo interrumpo—. Me necesitas para algo.

—Quisiste morir antes —dice Dancer—. ¿Sigues queriendo hacerlo?

—Quiero… —¿Qué es lo que quiero?—. Quiero matar a Augusto —digo, y recuerdo el frío rostro del dorado cuando ordenó la muerte de mi esposa. Era tan distante e indiferente…—. Él no vivirá, puesto que Eo yace muerta.

Pienso en el magistrado Podginus y en Dan el Feo. A ellos los mataré también.

—Venganza, entonces —suspira.

—Dijiste que eso podías ofrecérmelo.

—Te dije que te daría justicia. La venganza es algo vacío.

—Pues me colmará. Ayúdame a matar al archigobernador.

—Darrow, te pones unas metas demasiado bajas. —El ascensor coge velocidad. Se me taponan los oídos. Subimos, y subimos, y subimos. ¿Hasta dónde llega este ascensor?—. El archigobernador es solo uno de los más importantes dorados de Marte. —Dancer me pasa un par de gafas tintadas. Me las pongo, titubeante, mientras el corazón me late con fuerza. Estamos saliendo a la superficie—. Tienes que ser más amplio de miras.

El ascensor se detiene. Las puertas se abren. Y entonces se me ciega la vista.

Las pupilas se me contraen detrás de las gafas para ajustarse a la luz. Cuando por fin soy capaz de abrir los ojos, espero ver un inmenso faro o bengala brillante, alguna fuente de donde provenga la luz, pero no veo nada. La luz es ambiental. Su origen es distante, imposible. Algún instinto humano dentro de mí conoce este poder, conoce este primitivo origen de la vida. El sol. La luz del día. Me tiemblan las manos y salgo del ascensor con Dancer. No dice nada. Dudo que yo le escuchara aunque lo hiciese.

Estamos en una habitación de extraña factura, diferente de todo cuanto haya imaginado. Bajo nuestros pies hay algún tipo de sustancia, dura pero que no es ni metal ni roca. Madera. La reconozco por las imágenes que la HP muestra de la Tierra. Una alfombra de mil tonalidades distintas se extiende sobre ella, y la siento blanda bajo los pies. Las paredes que nos rodean son de una madera rojiza, y en ellas hay tallados ciervos y árboles. A lo lejos suena una música tenue. Sigo la melodía hasta adentrarme en la habitación, hacia la luz.

Distingo un panel de cristal, una pared enorme que permite pasar a los rayos del sol hasta el instrumento negro y achaparrado con teclas blancas que suena sin que nadie lo toque en una habitación alta con tres paredes y un largo panel de ventanas con cristales. Todo es muy liso. Más allá del instrumento, más allá del vidrio, hay algo que no logro comprender. Me acerco a trompicones hacia la ventana, hacia la luz, y me caigo de rodillas, con las manos apoyadas contra el cristal. Gimo con una nota larga y monocorde.

—Por fin lo entiendes —dice Dancer—. Nos han engañado.

Al otro lado del cristal se extiende una ciudad.

9

LA MENTIRA

La ciudad tiene techos de aguja, parques, ríos, jardines y fuentes. Es una ciudad de sueños, una ciudad de agua azul y vida verde en un planeta rojo que se supone que es tan estéril como el más cruel de los desiertos. Este no es el Marte que nos enseñan en la HP. Este no es un lugar inhabitable para el hombre. Es un lugar de mentiras, de riqueza y de inmensa abundancia.

Estoy atónito ante el espectáculo grotesco.

Hay hombres y mujeres que vuelan. Brillan en colores platas y dorados. Son los únicos colores que veo en el cielo. Las gravibotas los transportan como dioses. La tecnología es mucho más elegante que las torpes gravibotas que nuestros guardianes llevan en las minas. Un hombre joven pasa elevándose frente a mi ventana, la piel bruñida, el cabello flotándole suelto mientras transporta dos botellas de vino hacia el chapitel de un jardín cercano. Está borracho y sus bamboleos en el aire me recuerdan a aquella ocasión en que vi cómo se averiaba el sistema de ventilación de la escafandra de uno de los chicos del equipo de perforación. Jadeaba. Trataba de respirar mientras moría, bailando y agitándose. Este dorado se ríe como un idiota y gira de manera alborozada. Cuatro chicas, que ni por asomo son mayores que yo, vuelan tras él en una persecución alegre, atolondrada y risueña. Los vestidos ajustados que llevan parecen estar hechos de líquido y gotear alrededor de sus jóvenes curvas. Aparentan mi edad, pero se las ve malditamente estúpidas.

No lo entiendo.

Más allá, las naves revolotean por los aires siguiendo avenidas iluminadas por balizas. Unas naves pequeñas, que Dancer llama «alas ligeras», escoltan a los yates aéreos, naves mucho más complejas. En el suelo, veo hombres y mujeres que se mueven por amplias avenidas. Hay automóviles que en la parte baja llevan indicadores codificados por colores: amarillos, azules, naranjas, verdes y rosas, de cientos de tonalidades de decenas de colores con una jerarquía tan compleja y extraña que apenas la considero un concepto humano. Los edificios a través de los cuales serpentean los caminos son inmensos, algunos de cristal y otros metálicos. Pero muchos me recuerdan a los que he visto en la HP, a los edificios de los romanos, pero construidos esta vez para los dioses en lugar de para los hombres.

Más allá de la ciudad, la superficie roja y árida de Marte está desfigurada por el verde de la hierba y de los bosques que se abren camino. El cielo es de un azul oscuro manchado de estrellas. La terraformación está completada.

Esto es el futuro. Esto debería suceder dentro de unas cuantas generaciones.

Mi vida es una mentira.

Cuántas veces nos ha dicho Octavia au Lune que los de Lico somos los pioneros de Marte, que somos almas valerosas que nos sacrificamos por la raza, y que nuestro duro trabajo en favor de la humanidad no tardará en acabar. Que los colores más suaves no tardarán en unirse a nosotros, una vez que Marte sea habitable. Pero ya se nos han unido. La Tierra ha venido a Marte, y a nosotros, los pioneros, nos han dejado abajo, bregando, trabajando como esclavos, sufriendo para crear y mantener los cimientos de este… de este imperio. Somos lo que Eo siempre dijo que éramos: los esclavos de la Sociedad.

Dancer está sentado en una silla detrás de mí y espera a que pueda hablar. Con una palabra suya, las ventanas se oscurecen. Veo aún la ciudad, pero el sol ya no me ciega los ojos. Junto a nosotros, el instrumento achaparrado, que se llama piano, susurra una lóbrega melodía.

—Nos dijeron que éramos la única esperanza del hombre —susurro—. Que la Tierra estaba superpoblada, que todo el dolor, todo el sacrificio era por el bien de la humanidad. Que el sacrificio era bueno. Que la obediencia era la mejor virtud…

El dorado risueño ha llegado a la torre más cercana; se rinde a las muchachas y a sus besos. Pronto beberán el vino y tendrán su diversión.

Dancer me cuenta cómo son las cosas.

—La Tierra no está superpoblada, Darrow. Hace setecientos años se expandieron a su satélite, la Luna. Como es tan difícil impulsar aeronaves a través de la atmósfera y la gravedad de la Tierra, la Luna se convirtió en el puerto de la Tierra desde el que colonizaron las lunas y los planetas del Sistema Solar.

—¿Setecientos años? —pregunto atónito, y de pronto me siento muy estúpido.

—En la Luna, la eficiencia y el orden se convirtieron en la preocupación principal. En el espacio, cada pulmón debe tener su propósito. Así que se instituyeron los primeros colores y se envió a los rojos a Marte para recoger el combustible que necesitaba la humanidad. Se establecieron las colonias mineras porque Marte tiene la mayor concentración de helio-3, que se usa para terraformar los otros mundos y las otras lunas.

Al menos eso no era mentira.

—¿Están terraformados? ¿Los otros mundos y las otras lunas?

—Las lunas pequeñas, sí. Y la mayoría de los planetas. Los gigantes gaseosos no, evidentemente. —Se recuesta en la silla—. En las etapas tempranas de la colonización los más ricos de la Luna empezaron a darse cuenta de que la Tierra era un sumidero por el que se escapaban sus beneficios. Aunque la Luna colonizaba el Sistema Solar, pagaban los impuestos y eran propiedad de las corporaciones y los países de la Tierra; pero esas mismas entidades no podían imponer su titularidad. Así que la Luna se rebeló: los dorados y su Sociedad contra los países de la Tierra. La Tierra contraatacó y perdió. Esa fue la Conquista. La economía convirtió la Luna en la potencia y el puerto del Sistema Solar. Y la Sociedad empezó a mutar en lo que es ahora: un imperio construido sobre las espaldas de los rojos.

Veo a los colores moverse por las calles. Se ven pequeños, difíciles de distinguir desde nuestra altura, y mis ojos no están acostumbrados a ver desde tan lejos ni con tanta luz.

—A los rojos los enviaron a Marte hace quinientos años. Los demás colores llegaron a Marte hace unos trescientos años, mientras que nuestros ancestros aún bregaban bajo la superficie. Vivían en estas ciudades paraterraformadas, ciudades cubiertas con cúpulas atmosféricas, mientras que el resto del planeta se terraformaba poco a poco. Ahora se están derribando las burbujas porque el planeta ya es habitable para cualquier hombre.

»Muchos rojos superiores viven en las ciudades como conserjes, trabajadores manuales, técnicos de mantenimiento y sirvientes domésticos. Los rojos inferiores somos los que nacemos bajo la superficie, los verdaderos esclavos. En las ciudades, los que bailan desaparecen. Los que expresan sus pensamientos se desvanecen. Los que se inclinan, aceptan el imperio de la Sociedad y su lugar dentro

de la misma, como hacen todos los colores, siguen viviendo con una libertad relativa.

Exhala una nube de humo.

Me siento fuera de mi cuerpo, como si estuviera contemplando la colonización de los mundos, la transformación de la especie humana, a través de unos ojos que no son los míos. La gravedad de la historia arrastró a mi gente a la esclavitud. Somos lo más bajo de la Sociedad, la mugre. Eo siempre predicó algo parecido, aunque nunca supo la verdad. De haber sabido todo esto, ¿con cuánto más ardor habría hablado? Esta existencia es peor de lo que ella podría haberse imaginado jamás. No es difícil entender la convicción con la que actúan los Hijos de Ares.

—Quinientos años. —Agito la cabeza—. He aquí nuestro maldito planeta.

—Con sudor y esfuerzo, en eso se convirtió —asiente.

—¿Y qué hará falta para recuperarlo?

—Sangre.

Dancer me sonríe como un gato callejero. Detrás de las facciones paternales de este hombre se esconde una bestia.

Eo tenía razón. La violencia es necesaria.

Ella era la voz, como mi padre. Entonces ¿qué seré yo? ¿La mano vengadora? No logro comprender que alguien tan puro y lleno de amor quisiera que yo desempeñara ese papel. Pero lo quería. Pienso en el último baile de mi padre. Pienso en mi madre, en Leanna, en Kieran, en Loran, en los padres de Eo, en el tío Narol, y en Barlow; en todos aquellos a los que amo. Tengo muy claro de qué forma vivirán y lo rápido que morirán. Y ahora sé por qué.

Me miro las manos. Son lo que Dancer decía que eran: cosas llenas de cortes, de cicatrices y de quemaduras. Cuando Eo las besaba, se volvían suaves por el amor. Ahora que se ha ido, se vuelven duras por el odio. Cierro los puños

hasta que los nudillos se me ponen blancos como cimas nevadas.

—¿Cuál es mi misión?

10

EL TALLISTA

Crecí al lado de una chica risueña de quince años tan enamorada de su joven marido que cuando él se quemó en la mina y se le infectaron las heridas, vendió su cuerpo a un gamma a cambio de antibióticos. Era más fuerte que su marido. Cuando recuperó la salud y descubrió lo que se había hecho en su beneficio, mató al gamma con una falce que consiguió a hurtadillas en las minas. Uno puede imaginarse lo que ocurrió después de eso. La chica se llamaba Lana y era la hija del tío Narol. Ya no está viva.

Pienso en ella mientras veo la HP en lo que Harmony llamó «el ático» mientras Dancer hace los preparativos. Paso los distintos canales como si tuviera un tic en el dedo. Incluso aquel gamma tenía familia. Cavaba como yo. Nació igual que yo, pasó por el ventilador como yo, y tampoco vio nunca el sol. Tan solo le dieron un pequeño paquete con medicinas de la Sociedad, y ese es el resultado. Qué astutos. Cuánto odio siembran entre aquellos que deberían ser semejantes. Pero si los clanes supieran el lujo que existe en la superficie, si supieran lo mucho que les han robado, sentirían el odio que siento y se unirían. Mi clan es una casta temperamental. ¿Cómo sería una rebelión organizada por ellos? Probablemente como el cisco de Dago: ardería fuerte pero rápido hasta convertirse en ceniza.

Le pregunté a Dancer por qué los Hijos retransmitieron la muerte de mi esposa a las minas. ¿Por qué no mostrarles a los rojos inferiores la riqueza que hay en la superficie? Eso sembraría la rabia.

—Porque si se produjera una rebelión ahora, la aplastarían en cuestión de días —me explicó Dancer—. Debemos escoger otro camino. Un imperio no puede destruirse desde fuera si no se destruye primero desde dentro. Recuerda eso. No somos terroristas, nosotros derribamos imperios.

Cuando Dancer me contó lo que tengo que hacer, me reí. No sé si puedo hacerlo. Soy una mota de polvo. Hay miles de ciudades en la faz de Marte. Flotas de behemotes de metal surcan el espacio entre los planetas con armas que pueden resquebrajar el manto de un satélite. En la distante Luna se alzan edificios de once kilómetros de alto. La cónsul soberana, Octavia au Lune, gobierna allí con los emperadores y los pretores. El Señor de la Ceniza, que calcinó el mundo de Rea, es su adlátere. Ella controla los doce Caballeros Olímpicos, legiones de Marcados como Únicos y obsidianos tan incontables como las estrellas. Y esos obsidianos son solo la élite. Los soldados grises rondan las ciudades para mantener el orden, para asegurar la obediencia a la jerarquía. Los blancos imparten su justicia y promueven su filosofía. Los rosas sirven y proporcionan placer en las casas de los colores superiores. Los platas se dedican a la contabilidad y a manejar las divisas y la logística. Los amarillos estudian la medicina y las ciencias. Los verdes desarrollan tecnología. Los azules surcan las estrellas. Los cobres dirigen la burocracia. Cada color tiene su función. Cada color sostiene a los dorados en el poder.

La HP me muestra colores que no sabía que existían. Me muestra la moda. Ridícula y seductora. Existen biomodificaciones e implantes musculares, mujeres con la piel tan lisa y refinada, los pechos tan redondos y el pelo tan brillante que parecen de una especie distinta a Eo y al resto de las mujeres que he conocido. Los hombres son increíblemente altos y musculosos. Tienen el pecho y los

brazos abultados y rebosantes de fuerza artificial, y alardean de sus músculos como niñas con juguetes nuevos.

Soy un sondeainfiernos lambda de Lico, pero ¿eso qué es si lo comparamos con todo esto?

—Harmony ya está aquí. Tenemos que irnos —me avisa Dancer desde la puerta.

—Quiero luchar —digo cuando bajamos en el graviascensor con Harmony.

Han retocado mis emblemas. Los han abrillantado para que se parezcan más al de los rojos superiores. Visto el traje holgado de un rojo superior y la equipación necesaria para limpiar las calles. Me han teñido el pelo y llevo lentillas de colores. Así aparentaré ser de una gama de rojo más brillante.

—No quiero esta misión. Peor que eso: no puedo cumplirla. ¿Acaso podría alguien?

—Dijiste que harías lo que fuera necesario —dice Dancer.

—Pero esto…

La misión que me ha encomendado es una locura. Sin embargo, no es eso lo que me asusta. Lo que me da miedo es convertirme en algo que Eo no reconocería. Me convertiré en un demonio de nuestras historias del Octobernacht.

—Dadme un achicharrador o una bomba. Que sea otro quien haga esto.

—Te liberamos para que hicieras esto —suspira Harmony —. Solo para esto. Esta es la meta más importante de Ares desde que se crearon los Hijos.

—¿A cuántos más habéis liberado? ¿Cuántos más han intentado la misión que me estáis encargando?

Harmony mira a Dancer. No dice nada, así que ella contesta impacientemente por él.

—Noventa y siete han fracasado en el tallado… que nosotros sepamos.

—Maldición. ¿Y qué les ocurrió?

—Murieron —responde Harmony como con desgana—. O pidieron morir.

Intento reírme.

—A lo mejor Narol debió dejarme allí colgado.

—Darrow. Ven aquí. Ven. —Dancer me agarra por los hombros y me empuja hacia él—. Puede que los demás no lo consiguieran, pero contigo será distinto. Tengo esa corazonada.

Me tiemblan las piernas la primera vez que miro al cielo nocturno y a los edificios que se elevan a mi alrededor. Me da un ataque de vértigo. Siento como si estuviera cayendo, como si el mundo se hubiera salido de su eje. Hay demasiado espacio abierto, tanto que parece que la ciudad tendría que caer hacia el cielo. Me miro los pies, miro la calle y trato de imaginar que estoy en las carreteras de los túneles que van de los sectores al área común.

Las calles de Yorkton, la ciudad, son un lugar extraño de noche. Las esferas luminiscentes se extienden en hileras que siguen las calles y las aceras. Los vídeos de la HP discurren como corrientes líquidas por la avenida en esta zona de alta tecnología de la ciudad, por lo que la mayoría camina por las aceras móviles o viaja en transporte público con la cabeza agachada como el mango de un bastón. Las luces chillonas hacen que la noche sea casi tan brillante como el día. Incluso veo a personas de más colores. Esta parte de la ciudad está limpia. Los equipos de limpieza formados por rojos restriegan las calles. Los paseos y los caminos se extienden en un orden perfecto.

Hay una tenue franja roja por donde debemos andar, una franja estrecha en una calle ancha. Nuestro camino no se mueve como los de los otros. Una cobre camina por el suyo, que es más holgado. Se muestran sus programas favoritos, a

no ser que se acerque a un dorado, en cuyo caso se silencian todas las pantallas de la HP. Pero la mayoría de los dorados no caminan; a ellos les está permitido el uso de gravibotas y autocares, como a los cobres, obsidianos, grises o plateados que dispongan del permiso adecuado, aunque las botas autorizadas son unas cosas horriblemente chapuceras.

Un anuncio de una ampolla de crema aparece en el suelo frente a mí. Una mujer de proporciones extrañamente delgadas se contonea liberándose de una toga roja de encaje. Convenientemente desnuda, se aplica entonces la crema en una parte del cuerpo donde ninguna mujer se ha puesto antes una ampolla. Me sonrojo y aparto la mirada asqueado, pues no he visto más que a otra mujer desnuda.

—Será mejor que te olvides del pudor —me advierte Harmony—. Te delatará más fácilmente que tu color.

—Es asqueroso —protesto.

—Es publicidad, cariño —replica Harmony con un ronroneo condescendiente. Ella y Dancer comparten una risita.

Una anciana dorada planea sobre nosotros. Nunca había visto a nadie tan anciano como ella. Inclinamos la cabeza cuando pasa.

—Los rojos aquí tienen una paga —me explica Dancer cuando estamos a solas—. No mucho. Pero les dan dinero y los caprichos suficientes como para que sean dependientes. Se gastan el dinero en aquello que les han hecho creer que necesitan.

—Igual que todos los sometidos —sisea Harmony.

—Así que no son esclavos —concluyo.

—Claro que son esclavos —replica Harmony—. Están esclavizados para chupar de las tetas de esos mamones.

A Dancer le cuesta seguirnos, así que voy más despacio mientras habla. Harmony emite un murmullo de irritación.

—Los dorados lo han dispuesto todo de modo que sus vidas sean más fáciles. Producen programas para entretener y calmar a las masas. Dan dinero y limosnas el séptimo día de cada nuevo mes de la Tierra, de modo que haya generaciones y generaciones de personas dependientes de ellos. Crean bienes para otorgarnos una apariencia de libertad. Si la violencia es el deporte de los dorados, la manipulación es su forma de arte.

Entramos en un barrio de colores inferiores donde no hay franjas delimitadas para caminar. Los escaparates tienen bandas verdes electrónicas. Algunos venden por el sueldo de una semana un mes de realidad alternativa condensado en una hora. Dos hombres pequeños de ojos verdes y vivaces, sin un pelo en la cabeza, tachonados con pinchos de metal y tatuados con códigos digitales cambiantes me ofrecen un viaje a un lugar llamado Osgiliath. Otras tiendas ofrecen servicios bancarios, biomodificaciones o productos de higiene personal. Gritan cosas que no entiendo, pues hablan con números y acrónimos. Nunca he visto tal caos.

Los prostíbulos revestidos con cintas rosas me hacen sonrojar, al igual que los hombres y las mujeres que hay en las ventanas. Cada uno de ellos tiene una etiqueta con un precio que cuelga de manera juguetona de un hilo; es un número cambiante que se ajusta a la demanda. Una chica lasciva me incita para que me acerque mientras Dancer me explica el concepto del dinero. En Lico solo comerciábamos con productos, servicios, licor y ciscos.

Muchos bloques de la ciudad están reservados para el uso de los colores superiores. El acceso a esos barrios depende de los distintivos de orden. No puedo pasear ni conducir por un barrio dorado o cobre. Sin embargo, un cobre sí que puede irse de excursión por el barrio rojo y visitar un bar o un prostíbulo. Pero nunca al revés, ni siquiera en el salvaje y pendenciero Bazar, un lugar

comercial disoluto, ruidoso y de aire viciado por el olor a cuerpos humanos, comida y tubos de escape.

Nos adentramos en el Bazar. Me siento más seguro en los callejones traseros del Bazar de lo que me sentía en las avenidas abiertas de los sectores de alta tecnología. Aún no terminan de gustarme los espacios descubiertos, y ver las estrellas del cielo me asusta. El Bazar es más oscuro, aunque las luces brillan y la gente se afana en ir de un sitio a otro. Los edificios parecen estar apretados unos contra otros. Un centenar de balcones forman salientes en las alturas de los callejones. Arriba los caminos se entrecruzan, y en todas partes parpadean luces que vienen de distintos aparatos. Los olores se elevan como un ruido palpable. Aquí hay más humedad y menos limpieza. Y veo a menos quincallas patrullando. Dancer dice que hay lugares en el Bazar adonde ni siquiera un obsidiano debería ir.

—En los lugares con mayor densidad de población es donde la humanidad se descompone más fácilmente.

Resulta extraño estar en una multitud donde nadie reconoce tu cara ni le importan tus intenciones. En Lico me habrían empujado hombres con los que habría crecido, me habría encontrado con chicas con las que había intentado ligar y con las que me había peleado de pequeño. Aquí, otros colores se tropiezan bruscamente conmigo y no me ofrecen ni una vaga disculpa. Esto es una ciudad y no me gusta. Me siento solo.

—Ya hemos llegado —dice Dancer, y me hace señas para que atraviese una puerta oscura donde un dragón volador electrónico titila sobre la superficie de una piedra.

Nos detiene un marrón gigantesco con la nariz modificada. Esperamos a que el nasoimplantado husmee y resople. Ese hombre es más grande que Dancer.

—Pelo teñido —gruñe, mientras me olfatea el pelo—. Un roñoso, este.

Del cinturón le sobresale un achicharrador. Lleva una navaja en la muñeca: lo sé por la forma en que mueve la mano. Otro matón se le une en la entrada. Lleva procesadores enjoyados en los globos oculares, pequeños rubíes rojos que brillan cuando la luz incide en ellos de determinada forma. Me quedo mirando los rubíes y los ojos marrones.

—¿Y a este qué le pasa? ¿Quiere pelea? —escupe el matón—. Sigue mirándome y te arranco el hígado para venderlo.

Cree que le estoy desafiando. Lo cierto es que tan solo siento curiosidad por los rubíes, pero cuando me amenaza le sonrío y le guiño ligeramente un ojo como haría si estuviera en las minas. De repente aparece un cuchillo en su mano. Las reglas son distintas aquí arriba.

—Sigue jugando, chaval, sigue jugando. Venga, atrévete.

—Mickey nos espera —le dice Dancer.

Miro al amigo del nasoimplantado cuando intenta que baje la mirada como si yo fuera un niño. El nasoimplantado mira con malicia el brazo y la pierna de Dancer y sonríe.

—No conozco a ningún Mickey, tullido. —Mira a su amigo—. ¿A ti te suena algún Mickey?

—No. Aquí no hay ningún Mickey.

—Qué alivio. —Dancer se lleva la mano al achicharrador que lleva dentro de la chaqueta—. Entonces no tendrás que explicarle a Mickey por qué mi… generoso amigo no consiguió hablar con él.

Aparta la chaqueta para que puedan ver el glifo grabado en la culata del arma. El casco de Ares.

—Joder. —El nasoimplantado traga saliva al ver el glifo. Después chocan uno con otro cuando intentan abrir la puerta a la vez—. Te-te-tengo que coger vuestras armas.

Otros tres hombres avanzan hacia nosotros, con los achicharradores medio levantados. Harmony se abre el

chaleco y les muestra la bomba que lleva sujeta al estómago. Hace rodar un parpadeante detonador entre sus ágiles dedos de roja.

—Qué va. No hace falta.

El nasoimplantado traga saliva, asiente.

—No hace falta.

El interior del edificio es oscuro. Es una oscuridad densa por el humo y las luces pulsantes: muy parecido a la mina de mi hogar. La música palpita. Los cilindros de cristal se elevan como pilares entre las mesas y las sillas donde los hombres beben y fuman. Dentro de los cilindros hay mujeres que bailan. Algunas se contorsionan en el agua, y agitan unos extraños pies palmeados y los muslos relucientes al ritmo de la música. Otras giran al son de la palpitante melodía en entornos de humo dorado o de pintura plateada.

Más matones nos guían a una mesa trasera que parece hecha de agua iridiscente. Un hombre delgado se reclina allí con otras criaturas, cada cual más extraña. Al principio creí que eran monstruos, pero cuanto más de cerca las miro, más confuso me siento. Son humanas. Pero las han hecho parecer otra cosa. Las han moldeado para que parezcan otra cosa. Una preciosa chica, no mayor que Eo, me mira allí sentada con sus ojos de color esmeralda. Las alas de un águila blanca le brotan de los músculos de la espalda. Es como si la hubieran extraído de un sueño febril, del que nunca debería haber salido. Otras chicas como ella deambulan entre el humo y las luces extrañas.

Mickey el Tallista es un hombre escalpelo; tiene la sonrisa torcida y el pelo negro le cuelga como un chorro de petróleo a un lado de la cabeza. Alrededor de la mano izquierda lleva el tatuaje de una máscara de color amatista envuelta en volutas de humo. Es el emblema de un violeta —los creativos—, así que cambia constantemente. Está jugando con un rompecabezas electrónico en forma de cubo cuyas

caras van cambiando. Mueve los dedos con rapidez. Son más delgados y más largos de lo que deberían, y tiene doce. Fascinante. Nunca había visto un artista, ni siquiera en la HP. Son tan difíciles de ver como los blancos.

—Ah, Dancer —dice con un suspiro, sin levantar la mirada del cubo—. Sabía que eras tú por la manera en que se arrastran tus pasos. —Entorna los ojos ante el cubo que tiene en las manos—. Y Harmony. Te olí desde la puerta, querida. Una bomba pésima, por cierto. La próxima vez que necesites artesanía de verdad, busca a Mickey, ¿sí?

—Mick —dice Dancer, y se sienta a la mesa de las criaturas oníricas.

Me doy cuenta de que Harmony está un poco mareada por el humo. Yo estoy acostumbrado a respirar cosas peores.

—Bueno, Harmony, amorcito —ronronea Mickey—. ¿Ya has dejado a este tullido? ¿Acaso has venido a unirte a mi familia? ¿Sí? ¿A ponerte unas alas? ¿Y garras en las manos? ¿O una cola? Cuernos. Estarías de lo más fiera con cuernos. Sobre todo, envuelta en mis sábanas de seda.

—Tállate un alma y lo mismo tienes una oportunidad —se mofa Harmony.

—Ah. Si para tener alma hay que ser rojo, casi que paso.

—Entonces hablemos de negocios.

—Qué brusca eres. La conversación debería considerarse como un arte o una buena cena. Cada plato a su tiempo.

Los dedos vuelan sobre el cubo. Los junta guiándose por la frecuencia eléctrica, pero le falta rapidez para unirlos antes de que cambien. Aún no ha levantado la mirada.

—Tenemos una propuesta que hacerte, Mickey —arranca Dancer con impaciencia, y baja la mirada hacia el cubo.

La sonrisa de Mickey es amplia y torcida. No levanta los ojos. Dancer repite lo que ha dicho.

—Directo a por el plato principal, ¿eh, tullido? Bueno, venga, suelta ya esa propuesta.

Dancer le quita el cubo de las manos de un manotazo. La mesa se queda en silencio. Los matones se ponen tensos detrás de nosotros y la música sigue sonando con fuerza. El corazón me late con calma y vigilo el achicharrador que hay en el muslo del matón más cercano. Lentamente, Mickey levanta la mirada y corta la tensión con una sonrisa torcida.

—¿Qué pasa, amigo?

Dancer le hace un gesto a Harmony con la cabeza y ella le desliza una cajita a Mickey.

—¿Un regalo? No hacía falta. —Mickey examina la cajita—. Vaya baratija. Qué poco gusto tienen los rojos. —Entonces desliza la tapa de la caja para abrirla y ahoga un grito de terror. Retrocede y cierra la cajita con un golpe—. Putos cabrones de mierda. ¿Qué es esto?

—Ya sabes lo que son.

Mickey se inclina hacia delante y su voz se convierte en un siseo hilvanado.

—¿Las habéis traído hasta aquí? ¿Cómo las habéis conseguido? ¿Estáis locos?

Mickey echa una mirada fugaz a sus seguidores, que observan con curiosidad la caja y se preguntan qué ha trastornado de esa forma a su maestro.

—¿Locos? Somos unos malditos maniacos —sonríe Dancer—. Y necesitamos que se las coloques a alguien. Pronto.

—¿Colocárselas a alguien? —Mickey empieza a reírse.

—A él.

Dancer me señala.

—¡Largo! —Mickey le grita a su séquito—. ¡Largo, panda de bellacos mamelucos y lisonjeros! ¡Os estoy hablando a vosotros, engendros! ¡Fuera de aquí!

Cuando se han marchado a toda prisa, abre la caja y deja caer el contenido sobre la mesa. En ella repiquetean dos alas de color oro: el emblema de un dorado. Dancer se sienta.

—Queremos que conviertas a Darrow, aquí presente, en un dorado.

11

LOCOS

Estáis locos.

—Gracias —sonríe Harmony.

—Doy por sentado que te has expresado mal; te ruego que me lo repitas —le ruega Mickey a Dancer.

—Ares te dará más dinero del que hayas visto en tu vida si consigues acoplarle eso al joven amigo que me acompaña.

—Imposible —sentencia Mickey. Me mira. Me examina por primera vez. Se muestra poco impresionado a pesar de mi altura. No le culpo. Antes creía que era un hombre guapo entre los clanes. Fuerte. Musculoso. Aquí arriba, soy pálido y enjuto, joven y cubierto de cicatrices. Escupe sobre la mesa —. Imposible.

Harmony se encoge de hombros.

—Es algo que ya se ha hecho.

—¿Y quién lo ha hecho, si se puede saber? —Gira la cabeza—. No. No voy a morder el anzuelo.

—Alguien con talento —le provoca Harmony.

—Imposible —repite con énfasis. Mickey se inclina más hacia delante si cabe; su fino rostro no tiene ni un solo poro —. Habría que resolver el asunto de la correspondencia entre su ADN y el de las alas, así como los de la extracción cerebral. ¿Sabías que tienen marcas subdérmicas en el cráneo? Claro que no lo sabías. ¿Y que tienen chips con sus datos injertados en el córtex frontal para confirmar su casta? Y luego están las conexiones sinápticas, los enlaces moleculares, los dispositivos de rastreo y el Consejo de Control de Calidad. Y luego están el trauma y el

razonamiento asociativo. Aunque consigamos hacerle un cuerpo perfecto, aún quedará un problema, y es que no podemos hacerlo más listo. No se puede convertir a un ratón en un león.

—Este chico ya piensa como un león —dice Dancer.

—¡Jo, jo! Piensa como un león —se ríe burlonamente Mickey.

—Y es como Ares quiere que se haga.

La voz de Dancer suena fría.

—Ares. Ares. Ares. No importa lo que Ares quiera, pedazo de simio. Da igual la ciencia. Su destreza física y mental probablemente sea la de un limpiador de retretes. Y sus tangibles no coincidirán. ¡No es de la misma especie! ¡Este es un roñoso!

—Soy un sondeainfiernos de Lico —protesto.

Mickey alza las cejas.

—¡Jo, jo! ¡Un sondeainfiernos! ¡Abrid paso! Un sondeainfiernos, dice. —Se burla de mí, pero de repente entorna los ojos como si recordara haberme visto antes. Mis latigazos se televisaron. Mucha gente ha visto mi rostro—. Joder —murmura.

—Reconoces mi cara —le confirmo.

Carga el vídeo viral y vuelve a verlo.

—¿No te habías muerto con esa novia tuya?

—Era mi mujer.

Los músculos de la mandíbula de Mickey le tiemblan debajo de la piel mientras me hace caso omiso.

—Estáis fabricando un salvador —dice a modo de acusación, mientras le lanza una ojeada a Dancer—. Dancer, pedazo de cabrón, estás intentando fabricar un mesías para tu condenada causa.

No se me había ocurrido verlo de esa forma. Me pica la piel de intranquilidad.

—Sí —responde Dancer.

—Si lo convierto en un dorado, ¿qué haréis con él?

—Pedirá la admisión en el Instituto. Lo aceptarán. Allí se distinguirá lo bastante como para llegar hasta los rangos de los Marcados como Únicos; y como un Marcado, puede prepararse para ser pretor, legado, político o cuestor. Cualquier cosa. Ascenderá hasta una posición privilegiada; cuanto más importante, mejor. Y una vez allí, estará en disposición de hacer lo que Ares le pida para la causa.

—Madre de Dios —murmura Mickey. Mira fijamente a Harmony y después a Dancer—. Queréis que sea un auténtico Marcado como Único. ¿Un bronce no?

Un bronce es un dorado descolorido. De la misma clase, pero menospreciado por sus capacidad y apariencia inferiores.

—Un bronce no —confirma Dancer.

—¿Y un florecilla?

—No queremos que se vaya a clubes nocturnos ni a comer caviar. Queremos que dirija las flotas.

—Las flotas. Estáis todos locos. Locos. —Los ojos violetas de Mickey se posan en los míos después de un momento—. Muchacho, te están condenando a muerte. No eres un dorado. No puedes hacer lo que hacen los dorados. Son asesinos. Han nacido para dominarnos. ¿Te has encontrado alguna vez con un áureo? Claro que ahora parecen todos bonitos y tranquilos. Pero ¿sabes lo que pasó en la Conquista? Son unos monstruos. —Sacude la cabeza y lanza una risotada perversa—. El Instituto no es ningún colegio. Es el lugar donde se dedican a sacrificarse unos a otros hasta que encuentran al más fuerte de cuerpo y de mente. Tú morirás.

El cubo de Mickey está en el lado opuesto de la mesa. Avanzo hacia él sin decir palabra. No sé cómo funciona, pero sé de los rompecabezas de la tierra.

—Pero ¿qué haces, muchacho? —Mickey lanza un suspiro lastimero—. Eso no es juguete.

—¿Has estado alguna vez en una mina? —le pregunto—. ¿Has usado alguna vez los dedos para cavar en una falla en un ángulo de doce grados mientras haces los cálculos para adaptar el ochenta por ciento de la fuerza giroscópica y el cincuenta y cinco por ciento del impulso y así no desencadenar una reacción en una bolsa de gas, y todo eso mientras estás sentado en tu propio pis y tu propio sudor y te preocupan las víboras que quieren meterse en tu tripa para poner sus huevos?

—Esto es…

La voz se le debilita mientras ve cómo la garra perforadora ha entrenado el movimiento de mis dedos, cómo la gracilidad con la que mi tío me enseñó a bailar se traslada a mis manos. Canturreo mientras tanto. Apenas tardo un momento: un minuto, o quizá tres. Pero averiguo cómo funciona el rompecabezas y lo resuelvo sin problemas, de acuerdo con la frecuencia. Parece que tiene otro nivel, acertijos matemáticos. No entiendo las matemáticas, pero sí los patrones. Resuelvo este y cuatro rompecabezas más, y después cambia otra vez en mis manos, se convierte en un círculo. Mickey abre mucho los ojos. Termino los rompecabezas del círculo y después le lanzo el aparato de vuelta. Mira de hito en hito mis manos mientras mueve frenéticamente sus doce dedos.

—Imposible —murmura.

—Evolución —replica Harmony.

Dancer sonríe.

—Habrá que discutir el precio.

12

LA TALLA

Mi vida se convierte en una agonía.

Mis emblemas están unidos al metacarpo de cada mano. Mickey me quita los viejos emblemas de rojo y cultiva piel y hueso nuevos sobre las heridas. Entonces se dispone a instalarme un chip de datos subdérmico robado en el lóbulo frontal. Me dicen que morí del trauma y que tuvieron que reanimarme el corazón. Así que ya he muerto dos veces. Dicen que estuve dos semanas en coma, pero para mí no fue más que un sueño. Estaba en el valle con Eo. Me besó en la frente y entonces me desperté y sentí los puntos de sutura y el dolor.

Estoy tumbado en la cama mientras Mickey me hace pruebas. Me hace mover canicas de un recipiente a otros clasificados por colores. Lo hago durante lo que me parece una eternidad.

—Estamos formando sinapsis, querido. —Me hace pruebas con problemas verbales y quiere que me ponga a leer, pero no sé leer—. Tendrás que aprender para el Instituto —añade con una risita.

Despertar de mis sueños es algo cruel. En ellos, Eo me consuela; pero, cuando despierto, ella no es más que un fugaz recuerdo. Me siento vacío mientras estoy tumbado en la celda médica improvisada de Mickey. Un antiséptico iónico zumba junto a mi cama. Aquí todo es blanco, pero oigo la retumbante música de su club. Sus chicas me cambian los pañales y vacían las bolsas de orina. Una chica que no habla nunca me baña tres veces al día. Tiene unos

brazos delgados y esbeltos, y el rostro tan suave y triste como la primera vez que la vi sentada con Mickey a la mesa líquida. Las alas que se curvan hacia fuera desde su espalda están unidas con un lazo carmesí. No me mira nunca a los ojos.

Mickey sigue tratando de que forme conexiones sinápticas mientras repara el tejido cicatrizado de la cirugía neuronal. Todo en él son risas, sonrisas y largos toquecitos en la frente mientras me llama «querido». Me siento como una de sus chicas, uno de los ángeles que esculpió por mero placer.

—No tenemos que conformarnos solo con el cerebro. Hay mucho trabajo que hacer en este cuerpo de roñoso tuyo si queremos convertirte en un dorado de hierro.

—¿Y eso es…?

—Los antepasados dorados, los que llaman los dorados de hierro. Eran hombres fuertes. Allí estaban, esos cuerpos fibrosos y salvajes, en los cruceros de guerra mientras arrasaban los ejércitos y las flotas republicanas de la Tierra. Qué criaturas. —La mirada se le vuelve distante—. Hicieron falta generaciones de modificaciones eugenésicas y manipulaciones genéticas para crearlos. Darwinismo forzado.

Calla durante un momento, y luego da la impresión de que la rabia crece en él.

—Dicen que los tallistas nunca conseguirán replicar la belleza del hombre dorado. El Consejo de Control de Calidad se burla de nosotros. Personalmente, yo no quiero convertirte en un hombre. Los hombres son muy frágiles. Los hombres se rompen. Los hombres mueren. No, yo siempre he querido fabricar un dios. —Sonríe con malicia mientras dibuja algunos bocetos en una terminal digital. Le da la vuelta y me enseña al asesino en el que me convertiré—. Así que ¿por qué no tallarte para que seas el dios de la guerra?

Mickey reemplaza la piel de mi espalda y la piel de mis manos donde Eo me puso las vendas en las quemaduras. Esta, me dice, no va a ser mi verdadera piel. Es solo una capa base homogénea.

—Tu esqueleto es débil porque la gravedad de Marte es tan solo una tercera parte de la de la Tierra, mi delicado pajarito. Además, llevas una dieta deficiente en calcio. La densidad media de los huesos de un dorado es cinco veces mayor que la que alcanzarían por sí solos en la Tierra. Así pues, tendremos que hacer que tu esqueleto sea seis veces más fuerte; tienes que ser de hierro si quieres sobrevivir al Instituto. ¡Será divertido! Para mí, no para ti.

Mickey vuelve a tallarme. Esta agonía escapa a la comprensión y las palabras.

—Alguien tiene que ponerle los puntos sobre las íes a Dios.

Al día siguiente me refuerza los huesos de los brazos. Después las costillas, la columna vertebral, los hombros, los pies, la pelvis y la cara. También modifica la capacidad extensible de mis tendones y tejido muscular. Por suerte, no deja que me despierte de esta última operación hasta pasadas varias semanas. Cuando al fin despierto, veo a sus chicas. Están a mi alrededor, injertándome nuevos cultivos de carne y amasándome los músculos con los pulgares.

Lentamente, mi piel empieza a curarse. Soy una colcha de retazos de carne. Empiezan a alimentarme con proteína sintética, creatinina y hormona del crecimiento para estimular el aumento del músculo y la regeneración de los tendones. Mi cuerpo tiembla por las noches y me pica al sudar por unos poros nuevos y más pequeños. La medicación para el dolor no basta para mitigar mi agonía porque los nervios reformados deben aprender a funcionar con el nuevo tejido y con el cerebro modificado.

Mickey se sienta junto a mí en mis peores noches y me cuenta historias. Solo entonces me cae bien, solo entonces creo que no es monstruo fraguado por esta pervertida Sociedad.

—Mi profesión consiste en crear, pajarito —dice una noche mientras estamos sentados en la oscuridad. La luz azul baila sobre mi cuerpo y le baña el rostro en extrañas sombras—. Cuando era joven, crecí en un sitio llamado la Arboleda. Era lo que se podría considerar una cultura de circo. Celebrábamos espectáculos todas las noches. Fiestas llenas de color, de sonido y de baile.

—Suena fatal —murmuro con sarcasmo—. Igual que las minas.

Sonríe con suavidad y sus ojos encuentran ese lugar distante.

—Supongo que para ti debe de parecer una vida entre algodones. Pero en la Arboleda reinaba la locura. Nos hacían tomar pastillas. Pastillas que podían hacernos volar entre los planetas con alas de polvo para visitar a los reyes feéricos de Júpiter y a las sirenas de las profundidades de Europa. La cabeza siempre separada del cuerpo. Sin encontrar la paz. Sin que la locura tuviera fin. —Da una palmada—. Y ahora tallo las cosas que vi en aquellos sueños febriles, justo lo que ellos siempre quisieron. Soñé contigo, creo. Al final, supongo que desearán que no lo hubiera hecho en absoluto.

—¿Fue un buen sueño? —le pregunto.

—¿Qué?

—El que tuviste conmigo.

—No. No, fue una pesadilla. Con un hombre venido del infierno, amante del fuego.

Se queda callado durante un momento.

—¿Por qué es tan horrible? —le pregunto—. La vida. Todo esto. ¿Por qué necesitan que hagamos esto? ¿Por qué nos tratan como si fuéramos sus esclavos?

—El poder.

—El poder no es algo real. No es más que una palabra.

Mickey reflexiona en silencio. Después encoge los delgados hombros.

—La humanidad siempre ha estado esclavizada, te dirán. La libertad nos esclaviza a la lujuria y la avaricia. Me quitaron la libertad, pero a cambio me dieron una vida de ensueño. A ti te dieron una vida de sacrificio, de familia, de comunidad. Y la sociedad permanece estable. Sin hambruna. Sin genocidios. Sin grandes guerras. Y cuando los dorados luchan, obedecen las reglas. Se comportan de forma… noble cuando hay riñas entre las grandes casas.

—¿Noble? Me mintieron. Dijeron que era un pionero.

—¿Y habrías sido más feliz de saber que eras un esclavo? —pregunta Mickey—. No. Ninguno de los miles de millones de rojos inferiores que habitan bajo la superficie de Marte serían felices si supieran lo que saben los rojos superiores: que son esclavos. Así pues, ¿no es mejor mentir?

—Es mejor no esclavizar.

Cuando estoy preparado, coloca un generador de fuerza para simular una gravedad aumentada sobre mi cuerpo. Nunca había experimentado tanto dolor. Me duele el cuerpo. Los huesos, la piel y el músculo se revuelven a gritos contra el cambio y la presión hasta que la medicación convierte el grito en un quejido sordo y constante.

Me paso varios días durmiendo. Sueño con mi hogar y mi familia. Todas las noches me despierto después de ver a Eo ahorcada una vez más. Pende de un lado a otro en mi imaginación. Echo de menos sentir su calidez junto a mí en la cama, aunque me dan una máscara de inmersión de la HP para distraerme.

Poco a poco me van retirando la medicación para el dolor. Los músculos aún no se han acostumbrado a la densidad de los huesos, así que mi existencia se convierte en un suplicio

melódico. Empiezan a darme comida de verdad. Por las noches, Mickey se queda hasta tarde sentado en el borde del catre acariciándome el pelo. No me importa que sus dedos parezcan las patas de una araña. No me importa que piense que soy una obra de arte, de su arte. Me da algo llamado hamburguesa. Me encanta. Mi dieta consiste en carnes rojas, cremas espesas, panes, frutas y verduras. Nunca había comido tan bien.

—Necesitas las calorías —me susurra Mickey—. Has sido muy fuerte para mí. Come bien. Te mereces esta comida.

—¿Qué tal voy? —pregunto.

—Oh, lo más duro ya ha terminado, querido. Eres un chico excelente, ¿sabes? Me han enseñado las cintas de las operaciones donde otros tallistas lo intentaron. Qué torpes fueron los demás tallistas, y qué débiles los demás sujetos. Pero tú eres fuerte y yo soy brillante. —Me da unos golpecitos en el pecho—. Tienes el corazón de un purasangre. No había visto nada igual. Te mordió una víbora cuando eras pequeño, ¿me equivoco?

—Así fue, sí.

—Eso me parecía. El corazón tuvo que adaptarse para contrarrestar los efectos del veneno.

—Mi tío succionó la mayor parte del veneno cuando la víbora me mordió —le explico.

—¡No! —Mickey ríe—. Eso es un mito. No se puede sacar el veneno succionándolo. Aún corre por tus venas, y obliga a tu corazón a mantenerse fuerte si quieres seguir viviendo. Eres alguien especial, igual que yo.

—Entonces ¿no voy a morir aquí? —consigo preguntar.

Mickey se ríe.

—¡No, no! Eso ya lo hemos pasado. Todavía te queda mucho dolor. Pero ya hemos dejado atrás la amenaza de la mortalidad. Pronto habremos convertido al hombre en dios. Al rojo en dorado. Ni tu mujer te reconocería.

Ese era mi único temor.

Cuando me quitan los ojos y me ponen unos de color dorado siento que muero por dentro. Es una simple cuestión de reconectar el nervio óptico al ojo del «donante», según dice Mickey. Una operación sencilla que ha hecho multitud de veces por razones estéticas; la parte difícil fue la operación del lóbulo frontal, dice. Discrepo. Hay dolor, sí. Pero con los nuevos ojos veo cosas que antes no veía. Los elementos son más nítidos y más definidos, y soportarlos me resulta más doloroso. Odio este proceso. Todo esto confirma la supremacía de los dorados. Necesitamos hacer todo esto para que yo me convierta en su igual. No me extraña que seamos sus siervos.

No es mío. Nada de esto es mío. Mi piel es demasiado suave, demasiado lustrosa, demasiado perfecta. No reconozco mi cuerpo sin cicatrices. No reconozco el dorso de mis manos. Eo no me reconocería.

Después Mickey me quita el pelo. Todo ha cambiado.

Se suceden las semanas de terapia física. Caminando despacio por la habitación con Evey, la chica de las alas, estoy a solas con mis pensamientos. Ninguno de los dos se preocupa mucho por hablar. Ella tiene sus demonios particulares y yo los míos, así que nos quedamos tranquilos y callados salvo cuando Mickey viene y nos dice zalameramente lo guapos que serían nuestros hijos.

Un día, Mickey me trae una cítara antigua cuya caja de resonancia no es de plástico sino de madera. Es el gesto más amable que ha tenido nunca. No canto, pero toco los himnos solemnes de Lico. Las canciones tradicionales de mi clan que nadie habrá oído nunca fuera de la mina. Evey y él se sientan conmigo a veces y, aunque Mickey me parece un ser despreciable, me da la impresión de que entiende la música. Su belleza. Su importancia. Y después de escucharla no dice nada. También me gusta en esos momentos. En paz.

—Vaya, eres más fuerte de lo que había calibrado en un principio —dice Harmony un día cuando me despierto.

—¿Dónde te habías metido? —pregunto, abriendo los ojos.

—Buscando donantes. —Hace una mueca al ver mis iris —. No se para el mundo porque tú estés aquí. Teníamos trabajo que hacer. Mickey dice que puedes andar.

—Cada vez estoy más fuerte.

—No lo bastante —conjetura, y me examina—. Pareces una cría de jirafa. Yo arreglaré eso.

Harmony me lleva a un mugriento gimnasio que está debajo del club de Mickey e iluminado por lámparas de sulfuro. Me gusta la sensación del suelo frío debajo de mis pies desnudos. He recuperado el equilibrio, lo que está bien, porque Harmony no me ofrece el brazo, sino que hace una señal para que me acerque al centro del gimnasio.

—Te hemos comprado esto —dice Harmony.

Señala dos aparatos en medio de la oscuridad. Los artilugios son de color plata y me recuerdan a los trajes que llevaban los caballeros hace siglos. La armadura cuelga suspendida entre dos cables de metal.

—Son máquinas de concentración.

Deslizo el cuerpo dentro de la máquina. Un gel seco se abraza a mis pies, a mis piernas, al torso y a los brazos y al cuello hasta que solo me queda libre la cabeza. La máquina se ha fabricado para ofrecer resistencia a los movimientos, aunque responde al más leve de los estímulos. Para crear músculo hay que ejercitarlo, lo que no significa otra cosa que usarlo con la intensidad suficiente para crear microrroturas en las fibras. Por eso te quedas dolorido después de una sesión intensa de entrenamiento, por las roturas fibrilares, no por el ácido láctico. Cuando el músculo

repara las roturas, crece. Este es el proceso que la máquina de concentración está diseñada para facilitar. Es un invento del diablo.

Harmony desliza la placa frontal sobre mis ojos.

Aunque mi cuerpo sigue en el gimnasio, me veo saltando por la escarpada superficie de Marte. Corro, impulso las piernas contra la resistencia de la máquina de concentración, que aumenta según el humor de Harmony o el lugar de la simulación. A veces me adentro en las junglas de la Tierra, donde les echo una carrera a las panteras entre la vegetación, o voy a la horadada superficie de la Luna antes de que estuviera poblada. Pero siempre vuelvo a Marte para correr por su tierra roja y saltar por sus barrancos violetas. A veces Harmony me acompaña en la otra máquina para que tenga alguien con quien competir.

Me pone al límite y a veces me pregunto si está tratando de acabar conmigo. No se lo permito.

—Si no vomitas durante un entrenamiento, eso es que no te estás esforzando —dice.

Los días resultan insoportables. Mi cuerpo es un calvario de dolores, desde las plantas de los pies hasta la nuca. Las rosas de Mickey me dan masajes todos los días. No hay nada más placentero en el mundo, pero al cabo de tres días entrenándome con Harmony, me despierto vomitando en la cama. Tiemblo, siento escalofríos y oigo palabrotas.

—Hay una ciencia detrás de todo esto, bruja miserable —está gritando Mickey—. Será una obra de arte, pero dejará de serlo si le echas agua encima antes de que la pintura esté seca. ¡No lo estropees!

—Tiene que ser perfecto —replica Harmony—. Dancer, como tenga alguna debilidad, los demás chicos lo despellejarán como si fuera un chaval en su primer día en las minas.

—¡Eres tú quien lo está despellejando! —se lamenta Mickey—. ¡Te lo estás cargando! Su cuerpo no puede enfrentarse a la descomposición muscular.

—Él no se ha opuesto al tratamiento —le recuerda Harmony.

—¡Porque no sabe que puede hacerlo! —repone Mickey—. Dancer, ella no tiene ni idea de la biomecánica subyacente a todo esto. No dejes que estropee a mi chico.

—Es que no es tu chico —le replica Harmony, desdeñosa.

Mickey suaviza el tono.

—Dancer, Darrow es como un caballo semental, uno de los antiguos sementales de la Tierra. Bellos animales salvajes que correrán tanto como les hagas correr. Correrán. Y correrán. Y correrán. Hasta que dejen de hacerlo. Hasta que les estalle el corazón.

Durante un momento se hace el silencio, roto solo por la voz de Dancer.

—Ares me dijo una vez que es el fuego más ardiente el que forja el acero más duro. Sigue forzando al chico.

Me siento resentido con mis dos instructores tras oír sus palabras: con Mickey por pensar que soy débil; y con Dancer por creer que soy su herramienta. Con la única que no me enfado es con Harmony. Sus ojos y su voz hierven con la misma rabia que yo siento en el alma. Puede que ahora tenga a Dancer, pero ha perdido a alguien. Me lo dice la parte de su rostro que no tiene cicatrices. Es tan frío como el espacio. No es ninguna estratega como Dancer o como Ares, su jefe. Ella es como yo: rebosa una rabia que hace que todo lo demás resulte irrelevante.

Esa noche lloro.

Durante los días siguientes me dan medicamentos que aceleran la síntesis de proteína y la regeneración del músculo. Después de que el tejido muscular se haya recuperado del trauma inicial, me entrenan con mucha más

dureza. Ni siquiera Mickey, que está ojeroso y con el rostro cetrino y consumido, se opone. Durante estas últimas semanas está más distante. Ya no me cuenta historias, como si tuviera miedo de lo que ha creado, ahora que voy cobrando forma.

Harmony y yo apenas nos hablamos; pero ha habido un ligero cambio en nuestra relación, algún tipo de reconocimiento primitivo de que somos el mismo tipo de persona. Pero cuando mi cuerpo se hace más fuerte, Harmony ya no me puede seguir el ritmo, aunque sea una mujer curtida en las minas. Y eso que solo han pasado dos semanas. Nuestras diferentes capacidades se distancian cada vez más. Al cabo de un mes parece un niño a mi lado. Ni siquiera entonces me estabilizo.

Mi cuerpo empieza a cambiar. Me ensancho. Los músculos se vuelven fuertes y fibrosos en la máquina de concentración, que ahora alterno con ejercicios de pesas en un entorno con mucha gravedad. La fuerza aumenta poco a poco. Los hombros se ensanchan y se redondean; veo que se me marcan los tendones en el brazo, una masa tensa de músculos duros se amarra a mi torso, como una armadura. Incluso las manos, que siempre fueron más fuertes que cualquier otra parte de mi cuerpo, se robustecen en la máquina de concentración. Pulverizo la roca con un simple apretón. Mickey dio un respingo al verlo. Ya nadie me estrecha la mano.

Duermo en gravedad alta, así que cuando me muevo por Marte me siento rápido, veloz, y más ágil que nunca. Se forman las fibras musculares de contracción rápida. Las manos se mueven como un relámpago y, cuando golpean el saco con forma humana del gimnasio, este salta como si lo hubiera sacudido un achicharrador. Ahora puedo atravesarlo de un golpe.

Mi cuerpo se está convirtiendo en el de un dorado; no el de un florecilla, ni tampoco el de un bronce, sino el de uno de primera clase. Este es el cuerpo de la raza que conquistó el Sistema Solar. Tengo unas manos monstruosas. Suaves, bronceadas y hábiles, como las que debe tener un dorado. Pero tienen una fuerza desproporcionada si se comparan con el resto de mi cuerpo. Si yo soy la hoja de una espada, ellas son el filo.

El cuerpo no es lo único que me cambia. Antes de dormir bebo un tónico cargado de potenciadores del tratamiento y escucho a velocidad aumentada *Los colores, La Ilíada, Ulises, Las metamorfosis*, las tragedias tebanas, *Los sellos dracónicos*, la *Anábasis* y obras prohibidas como *El conde de Montecristo, El Señor de las Moscas, La penitencia de lady Casterly, 1984* y *El gran Gatsby*. Me despierto sabiendo tres mil años de literatura, de leyes y de historia.

El último día que paso con Mickey llega dos meses después de mi última operación. Harmony sonríe después de nuestro último entrenamiento cuando me deja en la habitación. La música de fondo retumba. Las bailarinas de Mickey lo están dando todo esta noche.

—Te traeré la ropa, Darrow. Dancer y yo queremos cenar contigo para celebrarlo. Evey te limpiará.

Harmony me deja a solas con Evey. Hoy, como siempre, su rostro está tan quieto como la nieve que he visto en la HP. La observo en el espejo mientras me corta el pelo. La habitación está oscura salvo por la luz que hay encima del espejo. Brilla desde arriba y le hace parecer un ángel. Inocente y pura. Pero no es inocente, ni tampoco es pura. Es una rosa. Las crían para el placer. Por las curvas de sus pechos, de sus caderas, la tersura de sus vientres y por los pliegues carnosos de sus labios. Pero sigue siendo una chica, y su chispa aún no se ha apagado. Recuerdo la última vez que no pude proteger a alguien como ella.

¿Y yo? Me resulta difícil mirarme al espejo. Soy lo que tengo entendido que es el diablo. Soy la arrogancia y la crueldad, el tipo de hombre que mató a mi esposa. Soy un dorado. Poseo su misma frialdad.

Los ojos me brillan como lingotes. Tengo la piel suave y tersa. Tengo los huesos más fuertes. Siento la densidad de mi pecho sin nada de grasa. Cuando Evey ha terminado de cortarme el pelo dorado, da un paso atrás y me mira fijamente. Puedo sentir su miedo, que es el mío también. Ya no soy humano. En el plano físico, me he convertido en algo distinto.

—Eres hermoso —afirma Evey con voz suave, y me acaricia los emblemas dorados.

Son mucho más pequeños que sus alas. El círculo está colocado en el centro del dorso de cada mano. Las alas se extienden de manera abrupta hacia atrás, y se curvan como guadañas por los lados de mis muñecas.

Miro las alas blancas de Evey y sé lo feas que deben de parecerle, lo mucho que debe de odiarlas. Quiero decirle algo amable. Quiero hacerla sonreír, si es que puede. Le diría que es preciosa, pero siempre que los hombres le han dicho eso era a cambio de algo. No creería a un chico como yo. Ni tampoco yo me creo sus palabras. Eo era hermosa. Aún recuerdo cómo se le encendían las mejillas cuando bailaba. Tenía todos los colores puros de la vida, la belleza cruda de la naturaleza. Yo soy la idea humana de la belleza. El oro reblandecido y cimbrado para que adopte la forma humana.

Evey me besa en la coronilla antes de marcharse a toda prisa y dejarme solo para ver la HP en el reflejo del espejo. No me di cuenta de que me había deslizado una pluma de sus alas en el bolsillo junto al pecho.

Estoy cansado de ver la HP. Ya conozco su historia y estoy aprendiendo más cada día. Pero también estoy cansado de

estar encerrado, cansado de escuchar la música retumbante del club de Mickey y de oler las hojas mentoladas que fuma. Cansado de ver a las chicas que trae a su familia solo para venderlas luego al mejor postor. Cansado de ver cómo todos esos ojos tan colmados se vacían. Esto no es Lico. Aquí no hay amor, ni familia, ni confianza. Este es un lugar nauseabundo.

—Muchacho, estás tan en forma como para comandar una flota de antorchas —dice Mickey desde la puerta. Entra despacio. Huele como sus ciscos. Coge con sus dedos cenceños la pluma de Evey del bolsillo que tengo junto al pecho y la hace rodar entre sus nudillos. Toca con la pluma cada uno de mis emblemas de dorado—. Las alas son lo que más me gusta. ¿A ti no? Representan las mayores aspiraciones de la humanidad.

Se pone detrás de mí mientras yo sigo sentado con la mirada fija en el espejo. Me pone las manos sobre los hombros y le habla a mi cabeza, poniendo allí su barbilla como si fuera de su propiedad. Es fácil ver lo que piensa. Pongo la mano izquierda sobre el emblema de la derecha y la dejo allí.

—Te dije que eras brillante. Ahora ha llegado tu hora de volar.

—Les das alas a tus chicas, pero no las dejas volar. ¿Verdad? —pregunto.

—A ellas es imposible hacerlas volar. Son mucho más simples que tú. Y no me alcanza para pagar una licencia de gravibotas. Así que bailan para mí. No tienen los huesos huecos de unos pajaritos, ¿entiendes? —explica Mickey—. Pero tú… Tú volarás, ¿verdad, mi chico brillante?

Lo miro fijamente, pero no digo nada. Los labios se le dividen en una sonrisa porque lo intranquilizo. Siempre lo he hecho.

—Me tienes miedo —le digo.

Se ríe.

—¿Ah, sí? ¡Jo, jo! Y, dime, chico, ¿te lo tengo ahora?

—Sí. Estás acostumbrado a saberlo todo. Piensas como todos ellos. —Hago un gesto con la cabeza al reflejo de la HP—. Todo está escrito en mármol. Todo está perfectamente ordenado. Los rojos, abajo del todo; el resto, sobre nuestras espaldas. Ahora me miras y te das cuenta de que no nos gusta estar ahí abajo, maldita sea. Para los rojos empieza el amanecer, Mickey.

—Ay, aún queda mucho…

Levanto el brazo y le agarro de las muñecas para que no se pueda mover. Me clava la mirada en el reflejo del espejo, forcejeando para zafarse. No hay nada más fuerte que el puño de un sondeainfiernos. Sonrío en el espejo, capturando con mis ojos dorados sus ojos violetas. Huele a miedo. Un miedo atávico. Como un ratón arrinconado por un león.

—Pórtate bien con Evey, Mickey. No la pongas a bailar. Dale una vida de lujo o de lo contrario volveré para arrancarte las manos.

13

COSAS MALAS

Matteo es un rosa alto y espigado, de largas extremidades y un rostro esbelto y hermoso. Es un esclavo. O fue un esclavo para el placer carnal. Y sin embargo se mueve con la gracilidad del agua. Hay belleza en sus pasos. Refinamiento y maneras cuando saluda con la mano. Siente predilección por llevar guantes y olisquear hasta el más pequeño rastro de suciedad. Ha consagrado la vida al mantenimiento del cuerpo. Por eso no se extraña cuando me ayuda a colocarme un eliminador del folículo piloso en los brazos, las piernas, el torso y las partes pudendas. Pero a mí sí. Cuando acabamos, los dos estamos maldiciendo: yo, por el picor, y él por el puñetazo que le he dado en el hombro. Se lo he dislocado sin querer solo con el golpe. Aún no controlo mi fuerza. Y vaya si hacen delicados a los rosas. Si él es la rosa, yo soy las espinas.

—Calvo como un bebé, chiquillo frenético —dice Matteo con un suspiro, todo lo correctamente que alguien puede decir algo así—. Justo como manda la moda más actual de Luna. Y, bien, si les damos un poco de forma a las cejas, porque vaya si tus cejas parecen orugas mordisqueando un hongo, y quitamos el vello nasal, arreglamos las cutículas y blanqueamos esos dientes nuevos y pulidos, que, si me permites decirlo, están tan amarillos como la mostaza moteada con dientes de león, porque, dime, ¿te has cepillado alguna vez esos dientes nuevos?, y además eliminamos los puntos negros, que será como sondear en

busca de helio-3, retocamos el tono, e inyectamos melatonina, tendrás el aspecto apropiado.

Resoplo ante lo estúpido que suena todo esto.

—Ya parezco un dorado.

—¡Pareces un bronce! ¡Pareces hecho de oropel! Uno de esos mamones vulgares que parece más caqui que dorado. Tienes que ser perfecto.

—Maldita sea, Matteo, eres un pajarraco muy raro.

Me da una bofetada.

—¡Compórtate! Un dorado moriría antes que usar ese argot de las minas. «Condenado» o «condenación»; y «demonios» en vez de «mierda». Y cada vez que digas «maldito» o «maldita sea» te daré una bofetada, pero no en el «morro» sino en la boca. Y si dices «mierda» o «morro», ¡te daré una patada en el escroto! Y eso sé muy bien dónde está. Y lo mismo haré como no te deshagas de ese espantoso acento. Hablas como si hubieras nacido en la condenada basura.

Frunce el ceño y pone las manos en jarras en torno a sus estrechas caderas.

—Y después tendremos que enseñarte modales. Y cultura, cultura, buen hombre. Recalca las últimas palabras.

—Ya tengo modales.

—Por el hacedor que vamos a tener que hacer que reniegues de ese acento y de las palabrotas.

Me da golpecitos con el dedo mientras enumera mis defectos.

—Podrías empezar por tener modales tú, maricón —gruño.

Me quita uno de los guantes y me abofetea la cara. Coge una botella y me amenaza con ella apuntando a la garganta. Me río.

—Vas a tener que recuperar pronto tus reflejos de sondeainfiernos.

Miro la botella.

—¿Es que me vas a dar pinchacitos hasta matarme? —me burlo.

—Es una espada de polieno, buen hombre. En otras palabras, un arma mortal. En un momento está blanda como el pelo, pero con un impulso orgánico se vuelve más dura que el diamante. Es lo único que atravesará la pulsoarmadura. En un momento es un látigo, y al otro, una espada perfecta. Es el arma de un caballero. Un dorado. Para cualquier otro color, llevarla supone la muerte.

—Es una botella, estúpido…

Me aprieta la garganta hasta que me entran arcadas.

—Y fueron tus maneras las que me obligaron a desenvainar la espada y desafiarte, acabando así de forma precipitada con tu insolente vida. Puede que en aquella cuadra a la que llamas hogar lucharas con los puños por tu honor. Entonces eras un insecto. Una hormiga. Un áureo lucha con la espada a la menor provocación. Están dotados de un honor del que los de tu calaña no tenéis ni idea. Vuestro honor es solo personal; el suyo es personal, familiar y planetario. Nada más. Luchan por intereses más altos; y no perdonan cuando el baño de sangre termina. Y menos aún los Marcados como Únicos. Modales, buen hombre. Los modales te protegerán hasta que puedas protegerte de mi bote de «champú».

—Matteo… —digo frotándome la garganta.

—¿Sí? —suspira.

—¿Qué es «champú»?

Pasar otra temporada en la habitación de tallado de Mickey habría sido preferible a estar bajo la tutela de Matteo. Al menos Mickey me tenía miedo.

A la mañana siguiente, Dancer trata de darme un nuevo nombre.

—Serás el hijo de una familia relativamente desconocida del lejano cinturón de asteroides. La familia morirá pronto de un accidente de vuelo. Serás el único superviviente, y el único heredero de sus deudas y de su pobre estatus. Su nombre… tu nombre será Cayo au Andrómeda.

—Y una mierda —respondo—. Seré Darrow o no seré nada.

Se rasca la cabeza.

—Darrow es un nombre… raro.

—Me has obligado a renunciar al pelo que me dio mi padre, a los ojos que me dejó mi madre y a mi color de nacimiento, así que conservaré el nombre que me dieron, y tú te encargarás de que encaje.

—Me gustabas más cuando no te comportabas como un dorado —protesta Dancer.

—Y bien, la forma de comer como un áureo es masticar despacio —dice Matteo cuando estamos sentados a la mesa del ático donde Dancer me enseñó el mundo por primera vez—. Tendrás que ir a muchos banquetes trimalcianos. En ocasiones como esas habrá siete platos: entrante, sopa, pescado, carne, ensalada, postre y libaciones.

Señala una pequeña bandeja cargada con cubiertos de plata y explica para qué sirve cada uno. Después me dice:

—Si tienes que orinar o defecar durante la comida, te lo aguantas. De un áureo se espera que controle las funciones corporales.

—¿Así que estos moñas de los oropelos tienen prohibido cagar? Y cuando cagan, me pregunto, ¿cagan oro?

Matteo me da un guantazo en la mejilla.

—Si estás tan ansioso de volver a ver el rojo, comete un solo desliz en su presencia, buen hombre, y estarán encantados de recordarte que la sangre de todos los hombres es del mismo color. ¡Modales y autocontrol! No tienes nada de eso. —Sacude la cabeza—. Y ahora dime para qué sirve este tenedor.

Quiero decir que sirve para clavárselo en el trasero, pero suspiro y le doy la respuesta correcta.

—Es para el pescado, pero solo si las espinas siguen en el plato.

—¿Y cuánto de ese pescado se supone que tienes que comer?

—Todo —conjeturo.

—¡No! —grita—. Pero ¿me has escuchado? —Aprieta sus pequeñas manos en el aire y después inspira profundamente —. ¿Debo recordártelo? Están los bronces. Están los dorados. Y están los florecillas.

Deja lo demás para que yo lo diga.

—Los florecillas carecen de autocontrol —recuerdo en voz alta—. Aceptan todos los obsequios del poder, pero no hacen nada para merecerlos. Buscan los placeres desde que nacen. ¿Mola?

—«De primera», no «mola». Muy bien, y ahora, ¿qué se espera de un dorado? ¿Y de un Marcado como Único?

—La perfección.

—¿Y eso quiere decir?

Mi voz suena fría cuando imito el acento de un dorado.

—Quiere decir control, buen hombre. Autocontrol. Se me permite darme placeres siempre y cuando no permita que estos me controlen a mí. Si hay una clave para entendernos a los áureos, esta reside en comprender el control en todas sus formas. Cómete el pescado, pero deja el veinte por ciento para dar a entender que su exquisitez no ha

subyugado tu determinación ni esclavizado tus papilas gustativas.

—Así que, al fin y al cabo, estabas escuchando.

Dancer me encuentra al día siguiente practicando mi acento áureo en el holoespejo del ático. Veo una representación tridimensional de mi cabeza delante de mí. Los dientes se mueven de forma extraña. Me atrapan la lengua mientras intento pronunciar de corrido las palabras. Aún me estoy acostumbrando a mi cuerpo, incluso después de que hayan transcurrido algunos meses desde la última de mis operaciones. Tengo los dientes más grandes de lo que me pareció en un principio. Tampoco ayuda que los oropelos hablen como si tuvieran unas malditas palas de oro metidas en el culo. Me resulta más fácil hablar como ellos si veo que soy uno de ellos. La arrogancia me sale más natural.

—Suaviza las erres —me aconseja Dancer. Se sienta atento mientras leo de una terminal de datos—. Haz como si hubiera una hache delante. —Su cisco me recuerda a mi hogar y al aspecto que tenía el archigobernador Augusto en Lico. Recuerdo la serenidad de aquel hombre. Aquella paciente condescendencia. Aquella sonrisa de suficiencia—. Alarga las eles.

—¿Es esa toda tu fuerza? —digo en el espejo.

—Perfecto. —Dancer me alaba con un jocoso escalofrío.

Aprieta la mano buena en torno a una rodilla.

—Pronto estaré soñando como si fuera un maldito oropelo —digo con asco.

—No deberías decir «maldito». Di mejor «condenado» o «condenadamente».

Le lanzo una mirada furiosa.

—Si me viera en la calle, me odiaría. Querría sacar una falce y trincharme de la jeta al culo, y después prenderle fuego a los restos. Eo vomitaría si me viera.

—Aún eres joven —se ríe Dancer—. Dios, a veces me olvido de lo joven que eres.

Se saca una petaca de la bota y da un trago antes de lanzármela. Me río.

—La última vez que bebí, el tío Narol me drogó. —Le doy un sorbo—. A lo mejor te has olvidado de cómo son las minas. No soy joven.

Dancer frunce el ceño.

—No lo decía como algo ofensivo, Darrow. Es que entiendes lo que tienes que hacer. Entiendes por qué tienes que hacerlo. Aun así, a veces pierdes la perspectiva y te juzgas. Ahora mismo te estarás poniendo enfermo al verte como un dorado. ¿Me equivoco?

—Lo has clavado.

Le doy un buen trago a la petaca.

—Pero solo estás interpretando, Darrow. —Con un rápido movimiento del dedo saca de un anillo un filo curvado. He recuperado los reflejos de tal forma que podría habérsela clavado en la garganta de creer que pretendía hacerme daño, pero le dejo que me pase el filo por el dedo índice. Me brota sangre. Sangre roja—. Solo por si necesitas acordarte de lo que eres en realidad.

—Huele como mi hogar —digo, mientras me chupo el dedo—. Mi madre solía cocinar sopa de sangre de las víboras. La verdad es que no estaba mala.

—¿Mojando pan de linaza y espolvoreando encima flores de quingombó?

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Mi madre lo hacía igual —contesta Dancer, riéndose—. Lo tomábamos en la Festividad de la Danza, o antes de las Laureales cuando iban a anunciar el ganador. Siempre los gammas de las pelotas.

—Por Gamma —digo, y apuro otro trago.

Dancer me observa. Después de un rato, la sonrisa se le esfuma de los labios y los ojos se le vuelven fríos.

—Matteo va a enseñarte a bailar mañana.

—Pensé que serías tú quien lo hiciera.

Se da un golpe en la pierna mala.

—Hace tiempo que no lo hago. El mejor bailarín de Oikos. Podía moverme como una corriente de aire en la profundidad de un túnel. Todos nuestros mejores bailarines eran sondeainfiernos. Yo lo fui durante años, ¿sabes?

—Me lo imaginaba.

—¿Así que ya lo sabías?

Señalo sus cicatrices.

—Solo a un sondeainfiernos lo morderían tantas veces sin que los chicos de perforaciones estuvieran cerca para ayudar a quitar las serpientes. A mí también me han mordido. Ahora tengo el corazón más fuerte por eso, al menos.

Asiente y se le pierde la mirada.

—Me caí en un nido cuando estaba intentando reparar un nódulo en la garra perforadora. Estaban arriba en uno de los conductos y no las vi. Eran de las peligrosas.

Ya sé lo que quiere decir.

—Eran crías —aventuro.

Asiente.

—Tienen menos veneno. Mucho menos veneno que los padres, así que no estaban empeñadas en hacer la puesta dentro de mí. Pero cuando mordieron, lo hicieron con toda su maldad. Por suerte teníamos antídoto. Comerciamos con algunos gammas para obtenerlo.

En Lico no teníamos antídotos.

Se inclina hacia mí.

—Te estamos arrojando a un nido de crías de víbora, Darrow. Acuérdate de lo que te digo. Faltan tres meses para las pruebas de acceso. Yo te daré clases, además de las que

ya tienes con Matteo. Pero si no dejas de juzgarte, si sigues odiando tu apariencia, entonces suspenderás en las pruebas, o peor aún, aprobarás pero cometerás un desliz y te descubrirán en el Instituto. Y todo se irá a tomar por saco.

Me muevo inquieto en mi asiento. Por una vez siento un nuevo miedo, no convertirme en algo que Eo no reconocería, sino un miedo más primario, el miedo mortal a mis enemigos. ¿Cómo serán? Ya puedo ver sus muecas de desdén, su desprecio.

—No importa si me descubren. —Le doy una palmada en la rodilla—. Ya me han quitado lo que han podido. Por eso os resulto útil como arma.

—Falso —espeta Dancer—. Resultas útil porque eres algo más que un arma. Cuando tu mujer murió, no solo te dio una venganza. También te dio su sueño. Tú eres su guardián. Su artífice. Así que no vayas escupiendo odio y rabia. No estás luchando contra ellos, diga lo que diga Harmony. Estás luchando por el sueño de Eo; por tu familia, que sigue viva, y por tu gente.

—¿Eso es lo que opina Ares? Es decir, ¿es lo que opinas tú?

—Yo no soy Ares —repite Dancer. No le creo. Me he fijado en la forma en la que sus hombres lo miran, como hasta Harmony lo trata con deferencia—. Mira en tu interior y te darás cuenta de que eres un buen hombre que ha de hacer cosas malas.

No tengo cicatrices en las manos y las siento extrañas cuando las aprieto en un puño hasta que los nudillos se vuelven de ese tono de blanco tan familiar.

—Mira, eso es lo que no entiendo. Si soy un buen hombre, ¿por qué quiero hacer cosas malas?

14

ANDRÓMEDA

Matteo no puede enseñarme a bailar. Me muestra cómo son los cinco tipos distintos de baile de los áureos y lo deja ahí. Se pone más énfasis en el compañero en los bailes de los dorados que en los bailes que me enseñó mi tío, pero los movimientos son parecidos. Ejecuto los cinco con una maestría de la que él no es capaz. Por alardear, me cubro los ojos y bailo todos de nuevo sin música, de memoria. El tío Narol me enseñó a bailar, y con miles de noches en las que no había otra forma de llenar el tiempo que bailar y cantar, soy un experto en registrar los movimientos de mi cuerpo, incluso de este nuevo cuerpo. Es capaz de hacer cosas que el otro no podía. Las fibras musculares se contraen de forma distinta, los tendones se estiran más, los nervios son más rápidos. Siento en los músculos una dulce quemazón mientras ejecuto los movimientos con fluidez.

Uno de los bailes, el polémides, tiene un aire nostálgico. Matteo me hace coger un bastón mientras mis pasos se mueven en espiral, con el brazo del bastón estirado como si luchara con un filo. Con los movimientos de mi cuerpo oigo los ecos del pasado. Siento las vibraciones de la mina, el aroma de mi clan. He visto este baile antes y lo ejecuto mejor que cualquiera de los otros. Mi cuerpo está hecho para este baile, tan parecido al ilegal baile de la siega.

Cuando termino, Matteo está enfadado.

—¿A qué estás jugando? —ruge Matteo.

—¿A qué te refieres?

Me lanza una mirada furiosa y se da un ligero golpe en el pie.

—¿Nunca has salido de las minas?

—Ya sabes la respuesta —contesto.

—¿Nunca has luchado con una espada o un escudo?

—Sí. Claro. Y también he capitaneado cruceros estelares y he comido con los pretores —Me río y pregunto a qué viene esto.

—Esto no es ningún juego, Darrow.

—¿Acaso he dicho que lo fuera?

Estoy confundido. ¿Qué he hecho para provocarlo? Cometo el error de reírme para liberar la tensión.

—¿Te ríes? Es con la Sociedad con la que te vas a enredar, chico. ¿Y te ríes? No son una idea abstracta. Son una fría realidad. Si descubren quién eres, no te colgarán.

Su rostro parece perdido al decirlo. Como si supiera muy bien de lo que habla.

—Ya lo sé.

No me hace caso.

—Te cogerán los obsidianos y te darán a los blancos, te llevarán a unas oscuras celdas y te torturarán. Te arrancarán los ojos y te extirparán todo aquello que te convierte en hombre. Tienen métodos más sofisticados, pero apuesto a que la información no será lo único que busquen. Para eso tienen productos químicos. Poco después de que les hayas contado todo, nos matarán a mí, a Harmony y a Dancer. Y matarán a tu familia con desolladores y pisotearán las cabezas de tus sobrinos. Esas son las cosas que no ponen en la HP. Esas son las consecuencias de que los que gobiernan los planetas sean tus enemigos. Planetas, chico.

Siento un escalofrío helarme los huesos. Ya sé todo eso. ¿Por qué sigue machacándome con ello? Ya estoy asustado. No quiero estarlo, pero lo estoy. Mi empresa me está engullendo por completo.

—Así que te lo pregunto de nuevo: ¿eres quien Dancer dice que eres?

Vacilo. Ah. Daba por hecho que la confianza estaba arraigada dentro de los Hijos de Ares, que eran una mente sola. Aquí hay una grieta, una división. Matteo es el aliado de Dancer, pero no su amigo. Algo de mi forma de bailar le ha hecho dudar. Entonces me doy cuenta. No vio a Mickey tallarme. Considera una cuestión de fe el que yo antes fuera un rojo y debe de ser difícil. Algo en mi forma de bailar lo hizo pensar que yo había nacido para eso. Algo en el último baile, el que se llama el polémides.

—Soy Darrow, hijo de Dale, el sondeainfiernos de Lambda en Lico. Nunca he sido otra persona, Matteo.

Se cruza de brazos.

—Si me estás mintiendo…

—No miento a los colores inferiores.

Por la tarde indago sobre los bailes que he bailado. El polémides viene del griego y significa «hijo de la guerra». Es el baile que tanto me recordaba a las danzas del tío Narol. Es el baile de la guerra de los dorados, el que les enseñan a los niños para prepararlos para los movimientos marciales y el uso del filo. Veo un holo de los dorados en la batalla, y el corazón se me cae a los pies. Luchan como una canción de verano. No como los atronadores y monstruosos obsidianos, sino como los pájaros que planean con el viento. Luchan en parejas, zigzagueando, danzando y matando, atravesando un campo de obsidianos y grises como si llevaran guadañas y los cuerpos que cayeran a su paso fueran espigas que derramaran sangre en lugar de paja amarillenta. La armadura dorada refulge. La espada centellea. No son hombres: son dioses.

¿Y pretendo destruirlos?

Esa noche duermo fatal en mi cama de seda. Mucho después de besar la flor de hemanto de Eo, me duermo y

sueño con mi padre y cómo habría sido conocerlo en la edad adulta, haber aprendido a bailar con él y no con su hermano borracho. Al despertarme aprieto con fuerza la cinta escarlata. La sujeto con el mismo cariño con el que aprieto mi cinta conyugal. Todo aquello que me recuerda a casa.

Pero no es suficiente.

Tengo miedo.

Dancer me encuentra con mi desayuno.

—Te alegrará saber que nuestros piratas informáticos han estado dos semanas entrando en la nube del Consejo de Control de Calidad para cambiar el nombre de Cayo au Andrómeda por el de Darrow au Andrómeda.

—Bien.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? ¿Sabes lo mucho que…? Da igual. —Sacude la cabeza y suelta una risita—. Darrow. Es un nombre tan «incoloro»… Levantará suspicacias.

Hago un gesto de indiferencia para camuflar mi miedo.

—Pues entonces la cagaré en su condenada prueba y no les importará un pijo.

—Así habla un dorado.

Al día siguiente, Matteo me lleva en la nave hasta los establos de Ishtar, no lejos de Yorkton. Es un sitio junto al mar, donde los prados verdes se extienden sobre ondulantes colinas. Nunca he estado en un lugar tan amplio. Nunca he visto la tierra combarse lejos de mí. Nunca he visto un horizonte de verdad, ni animales tan terroríficos como las bestias que ha preparado Matteo para nuestra lección. Patean, relinchan y pisotean, agitando las colas y enseñando sus monstruosos dientes amarillos. Caballos. Siempre me han dado miedo los caballos, a pesar de la historia de Andrómeda de Eo.

—Son monstruos —le susurro a Matteo.

—Sea como sea —replica Matteo—, es lo que hacen los caballeros. Tienes que aprender a montar, no sea que te veas abochornado en alguna situación formal.

Miro al resto de los dorados que pasan cabalgando. Hoy solo hay tres en los establos, cada uno acompañado de sirvientes como Matteo, rosas y marrones.

—¿Una situación como esta? —siseo—. Vale. Vale. —Señalo con el dedo a un semental negro y gigantesco que da coces en el suelo—. Montaré esa bestia.

Matteo sonríe.

—Ese encaja más con tu capacidad.

Matteo me da un poni. Un poni grande, pero un poni. Aquí no hay interacciones sociales. Los demás jinetes pasan trotando e inclinan la cabeza para desearte un buen día, pero nada más. Pero me bastan sus sonrisas para saber lo ridículo que parezco. No se me da bien montar. Y se me da peor aún cuando mi poni se desboca mientras Matteo y yo nos abrimos camino por un bosquecillo. Al otro lado del bosquecillo, me bajo de la bestia de un salto y aterrizo con habilidad sobre la hierba. Alguien se ríe a lo lejos. Una chica joven de pelo largo. Cabalga sobre el semental que yo había pedido.

—A lo mejor no deberías salir de la ciudad, florecilla —me grita, y después espolea el caballo y se marcha.

Me pongo sobre una rodilla para levantarme y la veo alejarse cabalgando. El pelo se le derrama como una cascada por la espalda, más dorado que la puesta del sol.

15

LA PRUEBA

Mi prueba llega cuando llevo dos meses entrenando la mente con Dancer. No memorizo. Ni siquiera aprendo nada cuando estoy con él. En lugar de eso, su entrenamiento está diseñado para ayudar a mi mente a adaptarse a los cambios de paradigma. Por ejemplo, si un pez tiene tres mil cuatrocientas cincuenta y tres escamas en el lado izquierdo y tres mil cuatrocientas cincuenta y tres en el lado derecho, ¿qué lado tiene más escamas? El exterior. Lo llaman pensamiento lateral. Así fue como supe que tenía que comerme la carta de la guadaña cuando conocí a Dancer. Se me da muy bien.

Me resulta irónico que Dancer y sus amigos puedan inventarse una historia falsa sobre mí, una familia falsa y una vida falsa, pero no puedan falsear la prueba de admisión. Así que, tres meses después de que haya comenzado mi entrenamiento, me someto a la prueba en una luminosa habitación junto a una oropelo pequeña como un ratón que no para de golpear su brazalete de jade con un lápiz. Hasta donde yo sé, ella puede ser parte de la prueba. Cuando no está mirando, le quito el lápiz de entre los dedos y me lo escondo en la manga. Soy un sondeainfiernos de Lico. Y sí, puedo robarle a una estúpida chica el lápiz sin que se entere de nada. Mira a su alrededor boquiabierta como si hubiera sido cosa de magia. Después empieza a lloriquear. No le dan otro lápiz, así que se deshace en lágrimas. Después, un supervisor penique mira su terminal de datos y

rebobina un vídeo de una nanocámara. Me mira y sonríe. Se ve que ese tipo de cualidades son dignas de admiración.

Una chica dorada, inquietante como una cuchilla, discrepa y con desdén me susurra al oído «canalla» cuando me adelanta para salir al vestíbulo. Matteo me dijo que no hablara con nadie porque aún no estoy preparado para socializar, así que reprimo a duras penas una respuesta muy propia de un rojo. Su palabra se repite en mi cabeza. Canalla. Despiadado. Maquiavélico. Implacable. Todas describen lo que ella piensa de mí. Lo curioso es que la mayor parte de los dorados se tomarían esa palabra como un elogio.

Una voz musical se dirige a mí.

—La verdad, pienso que te estaba haciendo un cumplido, así que ni caso. Es un quesito, pero está podrida por dentro. Una vez le di un mordisco, si me sigues la onda. El sabor es delicioso al principio, pero luego se vuelve pútrido. Fantástica apropiación la de ahí dentro, por cierto. Yo mismo estaba a punto de arrancarle los ojos a esa lela. ¡Condenados golpecitos!

La voz radiante proviene de un joven sacado de un poema griego. Rezuma arrogancia y belleza. Una educación impecable. Jamás he visto una sonrisa tan blanca ni tan amplia, una piel tan tersa y lustrosa. Él es todo cuanto detesto.

Me da un golpecito en el hombro y me aprieta la mano con una de esas varias formas de presentación casi formal. Se la estrujo un poco. Él también tiene un apretón firme, pero cuando intenta dejar claro quién manda le aprieto la mano hasta que la retira con un destello de preocupación en la mirada.

—¡Hay que ver! ¡Tienes tenazas por manos! —exclama, con una risita.

Se presenta rápidamente como Casio y tengo suerte de que me deje poco tiempo para hablar, porque cuando lo hago arruga el entrecejo. Aún no tengo un acento perfecto.

—Darrow —repite—. Qué nombre tan incoloro. Vaya. —Mira su terminal de datos y accede a mi historia personal—. Es que no vienes de ningún sitio en absoluto. Un palurdo de un planeta lejano. No me extraña que Antonia se burlara de ti. Pero mira, te perdono si me dices cómo te fue en la prueba.

—Ah, ¿me estás diciendo que me perdonas?

Las cejas se le convierten en una sola.

—Estoy intentando ser amable. No es que nosotros, los de Belona, seamos reformistas, pero sabemos que hay hombres buenos con orígenes humildes. Échame un cable, hombre.

Por el aspecto que tiene, siento necesidad de provocarlo.

—Bueno, esperaba que fuera más difícil. A lo mejor me he equivocado con lo de la vela, pero por lo demás…

Casio me mira con una sonrisa indulgente. Sus ojos vivaces revolotean observando mi cara mientras me pregunto si su madre le riza el pelo por las mañanas con planchas doradas.

—Con unas manos así, debes de ser terrorífico con el filo —dice, con autoridad.

—Soy decente —miento.

Matteo no me permite tocar un arma.

—¡Modesto! ¿Es que te criaste con los Capuchas Blancas, hombre? Da igual. Después de las pruebas físicas me voy a Agea. ¿Quieres venir? He oído que los tallistas han hecho un trabajo estupendo con las nuevas chicas del Tentación. Y en Tyrst han instalado gravisuelos; podemos flotar sin gravibotas. ¿Qué dices, hombre? ¿Te interesa? —Se toca una de las alas y me guiña un ojo—. Ahí hay un montón de quesitos, y ninguno de ellos podrido.

—Por desgracia, no puedo unirme.

—Vaya. —Da un salto como si recordara que soy un palurdo de un planeta lejano—. No te preocupes por nada, buen hombre, que yo pagaré todo eso.

Declino la oferta con educación, pero él ya se está marchando. Antes de hacerlo toca mi terminal de datos. La proyección de la holopantalla sobre la parte interior de mi brazo izquierdo parpadea. Las medidas de su cara y los datos sobre nuestra conversación se quedan grabados: la dirección del club del que habló, citas enciclopédicas sobre Agea e información sobre su familia. Casio au Belona, dice. Hijo del pretor Tiberio au Belona, emperador de la Sexta Flota de la Sociedad y quizás el único hombre de Marte que rivaliza en poder con el archigobernador Augusto. Por lo visto, las familias se odian la una a la otra. Parece que tienen la fea costumbre de matarse entre ellas. Crías de víboras, sin duda.

Pensé que tendría miedo de esta gente. Pensé que serían como pequeños dioses, pero aparte de Casio y Antonia, muchos de ellos no impresionan nada. En la habitación donde hago las pruebas apenas solo setenta. Algunos se parecen a Casio. Pero no todos son hermosos. No todos son altos y arrogantes. Y muy pocos me parecen hombres y mujeres adultos. A pesar de su estatura, son niños con una autoestima exagerada; no conocen la penuria. Bebés. Florecillas y bronces, en su mayoría.

A continuación debo probar mi capacidad física. Me sientan desnudo en una aerosilla, en una habitación blanca, mientras unos evaluadores del color cobre del Consejo de Control de Calidad me observan por las nanocámaras.

—Espero que os guste lo que veis —digo.

Un asistente marrón viene y me pone una pinza en la nariz. Tiene la mirada vacía. No detecto espíritu de lucha en él, ni desprecio alguno hacia mí. Su piel es pálida, y los movimientos, torpes y desmañados.

Me indican que contenga la respiración tanto como mis pulmones me lo permitan. Diez minutos. Después, el marrón me quita la pinza y se va. Acto seguido tengo que inspirar y espirar. Lo hago y me doy cuenta de que de repente no hay oxígeno en la habitación. Cuando empiezo a ladearme en la silla, el oxígeno vuelve. Congelan la habitación y miden cuánto tardo en comenzar a temblar sin control. Después la calientan para comprobar cuándo empieza a fallarme el corazón. Amplifican la gravedad de la sala hasta que mi corazón no consigue bombear suficiente sangre y oxígeno al cerebro. Después miden cuánto movimiento puedo soportar hasta que vomite. Estoy acostumbrado a manejar una perforadora de noventa metros, así que terminan dándose por vencidos.

Miden el flujo de oxígeno que llega a mis músculos, el ritmo cardiaco, la densidad y la longitud de mis fibras musculares, así como la resistencia a la tracción y a la compresión de mis huesos. Parece un paseo por el parque si lo comparamos con el infierno que pasé con Harmony.

Me hacen lanzar pelotas y después me ponen contra una pared y me piden que pare las pelotas que me tiran con una máquina circular. Mis manos de sondeainfiernos son más rápidas que su máquina, así que llevan a un técnico verde para que ajuste ese trasto hasta que está lanzando verdaderos cohetes. Al final me dan con una pelota en la frente. Me quedo inconsciente durante un momento. Eso también lo miden.

Después me evalúan los ojos, los oídos, la nariz y la boca, y ya he terminado. Me siento algo ajeno a mí mismo después de la prueba. Como si hubieran medido mi cuerpo y mi cerebro, pero no a mí. No he tenido ninguna interacción personal, salvo con Casio.

Trastabillo hasta las taquillas, dolorido y confuso. Hay un par de personas cambiándose, así que cojo mi ropa y me

muevo hacia una zona más discreta de las largas filas de taquillas de plástico. Entonces oigo un extraño silbido. Una melodía que conozco. Su eco resuena en mis sueños. Es aquella por la que Eo murió. Sigo el sonido y llego hasta una chica que se está cambiando en la esquina del vestuario. Está de espaldas a mí. Sus músculos se estilizan al ponerse la camisa. Hago un ruido. Se vuelve súbitamente y, durante un incómodo momento, me quedo allí de pie, ruborizado. Se supone que a los dorados no les importa la desnudez. Pero yo no puedo controlar mi reacción. Es preciosa: el rostro en forma de corazón, los labios carnosos, esos ojos que se ríen de ti. Que se ríen como cuando se alejó a caballo. Es la misma chica que me llamó florecilla cuando iba montado en el poni.

Arquea una ceja. No sé qué decir, así que, presa del pánico, doy la vuelta y salgo a toda prisa de los vestuarios.

Un dorado no habría hecho eso. Pero cuando estoy sentado con Matteo en el transbordador que nos lleva de vuelta a casa, recuerdo el rostro de la chica. Ella también se sonrojó.

Es un viaje corto. No dura lo suficiente. Miro Marte a través del suelo de durocristal. A pesar de que el planeta está terraformado, la vegetación escasea a lo largo de nuestro recorrido. La superficie del planeta está veteada de ribetes verdes, sobre los valles y a lo largo del ecuador, de rastros de vegetación que parecen cicatrices verdes que recorren el terreno salpicado de hoyos.

El agua cubre los cráteres formados por impactos, y crea grandes lagos. Y la cuenca boreal, que se extiende a lo largo del hemisferio septentrional, rebosa agua dulce y da cobijo a extrañas formas de vida marina. Grandes llanuras donde los remolinos arrancan capas de mantillo y rasgan los campos de cereal. Las tormentas y el hielo gobiernan los polos, donde viven y se entrenan los obsidianos. Allí el tiempo

tiene fama de frío y hostil, aunque los climas templados prevalecen ahora en la mayor parte de la superficie de Marte.

Hay mil ciudades en Marte, cada una de ellas controlada por un gobernador. El archigobernador los preside a todos. Cada ciudad está ubicada en el centro de un centenar de colonias mineras. Los gobernadores administran las colonias y son los magistrados de mina como Podginus quienes controlan el día a día.

Con tantas minas y tantas ciudades fue la casualidad, supongo, la que trajo a mi hogar al archigobernador con su equipo de cámaras. La casualidad y mi posición como sondeainfiernos. Querían que sirviera de ejemplo; Eo fue una ocurrencia tardía. Y ella no habría cantado si el archigobernador no hubiera estado allí. Las ironías de la vida tienen poco encanto.

—¿Cómo será el Instituto si entro? —le pregunto a Matteo mientras miro por la ventana.

—Con un montón de clases, supongo. ¿Cómo voy a saberlo?

—¿No hay estrategia militar?

—No.

—¿No? —pregunto.

—Bueno, algo habrá, supongo —admite Matteo—. Hay tres tipos de graduados: los Marcados como Únicos, los Licenciados y los Deshonrados. Los Marcados pueden ascender en la Sociedad; los Licenciados también, aunque sus posibilidades son más limitadas y aún deben ganarse las cicatrices; y a los Deshonrados los envían a colonias lejanas y duras como Plutón para supervisar los primeros años de terraformación.

—¿Cómo se convierte uno en un Marcado?

—Imagino que tendrán algún tipo de clasificación; quizás una competición. No lo sé. Pero los dorados son una especie

edificada sobre la conquista. Tendría sentido si eso formase parte de tu competición.

—Cuántas vaguedades —suspiro—. A veces eres tan útil como un perro sin patas.

—El juego de la Sociedad dorada, mi buen amigo, es el mecenazgo. Tus acciones en el Instituto servirán como una prueba prolongada para conseguir ese mecenazgo. Necesitas un aprendizaje. Necesitas un benefactor poderoso. —Sonríe—. Así que, si quieres contribuir a nuestra causa, lo harás todo lo malditamente bien que puedas. Imagínate que te conviertes en el aprendiz de un pretor. Dentro de diez años, tú mismo podrías convertirte en pretor. ¡Podrías tener una flota! Imagínate lo que podrías hacer con una flota, amigo mío. Imagínatelo.

Matteo nunca se deja llevar por la fantasía, así que la excitación de sus ojos resulta contagiosa. Me hace imaginarlo.

16

EL INSTITUTO

Los resultados de mi prueba llegan cuando estoy en el ático con Matteo, practicando el reconocimiento cultural y la modulación del acento. Tenemos vistas a la ciudad, con la puesta de sol detrás. Estoy en mitad de una ingeniosa réplica sobre el club deportivo de guerra simulada Yorkton Supernova cuando mi terminal de datos pita con un mensaje urgente enviado a mi flujo de datos. Casi escupo el café.

—Mi terminal de datos está controlada por otra —me quejo—. Es el Consejo de Control de Calidad.

Matteo se levanta de su silla como si tuviese un resorte.

—Tal vez dispongamos de unos cuatro minutos.

Corre hacia la biblioteca de la *suite* donde Harmony está leyendo en un ergosillón. Da un salto, cae y sale de la habitación en un suspiro. Me aseguro de que las holoimágenes en las que salgo con mi familia falsa están colocadas en el dormitorio y por todo el ático. Cuatro sirvientes contratados —marrones y rosas— se ponen a hacer tareas domésticas en el ático. Llevan puesta la librea de Pegaso de mi familia fingida.

Uno de los marrones va a la cocina. La otra, una rosa, me masajea los hombros. Matteo me lustra los zapatos en la habitación. Claro que hay máquinas para estas cosas, pero los áureos nunca usan una máquina para algo que pueda hacer una persona. Eso no presupone ningún tipo de poder.

La nave urbana aparece como una libélula distante. Se hace más grande cuanto más cercano suena su zumbido, y sobrevuela la ventana del dormitorio del ático. La puerta de

embarque se abre y un hombre con un traje de color cobre me hace una solemne reverencia. Abro la ventana de durocristal con la terminal de datos y el hombre entra flotando. Hay tres blancos con él. Todos llevan un emblema blanco en las manos. Son miembros de los académicos y un cobre burócrata.

—¿Tengo el placer de dirigirme a Darrow au Andrómeda, hijo de los recientemente fallecidos Linus au Andrómeda y Lexus au Andrómeda?

—Tiene el honor.

El burócrata me mira de arriba abajo de forma respetuosa, pero impaciente.

—Soy Bondilo cu Tancro, del Consejo de Control de Calidad del Instituto. Hay algunas preguntas que queremos hacerle.

Nos sentamos frente a frente a la mesa de roble de la cocina. Allí me conectan un dedo a una máquina y uno de los blancos se pone unas gafas que le permitirán analizar mis pupilas y otras reacciones fisiológicas. Serán capaces de saber si estoy mintiendo.

—Empezaremos con una pregunta de control para evaluar las reacciones normales cuando dice la verdad. ¿Es de la familia de Andrómeda?

—Sí.

—¿Del género áureo?

—Sí —miento descaradamente, con lo que echo a perder sus preguntas de control.

—¿Hizo trampas en las pruebas de admisión de hace dos meses?

—No.

—¿Usó nervonucleico para estimular las funciones comprensivas y analíticas durante la prueba?

—No.

—¿Usó alguna miniaplicación capaz de conectarse a la red con el fin de acumular o combinar medios externos en aquel momento?

—No. —Suspiro con impaciencia—. Había un inhibidor de señal en la habitación, ergo habría sido imposible. Me alegra que haya hecho sus averiguaciones y que no me esté haciendo perder el tiempo, cobre.

Me dirige una sonrisa burocrática.

—¿Tuvo algún conocimiento previo de las preguntas?

—No. —Pienso en alguna respuesta airada propia de este momento—. ¿Y a qué viene todo esto? No estoy acostumbrado a que alguien de tu calaña me llame mentiroso.

—Es el procedimiento para todos aquellos que tienen una puntuación de élite, señor áureo. Le ruego que lo comprenda —dice el burócrata con tono monocorde—. Cualquier caso destacado que esté muy alejado de la desviación típica es susceptible de investigarse. ¿Conectó la miniaplicación a la de otro sujeto durante la prueba?

—No. Como ya he dicho, había un inhibidor de señal. Gracias por estar al tanto, cara penique.

Cogen una muestra de sangre y me hacen un escáner cerebral. Los resultados están al instante, pero el burócrata no los comparte.

—Protocolo —me recuerda—. Tendrá los resultados dentro de dos semanas.

Los recibimos al cabo de cuatro. Paso el examen del Control de Calidad. No hice trampas. Después llega mi puntuación en la prueba, dos meses después de que hiciera aquella maldita cosa, y reparo en por qué pensaron que hice trampas. Solo fallé una respuesta. Solo una. De cientos. Cuando comparto los resultados con Dancer, Harmony y Matteo, se limitan a mirarme fijamente. Dancer se deja caer en una silla y echa a reír. La suya es una risa histérica.

—Por todos los malditos demonios del infierno —blasfema—. Lo hemos conseguido.

—Lo ha conseguido él —le corrige Matteo.

Dancer tarda un rato en volver a poner los pies en la tierra lo suficiente como para llevarnos una botella de champán, pero noto que aún me mira como si fuera algo distinto, algo extraño. Como si de repente no entendiera lo que han creado. Toco la flor de hemanto del bolsillo y siento la cinta conyugal alrededor del cuello. No me crearon ellos. Lo hizo ella.

Luego aparece un chófer para llevarme hasta el Instituto y me despido de Dancer en el ático. Al darnos la mano, me la agarra con fuerza y me mira de la misma forma en que lo hizo mi padre antes de que lo colgaran. Una mirada de consuelo. Aunque detrás de ella hay duda y preocupación. ¿Me ha preparado para enfrentarme al mundo? ¿Ha cumplido con su deber? Mi padre tenía veinticinco años cuando me miró de ese modo. Dancer tiene cuarenta y uno. Da lo mismo. Suelto una risita. El tío Narol nunca me miró de esa forma, ni siquiera cuando me dejó cortar la soga de Eo. Probablemente porque ya había sufrido bastantes de mis derechazos como para saber mi respuesta. Aunque si pienso en mis profesores y mis padres, fue el tío Narol quien más forjó mi carácter. Me enseñó a bailar, me enseñó a ser un hombre, quizá porque sabía que este iba a ser mi futuro. Y aunque trató de evitar que me convirtiera en un sondeainfiernos, fueron sus lecciones las que me mantuvieron vivo. Ahora he aprendido lecciones nuevas. Esperemos que sirvan.

Dancer me da el cuchillo dactilar que usó para cortarme el dedo hace unos meses. Pero le ha dado una forma nueva para que parezca una ele.

—Pensarán que es el cheurón que los espartanos llevaban en los escudos —me explica—. La ele de

Lacedemonia.

Pero es por Lico. Por Lambda.

Harmony me sorprende cogiéndome la mano derecha y besándome donde estuvo grabado el emblema de los rojos. Hay lágrimas en uno de sus ojos, en ese ojo frío libre de cicatrices. Con el otro no puede llorar.

—Evey se va a venir a vivir con nosotros —me dice. Sonríe antes de que le pregunte por qué. La sonrisa parece extraña en su rostro—. ¿Crees que eres el único que se da cuenta de cosas? Nosotros le daremos mejor vida que Mickey.

Matteo y yo compartimos una sonrisa y una reverencia. Intercambiamos los tratamientos honoríficos adecuados y tiende la mano. Pero en vez de coger la mía me arrebata la flor que llevo en el bolsillo. Trato de quitársela, sigue siendo el único hombre más rápido que yo que conozco.

—No puedes llevártela, buen hombre. Ya es bastante arriesgado que lleves la cinta nupcial de la mano. La flor ya es demasiado.

—Entonces dame un pétalo —le apremio.

—Imaginé que me pedirías eso. —Saca un collar. Es el emblema de Andrómeda. Mi emblema, recuerdo. Es de hierro. Lo deja caer en mi mano—. Susurra su nombre. —Lo hago y el pegaso se despliega como un capullo de hemanto. Pone un pétalo en el centro. Se vuelve a cerrar—. Este es tu corazón. Protégelo con metal.

—Gracias, Matteo —digo con lágrimas en los ojos. Lo levanto y le doy un abrazo a pesar de sus protestas—. Si vivo más de una semana será gracias a ti, buen hombre.

Se ruboriza cuando vuelvo a dejarlo en el suelo.

—Cuida ese temperamento —me aconseja, con un aire más sombrío en su hilo de voz—. Modales y modales. Después, reduce a cenizas su casa, maldita sea.

Aprieto con fuerza el pegaso en mi mano cuando la lanzadera cruza el paisaje de Marte. Los ribetes verdes se extienden por la tierra que me he pasado la vida cavando. Me pregunto quién será ahora el sondeainfiernos de Lambda. Loran es demasiado joven. Baron, demasiado viejo. ¿Y Kieran? Demasiado responsable. Tiene hijos que lo necesitan y ya ha visto demasiados muertos en su familia. Tampoco tiene los suficientes arrestos como para serlo. Leanna sí, pero a las mujeres no se les permite cavar. Tal vez sea Dain, el hermano de Eo. Tempestuoso, aunque sin muchas luces. El típico sondeainfiernos. Morirá pronto. Eso me pone enfermo.

No es solo ese pensamiento. Estoy nervioso. Lo voy notando poco a poco, mientras observo el interior de la lanzadera. Hay otros seis jóvenes sentados en silencio. Uno de ellos, un chico delgado con una mirada abierta y una sonrisa bonita, me llama la atención. Del tipo al que aún le dan igual las apariencias.

—Julian —se presenta con formalidad, y me coge del antebrazo. No tenemos nada que ofrecernos a través de nuestras terminales de datos porque se las llevaron cuando montamos en la lanzadera. Así pues, en lugar de eso le ofrezco sentarse en el sitio que está frente a mí—. Darrow, qué nombre tan interesante.

—¿Has estado alguna vez en Agea? —le pregunto a Julian.

—Claro —sonríe. Siempre sonríe—. ¿Cómo? ¿Quieres decir que tú no? Qué raro. Pensé que conocía a muchos dorados, pero muy pocos han pasado las pruebas de admisión. Ahora está todo lleno de caras nuevas. De todos modos, envidio que no hayas estado en Agea. Es un lugar extraño. Hermoso,

sin duda, pero la vida allí vale poco y no dura mucho, o eso dicen.

—Pero no la nuestra.

Deja escapar una risita.

—No, supongo que no. A no ser que juegues a ser político.

—No me gusta mucho jugar. —Al darme cuenta de su reacción, le guiño un ojo dándole a entender que tanta seriedad había sido una broma—. Al menos, no sin una apuesta, tío. ¿Entiendes?

—¡Entiendo! ¿A qué juegas? ¿Ajedrez de sangre? ¿Gravicross?

—Ah, el ajedrez de sangre está bien. Pero la guerra simulada es lo que se lleva la palma —digo con una sonrisa de dorado.

—¡Sobre todo si eres fan de Nortown! —exclama en conformidad.

—Así que Nortown… No sé si tú y yo nos llevaremos bien. —Le hago una mueca y me doy un golpecito con el pulgar—. Yorkton.

—Pero ¡Yorkton! No sé si tú y yo conseguiremos llevarnos bien.

Y aunque sonrío, no sabe lo helado que me siento por dentro; la conversación, las pullas y las sonrisas, todo forma parte de un patrón de sociabilidad. Matteo me ha venido bien, pero en favor de Julian he de decir que no parece un monstruo.

Debería ser un monstruo.

—Mi hermano tiene que haber llegado ya al Instituto. Ya estaba en Agea, en la finca de nuestra familia, ¡armando jaleo, seguro! —Menea la cabeza con orgullo—. Es el mejor tío que conozco. Será el primus, ya verás. Es el ojito derecho de mi padre, ¡lo que es mucho decir teniendo en cuenta la de miembros que tiene mi familia!

No hay ni un ápice de celos en su voz. Nada más que amor.

—¿Primus? —pregunto.

—Ah, es jerga del Instituto. Me refiero al líder de su Casa.

Las casas. De estas sí he oído hablar. Hay doce. Cada una de ellas se basa, de manera vaga, en algún rasgo de personalidad inherente. Cada una de ellas lleva el nombre de un dios del panteón romano. Las casas del Instituto son clubes sociales y herramientas para establecer contactos fuera de las clases. Hazlo bien y te encontrarán una familia poderosa a la que servir. Las familias son el verdadero poder de la Sociedad. Tienen sus propios ejércitos y sus propias tropas, y contribuyen a las fuerzas de la Soberanía. La lealtad empieza con ellas. Dejan poco amor para los habitantes de tu propio planeta. Si acaso, son la competencia.

—¿Habéis dejado ya de machacaros el uno al otro, hijos de perra? —tercia con tono despectivo un chico con aspecto de diablillo desde una esquina de la lanzadera.

Tiene un tono tan mortecino que parece caqui en lugar de dorado. Los labios finos y el rostro parecido a un halcón salvaje cuando acecha a un ratón. Uno de los bronces.

—¿Te estamos molestando? —En mi sarcasmo hay un toque de cortesía.

—¿Me molestan dos perros follando? Sí, probablemente. Cuando hacen ruido.

Julian se levanta.

—Discúlpate, perro.

—Vete a la mierda —responde el canijo. En medio segundo, Julian ha sacado un guante blanco de la nada—. ¿Eso es para limpiarme el culo, dorado chupapollas?

—¿Qué? ¡Serás bárbaro! —grita Julian conmocionado—. ¿Quién te ha educado?

—Los lobos, después de que el coño de tu madre me escupiera.

—¡Eres un animal!

Julian le arroja el guante al chico. Lo contemplo todo como si fuera el colmo de la comedia. El chico parece sacado directamente de la gente de Lico; de Beta, a lo mejor. Es como un feo, diminuto e irritable Loran. Julian no sabe qué hacer, así que le lanza un desafío.

—Un desafío, buen hombre.

—¿Un duelo? ¿Tan ofendido estás? —le suelta el mico al principito con un bufido—. Muy bien. Ya remendaré lo que quede del orgullo de tu familia después del Paso, chupapollas.

Y se limpia la nariz con el guante.

—¿Y por qué no ahora, cobarde? —grita Julian.

Hincha su delgado pecho como seguramente le habrá enseñado su padre. Nadie insulta a su familia.

—¿Es que eres estúpido? ¿Acaso ves espadas por aquí? Idiota. Lárgate. Ya haremos el duelo después del Paso.

—¿Paso…? —Julian pregunta al fin lo que yo estaba pensando.

El raquítico muchacho esboza una sonrisa perversa. Hasta los dientes los tiene caquis.

—Es la última prueba, idiota. Y el secreto mejor guardado a este lado de los anillos que tiene Octavia au Lune alrededor del coño.

—Entonces ¿cómo es que lo has oído? —pregunto.

—Contactos —explica el chico—. Y no es que lo haya oído: es que lo sé, mamón.

Se llama Sevro, y me gusta su forma de ver las cosas.

Pero lo del Paso me preocupa. Apenas sé nada. Me doy cuenta de ello cuando Julian entabla conversación con el último pasajero de la lanzadera. Hablan de las puntuaciones que han sacado en las pruebas. Entre las suyas y las mías

hay una extrema disparidad. Reparo en que Sevro resopla cuando las dicen en voz alta. ¿Cómo es que han conseguido entrar candidatos con unas puntuaciones tan bajas? Albergo un mal presentimiento. ¿Qué puntuación habrá sacado Sevro?

Llegamos al Valles Marineris cuando está oscuro. Es una larga franja de luz que atraviesa la negra superficie de Marte y se extiende tan lejos como alcanza la vista. En el centro, la capital de mi planeta se alza en la noche como un jardín de espadas enjoyadas. Los clubes nocturnos titilan en las azoteas, donde las pistas de baile están hechas de aire condensado. Chicas ligeras de ropa y chicos que se comportan como tontos suben y bajan mientras los gravimezcladores juegan con las leyes de la física. Burbujas de aislamiento acústico separan las manzanas. Las atravesamos y oímos mundos de distintos sonidos.

El Instituto está más allá de los barrios nocturnos de Agea, y está construido junto a las paredes de ocho kilómetros de altura del Valles Marineris. Las paredes se alzan como maremotos de piedra verde, y nutren de flora la civilización. El propio Instituto está construido de piedra blanca: un lugar de columnas y de estatuas, romano hasta la médula.

No he estado aquí antes, pero he visto las columnas. He visto el destino de nuestro viaje. Cuando pienso en su cara, la amargura crece en mí como la bilis que sube desde el estómago a la garganta. Pienso en sus palabras. En sus ojos mientras contemplaban a la multitud. Vi en la HP al archigobernador darles el discurso una y otra vez a las clases que vinieron antes de la mía. Pronto lo escucharé de sus propios labios. Pronto soportaré la ira. Sentiré las llamas que me azotan el corazón cuando lo vea en persona de nuevo.

Tomamos tierra en una plataforma de aterrizaje, y nos conducen hasta una plaza de mármol al aire libre que da a la inmensidad del valle. La brisa nocturna es fresca. Agea se extiende a nuestra espalda y las puertas del Instituto se alzan delante de nosotros. Permanezco de pie junto con más de doscientos oropelos. Todos ellos miran a su alrededor con la engreída confianza de su raza. Muchos forman grupitos, pues ya eran amigos antes de atravesar los muros blancos del Instituto. No pensé que hubiera tanta gente en sus clases.

Un dorado alto, flanqueado por obsidianos y una camarilla de consejeros dorados, se alza con sus gravibotas delante de la puerta. Se me hiela el corazón al reconocer su rostro, al oír su voz y ver el destello de esos lingotes que tiene por ojos.

—Bienvenidos, hijos de los áureos —nos saluda el archigobernador Nerón au Augusto con una voz tan suave como la piel de Eo. Suena preternaturalmente alta—. Doy por sentado que comprendéis la solemnidad de vuestra presencia aquí. De las miles de ciudades de Marte. De todas las Grandes Familias, sois los escasos elegidos. Sois la cúspide de la pirámide humana. Hoy empezaréis vuestra campaña para uniros a la mejor casta de vuestra raza. Vuestros compañeros ocupan, como vosotros, sus puestos en los Institutos de Venus, en los hemisferios orientales y occidentales de la Tierra, de Luna, en los satélites de los planetas gaseosos, en Europa, en la agrupación astrodiana griega y la agrupación astrodiana troyana, de Mercurio, de Calisto, de la agrupación de las empresas Encélado y Ceres, y de los lejanos colonos de los asteroides de Hilda.

Parece que apenas hace un día desde que creía que era un pionero en Marte. Apenas un día desde que sufría para que la humanidad, desesperada por dejar una tierra

moribunda, pudiera desplegarse por el planeta rojo. Ay, ¡qué bien mintieron mis gobernantes!

Detrás de Augusto, en las estrellas, se ve algún movimiento que no pertenece a las estrellas. Ni tampoco a los asteroides ni a los cometas. Son la Quinta y la Sexta Flotas. La armada de Marte. Me quedo sin aliento. La Sexta Flota está gobernada por el padre de Casio, mientras que la Quinta, más pequeña, está bajo el control directo del archigobernador. La mayor parte de las naves son propiedad de las familias que les deben lealtad a Augusto o a Belona.

Augusto nos enseña por qué nosotros, por qué ellos, son los que gobiernan. Se me eriza la piel. Qué pequeño soy. Mil millones de toneladas de duroacero y nanometal atraviesan los cielos y yo nunca he estado más allá de la atmósfera de Marte. Son como motas de plata en un océano de tinta. Y yo soy mucho menos. Pero esas motas pueden asolar Marte. Pueden destruir una luna. Esas motas controlan la tinta. Un emperador dirige cada flota; un pretor dirige los escuadrones dentro de cada flota. Lo que podría hacer con ese poder…

Augusto se muestra altivo al dar su discurso. Me trago la bilis de mi garganta. Debido a la imposible distancia a la que se encontraban mis enemigos, mi rabia fue una vez del tipo frío y calmado. Ahora arde en mi interior.

—Una sociedad tiene tres etapas: la barbarie, el dominio y la decadencia. Los grandes se imponen gracias a la barbarie. Gobiernan durante el dominio. Caen por culpa de su propia decadencia.

Nos cuenta cómo fueron derribados los persas, y cómo los romanos se hundieron porque sus gobernantes se olvidaron de que sus padres les habían ganado un imperio. Parlotea sobre las dinastías musulmanas, el afeminamiento europeo, el provincialismo chino y el autodesprecio y la

autocastración de los estadounidenses. Todos los nombres antiguos.

—Nuestra barbarie comenzó cuando nuestra capital, Luna, se rebeló contra la tiranía de la Tierra y se liberó de los grilletes de la *demokracia*, de la noble mentira: la idea de que todos los hombres somos hermanos y nacemos iguales.

Augusto teje mentiras de su propia cosecha con esa lengua de dorado suya. Nos habla del sufrimiento de los dorados. Nos recuerda que las masas se sentaban en el carro y esperaban a que los grandes tiraran de ellas. Se sentaban y daban latigazos a los grandes hasta que ya no pudieron soportarlo más.

Yo recuerdo unos latigazos distintos.

—Los hombres no nacemos iguales; todos lo sabemos. Los hay corrientes. Los hay atípicos. Los hay feos. Los hay hermosos. Esto no sería así si hubiéramos nacido iguales. ¡Los rojos tienen la misma idea de dirigir una nave estelar que los verdes de hacer de médicos!

Se oyen más risas por toda la plaza cuando nos dice que nos fijemos en la patética Atenas, el lugar de nacimiento del cáncer al que llaman *demokracia*. Fijémonos en cómo cayó ante Esparta. La noble mentira debilitó Atenas. Hizo que los ciudadanos le dieran la espalda a su mejor general, Alcibíades, por razones de celos.

—Incluso las naciones de la Tierra se volvieron celosas unas de otras. Los Estados Unidos de América impusieron esa idea de igualdad por la fuerza. Y cuando las naciones se unieron, ¡los estadounidenses descubrieron sorprendidos que les tenían aversión! ¡Las masas son celosas! ¡Qué maravilloso sueño sería si todos los hombres hubiesen nacido iguales! Pero no es así.

»Es contra la noble mentira contra lo que luchamos. Pero como dije antes, como os digo ahora, hay otro mal más que combatir. Un mal más pernicioso. Un mal lento y subversivo.

No es un fuego incontrolado. Es un cáncer. Y ese cáncer es la decadencia. Nuestra Sociedad ha pasado de la barbarie al dominio. Pero como nuestros antepasados espirituales, los romanos, también nosotros podemos caer en la decadencia.

Se refiere a los florecillas.

—Sois lo mejor de la Sociedad. Pero estáis mimados. Os han tratado como niños. Si hubierais nacido de otro color, tendríais callos, tendríais cicatrices. Sabríais lo que es el dolor.

Sonríe como si supiera lo que es el dolor. Odio a este hombre.

—Creéis que sabéis lo que es dolor. Creéis que la Sociedad es una fuerza inevitable de la historia. Creéis que Ella es el fin de la historia. Pero muchos otros han pensado eso antes. Muchas clases dirigentes han creído que la suya era la última, la cumbre. Se volvieron blandas. Engordaron. Olvidaron que los callos, las heridas, las cicatrices y las penurias son lo que mantiene esos elegantes clubes del placer a los que a vosotros, los jóvenes, os gusta ir, o todas esas sedas, diamantes y unicornios que vosotras, las chicas, pedís para vuestro cumpleaños.

»Muchos áureos no se han sacrificado. Por eso no llevan esto.

Enseña una larga cicatriz en la mejilla derecha. Octavia au Lune tiene una igual.

—La cicatriz de un igual. No somos los amos del Sistema Solar porque lo seamos de nacimiento. Somos los amos porque nosotros, los Marcados como Únicos, los dorados de hierro, hicimos que fuese así.

Se toca la cicatriz de la mejilla. Yo le dejaría otra si lo tuviera más cerca. Los niños que tengo a mi alrededor se tragan estas patrañas como si fueran oxígeno.

—Ahora mismo, los colores que trabajan en las minas de este planeta son más fuertes que vosotros. Han nacido con

callos, han nacido con odio y cicatrices. Fuertes como el nanoacero. Por suerte, también son muy estúpidos. Por ejemplo, esa «Perséfone» de la que seguro que habéis oído hablar no era más que una niña boba que creía que cantar una canción era algo por lo que merecía la pena morir.

Me muerdo el carrillo y me hago sangre. Mi piel tiembla con la tensión que parece dispararse por todo mi cuerpo al saber que mi esposa forma parte del discurso de este cabrón.

—La chica ni siquiera sabía que el vídeo iba a filtrarse. Sin embargo, es su voluntad para sufrir penurias lo que le da poder. Los mártires son como abejas. El único poder que tienen es su muerte. ¿Cuántos de vosotros os sacrificarías para herir a vuestro enemigo, ni siquiera para matarlo? Apuesto a que ninguno.

Siento el sabor de la sangre en la boca. Tengo el cuchillo dactilar que me dio Dancer. Pero respiro y me trago mi furia. Yo no soy un mártir. No soy la venganza. Soy el sueño de Eo. Aun así, no hacer nada mientras su asesino se regodea me sabe a traición.

—Recibiréis a tiempo las cicatrices a manos de mi espada —termina Augusto—. Pero primero tendréis que ganároslas.

17

LA SELECCIÓN

—Hijo de Linus y Lexus au Andrómeda, los dos de la Casa de Apolo. ¿Preferirías señalar que solicitas preferentemente la Casa de Apolo? —me pregunta un tedioso administrador áureo.

La lealtad de los oropelos se dirige primero hacia el color; después, a la familia; luego, al el planeta y, por último, a la Casa. La mayoría de las Casas están dominadas por una o dos familias poderosas. En Marte, la familia Augusto, la familia Belona y la familia Arcos influyen en todas las demás.

—No —contesto.

Pasa los dedos por su terminal de datos.

—Muy bien. ¿Cómo crees que rendiste en la prueba de jerga de ingenio? Esa es la prueba de extrapolación —aclara.

—Creo que los resultados hablan por sí mismos.

—No has prestado atención, Darrow. Anotaré eso en tu contra. Te estoy pidiendo que hables por tus resultados.

—Creo que me eché una condenada meada en sus resultados, señor —respondo.

—Ah. —Sonríe—. Desde luego que sí. La Casa de Minerva, por la inteligencia, quizá te iría bien. Quizá Plutón, por la artería. Apolo, por el orgullo. Sí. Veamos. Tengo una prueba para ti. Por favor, complétala lo mejor que puedas. Las entrevistas empezarán cuando hayas terminado.

La prueba dura poco y está planteada como un juego de inmersión. En una colina hay un cáliz y tengo que conseguirlo. En mi camino se presentan muchos obstáculos.

Los sorteo tan racionalmente como puedo, intentando ocultar la ira cuando un pequeño duende me roba la llave que obtengo. Pero a cada paso del camino hay un maldito contratiempo, algún inconveniente. Y siempre es imprevisible. Siempre está fuera de toda extrapolación. Al final llego hasta el cáliz, pero solo después de haber matado a un mago molesto y de haber esclavizado cruelmente a la raza de los duendes con la varita del mago. Podría haber dejado a los duendes en paz, pero me molestaban.

Los entrevistadores llegan al rato, en intervalos. Descubro que se llaman próctores. Cada uno de ellos es un Marcado como Único. El archigobernador los elige para enseñar y representar a los estudiantes de la Casa dentro del Instituto.

Para ser sincero, los próctores impresionan. Hay un tipo gigantesco entre los Marcados con la cabellera de un león y un relámpago en el cuello de la ropa que representa a Júpiter, una mujer madura de afables ojos dorados y un hombre avispado con unos pies alados en el cuello de la camisa. No puede estarse quieto y su cara de niño parece tremendamente fascinada por mis manos. Me hace jugar a un juego en el que extiende las manos con las palmas hacia arriba y yo pongo las mías encima y con las palmas hacia abajo. Intenta darme una palmada, pero nunca lo consigue. Se marcha después de batir las palmas lleno de júbilo.

Se produce otro extraño encuentro cuando me entrevisto con un hombre apuesto que lleva el pelo ensortijado. Le distingo la marca de un arco en el cuello. Apolo. Me pregunta cómo de atractivo creo que soy y se muestra descontento cuando me quedo corto en su estimación. Aun así, creo que le gusto, porque me pregunta qué me gustaría llegar a ser.

—Emperador de una flota —digo.

—Podrías hacer grandes cosas con una flota. Pero es un concepto muy elevado. —Suspira, y marca cada palabra con

un ronroneo felino—. Quizá sea demasiado elevado para alguien de tu familia. Quizá si tuvieras un benefactor o un origen familiar más propicio… Sí, entonces quizás. —Le echa un vistazo a su terminal de datos—. Pero dada tu procedencia es improbable. Bueno, mucha suerte.

Me quedo sentado durante una hora o más hasta que un hombre huraño se reúne conmigo. Su rostro poco agraciado es enjuto como un hacha, aunque es un Marcado y la empuñadura de un filo cuelga de su cadera. Se llama Fitchner. Una bola de chicle le llena la boca. Lleva un uniforme de color negro y oro que casi le oculta la prominente barriga que sobresale a pesar del ligero olor a metabolizantes. Como muchos de los otros, lleva insignias referidas a su personaje. Un lobo dorado de dos cabezas le adorna el cuello. Y una extraña mano destaca en los puños de la vestimenta.

—A mí me dan los perros rabiosos —comienza—. Me dan los asesinos de nuestra raza, los que están llenos de meados, napalm y vinagre. —Olisquea el aire—. Hueles a mierda.

No digo nada. Se inclina sobre la puerta y le frunce el ceño como si le hubiera ofendido de algún modo. Después se vuelve a mí, olfateando de manera indebida.

—El problema es que nosotros, los de la Casa de Marte, siempre nos quemamos. Los chicos al principio mandan en el Instituto. Después descubren que el napalm dura esto. —Chasquea los dedos. No respondo. Suspira y se deja caer en una silla. Después de un rato de observarme, se pone en pie y me da un puñetazo en la cara—. Si me devuelves el puñetazo, te echarán, florecilla.

Le doy una patada en la espinilla.

Se marcha cojeando, y riéndose como un borracho tío Narol.

No me echan. En vez de eso me descubro acompañado de un centenar más en una habitación enorme con sillas flotantes y una gigantesca pared dominada por patrones de marfil. Las casillas forman un damero en la pared: diez cuadrados de alto y diez cuadrados de ancho. Me levantan hasta la fila de en medio, a unos cinco metros por encima del suelo. Transportan a otros noventa y nueve hasta que todas las casillas están ocupadas. Esta es la mejor cosecha, los mejores estudiantes. Miro hacia fuera, desde mi casilla, observando con los ojos entrecerrados lo que hay encima de mí. Los pies de una chica cuelgan de la casilla que tengo sobre mi cabeza. En la parte frontal de mi casilla aparecen unos números y unas letras. Mis estadísticas. Se supone que soy muy temerario y poseo unas características atípicas muy marcadas en intuición y lealtad y, de manera más ostensible, en ira.

Hay doce grupos en el auditorio. Cada uno de ellos está sentado junto en las sillas flotantes alrededor de estandartes dorados verticales. Veo un arquero, un relámpago, una lechuza, un lobo de dos cabezas, una corona boca abajo y un tridente, entre otros. Uno de los próctores acompaña a cada grupo. Son los únicos que no llevan los rostros cubiertos. Los demás llevan máscaras ceremoniales, sin rasgos distintivos, doradas y vagamente parecidas a los animales de sus casas. Ojalá hubiera sabido que esto iba a ocurrir. Habría traído un arma nuclear. Estos son los seleccionadores, los hombres y mujeres de mayor prestigio. Los pretores y los emperadores, los tribunos, los jueces y los gobernadores están allí sentados, mirándome, tratando de escoger a los estudiantes para sus casas, tratando de encontrar a hombres y mujeres jóvenes a los que puedan poner a prueba y a los que ofrecer aprendizajes. Con una sola bomba podría haber destruido a lo mejor y más brillante

de su dorado gobierno. A lo mejor es mi ira la que está hablando.

La selección comienza cuando un chico modificado genéticamente con aspecto de titán resulta elegido primero por la casa del relámpago. La Casa de Júpiter. Después les toca a más chicos y chicas de belleza y destreza física antinaturales. No puedo sino suponer que también son genios. Llega la quinta selección. El entrevistador de cara de niño y pies alados flota hacia mí con sus botas doradas. Varios de los seleccionadores de la Casa de Mercurio flotan con él. Cuchichean entre ellos antes de hacerme preguntas.

—¿Quiénes son tus padres? ¿Cuáles son sus logros de tu familia?

Les hablo de mi modesta y falsa familia. Uno de ellos parece tener una muy buena opinión de un familiar mío que falleció hace mucho. Pero a pesar de las objeciones del próctor, pasan de largo y escogen a un estudiante cuya familia posee una propiedad de noventa minas y participaciones en uno de los continentes meridionales de Marte.

El próctor de Mercurio maldice y me lanza una rápida sonrisa.

—Espero que para la siguiente ronda sigas disponible —dice.

Después le toca a una chica de aspecto frágil con una sonrisa burlona. Apenas logro prestar atención, y a veces es difícil saber a quién están escogiendo. Estamos dispuestos de forma extraña. En la décima elección, el próctor que me golpeó durante las entrevistas flota hacia mí. Hay desacuerdo entre los seleccionadores. Dos me defienden a ultranza. Una es tan alta como Augusto, pero la cabellera le baja por la columna en tres trenzas doradas. Y el otro es más ancho y no muy alto. Viejo. Lo sé por las cicatrices y las arrugas de sus gruesas manos. Manos que portan el sello de

un caballero olímpico. Lo reconozco enseguida, incluso antes de verle la cara. Lorn au Arcos. El Caballero de la Furia, el tercer hombre más importante de Marte, que eligió servir al Pacto de la Sociedad en vez de buscar medallas en la política. Cuando me señala, Fitchner sonríe.

Me han elegido en décimo lugar. El décimo de mil.

18

CONDISCÍPULOS

Siento cómo se me encoge el estómago mientras camino entre los cuchicheos de la multitud hacia el comedor. Es majestuoso: suelos de mármol, columnas y un holocielo que muestra pájaros al vuelo en el atardecer. El Instituto no es lo que me esperaba. Según Augusto, las clases tienen que ser duras para estos doraditos. Contengo una risita despectiva. Que pasen todos un año en la mina.

Hay doce mesas, cada una con cien servicios. Nuestros nombres flotan sobre las sillas en letras doradas. El mío flota a la derecha de la cabecera de una de las mesas. Es un lugar de honor. El primer reclutado. A la derecha de mi nombre flota una barra. A la izquierda un -1. El primero que consiga cinco barras se convertirá en el primus de su Casa. La barra es la retribución por un acto meritorio. Por lo visto, la alta puntuación que saqué en la prueba es mi primer reconocimiento.

—Maravilloso, un canalla en cabeza para ser primus —dice una voz familiar.

La chica del examen. Leo su nombre. Antonia au Severo. Está dotada de una belleza cruel: pómulos marcados, sonrisa altanera y mirada desdeñosa. El cabello largo, espeso, y de oro como tocado por Midas. Nació para odiar y ser odiada. Un -5 flota junto a su nombre. Es la segunda puntuación más alta de la mesa. Casio, el chico a quien conocí en la prueba, está sentado en diagonal a mí. Un -6 reluce junto a su amplia sonrisa. Se pasa una mano por los rizos.

Otro chico está sentado justo enfrente de mí. Un -1 y una barra dorada flotan junto a su nombre. A diferencia de Casio, que está recostado, este otro chico, Príamo, se sienta tan recto como una espada. Tiene un rostro celestial. La mirada alerta. El pelo perfectamente arreglado. Es igual de alto que yo, pero tiene los hombros más anchos. No creo que haya visto nunca un ser humano tan perfecto. Es como una maldita estatua. No estaba en la selección, según averiguo. Es lo que llaman un supremo. No pueden ser elegidos. Sus padres escogen la casa. Luego me entero de por qué. Su escandalosa madre, una mandataria de la Casa de Belona, es la dueña de las dos lunas de nuestro planeta.

—El destino nos une de nuevo —dice Casio con una risita—. Y Antonia, ¡amor mío! Parece que nuestros padres han conspirado para que estemos juntos.

Antonia le responde con desprecio.

—Recuerda que les dé las gracias.

—¡Antonina! Esa malicia no es necesaria. —Menea un dedo con gesto desaprobador—. Sonríeme como una buena chica.

Antonia hace una cruz con los dedos.

—Prefiero tirarte por la ventana, Casitito.

—Grrrrr. —Casio le lanza un beso. Antonia le hace caso omiso—. Y bien, Príamo, parece que tú y yo tendremos que ser delicados con estos estúpidos, ¿eh?

—A mí me parecen unos tipos fenomenales —contesta Príamo con gazmoñería—. Me da a mí que nos va a ir muy bien como grupo.

Hablan en alta jerga.

—¡Si la morralla del reclutamiento no nos arrastra hacia abajo, buen señor! —señala al final de la mesa y empieza a ponerles nombres—. Muecas, por razones obvias. Payaso, por ese ridículo pelo encrespado. Hierbajo… por flaco. ¡Ay! Y tú, tú eres Cardo porque tienes la nariz tan ganchuda como

uno. Ah, y esa cosita chiquita de ahí que está junto al que parece un bronce es Guijarro.

—Creo que te sorprenderán —dice Príamo en defensa del otro lado de la mesa—. Puede que no sean ni tan altos, ni tan atléticos o ni siquiera tan inteligentes como tú o como yo, si es que la inteligencia puede medirse con esa prueba, pero no me parece caritativo decir que serán la columna vertebral de nuestro grupo. La sal de la tierra, por así decirlo. Buena gente.

El chico pequeño de la lanzadera, Sevro, está justo al final de la mesa. Parece que la sal de la tierra no está haciendo amigos. Tampoco yo. Casio mira de reojo mi -1. Le veo admitir que tal vez Príamo haya obtenido mejor puntuación que él, pero se empeña en dejar claro que nunca ha oído hablar de mis padres.

—Así pues, querido Darrow, ¿cómo hiciste trampas? —pregunta.

Antonia aparta la mirada de Arria, una chica bajita de pelo rizado y hoyuelos con la que estaba hablando.

—Venga, vamos, hombre —me río—. Enviaron a la del Consejo de Control de Calidad a verme. ¿Cómo iba a hacer trampas? Imposible. ¿Tú hiciste trampas? Sacaste una puntuación alta.

Hablo en jerga común. Me resulta más cómodo que ese polvo fecal de la alta jerga que balbucea Príamo.

—¿Yo? ¡Hacer trampas! No. Solo que no lo intenté con demasiadas ganas, supongo —contesta Casio—. Si hubiera sido listo, habría pasado menos tiempo con las chicas y más estudiando, como tú.

Está tratando de decirme que si se hubiera esforzado lo habría hecho igual de bien. Pero que está demasiado ocupado para dedicarle tanto esfuerzo. Si lo quisiera como amigo, dejaría que se saliera con la suya.

—¿Estudiaste? —pregunto. Siento un deseo imperioso de avergonzarlo—. Yo no estudié nada.

Un escalofrío recorre el aire.

No tendría que haberlo dicho. Se me encoge el estómago. Mis modales…

El rostro de Casio se agria y Antonia tuerce los labios en una sonrisa desdeñosa. Le he insultado. Príamo frunce el ceño. Si quiero una carrera en la flota, probablemente necesite el mecenazgo del padre de Casio au Belona. Hijo de un emperador. Matteo me lo machacó hasta la saciedad. Con qué facilidad se olvida. La flota es donde está el poder. La flota, o el gobierno, o el ejército. El gobierno no me gusta, no hace ni falta que lo diga, pero estos insultos son los que dan comienzo a los duelos. Siento el cosquilleo del miedo en la espalda cuando me doy cuenta de lo delgada que es la línea que no se debe traspasar. Casio sabe cómo batirse en duelo. En mi caso, esa no se cuenta entre mis recién adquiridas habilidades. Me destrozaría; y, a juzgar por su expresión, eso es lo que quiere hacer.

—Estoy de broma. —Ladeo la cabeza hacia Casio—. Venga, hombre. ¿Cómo iba a sacar una puntuación tan alta sin estudiar hasta que me sangraran los ojos? Ojalá hubiera podido pasar más tiempo de juerga como tú. Al fin y al cabo, ahora estamos los dos en el mismo sitio. Pues sí que me ha servido de mucho tanto estudiar…

Príamo asiente con aprobación ante esta ofrenda de paz.

—¡Seguro que te dejaste los cuernos! —exclama Casio con aire jactancioso, tocándose la cabeza para aceptar mi peculiar disculpa.

No pensé que fuera a pasarlo por alto. Creía que el orgullo le cegaría demasiado para aceptar mi repentina disculpa. El dorado puede ser orgulloso, pero no es estúpido. Ninguno lo es. Debo tenerlo en cuenta.

Después de eso, hago que Matteo se sienta orgulloso. Coqueteo con una chica llamada Quinn, me gano la amistad de Casio y Príamo —quien lo más probable es que no haya dicho una palabrota en su vida— y le doy la mano a una bestia enorme llamada Tito que tiene un cuello tan ancho como mi muslo. La estruja con fuerza, de manera intencionada. Le sorprende que casi le rompa la mano, pero vaya si aprieta. El chico es más alto que Casio y que yo, y tiene la voz de un titán, pero sonríe cuando ve que mi apretón es, como poco, más fuerte que el suyo. Sin embargo, hay algo extraño en su voz. Algo indudablemente despectivo. También hay un chico delicado llamado Roque que parece un poeta y habla como tal. Sus sonrisas son lentas y escasas, pero auténticas. Peculiar.

—¡Casio! —grita Julian.

Casio se levanta y le pasa un brazo por el hombro a su hermano mellizo, que es más pequeño que él, y más guapo. No me había dado cuenta antes, pero son hermanos. Mellizos. Pero no idénticos. Julian dijo que su hermano ya estaba en Agea.

—Este Darrow no es lo que parece —dice Julian, que está sentado a la mesa con una expresión muy seria. Tiene un don para lo teatral.

—No querrás decir que… —Casio se lleva la mano a la boca.

Rozo con el dedo el cuchillo de cortar la carne.

—Sí —asiente Julian con solemnidad.

—No. —Casio sacude la cabeza—. ¿No será un hincha de los Yorkton? Julian, ¡dime que no! ¡Darrow! Darrow, ¿cómo es posible? ¡Si nunca ganan la guerra simulada! Príamo, ¿lo estás oyendo?

Levanto las manos a modo de disculpa.

—Una maldición de nacimiento, supongo. Soy un producto de mi educación. Un brindis por los que llevan las

de perder. —Consigo que la mofa no asome a esas palabras.

—Me lo confesó en la lanzadera.

Julian se siente orgulloso de conocerme. Orgulloso de que su hermano sepa que me conoce. Busca la aprobación de Casio. Y Casio es consciente de ello. Le regala un cumplido y Julian deja a los de la clase superior y se va a su asiento de clase intermedia, en mitad de la mesa, con una sonrisa satisfecha y con los hombros bien altos. No pensé que Casio perteneciese al grupo de los amables.

De los que conozco, solo Antonia muestra su desprecio hacia mí sin tapujos. No me mira como los demás presentes en la mesa. De ella solo obtengo una repulsa distante. Tan pronto se está riendo, coqueteando con Roque, como, cuando nota que la miro, se vuelve fría como el hielo. El sentimiento es mutuo.

Mi dormitorio parece sacado de un sueño. Hay una ventana revestida de ribetes dorados que da al valle. Una cama repleta de sedas, edredones y satén. Me tumbo y viene una masajista rosa que se queda una hora amasándome los músculos. Después, vienen otras tres flexibles rosas para atender mis necesidades. Las envío a la habitación de Casio. Para calmar la tentación, me doy una ducha fría y me sumerjo en la holoexperiencia de un minero en la colonia minera de Corinto. El sondeainfiernos protagonista de la holoexperiencia es menos habilidoso que yo, pero el repiqueteo metálico, el calor simulado, la oscuridad y las víboras me resultan tan reconfortantes que acabo anudándome mi antigua cinta púrpura sobre la frente.

Llega más comida. Lo de Augusto solo era palabrería. La boca llena de exageraciones. Esta es su versión de la penuria. Me siento culpable cuando me quedo dormido con el estómago lleno, agarrando el medallón con la flor de Eo en su interior. Mi familia se irá a la cama hambrienta esta noche. Susurro el nombre de Eo. Saco la cinta conyugal de

mi bolsillo y la beso. Siento el dolor. Me la robaron. Pero ella se lo permitió. Ella me dejó. Me dejó para traerme lágrimas, dolor y anhelo. Me abandono a la rabia y no puedo evitar odiarla durante un momento, aunque después de ese momento solo queda amor.

—Eo —susurro, y el medallón se cierra.

19

EL PASO

Me despierto vomitando. Un segundo puño me golpea en el estómago. Después, un tercero. Estoy vacío y respiro con dificultad. Ahogándome en náuseas. Tosiendo. Sufriendo convulsiones por la tos. Trato de revolverme y escapar. La mano de un hombre me agarra del pelo y me lanza contra la pared. Dios, qué fuerte es. Y tiene dedos de más. Busco mi cuchillo dactilar, pero ya me han arrastrado hasta el pasillo. Nunca me habían pegado tanto; ni siquiera mi nuevo cuerpo es capaz de recuperarse de los golpes. Son cuatro vestidos de negro: cuervos, los asesinos. Me han descubierto. Saben quién soy. Se ha acabado. Todo se ha acabado. Sus rostros son calaveras inexpresivas. Máscaras. Saco de la cintura el cuchillo que cogí en la cena y estoy a punto de apuñalar a uno en la ingle. Entonces veo el destello de oro en sus muñecas y me golpean hasta que dejo caer el cuchillo. Es una prueba. Los golpes contra un color más elevado los ha autorizado el que ha repartido los brazaletes. No me han descubierto en absoluto. Una prueba. Eso es lo que es. Es una prueba.

Podrían haber usado aturdidores. Esta paliza esconde un propósito. Es algo que muchos dorados no han experimentado nunca. Así que espero. Me enrosco y dejo que me peguen. Como no me resisto, piensan que han hecho su trabajo. Y más o menos lo han hecho, porque para cuando se dan por satisfechos estoy hecho una mierda.

Unos hombres que miden por lo menos tres metros me arrastran por el pasillo. Me ponen por la fuerza una bolsa en

la cabeza. No se valen de la tecnología para meterme miedo. Me pregunto cuántos de estos críos se habrán visto sometidos por una fuerza física como esta. A cuántos habrán deshumanizado de esta forma. La bolsa huele a meados y a muerte mientras me arrastran. Rompo a reír. Es como mi maldita escafandra. Entonces un puño me golpea el pecho y me desplomo, ahogado.

La capucha tiene también algún dispositivo sonoro instalado. Aunque mi respiración no es muy agitada, la oigo más alta de lo que debería. Hay más de mil estudiantes. Muchos de ellos deben estar sufriendo el mismo trato. Aun así, no oigo nada. No quieren que oiga a los otros. Se supone que tengo que pensar que estoy solo, que mi color no significa nada. Para mi sorpresa, me siento ofendido por el hecho de que se atrevan a pegarme. ¿Es que no saben que soy un maldito dorado? Entonces reprimo a duras penas una carcajada. Qué trucos tan efectivos.

Me levantan y me arrojan al suelo con dureza. Siento una vibración, el olor a humo de un motor. Apenas en un suspiro, estamos en el aire. La bolsa que llevo en la cabeza tiene algo que me desorienta. No sé en qué dirección estamos volando, ni cuánto nos hemos elevado. El sonido de mi ronca respiración se ha vuelto terrible. Creo que la bolsa también deja escapar el oxígeno porque estoy hiperventilando. Aun así, no es peor que una escafandra.

Tiempo después. ¿Una hora? ¿Dos? Aterrizamos. Me arrastran de los talones. Mi cabeza choca contra la piedra, y me produce una conmoción. No pasa mucho tiempo hasta que me quitan la bolsa de la cabeza en una desértica estancia de piedra iluminada por una única fuente de luz. Ya hay otra persona aquí dentro. Los cuervos me arrancan la ropa y me quitan el preciado colgante del pegaso. Se marchan.

—¿Tienes frío, Julian?

Dejo escapar una risita al levantarme, con la banda roja todavía anudada a la cabeza. Mi voz hace eco. Los dos estamos desnudos. Finjo una cojera en la pierna derecha. Sé lo que es esto.

—Darrow, ¿eres tú? —pregunta Julian—. ¿Estás bien?

—Estoy de primera. Pero me han destrozado la pierna derecha —miento.

Él también se levanta, ayudándose a subir con la mano izquierda. Esa es la dominante. Parece alto y debilitado bajo esta luz. Como heno aplastado. Pero yo me he llevado unos cuantos puñetazos y patadas más, bastantes más. Puede que tenga algunas costillas rotas.

—¿Qué crees que es todo esto? —pregunta.

—El Paso, obviamente.

—Pero han mentido. Dijeron que sería mañana.

La gruesa puerta de madera chirría sobre sus goznes oxidados y el próctor Fitchner entra como si nada, hinchando un globo de chicle.

—¡Próctor! Señor, nos ha mentido —protesta Julian.

Se aparta el precioso pelo de los ojos.

El movimiento de Fitchner es indolente, pero tiene los ojos de un gato.

—Mentir supone mucho esfuerzo —gruñe, despreocupado.

—Pero… ¿cómo se atreve a tratarnos así? —protesta secamente Julian—. Seguro que sabe quién es mi padre. ¡Y mi madre es un legado! Y puedo acusarle de cargos por asalto en un abrir y cerrar de ojos. ¡Y ha herido a Darrow en la pierna!

—Es la una de la madrugada, imbécil. Ya es mañana. —Fitchner hace estallar otro globo de chicle—. Y también sois dos. Ay, que solo hay un sitio disponible en la clase… —Arroja al sucio suelo de piedra un anillo de oro con el lobo de Marte grabado y el escudo de estrellas del Instituto—. Podría

veniros con ambigüedades, pero parece que tenéis las cabezas llenas de hollín. Solo uno saldrá vivo.

Se marcha por donde vino. La puerta chirría y después se cierra de golpe. Julian se estremece con el sonido. Yo no. Los dos nos quedamos con la mirada fija en el anillo y tengo la horrible sensación de que soy el único que sabe lo que acaba de pasar.

—¿Qué se creen que están haciendo? —pregunta Julian—. ¿Acaso esperan que…?

—¿Que nos matemos? —termino—. Sí. Eso es lo que esperan. —Cierro los puños a pesar del nudo que tengo en la garganta, con la cinta conyugal de Eo en el dedo—. Pretendo llevar ese anillo, Julian. ¿Dejarás que lo tenga?

Soy más grande que él. No tan alto. Pero eso no importa. No tiene nada que hacer.

—Tengo que tenerlo, Darrow —murmura. Levanta la mirada—. Soy de la familia Belona. No puedo volver a casa sin él. ¿Sabes quiénes somos? Tú puedes volver a casa sin vergüenza. Yo no. ¡Lo necesito más que tú!

—No vamos a volver a casa, Julian. Solo uno de nosotros saldrá vivo. Ya lo has oído.

—Ellos no harían eso… —protesta.

—¿No?

—Por favor. Por favor, Darrow. Vete a casa. No lo necesitas tanto como yo. Tú no. Casio… se sentiría muy avergonzado si no lo consiguiera. No podría mirarlo a los ojos. Todos los miembros de mi familia son Marcados. Mi padre es emperador. ¡Emperador! Si su hijo ni siquiera lograra terminar el Paso… ¿qué pensarían sus soldados?

—Te seguiría queriendo. El mío me querría.

Julian sacude la cabeza. Respira hondo y se levanta con entereza.

—Soy Julian au Belona, de la familia de Belona, mi buen amigo.

No quiero hacer esto. No puedo explicar lo mucho que quiero evitar hacerle daño a Julian. Pero ¿cuándo ha importado lo que yo quería? Mi gente necesita esto. Eo sacrificó su felicidad y su vida. Yo puedo sacrificar mis deseos. Puedo sacrificar a este esbelto principito. Puedo sacrificar hasta mi alma.

Hago el primer movimiento hacia Julian.

—Darrow… —murmura.

Darrow era amable en Lico.

No lo soy. Me odio por ello. Creo que estoy llorando porque tengo la vista nublada.

Las reglas, los modales y las normas morales de la sociedad desaparecen. Para ello solo hace falta una estancia de piedra y dos personas que necesitan el mismo bien escaso. Pero el cambio no es instantáneo. No parece una pelea ni siquiera cuando golpeo a Julian en la cara y me mancho los nudillos con su sangre. La habitación está en silencio. Extraña. Me siento incómodo al golpearlo. Como si estuviera actuando. Siento el frío de la piedra bajo mis pies. Me pica la piel. Oigo el eco de mi respiración.

Quieren que lo mate porque no lo hizo bien en las pruebas. Es un combate desigual. Soy la guadaña de Darwin. La naturaleza rastrillando la paja. No sé cómo se mata. Nunca he matado a nadie. No tengo espada, ni porra eléctrica, ni achicharrador. Parece imposible que pueda quitarle hasta la última gota de sangre a este chico hecho de músculo y carne valiéndome tan solo de mis manos. Quiero reír y Julian lo hace. Soy un niño desnudo que le da tortazos a otro niño desnudo en una fría habitación. Su vacilación resulta evidente. Mueve los pies como si estuviera tratando de recordar unos pasos de baile. Pero cuando pone los codos a la altura de los ojos me da un ataque de pánico. No sé qué tipo de lucha emplea. Me golpea sin mucha convicción de un modo que me resulta extraño, de una

forma artística. Se muestra lento y vacilante, pero su indeciso puño me alcanza la nariz.

La ira se apodera de mí.

Se me adormece el rostro. Me retumba el corazón. Lo tengo en la garganta. Me arden las venas.

Le rompo la nariz con un golpe directo. Dios, qué fuertes son mis manos.

Gime y se abalanza agachado hacia mí, y me retuerce el brazo en un ángulo extraño. Lo hace crujir. Me valgo de la frente. Le da de lleno en el puente de la nariz. Le cojo por la nuca y vuelvo a golpearlo con la frente. No puede escaparse. Vuelvo a hacer lo mismo. Se oye algo romperse. La sangre y los escupitajos me riegan el pelo como una espuma. Sus dientes me hacen un corte en el cráneo. Me dejo caer hacia atrás como si estuviera bailando, giro sobre el pie izquierdo, culebreo hacia delante y le hundo el puño derecho en el pecho con el resto del peso. Mis nudillos de sondeainfiernos le destrozan el esternón reforzado.

Se oye un terrible resuello ahogado. Y un crujido como de ramas partiéndose.

Se tambalea hacia atrás de puntillas y cae al suelo. Estoy aturdido de golpearlo con la frente. Lo veo todo rojo. Todo doble. Trastabillo hacia él. Las lágrimas me corren por las mejillas. Tiene convulsiones. Cuando le agarro de su dorado pelo, encuentro su cuerpo ya blando. Como una pluma de oro mojada. La sangre le borbotea de la nariz. Está inmóvil. Ya no se mueve. Ya no sonríe.

Murmuro el nombre de mi esposa cuando me dejo caer para acunarle la cabeza. El rostro se le ha convertido en un brote sanguinolento.

TERCERA PARTE
DORADO

«Esta es tu falce, hijo. Arañará las venas de la tierra para ti. Matará las víboras. Mantenla afilada y, si te quedas atrapado en la perforadora, salvará tu vida a cambio de un miembro». Así dijo mi tío.

20

LA CASA DE MARTE

Reina el silencio en mi alma mientras observo al chico destrozado. Ni siquiera Casio reconocería a Julian ahora. Una cavidad se me abre en el corazón. Me tiemblan las manos mientras la sangre se escurre por mis dedos y cae sobre la fría piedra. Ríos que recorren los emblemas dorados de mis manos. Soy un sondeainfiernos, pero los sollozos afloran incluso después de que las lágrimas se hayan secado. Un hilo de su sangre me recorre la espinilla pelada. No es dorada, sino roja. Siento la piedra en mis rodillas, y la toco con la frente mientras sollozo hasta que a mi pecho le vence el agotamiento.

Cuando levanto la mirada, sigue muerto.

Esto no ha estado bien.

Pensaba que la Sociedad solo hacía juegos con los esclavos. Me equivocaba. Julian no obtuvo la misma puntuación que yo en las pruebas. No tenía la misma capacidad física que yo. Por eso fue un cordero sacrificial. Cien estudiantes por cada casa, y los cincuenta peores solo han venido para morir a manos de los cincuenta mejores. Esto no es más que una maldita prueba… para mí. Ni siquiera la familia Belona, con todo su poder, ha podido proteger a su hijo menos apto. Y precisamente eso es lo que quieren demostrar.

Me odio a mí mismo.

Sé que ellos me han obligado a hacerlo. Aun así, lo percibo como una elección. Como cuando tiré de las piernas de Eo y escuché cómo se rompía su pequeña espina dorsal.

Yo lo elegí. Pero ¿qué otra elección podría haber tomado con ella? ¿Y con Julian? Lo hacen para que tengamos que cargar con la culpa.

No hay nada con lo que limpiarse la sangre, solo la piedra y dos cuerpos desnudos. Yo no soy así, yo no quiero ser así. Quiero ser padre, marido, bailarín. Que me dejen cavar la tierra. Que me dejen cantar las canciones de mi pueblo y brincar, rodar y correr por las paredes. Nunca cantaría la canción prohibida. Trabajaría. Me doblegaría. Que me dejen limpiarme la tierra de las manos en vez de esta sangre. Solo quiero vivir con mi familia. Éramos lo suficientemente felices.

La libertad es demasiado cara.

Pero Eo no estaba de acuerdo.

Eo, maldita sea.

Espero, pero nadie viene a ver el desastre. La puerta no está cerrada con llave. Me deslizo el anillo en el dedo después de cerrarle los ojos a Julian y salgo desnudo al vestíbulo de piedra. Está vacío. Una luz tenue me guía al subir unas interminables escaleras. El agua gotea del techo subterráneo. La uso para intentar limpiarme el cuerpo, pero solo consigo frotar la sangre y hacerla menos espesa. No puedo escapar de ello, de lo que he hecho, da igual lo lejos que me adentre en el túnel. Estoy a solas con mi pecado. Por eso son ellos quienes gobiernan. Los Marcados como Únicos saben que todos cometemos actos oscuros. No se puede huir de ellos. Quien quiera gobernar tiene que llevarlos consigo. Esa es su primera lección. ¿O acaso era que los débiles no merecen vivir?

Los odio, pero los escucho.

Gana. Soporta la culpa. Reina.

Quieren que sea despiadado. Quieren que no tenga memoria a largo plazo.

Pero a mí me criaron de otra manera.

Mi gente solo canta a la memoria. Y por eso yo recordaré esta muerte. Cargaré con ella aunque a los demás estudiantes no les pese. No debo dejar que eso cambie. No debo convertirme en ellos. Recordaré que cada pecado, cada muerte y cada sacrificio se producen en favor de la libertad.

Sin embargo, ahora tengo miedo.

¿Soportaré la siguiente lección?

¿Puedo fingir que soy tan frío como Augusto? Ahora sé por qué no se inmutó al colgar a mi esposa. Y empiezo a entender por qué gobiernan los dorados. Ellos hacen lo que yo no puedo hacer.

Aunque estoy solo, sé que pronto me encontraré con otros. Por ahora quieren que me empape de la culpa. Quieren que me sienta solo y desdichado, para que cuando me encuentre con el resto, con los ganadores, me sienta aliviado. Los asesinatos nos unirán, y sentiré que la compañía de los ganadores es un bálsamo para la culpa. No siento amor por mis compañeros, pero creeré que lo siento. Buscaré su consuelo, que me aseguren que no soy malvado. Y ellos querrán lo mismo. Hacen todo esto para que nos sintamos una familia; eso sí, llena de oscuros secretos.

Tengo razón.

El túnel me lleva hasta los demás. El primero a quien veo es Roque, el poeta. La sangre le brota de la nuca y se le desliza por el codo derecho. No lo veía capaz de matar. ¿De quién será la sangre? Tiene los ojos rojos por el llanto. Después nos encontramos a Antonia. Está desnuda, como nosotros. Se mueve como un barco dorado, a la deriva, silenciosa y distante. Deja huellas sanguinolentas a su paso.

Temo encontrarme a Casio. Espero que esté muerto, porque le tengo miedo. Me recuerda a Dancer: es atractivo y risueño, pero por debajo de la superficie es un dragón. Pero

no es eso lo que me asusta, sino el hecho de que tiene una razón para odiarme, para querer matarme. Hasta ahora nadie ha tenido motivo alguno para hacerlo. Nadie me ha odiado. Lo hará si lo descubre. Entonces me doy cuenta. ¿Cómo va una casa a estar cohesionada con secretos así? Es imposible. Casio sabrá que alguien mató a su hermano. Otros habrán perdido amigos, y la casa se devorará a sí misma. La Sociedad ha diseñado esto a propósito; quieren sembrar el caos. Será nuestra segunda prueba. Los conflictos tribales.

Los tres encontramos al resto en un cavernoso comedor de piedra en el que domina una larga mesa de madera. La estancia está iluminada por antorchas. La bruma nocturna entra reptando por las ventanas abiertas. Es como algo sacado de los relatos antiguos. Esos tiempos que llaman la Edad Media. Hacia el otro extremo de la larga estancia hay un pedestal. Allí se eleva una piedra gigantesca; incrustada en el centro hay una mano de primus. Unos tapices negros y dorados flanquean la piedra. Un lobo aúlla sobre ellos, como si gritara una advertencia. Es la mano del primus la que destrozará esta casa. Cada uno y cada una de estos príncipes y princesas creerán merecer el honor de liderar la casa. Pero solo uno puede hacerlo.

Me muevo como un fantasma entre los demás estudiantes, deambulando por las estancias de piedra de lo que parece ser un gigantesco castillo. Hay una habitación en la que tenemos que lavarnos.

Un abrevadero deja correr agua helada hasta el gélido suelo. Ahora la sangre fluye junto al agua y desaparece hacia la derecha, en la piedra. Me siento como algún tipo de espectro en una tierra de niebla y piedra.

En el suelo de una armería relativamente desierta nos esperan unos trajes militares en dorado y negro. En cada fardo hay una etiqueta con nuestros nombres. El símbolo

dorado de un lobo aullando distingue los cuellos y las mangas de nuestras ropas. Cojo la ropa y me visto a solas en un almacén. Allí, me dejo caer en un rincón, en silencio. Este es un lugar frío y solitario. Está muy lejos de casa.

Roque da conmigo. Está deslumbrante con el uniforme, esbelto como una espiga de trigo en verano, con los pómulos marcados y los ojos cálidos, pero con la cara pálida. Se acuclilla frente a mí durante varios minutos antes de extender el brazo para cogerme las manos. Se las retiro, pero él espera hasta que por fin lo miro.

—Si te lanzan a las profundidades y no nadas, te ahogarás —dice, y levanta sus delgadas cejas—. Así que sigue nadando, ¿de acuerdo?

Fuerzo una risita.

—La lógica de un poeta.

Se encoge de hombros.

—No cuenta para mucho. Así que te daré hechos, hermano. Este es el sistema. Los colores más bajos dan a luz a sus hijos con catalizadores. Un alumbramiento rápido, a veces solo cinco meses de gestación antes de que se les induzca el parto. Salvo los obsidianos, solo nosotros esperamos nueve meses para nacer. Nuestras madres no reciben catalizadores, ni sedantes, ni nucleicos. ¿Alguna vez te has preguntado por qué?

—Para que el producto sea puro.

—Y de este modo, la naturaleza tenga la oportunidad de matarnos. El Consejo de Control de Calidad está firmemente convencido de que el 13,6213 por ciento de los niños deberían morir durante el primer año de vida. A veces hacen que la realidad encaje con ese número. —Extiende las manos con los dedos separados—. ¿Por qué? Porque creen que la civilización debilita la selección natural. Ellos hacen el trabajo de la naturaleza para que no nos convirtamos en una raza débil. Por lo visto, el Paso es la continuación de esa

política. Solo que nosotros hemos sido unas herramientas en sus manos. Mi… víctima era, bendita sea su alma, un estúpido. Venía de una familia sin ninguna importancia y no tenía ni ingenio, ni inteligencia, ni ambición. —Las palabras le hacen fruncir el ceño antes de suspirar—. No tenía nada que el Consejo valore. Existe una razón por la que tenía que morir.

¿Había alguna razón por la que Julian tuviera que morir?

Roque sabe lo que hace porque su madre está en el Consejo. La detesta, y solo entonces me doy cuenta de que debería caerme bien. Es más: busco cobijo en sus palabras. No está de acuerdo con las reglas, pero las sigue. Es posible hacerlo. Y yo también puedo, hasta que tenga el poder suficiente para cambiarlas.

—Será mejor que vayamos con el resto —digo, y me pongo en pie.

En el comedor, nuestros nombres flotan en letras doradas encima de las sillas. La puntuación de las pruebas ha desaparecido. Los nombres han aparecido también debajo de la mano del primus, en la piedra negra. Flotan, dorados, ascendiendo hacia la mano dorada. Soy el que más cerca está, aunque todavía queda mucha distancia por recorrer.

Algunos de los alumnos lloran en pequeños grupos junto a la larga mesa de madera. Otros están sentados contra la pared, con la cabeza entre las manos. Una chica renqueante busca a su amiga. Antonia mira con rabia hacia la mesa donde el pequeño Sevro está comiendo. Ni que decir tiene que es el único con apetito. A decir verdad, me sorprende que haya sobrevivido. Es diminuto y lo eligieron en el nonagésimo noveno lugar. Con arreglo a las reglas de Roque, debería estar muerto.

Tito, el gigante, está vivo pero magullado. Esos nudillos suyos parecen la sucia mesa de un carnicero. Está de pie, con actitud arrogante, apartado del resto; sonríe como si

esto fuera una magnífica diversión. Roque habla en voz baja con la chica de la cojera, Lea. Ella se derrumba entre sollozos y arroja el anillo. Parece un ciervo, con los ojos abiertos y brillantes. Roque se sienta con ella y la coge de la mano. Irradia más serenidad que ningún otro de los presentes en la estancia. Me pregunto si estaría igual de sereno mientras estrangulaba a otro chaval hasta matarlo. Le doy vueltas al anillo en el dedo; me lo quito y vuelvo a ponérmelo.

Alguien me da una ligera colleja desde atrás.

—Eh, compañero.

—Casio —saludo con la cabeza.

—Felicidades por la victoria. Estaba preocupado de que lo tuyo no fuera más que sesos —se ríe Casio.

Sus rizos de oro no están ni despeinados. Me echa un brazo por los hombros e inspecciona la estancia con la nariz arrugada. Su despreocupación es fingida; me doy cuenta de que está preocupado.

—Ah. ¿Hay algo más espantoso que la autocompasión? ¿Qué es todo este llanto? —Sonríe con suficiencia y señala a una chica que tiene la nariz rota—. Ahora verla es un dolor. Y no es que hubiera mucho que ver, ¿eh? ¿Eh?

Me olvido de hablar.

—¿Neurosis de guerra, hombre? ¿Se te han llevado la tráquea?

—Ahora mismo no tengo muchas ganas de bromear —contesto—. He recibido algunos golpes en la cabeza. Y también tengo el hombro hecho polvo. No es mi estado natural.

—Lo del hombro se puede arreglar ya mismo. Vamos a ponerlo de nuevo en su sitio. —Me coge el hombro dislocado como si nada y, de un tirón, lo recoloca en su cavidad antes de que pueda protestar. Doy un grito ahogado de dolor. Suelta una risita—. De primera, de primera. —Me da un

manotazo en el mismo hombro—. Échame un cable, ¿quieres?

Me tiende la mano izquierda. Sus dedos dislocados parecen relámpagos. Tiro de ellos y se los pongo rectos. Ríe del dolor, sin saber que tengo la sangre de su hermano debajo de las uñas. Estoy tratando de no hiperventilar.

—¿Has visto ya a Julian, chico? —pregunta al final.

Habla en jerga común ahora que Príamo no está cerca.

—Qué va.

—Bah, seguro que está intentando pelear con suavidad. Nuestro padre nos enseñó el Arte Silencioso, el Kravat. Julian es un prodigio. Cree que yo soy mejor. —Frunce el ceño—. Él cree que soy mejor en todo, lo que resulta comprensible. Y yo le sigo el juego. Hablando de lo cual, ¿a quién te has cargado?

Se me encoge el estómago.

Me invento una mentira, y se me da bien. Es imprecisa y aburrida. De todos modos, ahora solo quiere hablar de sí mismo. Al fin y al cabo, a Casio lo criaron justo para esto. Hay unos quince chicos más o menos que tienen ese mismo brillo en la mirada. No es maldad. Solo excitación. Y es de esos de quienes hay que cuidarse, porque son los que han nacido para matar.

Miro alrededor. Es fácil ver que Roque tenía razón. No ha habido muchas peleas difíciles. Esto ha sido una selección natural forzada. Los mejores han masacrado a los peores del montón. Casi no hay heridos graves, salvo un par de pequeños de clase inferior. La selección natural a veces da sorpresas.

La pelea de Casio fue fácil, según dice. Lo hizo bien, rápido y fácil. Le destrozó la tráquea con un golpe de filo diez segundos después de cuadrarse. Aunque la manera en que le crujieron los dedos fue un poco rara. De primera. He

convertido en cadáver al hermano del mejor asesino. El pavor se va apoderando de mí.

Casio refrena la lengua cuando Fitchner entra con parsimonia y ordena que nos sentemos a la mesa. Uno a uno, se llenan los cincuenta sitios. Y poco a poco, su rostro se va ensombreciendo a medida que la esperanza de que Julian tome uno de ellos desaparece. Cuando se ocupa el último sitio, se queda inmóvil. Irradia una ira fría. No es caliente, como pensé que sería. Antonia se sienta en el extremo opuesto, frente a mí, y lo observa. Mueve los labios, pero no dice nada. No consuelas a los de su clase. Ni tampoco pensé que ella fuera de las que lo intentan.

Julian no es el único que falta. Arria, todo rizos y hoyuelos, está tendida en alguna parte sobre un suelo frío. Y Príamo ha desaparecido. El perfecto y excelente Príamo, heredero de las lunas de Marte. Oí que fue primera espada en el Sistema Solar el año de su nacimiento. Un duelista sin par. Supongo que no era igual de letal con los puños. Busco entre las caras exhaustas. ¿Quién cojones lo ha matado? El Consejo la ha cagado con él, y me apuesto a que su madre va a montarla porque él, desde luego, no estaba destinado a morir.

—Estamos perdiendo a los mejores —murmura Casio con moderación.

—Hola, pequeños comemierdas. —Fitchner bosteza y pone los pies encima de la mesa—. Bueno, puede que ya hayáis caído en la cuenta de que el Paso podría haberse llamado la Criba. —Se rasca la ingle con la empuñadura de su filo. Sus modales son peores que los míos—. Y podéis pensar que es una pérdida de dorados valiosos, pero sois idiotas si pensáis que cincuenta chicos pueden hacer mella en nuestros números. Hay más de un millón de dorados en Marte. Más de cien millones en el Sistema Solar. Pero no todos llegan a ser Marcados como Únicos, ¿verdad?

»Si seguís pensando que ha sido cruel, plantearos que los espartanos mataban a más del diez por ciento de los niños que nacían; la naturaleza se cargaba a otro treinta por ciento. Somos unos condenados filántropos en comparación. De los seiscientos alumnos que quedan, la mayor parte está entre el uno por ciento mejor de los candidatos. De los seiscientos alumnos que han muerto, la mayoría estaban en el uno por ciento peor de los candidatos. No ha habido ninguna pérdida. —Suelta una risita y recorre la mesa con la mirada en una actitud sorprendentemente orgullosa—. Salvo por ese idiota, Príamo. Ese sí que os debe servir de lección. Era un chico brillante: hermoso, fuerte y rápido, un genio que estudiaba día y noche con una docena de tutores. Pero lo criaron entre algodones. Y alguien, no diré quién, porque eso le quitaría diversión a nuestro plan de estudios, alguien lo pisoteó y le rompió la tráquea hasta que murió.

Se pone las manos detrás de la cabeza.

—¡Bueno! Esta es vuestra nueva familia. La Casa de Marte, una de las doce casas. No, no sois especiales por el hecho de vivir en Marte y pertenecer a la Casa de Marte. Los de la Casa de Venus que viven en Venus no son especiales. Lo que pasa es que encajan en esa casa. Ya me seguís. Después del Instituto esperáis recibir un aprendizaje; con suerte, con las familias de Belona, Augusto o Arcos. Los anteriores graduados de la Casa de Marte pueden ayudaros a encontrar esos aprendizajes, pueden ofreceros los suyos propios, o quizá tengáis tanto éxito que no os haga falta la ayuda de nadie.

»Pero dejémoslo claro. Ahora sois unos críos. Unos estúpidos niños pequeños. Vuestros padres os lo han dado todo. Otros os han limpiado el culito. Os han preparado la comida. Han luchado vuestras guerras. Os han arropado vuestras brillantes naricitas por las noches. Los roñosos ya cavaban antes de que tuvieran la oportunidad de meterla;

edifican vuestras ciudades, encuentran vuestro combustible y recogen vuestra mierda. Los rosas aprenden a ponerse cachondos antes de que necesiten siquiera afeitarse. Los obsidianos tienen la peor condenada vida que podáis imaginar: nada más que hielo, acero y dolor. Los criaron para su trabajo, los entrenaron desde pequeños para ello. Lo único que vosotros, principitos y princesitas, habéis tenido que hacer es parecer pequeñas copias de papá y mamá, aprender modales, tocar el piano, montar a caballo y practicar deportes. Pero ahora pertenecéis al Instituto, a la Casa de Marte, a la prefectura de Marte, a vuestro color, a la Sociedad. Bla, bla, bla.

Fitchner esboza su despectiva sonrisa con parsimonia. Se apoya una mano venosa en la barriga.

—Esta noche por fin habéis hecho algo por vosotros mismos. Le habéis dado una paliza a otro crío igual que vosotros. Pero eso vale lo mismo que un pedo de una furcia rosa. Nuestra pequeña Sociedad se mantiene en equilibrio sobre la punta de una aguja. Los demás colores os arrancarían el condenado corazón si tuvieran la oportunidad. Y luego están los plateados. Los cobrizos. Los azules. ¿Creéis que les iban a ser fieles a una panda de mocosos? ¿Creéis que los obsidianos iban a seguir a unos mierdas como vosotros? Esos estranguladores de niños os destruirían si vieran alguna debilidad. Así que no tenéis que mostrar ninguna.

—¿Y qué? ¿Se supone que el Instituto nos va a hacer fuertes? —gruñe el gigantesco Tito.

—No, zoquete colosal. Se supone que tiene que haceros listos, despiadados, sabios y duros. Se supone que tiene que hacerte envejecer cincuenta años en diez meses y enseñarte lo que tus antepasados hicieron para legarte este imperio. ¿Puedo continuar?

Hace explotar un globo de chicle.

—Pues bien, Casa de Marte. —Se rasca la tripa con su mano delgada—. Sí. Tenemos una casa orgullosa que incluso podría igualarse con algunas de las Antiguas Familias. Tenemos políticos, pretores y juristas. Los actuales archigobernadores de Mercurio y Europa, un tribuno, docenas de pretores, dos togados y el emperador de una flota. Incluso Lorn au Arcos de la familia Arcos, la tercera familia más poderosa de Marte, mantiene vínculos con nosotros.

»Todos esos mandamases están buscando un nuevo talento. Os escogieron entre otros candidatos para completar la lista. Impresionad a esos hombres y mujeres importantes, y recibiréis un aprendizaje después de esto. Ganad y podréis escoger entre los aprendizajes dentro de la casa o de una de las Antiguas Familias; puede que incluso el propio Arcos os quiera. Si eso sucede, estaréis en el buen camino para obtener la posición social, la fama y el poder por la vía rápida.

Me inclino hacia delante.

—Pero ¿ganar? —pregunto—. ¿Ganar qué?

Sonríe.

—En este momento, estáis en un remoto valle terraformado en el extremo meridional del Valles Marineris. En este valle, hay doce casas en doce castillos. Después de la orientación de mañana, iréis a la guerra con vuestros compañeros para dominar el valle con todos los medios que tengáis a vuestra disposición. Consideradlo como un caso práctico de cómo conquistar y gobernar un imperio.

Murmullos de excitación. Es un juego. Y yo que pensaba que se trataría de estudiar cosas en una clase.

—¿Y si eres el primus de la casa ganadora? —pregunta Antonia. Un dedo juguetea con sus rizos dorados.

—Entonces le das la bienvenida a la gloria, cariño. La bienvenida a la fama y el poder.

Así que tengo que ser primus.

Tomamos una cena sencilla. Cuando Fitchner se marcha, Casio se revuelve, la voz fría y llena de un humor sombrío.

—Juguemos a un juego, amigos míos. Cada uno de nosotros dirá a quién ha matado. Empezaré yo. Nexus au Cilentus. Lo conocí cuando éramos niños, igual que a algunos de vosotros. Le rompí la tráquea con los dedos. —Nadie habla—. Venga, vamos. Las familias no deberían tener secretos.

Todos siguen sin hablar.

Sevro es el primero en marcharse. Se mofa a las claras del juego de Casio. El primero en comer y el primero en irse a dormir. Yo quiero ser el siguiente. En lugar de eso, tengo una breve y apacible charla con Roque y el enorme Tito después de que Casio se dé por vencido con su juego y se retire también. Es imposible que Tito caiga bien. No es gracioso, pero para él todo es una broma. Parece que se burla de mí, de todos, aunque esté sonriendo. Quiero propinarle una paliza, pero no me da ninguna razón. Todo cuanto dice es perfectamente inocuo. Y sin embargo, lo odio. Es como si no me viese como a un humano. En vez de eso soy una pieza de ajedrez y él está esperando para ponerme en algún sitio. No. Empujarme a algún sitio. De alguna forma ha olvidado que tiene diecisiete o dieciocho años, como el resto. Es un hombre. Puede que mida más de dos metros. Quizás esté cerca de los dos metros y medio. El ágil y flexible Roque, en cambio, me recuerda mucho a mi hermano Kieran, si este fuera capaz de matar. Sus sonrisas son cálidas. Sus palabras están llenas de paciencia, reflexiva nostalgia y sabiduría, igual que lo estuvieron antes. Lea, la chica que parece una renqueante cría de ciervo, lo sigue a todas partes. Él se muestra paciente con ella.

Avanzada ya la noche, busco los sitios en los que murieron los estudiantes. No logro encontrarlos. Las

escaleras ya no están. El castillo se las ha tragado. Encuentro reposo en un largo dormitorio lleno de colchones delgados. Los lobos aúllan desde las cambiantes nieblas que ocultan las regiones montañosas más allá de nuestro castillo. Me quedo dormido enseguida.

21

NUESTRO DOMINIO

Fitchner nos despierta en los alargados dormitorios cuando la mañana aún está oscura. Refunfuñando, nos levantamos de nuestras literas dobles y salimos del torreón a la plaza del castillo donde nos estiramos y partimos a la carrera. En una gravedad de 0,37, trotamos con facilidad.

Las nubes dejan caer una fina lluvia. El cañón se levanta cincuenta kilómetros al oeste y cuarenta kilómetros al este de nuestra pequeña torre del valle de seis kilómetros de alto. Entre sus paredes hay un ecosistema de montañas, bosques, ríos y llanuras. Nuestro campo de batalla.

El nuestro es un territorio montañoso. Allí se levantan colinas musgosas y picos escarpados que caen en cañadas herbosas en forma de U. Un manto de niebla lo cubre todo, incluso los frondosos bosques que se extienden como colchas tejidas a mano por encima de las faldas de las montañas. Nuestro castillo está situado en una colina justo al norte de un río que discurre en medio de un valle con forma de cáliz: mitad hierba, mitad bosques. Las colinas más altas ahuecan el valle en un semicírculo de norte a sur. Debería gustarme esto. A Eo le gustaría. Pero sin ella me siento tan solo como parece nuestro castillo en esa alta y elevada colina. Busco el medallón, busco nuestro hemanto. Ninguno de ellos está conmigo. Me siento vacío en este paraíso.

Tres muros de nuestro castillo en la colina se alzan sobre precipicios de ocho metros de caída. El castillo es inmenso. Sus murallas miden treinta metros de altura. La garita se

extiende desde los muros como una fortaleza con torres. Intramuros, el torreón cuadrado se integra en el muro del noroeste y se eleva cincuenta metros. Una suave pendiente baja hasta el fondo del valle a la entrada occidental del castillo, frente al torreón. Bajamos corriendo la pendiente por un camino largo de tierra. La niebla nos envuelve. Disfruto del aire frío. Me purifica después de unas cuantas horas de sueño irregular.

La niebla se disipa a medida que alborea la mañana de verano. Unos cérvidos, más esbeltos y rápidos que las criaturas de la Tierra, pastan en los bosques de abetos. Los pájaros vuelan en círculos. Un cuervo solitario grazna inquietantes augurios. Los corderos cubren los campos y las cabras deambulan por las escarpadas rocas de las colinas, que trepamos a la carrera en una fila de cincuenta y una personas. Puede que los demás miembros de mi casa vean animales de la Tierra, o curiosas criaturas que los tallistas decidieron fabricar por diversión. Pero yo solo veo ropa y comida.

Los animales sagrados de Marte hacen de nuestro hogar su territorio. Los pájaros carpinteros martillean los robles y los abedules. De noche, los lobos aúllan en las montañas y por el día acechan en los bosques de nuestro territorio. Cerca del río hay serpientes. Y buitres en los silenciosos barrancos. Los asesinos corren junto a mí. Vaya amigos tengo. Ojalá Loran, Kieran o Matteo estuviesen aquí para guardarme las espaldas. Ojalá tuviera a alguien en quien pudiera confiar. Soy una oveja que viste una piel de lobo en medio de una manada de lobos.

Mientras Fitchner corre por las rocosas colinas, Lea, la chica de la cojera, se cae. Fitchner la empuja perezosamente con el pie hasta que la cargamos sobre los hombros. Roque y yo portamos la carga. Tito sonríe con suficiencia y Casio es el único que ayuda cuando Roque se cansa. Después, Pólux,

un chico esbelto con la voz bronca y el pelo rapado me releva. Suena como si hubiera estado fumando ciscos desde que tenía dos años.

Recorremos un valle estival de bosques y campos. Allí nos pican los insectos. Los oropelos chorrean sudor, pero yo no. Esto es un baño helado comparado con los antiguos rigores de mi antigua escafandra. Todos los que me rodean están en perfecta forma, pero Casio, Sevro, Antonia, Quinn —esa maldita chica es la cosa más rápida que haya visto nunca sobre dos piernas—, Tito, tres de sus nuevos amigos y yo podríamos dejar atrás al resto. Tan solo Fitchner, con sus gravibotas, podría correr más que nosotros. Va brincando como un cérvido; después da caza a uno y saca rápidamente el cuchillo. Le rodea la garganta al animal y acerca el cuchillo para matarlo.

—La cena —sonríe—. Cogedlo.

—Podría haberlo matado más cerca del castillo —murmura Sevro.

Fitchner se rasca la cabeza y mira a su alrededor.

—¿Alguien ha oído a un trasgo feo y rechoncho hacer un… bueno, lo que sea que hacen los trasgos? Cogedlo.

Sevro coge una pata del ciervo.

—Soplapollas.

Llegamos a la cima de una cumbre rocosa que se encuentra a cinco kilómetros al suroeste del castillo. Una torre de piedra domina el pico. Desde allí contemplamos el campo de batalla. En alguna parte, nuestros enemigos hacen lo mismo. El escenario de guerra se extiende hacia el sur más allá de donde alcanza la vista. Una cordillera nevada recorre el horizonte por el oeste. Al sureste, un bosque primitivo enmaraña el paisaje. Dividiendo los dos hay una exuberante llanura cruzada por un inmenso río que discurre hacia el sur: el Argos, y sus afluentes. Más al sur, más allá de las llanuras y de los ríos, el terreno se sumerge a

lo lejos en una pendiente pantanosa. No veo más allá. Una gigantesca montaña flota a dos kilómetros del suelo en el cielo azul cuajado de estrellas. Es el Olimpo, explica Fitchner, una montaña artificial donde los próctores observan las clases todos los años. La parte más alta reluce con el trémulo resplandor de un castillo de cuento de hadas. Lea arrastra los pies para ponerse junto a mí.

—¿Cómo flota? —pregunta con dulzura.

No tengo ni la menor idea.

Miro al norte.

Dos ríos en un valle arbolado dividen nuestro territorio montañoso septentrional, que está en el límite de las inmensas y salvajes tierras altas. Forman una uve que señala al suroeste a las tierras bajas, donde al fin forman un afluente del Argos. Las tierras altas rodean el valle: espectaculares cerros y montañas enanas, cruzadas por barrancos en los que aún se encarama la niebla.

—Esta es la torre de Fobos —nos indica Fitchner.

Se eleva en el lejano suroeste de nuestro territorio. Fitchner bebe de una cantimplora aunque nosotros estamos sedientos, y señala al noroeste, donde se encuentran los dos ríos en el valle para formar la uve. Una torre enorme corona una lejana cordillera enana justo más allá de la intersección.

—Y eso es Deimos.

Traza una línea imaginaria para enseñarnos los límites del territorio de la Casa de Marte.

El río oriental se llama Furor. El occidental, que discurre por el sur del castillo, es el Metas. Un único puente cruza el Metas. Para llegar a nuestro castillo, el enemigo tendría que cruzarlo y así entrar en la uve del valle y atacar por el noreste a través de un fácil terreno arbolado.

—Esto es una cochina broma, ¿no? —le pregunta Sevro a Fitchner.

—¿Qué quieres decir, Trasgo?

Fitchner hace explotar un globo de chicle.

—Estamos más expuestos que las piernas de una furcia rosa. Todas estas colinas montañosas para que luego cualquiera pueda llegar caminando hasta la entrada principal. Hay un paso desde las tierras bajas hasta la puerta. Solo hay que cruzar un apestoso río.

—Señalando lo evidente, ¿eh? ¿Sabes? No me gustas nada. Eres un asqueroso trasgo. —Fitchner se queda mirando a Sevro durante un momento cargado de intención, y después hace un ademán de indiferencia—. Sea como sea, yo estaré en el Olimpo.

—¿Qué quiere decir, próctor? —pregunta Casio con acritud.

A él tampoco le gusta el aspecto que están adquiriendo las cosas. Aunque tiene los ojos inyectados en sangre por haber llorado toda la noche a su hermano muerto, eso no ha apagado su aspecto imponente.

—Lo que quiero decir es que es vuestro problema, principito. No el mío. Nadie va a solucionaros nada. Soy vuestro próctor, no vuestra mami. Estás en el Instituto, ¿os acordáis? Así que, si creéis estar tan expuestos, os toca haceros un cinturón de castidad para protegeros el punto débil.

Se oyen gruñidos de protesta generalizados.

—Podría ser peor —digo. Señalo más allá de la cabeza de Antonia hacia las llanuras meridionales donde una fortaleza enemiga cruza un enorme río—. Podríamos estar expuestos como esos pobres mamones.

—Esos pobres cabrones tienen huertos y cultivos —replica Fitchner pensativo—. Vosotros tenéis… —Mira por encima del saliente en busca del ciervo que ha matado—. Bueno, este trasgo se ha dejado el ciervo atrás, así que no tenéis nada. Lo que no os habéis comido vosotros, se lo comerán los lobos.

—A no ser que nos comamos a los lobos —masculla Sevro, que consigue atraer miradas de extrañeza del resto de la Casa.

Así que tenemos que conseguirnos nuestra propia comida.

Antonia señala las llanuras.

—¿Qué están haciendo?

Una nave de carga negra baja de entre las nubes. Se acomoda en el centro de una hermosa llanura entre nosotros y la lejana fortaleza fluvial de nuestra enemiga, Ceres. Dos obsidianos y unos cuantos quincallas hacen guardia mientras los marrones se apresuran a colocar jamones, filetes, galletas, vino, leche, miel y queso sobre una mesa desechable a ocho kilómetros de la torre de Fobos.

—Es evidente que se trata de una trampa —resopla Sevro.

—Gracias, Trasgo —dice Casio con un suspiro—. Pero yo no he desayunado. —Tiene ojeras alrededor de sus inquietos ojos. Me mira furtivamente, a mí, de entre el grupo de compañeros, y me lanza una sonrisa—. ¿Una carrera, Darrow?

La sorpresa hace que me dé un vuelco el corazón. Después sonrío.

—Preparado.

Y sale disparado.

He hecho cosas más estúpidas para alimentar a mi familia. Hice cosas más estúpidas cuando alguien a quien amaba murió. Le debo compañía a Casio mientras se lanza por la escarpada ladera.

Cuarenta y ocho chicos nos miran mientras corremos para llenarnos la tripa; ninguno de ellos nos sigue.

—¡Traedme una loncha de jamón con miel! —grita Fitchner.

Antonia nos llama idiotas. La nave de desembarco se aleja flotando mientras cambiamos las montañas a nuestra espalda por un terreno más amable. Ocho kilómetros en gravedad 0,376 (según el estándar de la Tierra) es pan comido. Bajamos a toda prisa por las laderas rocosas y, después de atravesar la hierba que nos llega por el tobillo, llegamos hasta las llanuras a toda velocidad. Casio alcanza las mesas con un cuerpo de ventaja. Es rápido. Nos bebemos cada uno medio litro de agua helada de la mesa. Yo antes que él. Se ríe.

—Parece que lo del asta es el símbolo de la Casa de Ceres. La diosa de la cosecha. —Casio señala la fortaleza que hay más allá de las verdes llanuras. Unos pocos árboles motean los varios kilómetros que nos separan del castillo. Los banderines ondean en las murallas. Casio se mete una uva en la boca—. Deberíamos acercarnos a echar un vistazo antes de zampar. Un poco de exploración.

—De acuerdo. Aunque hay algo que no me gusta... —susurro.

Casio se ríe en la llanura abierta.

—Tonterías. Si hubiera peligro, lo veríamos venir. Y no creo que ninguno de ellos sea más rápido que nosotros. Podemos ir hasta allí vacilándoles y plantar un pino en su puerta si nos apetece.

—La verdad es que noto movimiento —digo, y me toco el estómago.

Aun así, algo va mal. Y no solo en mi tripa.

Nos separan seis kilómetros en campo abierto de la fortaleza fluvial. El río borbotea a lo lejos, a la derecha. El bosque queda a la izquierda. La llanura, enfrente. Las montañas, más allá del río. El viento hace susurrar la hierba alta, y un gorrión planea con la brisa. Baja en picado hasta el suelo, después se asusta y vuelve a subir. Me río con ganas y me inclino sobre la mesa.

—Están en la hierba —susurro—. Una trampa.

—Podemos robarles sacos y llevarnos más de esto —dice en voz alta, y luego, en voz baja—: ¿Corremos?

—Florecilla.

Sonríe, aunque ninguno de nosotros está seguro de si se nos permite empezar la lucha el día de la orientación. Lo mismo da.

A la de tres, rompemos de un puntapié las patas de la mesa desechable de forma que ambos tenemos un metro de duroplástico como arma. Grito como un maniaco y corro hacia el punto donde el gorrión huyó. Casio corre a mi lado. Cinco dorados de la Casa de Ceres se levantan de entre la hierba. Están sorprendidos de nuestra temeraria carrera. Casio golpea en la cara al primero de ellos con una estocada propia de un esgrimista. Yo soy mucho menos elegante. Tengo el hombro rígido y dolorido. Grito y rompo mi arma en las rodillas de otro. Cae al suelo entre aullidos. Esquivo un golpe. Casio lo desvía. Bailamos en pareja. Quedan tres. Uno de ellos se encara conmigo. No tiene ni un cuchillo ni un bate. No, tiene algo que me interesa mucho más. Una espada como un signo de interrogación. Una falce para cosechar el grano. Me encara con la mano libre en la cadera y la hoja curva hacia fuera como un filo. De haber sido un filo estaría muerto, pero no lo es. Le hago fallar el golpe, y detengo a uno de los atacantes de Casio. Avanzo a trompicones hacia el mío. Soy mucho más rápido que él y, comparado con él, aprieto con la fuerza del duroacero. Le quito la falce y el cuchillo y después lo tiro al suelo de un puñetazo.

Cuando ve cómo hago girar la falce en mi mano el último chico que queda ileso sabe que es momento de rendirse. Casio da un gran salto en la gravedad de 0,376 y le propina una innecesaria patada lateral en la cara. Me recuerda a los danzarines y saltarines de Lico.

Kravat. La danza silenciosa. Guarda un extraño parecido al baile arrogante de los jóvenes rojos.

Las imprecaciones de estos chicos no tienen nada de silenciosas. No siento ninguna lástima por estos estudiantes. Todos mataron a alguien la noche pasada, igual que yo. En este juego no hay inocentes. Lo único que me preocupa es cómo ha despachado Casio a sus víctimas. Es la elegancia y la finura personificadas. Yo soy la ira y la impulsividad. Si descubriera mi secreto podría matarme en un segundo.

—¡Qué bestia! —canturrea—. ¡Has estado condenadamente terrorífico! ¡Le has birlado el arma! ¡Condenadamente rápido! Menos mal que no nos emparejaron ayer. ¡De primera! ¿Qué tenéis que decir vosotros, estúpidos tramposos?

Los capturados se limitan a insultarnos.

Me yergo sobre ellos y ladeo la cabeza.

—¿Es la primera vez que habéis perdido en algo? —No obtengo respuesta. Frunzo el ceño—. Vaya, debe de ser embarazoso.

El rostro de Casio resplandece: por un momento se ha olvidado de la muerte de su hermano. Yo no. Yo me siento lúgubre. Vacío. Malvado, cuando la adrenalina desaparece. ¿Esto es lo que quería Eo? ¿Que me pusiera a jugar? Fitchner aparece por el aire sobre nosotros, aplaudiendo. Las gravibotas le resplandecen como el oro. Lleva la loncha de jamón entre los dientes.

—¡Llegan los refuerzos! —ríe.

Tito y media docena de chicos corren hacia nosotros desde las tierras altas. En el lado contrario, una figura dorada se levanta en la lejana fortaleza del río y vuela hacia nosotros. Una preciosa mujer con el pelo corto se sitúa junto a Fitchner en el aire. Es la próctor de la Casa de Ceres. Lleva una botella de vino y dos vasos.

—¡Marte! ¡Un *picnic*! —grita, refiriéndose a él por el nombre de la deidad de su Casa.

—Y bien, ¿quién ha preparado este teatro, Ceres? —pregunta Fitchner.

—Pues Apolo, supongo. Se siente solo allí en sus dominios de la montaña. Toma este zinfandel de sus viñedos. Mucho mejor que la variedad del año pasado.

—¡Delicioso! —proclama Fitchner—. Pero tus chicos estaban agazapados en la hierba. Casi como si supieran que el *picnic* se iba a manifestar de manera espontánea. Sospechoso, ¿no?

—¡Detalles! —ríe la próctor de Ceres—. ¡Detalles pedantes!

—Bueno, ahí te va un detalle. Parece que este año dos de los míos valen como cinco de los tuyos, querida.

—¿Estos guapos muchachos? —pregunta Ceres con una risita—. Pensaba que los vanidosos se iban con Apolo o con Venus.

—Bueno, por lo visto los tuyos luchan como granjeros y amas de casa. Están en el sitio correcto.

—No los juzgues aún, sinvergüenza. Estos son clase intermedia. ¡Los de clase superior están en otra parte ganándose sus primeros callos!

—¿Aprendiendo a usar el horno? ¡Hurra! —declara Fitchner con ironía—. De los panaderos salen los mejores gobernantes, o eso dicen.

Ella le da un codazo.

—Ay, pero qué malvado. No me extraña que te presentaras al puesto de Caballero de la Furia. ¡Menudo granuja!

Chocan los vasos mientras los observamos desde abajo.

—¡Cómo me gusta el día de orientación! —exclama Ceres con una risita nerviosa—. Mercurio ha soltado cien mil ratas en la ciudadela de Júpiter. Pero Júpiter estaba sobre aviso

porque Diana se fue de la lengua y organizó la entrega de mil gatos. Los chicos de Júpiter no pasarán hambre como el año pasado. Los gatos estarán tan gordos como Baco.

—Diana es una ramera —sentencia Fitchner.

—¡Sé amable!

—Lo he sido. Le envié una enorme tarta fálica llena de pájaros carpinteros vivos.

—Venga ya.

—Y tanto.

—¡Qué bruto! —Ceres le acaricia el brazo y me doy cuenta del comportamiento de libertad amorosa que tiene esta gente. Me pregunto si los demás próctores serán también amantes—. Tendrá la fortaleza llena de agujeros. Bueno, y el ruido debe de ser espantoso. Muy bien jugado, Marte. Dicen que Mercurio es un bromista, pero tus bromas siempre tienen cierto… estilo.

—Estilo, ¿eh? Bueno, estoy seguro de que podría hacerte algunos trucos en el Olimpo…

—¡Hurra! —canturrea ella insinuante.

Brindan de nuevo, flotando sobre sus sudorosos y ensangrentados alumnos. No puedo sino reírme. Esta maldita gente está loca. Totalmente chiflados en esas vacías cabezas doradas. ¿Cómo es que son mis gobernantes?

—¡Eh! ¡Fitch! Si no te importa. ¿Qué se supone que debemos hacer con estos granjeros? —grita Casio. Le da un toque en la nariz a uno de nuestros cautivos lesionados—. ¿Cuáles son las reglas?

—¡Coméoslos! —grita Fitchner—. Y, Darrow, deja esa condenada guadaña. Pareces un segador.

No la tiro. Tiene casi la misma forma de la falce que llevaba en casa. No es tan afilada, porque no está diseñada para matar, pero las proporciones son las mismas.

—¿Sabéis? Podríais dejar marchar a mis niños y devolverles la guadaña —sugiere Ceres desde allí arriba.

—¡Si me das un beso, trato hecho! —grita Casio.

—¿El hijo del emperador? —le pregunta a Fitchner. Él asiente—. Vuelve a pedírmelo cuando seas un Marcado, principito. —Mira hacia atrás—. Mientras tanto, os aconsejaría que el Segador y tú salierais corriendo.

Oímos los cascos antes de ver los caballos pintados que galopan hacia nosotros por la llanura. Vienen de la entrada abierta del castillo de la Casa de Ceres. Las chicas que los montan llevan redes.

—¡Os han dado caballos! ¡Caballos! —se queja Fitchner—. ¡Eso es muy injusto!

Corremos y a duras penas llegamos al bosque. No me gustó mi primer encuentro con caballos. Siguen dándome un miedo de muerte. Los resoplidos y las coces. Casio y yo nos quedamos sin aliento. Me duele el hombro. Capturan a dos de los refuerzos de Tito porque se quedan solos en campo abierto. El osado Tito tira un caballo y se ríe cuando a está a punto de destrozar a una de las chicas con la bota. Ceres lo golpea con un aturdidor y hace las paces con Fitchner. El aturdidor hace que Tito se mee encima. El único a quien le da igual reírse es Sevro. Casio comenta algo sobre malos modales, pero suelta una risita en voz baja. Tito se da cuenta.

—¿Tenemos permiso para matarlos o no? —gruñe esa noche en la cena. Nos comemos los restos del festín de Baco—. ¿O me van a aturdir cada vez?

—Bueno, no se trata de matarlos —responde Fitchner—. Así que no. No vayamos por ahí matando a los condiscípulos, gorila majadero.

—¡Pero si ya lo hemos hecho antes! —rezonga Tito.

—¿A ti qué te pasa? —pregunta Fitchner—. El Paso era una eliminación con fines selectivos. Ya no se trata de la

supervivencia del más apto, saco de músculos demente, pedazo de imbécil. ¿De qué serviría que ahora los más aptos se asesinaran unos a otros hasta que solo quedasen unos pocos? Aún hay más pruebas que pasar.

—Crueldad. —Antonia se cruza de brazos—. ¿Así que ahora no es aceptable? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Pues más vale que sea aceptable.

Tito sonríe de oreja a oreja. Se ha pasado toda la noche alardeando de cómo tiró al caballo, como si eso hiciera que todos se olvidaran de la meada que manchó sus pantalones. Algunos lo han hecho. Ya ha reunido una manada de perros de caza. Solo parece tenernos una pizca de respeto a Casio y a mí, y eso que nos mira con gesto despectivo. También a Fitchner.

Fitchner deja su trozo de jamón con miel.

—Vamos a aclarar las cosas, niños, para que este búfalo no vaya por ahí pisoteando calaveras. La crueldad es aceptable, querida Antonia. Es comprensible que alguien muera por accidente. Hasta los mejores pueden sufrir algún accidente. Pero no os mataréis los unos a los otros con achicharradores. No colgaréis a nadie de las murallas a no ser que ya estén muertos. Los medibots están cerca por si la atención médica fuera extremadamente necesaria. Actúan lo bastante rápido como para salvar vidas, la mayor parte de las veces.

»Pero recordad que no se trata de matar. Por nosotros, como si sois igual de despiadados que Vlad Drácula. Él perdió, a pesar de eso. De lo que se trata es de ganar. Eso es lo que queremos.

Y esa pequeña prueba de crueldad ya ha pasado.

—Queremos que nos mostréis lo brillantes que sois. Como Alejandro. Como César, como Napoleón, como Merrywater. Queremos que organicéis un ejército, que impartáis justicia, que consigáis provisiones de alimentos y protección.

Cualquier imbécil puede clavarle una espada a otro en la tripa. El papel de la escuela es encontrar a los líderes de los hombres, no a sus asesinos. Así pues, estúpidas criaturas, aquí no se trata de matar, sino de conquistar. ¿Y cómo se conquista en un juego donde hay once tribus enemigas?

—Atacándolas una a una —responde Tito, a sabiendas.

—No, pedazo de ogro.

—Tonto del culo —musita Sevro con desprecio.

La manada de Tito observa en silencio al más pequeño del Instituto. Nadie suelta ninguna amenaza. Ningún gesto se tuerce. Solo una promesa silenciosa. Resulta difícil acordarse de que todos son unos genios. Parecen demasiado guapos. Demasiado atléticos. Demasiado crueles para ser genios.

—¿Alguien que no sea el ogro tiene alguna idea? —pregunta Fitchner.

Nadie responde.

—Conviertes a doce tribus en una —digo, al fin— haciendo esclavos.

Igual que la Sociedad. Construir sobre los hombros de los demás. No es cruel, sino práctico.

Fitchner aplaude con sorna.

—Excelente, Segador, excelente. Parece que alguien está haciendo méritos para ser primus. —Todos se revuelven ansiosos ante esas últimas palabras. Fitchner saca una caja alargada de debajo de la mesa—. Y ahora, damas y caballeros, esto es lo que se usa para hacer esclavos. —Saca nuestro estandarte—. Proteged esto. Proteged vuestro castillo. Y conquistad a los demás.

22

LAS TRIBUS

Cuando llega la mañana, Fitchner ya se ha marchado. Sobre su silla está el estandarte. Es una barra de hierro de unos treinta centímetros de largo coronada con el aullante lobo de Marte; una serpiente repta a los pies del lobo y debajo de ella está la pirámide con estrellas en la punta de la Sociedad. Unido al extremo de hierro va un mástil de roble de metro y medio. Si el castillo es nuestro hogar, el estandarte es nuestro honor. Con él podemos convertir a los enemigos en nuestros esclavos, apretándolo contra su frente. Allí les aparecerá el emblema de un lobo hasta que les toquen con otro estandarte. Los esclavos deben obedecer nuestros expresos deseos o ser deshonrados para siempre.

Me siento frente al estandarte en la oscuridad del alba, mordisqueando los restos de Apolo. Un lobo aúlla en la niebla. Su aullido entra por la ventana más alta del torreón. La espigada Antonia es la primera en unirse a mí. Se mueve tan sigilosa como una torre solitaria o una bella araña dorada. No he decidido hacia cuál de ellas se inclina más su personalidad. Intercambiamos miradas, pero no saludos. Ella quiere ser primus.

Casio y Pólux el de la voz ronca entran después, con calma. Pólux refunfuña sobre tener que irse a la cama sin tener a unas rosas que le arropen.

—Un estandarte realmente espantoso, ¿no creéis? —se lamenta Antonia—. Al menos podrían haberle puesto un toque de color. Creo que tendría que estar adornado con el rojo de la furia y la sangre.

—No pesa mucho. —Casio lo levanta por el poste—. Creí que sería de oro. —Admira la mano dorada de primus que está en el bloque de piedra negra. Él también quiere serlo—. Y nos han dado un mapa. Genial.

Un nuevo mapa de piedra domina uno de los muros. Los detalles alrededor de nuestro castillo son excelentes. El resto algo menos. La niebla de la guerra. Casio me da una palmadita en la espalda y se une a la comida. No sabe que volví a oírle llorar por la noche. Compartimos una nueva litera en un cuartel de la torre alta de la fortaleza. Muchos otros siguen durmiendo en la torre principal. Tito y sus amigos han cogido la torre baja aunque no tienen suficientes hombres para llenarla.

La mayor parte de la casa se ha levantado cuando Sevro arrastra un lobo muerto por las patas. Ya lo ha despellejado y destripado.

—¡El Trasgo ha traído viandas! —aplaude Casio con delicadeza—. Humm. Nos hará falta leña. ¿Alguien sabe hacer fuego? —Sevro sabe. Casio sonríe—. Claro que sabes, Trasgo.

—¿Te pareció que los corderos eran demasiado fáciles de matar? —pregunto—. ¿De dónde sacaste el arma?

—Nací con ellas.

Tiene las uñas ensangrentadas.

Antonia arruga la nariz.

—¿Dónde demonios te criaste?

Sevro le enseña el dedo medio.

—Ah —dice Antonia, olisqueando el aire—. En el infierno.

—Y bien, como ya os habréis dado cuenta, pasará algo de tiempo antes de que alguien haya reunido suficientes barras para ser primus —dice Casio cuando todos nos hemos reunido alrededor de la mesa—. Por supuesto, estaba pensando que nos hace falta un líder antes de que se proceda a la elección de primus. —Se pone de pie y se

aparta de Sevro para apoyar los dedos en el extremo del estandarte—. Para que podamos funcionar, debemos tomar decisiones inmediatas y de manera coordinada.

—¿Y quién de vosotros dos, estúpidos, crees que debería ser? —pregunta Antonia, con tono cortante. Sus enormes ojos lanzan una mirada fugaz primero a Casio y después a mí. Se vuelve para observar a los demás, con la voz melosa como el sirope espeso—. En este momento, ¿quién está más capacitado que los demás para liderar?

—Ellos nos trajeron la cena… y el desayuno —dice Lea con mansedumbre, al lado de Roque.

Señala con un gesto los restos del *picnic*.

—Y nos llevaron directos a una trampa… —recuerda Roque.

Antonia asiente con prudencia.

—Sí. Sí. Un apunte acertado. La temeridad puede perjudicarnos.

—… pero es cierto que ganaron la lucha —termina Roque, quien se hace acreedor de una furibunda mirada de Antonia.

—Con las patas de una mesa contra armas de verdad —retumba la voz de Tito para dar su aprobación, con una reserva—. Pero después huyeron y dejaron atrás la comida. Así que fue Fitchner quien nos la dio. Ellos se la habrían dado al enemigo, y la habrían repartido como marrones.

—Sí, claro, eso es tergiversar lo que pasó —se defiende Casio.

Tito se encoge de hombros.

—Yo solo os vi corriendo como dos florecillas.

Casio se vuelve de hielo.

—Vigila esos modales, buen hombre.

Tito levanta las manos.

—Solo es un comentario. ¿Por qué te enfadas tanto, principito?

—Vigila tus modales, amigo, o tendremos que cambiar las palabras por filos. —Casio empuña la horqueta y apunta con ella a Tito—. ¿Me oyes, Tito au Ladros?

Tito le sostiene la mirada, y después me la sostiene a mí. Me está equiparando con Casio. De repente, Casio y yo formamos una tribu a ojos de los demás. El paradigma cambia así de rápido. Política. Me tomo mi tiempo dándole vueltas al cuchillo que he saqueado. Toda la mesa mira el cuchillo. En especial, Sevro. Mi mano derecha de rojo ha recogido un millón de toneladas de helio-3 con su destreza. La izquierda, medio millón. La destreza de un rojo inferior cualquiera sorprendería a estos dorados. Los deslumbro. El cuchillo parece un colibrí entre mis ágiles dedos. Parece que estoy tranquilo, pero mi cabeza va a cien por hora.

Todos nosotros hemos matado. Ese era el reto. ¿Y ahora? Tito ha dejado claro que quiere matar. Podría detenerlo ahora, supongo. Clavarle el cuchillo en el cuello. Pero ese pensamiento casi hace que se me caiga el arma. Siento en las manos la muerte de Eo. Oigo el golpe húmedo y sordo de Julian al morir. No puedo soportar la sangre, sobre todo cuando su derramamiento no me parece necesario. Puedo hacer que este gigantesco cachorro se eche atrás.

Pongo los ojos a la misma altura de los de Tito, a sangre fría. Sonríe con lentitud, con un desprecio apenas perceptible. Me está desafiando. Creo que tendré que pelearme con él o algo así si no aparta la mirada. Por lo que tengo entendido, eso es lo que hacen los lobos.

El cuchillo da vueltas y vueltas. Y, de repente, Tito se ríe. Aparta la mirada. Mi corazón late más despacio. He ganado. Odio la política. Sobre todo, en una habitación llena de alfas.

—Claro que te oigo, Casio. Estás a unos metros de distancia —suelta Tito con una risita.

Tito no cree que sea lo bastante fuerte como para desafiarnos de manera abierta a Casio y a mí. Ni siquiera con

su cuadrilla. Vio lo que hicimos con los chicos de Ceres. Sin embargo, en un abrir y cerrar los ojos, las líneas se han trazado. Me levanto de repente, lo que confirma que estoy al lado de Casio. Eso le resta a Tito el ímpetu inicial.

—¿Hay alguien que no quiera que alguno de los dos sea el líder? —pregunto.

—A mí no me gustaría que Antonia fuera la líder. Es una zorra —protesta Sevro.

Antonia esboza un gesto de indiferencia, pero ladea la cabeza.

—Pero Casitito, ¿a qué viene tanta prisa para que tengamos líder? —pregunta.

—Si no lo tenemos, nos dividiremos y cada uno hará lo que mejor le parezca —responde Casio—. Y de esa forma perdemos.

—En lugar de lo que a ti te parezca mejor —dice Antonia con una leve sonrisa y una inclinación de cabeza—. Ya veo.

—No te pongas condescendiente conmigo, Antonia. Incluso Príamo estaba de acuerdo en que necesitábamos un líder.

—¿Quién es Príamo? —se carcajea Tito.

Está intentando ser el centro de atención otra vez.

Todos los chicos dorados del planeta conocían a Príamo. Ahora Tito pretende dejar claro quién lo mató, y los demás toman nota. Ha recuperado el protagonismo. Excepto que yo sé que Tito no mató a Príamo. No pondrían a alguien como él con Príamo. Lo emparejarían con algún enclenque. Así que Tito es un mentiroso, además de un matón.

—Ah, entiendo. Como conspiraste con Príamo, ya sabes lo que hay que hacer, ¿verdad, Casio? —Antonia señala con la mano a toda la mesa—. ¿Nos estás diciendo que estamos desamparados sin tu ayuda?

Lo ha pillado, y a mí también.

—Escuchad, chicos, sé que estáis ansiosos de ser los líderes —prosigue—. Lo entiendo. Todos somos líderes por naturaleza. Cada uno de los presentes de esta habitación es un genio de nacimiento, un capitán de nacimiento. Pero por eso existe el sistema de mérito del primus. Cuando alguien se haya ganado cinco dedos de mérito y esté preparado para ser primus, entonces tendremos líder.

»Hasta entonces, lo que digo es que esperemos. Si Casio o Darrow se lo ganan, pues que así sea. Haré cualquier cosa que manden, sumisa como una rosa, sin dobleces como un rojo. —Se dirige a los demás con un gesto—. Hasta entonces, creo que vosotros también deberíais tener una oportunidad de ganároslo… Al fin y al cabo, ¡puede decidir vuestra carrera!

Es lista. Y nos ha hundido. Sin duda, cada uno de los mocosos presentes en la habitación estaba deseando haber sido más asertivo desde el principio, deseando haber gozado de otra oportunidad de que la gente se fijara en ellos. Ahora Antonia se la da. Esta va a ser un caos. Y ella será primus. Definitivamente, más como una araña.

—¡Mirad! —dice Lea junto a Roque.

Un cuerno ruge más allá del castillo.

El estandarte elige ese momento para relucir. La serpiente y el lobo mudan el hierro por el oro brillante. Y no solo eso: además, el mapa de piedra de la pared cobra vida. Nuestra bandera del lobo ondea sobre una miniatura de nuestro castillo. La bandera de Ceres hace lo mismo. El mapa no señala más castillos, pero las banderas de las casas cuyos paraderos desconocemos se agitan en la leyenda del mapa. Seguro que encontrarán un hogar tan pronto como exploremos el territorio que nos rodea.

El juego ha comenzado. Y ahora todos quieren ser primus. Ahora entiendo por qué la *demokracia* es ilegal. Primero vienen los gritos. Después, la frustración. La indecisión. Los

desacuerdos. Las ideas. Explorar. Fortificar. Recolectar alimentos. Poner trampas. Combatir, asaltar, defender, atacar. Pólux escupe. Tito lo deja fuera de combate. Antonia se marcha. Sevro le hace algún comentario insidioso a Tito y se lleva a rastras su lobo hacia Dios sabe dónde, sin haber encendido un fuego. Es como mi equipo de perforación de Lambda cada vez que un locutor jefe se ponía enfermo durante una hora. Así fue como aprendí que era capaz de perforar. Barlow se escabullía para fumar y yo saltaba a la torre de perforación y hacía lo que me parecía oportuno. Ahora hago lo mismo, mientras los niños se pelean.

Casio, Roque y Lea —que sigue a Roque a todas partes— vienen conmigo, aunque el primero seguramente piense que lo seguimos a él. Estamos de acuerdo en que los demás no sabrán qué hacer y, por tanto, es inevitable que hoy no hagan nada. Vigilarán el castillo o saldrán en busca de leña para el fuego o se apiñarán en torno al estandarte por miedo a que se escape andando.

No sé lo que hacer. No sé si nuestros enemigos están avanzando por las montañas hacia nosotros. No sé si están formando alguna alianza contra Marte. Ni siquiera sé cómo se juega a este maldito juego. Pero por alguna razón, doy por sentado que no todas las otras casas caerán en la discordia como ha caído esta. Nosotros los de Marte parecemos más propensos a la disputa.

Le pregunto a Casio qué cree que deberíamos hacer.

—Una vez desafié a un inepto saltimbanqui a un duelo por faltarle el respeto a mi familia, un petimetre de Augusto. Él era muy metódico: se ajustó los guantes, se recogió su bonito cabello, e hizo silbar su navaja igual que hacía en cada condenada práctica de lucha que hacíamos en el Club Militar Agea.

—¿Y?

—Le enganché y le atravesé la rótula mientras él seguía preparándose, agitando la navaja. —Se da cuenta de que Lea lo desaprueba—. ¿Qué? El duelo ya había empezado. Soy astuto como un zorro, pero no tan animal. Gano, eso es todo.

—Me da la sensación de que todos os sentís igual —expongo—. Que todos nosotros nos sentimos igual, quiero decir.

No se han dado cuenta de mi metedura de pata.

Su razonamiento se mantiene. Nuestra casa no puede hacer frente a un enemigo en nuestro estado, pero un enemigo podría atacarnos mientras estamos preparándonos, y echar a perder así mis esperanzas de ascender en la Sociedad. Así pues, necesitamos información. Necesitamos saber si nuestros enemigos están en una cañada, medio kilómetro al norte o si están a quince kilómetros al sur. Y nosotros ¿estamos en una esquina del campo de juego o en el centro? Los enemigos ¿están en las montañas? ¿Al norte de las montañas?

Casio y yo estamos de acuerdo. Tenemos que explorar.

Nos separamos. Casio y yo nos dirigimos a Fobos y después nos movemos en dirección contraria a las agujas del reloj. Lea y Roque marchan hacia Deimos y exploran en el sentido de las agujas del reloj. Nos encontraremos al anochecer.

No vemos ni un alma desde la cima de Fobos. En las tierras bajas no se ven ni caballos ni guerreros de Ceres, y la cordillera de las tierras altas del sur está llena de lagos y cabras. Al sureste, encima de un monte alto, echamos un vistazo a parte de los Grandes Bosques al sur y al sureste. Por lo que sabemos, podría haber un ejército de gigantes allí escondido, y no podemos investigar; tardaríamos medio día en cubrir la distancia y apenas habríamos llegado a la linde del bosque.

A unos diez kilómetros del castillo encontramos una fortaleza de piedra desmoronada por el tiempo sobre una colina baja que vigila un paso. Dentro hay una rústica caja de supervivencia con yodo, comida, una brújula, una cuerda, seis durobolsas, un cepillo de dientes, cerillas de sulfuro y vendas normales. Guardamos las cosas en una durobolsa vacía.

Así que han escondido suministros por todo el valle. Algo me dice que hay cosas más importantes escondidas en el campo que pequeños equipos de supervivencia. ¿Armas? ¿Métodos de transporte? ¿Armaduras? ¿Tecnología? No pretenderán que vayamos a la guerra con palos, piedras y herramientas de metal. Y si no quieren que nos matemos unos a otros, los aturdidores pronto tendrán que sustituir a las armas de metal que llevamos.

Nos ganamos unas feas quemaduras de sol ese día. La niebla las enfría. Tito y su grupo, que ahora consta de seis miembros, acaba de regresar de una infructuosa incursión en la llanura. Han matado dos cabras, pero no tienen fuego para cocinar porque Sevro se ha marchado a saber dónde. Casio y yo estamos de acuerdo en que, si Tito quiere hacerse el machote, al menos debería ser capaz de dominar el fuego. Seguro que Sevro, dondequiera que se encuentre, también está de acuerdo. Los chicos de Tito golpean piezas de metal sobre la piedra intentando hacer chispas, pero las piedras del castillo no echan chispas. Qué listos son los próctores.

La cuadrilla de Tito manda a la morralla, los de clase inferior, a traer leña a pesar de que no tienen ningún fuego. Todos se marchan hambrientos esa noche. Todos, salvo Lea y Roque. Ellos llevaban algunas de nuestras barritas de supervivencia. Ambos me caen bien, aunque sean dorados, y justifico esa amistad diciéndome que lo hago para erigir mi propia tribu. Casio parece pensar que una chica rápida de

la clase intermedia, Quinn, puede ser útil. Pero él puede pensar eso de la mayor parte de las chicas guapas.

Las tribus crecen y la primera lección ya está en marcha.

Antonia se hace amiga de un tío rechoncho, avinagrado y con rizos llamado Cipio; y consigue enviar grupos armados con las palas y las hachas que encontraron en el castillo para guarnecer Fobos y Deimos. Puede que la chica sea una bruja consentida, pero estúpida no es. Después, la cuadrilla de Tito se las roba mientras duermen y reconsidero mi opinión.

Casio y yo exploramos juntos. Al tercer día, vemos humo levantarse a lo lejos, puede que a unos treinta kilómetros al este. Es como un faro al anochecer. Los grupos de rastreadores enemigos estarán fuera como nosotros. Si estuviera más cerca o dispusiéramos de caballos, investigaríamos. O si tuviéramos más hombres, podríamos partir de noche y planear una batida en busca de esclavos. La distancia y nuestra falta de cohesión marcan la diferencia. Entre nosotros y el fuego hay desfiladeros y barrancos que podrían cobijar grupos enemigos. Después hay muchos kilómetros de llanura por donde habría que caminar expuesto. No conseguiremos caminar esa distancia. No cuando otras Casas tienen caballos. No se lo digo a Casio, pero tengo miedo. Las montañas parecen seguras; pero justo ahí fuera hay grupos errantes de doraditos psicóticos. Doraditos con los que aún no tengo muchas ganas de encontrarme.

La idea de encontrarme con otras casas se vuelve más terrorífica cuando pienso que ni mi hogar es seguro. Es lo que Octavia au Lune dice siempre: ningún hombre puede perseguir una empresa en medio de las luchas tribales. No podemos permitirnos que Tito vaya por su cuenta durante mucho tiempo. Ya ha robado bayas que Lea y Quinn habían recolectado. Y esta mañana intentó usar el estandarte con

Quinn para ver si podía hacer esclavos a los miembros de su propia casa para sus avanzadillas. No podía.

—Tenemos que unir a la casa de alguna forma —me dice Casio mientras exploramos las montañas septentrionales—. El Instituto sigue con nosotros durante el resto de nuestras vidas. Si perdemos, puede que no volvamos a gozar nunca de una buena posición.

—¿Y si nos esclavizan durante el juego? —pregunto.

Me mira preocupado.

—¿Qué mayor desgracia podría haber?

Como si necesitara más motivación.

—Apuesto a que tu padre ganó en su año. ¿Fue el primus? —pregunto.

Para ser emperador, tuvo que haber ganado en su año.

—Sí. Siempre supe que ganó su año, aunque no tenía ni cochina idea de lo que eso significaba hasta que llegamos aquí.

Los dos estamos de acuerdo en que, para que la casa vuelva a estar unida, Tito tiene que irse. Pero es inútil que nos enfrentemos a él de manera abierta. Perdimos la oportunidad el primer día. Su tribu ya es demasiado numerosa.

—Yo digo que lo matemos en sueños —sugiere Casio—. Tú y yo podríamos hacerlo.

Me quedo de piedra al oírlo. No tomamos ninguna decisión, pero la propuesta me ayuda a recordar que él y yo no somos el mismo tipo de gente. ¿De verdad no lo somos? Su ira es salvaje y fría. Pero no vuelvo a ver la rabia de nuevo, ni siquiera cerca de Tito. Es todo sonrisas y carcajadas, y desafía a los miembros de la cuadrilla de Tito a luchas y carreras cuando no están de batida: igual que hago yo entre mis enemigos.

Sin embargo, mientras que los demás me guardan un respeto receloso, a Casio lo quieren todos excepto la

pandilla de Tito. Incluso ha empezado a escabullirse con Quinn. Ella me cae bien. Mató un ciervo con una trampa, y luego contó una historia acerca de cómo lo mató con sus dientes. Incluso nos enseñó las pruebas: pelo entre los dientes y las encías, además de marcas de mordida en el ciervo. Todos pensamos que teníamos con nosotros a un Sevro más guapo hasta que ella rompió a reír tanto que no podía seguir con el embuste. Casio le ayudó a quitarse el pelo de ciervo de los dientes. Me gustan las mentirosas comprometidas.

Las condiciones empeoran en los primeros días. La gente sigue teniendo hambre porque aún no hemos encendido un fuego en el castillo y, por desgracia, la higiene se olvida rápidamente cuando unos jinetes de Ceres raptan a dos de nuestras chicas mientras se bañan en el río justo debajo de la entrada. Los dorados se sienten confusos cuando empiezan a obstruírseles los poros y les salen granos.

—¡Parece una picadura de abeja! —Roque se ríe de Casio y de mí—. ¡O un sol radial y distante!

Finjo estar fascinado por ellos, como si no los hubiera tenido cuando era rojo.

Casio se inclina para inspeccionarlo.

—Compañero, esto es…

Entonces Roque explota el grano justo en la cara de Casio, lo que hace que se tambalee hacia atrás y le entren arcadas del asco. Quinn se cae al suelo de la risa.

—A veces me pregunto —empieza a decir Roque cuando Casio se recupera— cuál es el propósito de todo esto. ¿Cómo va a ser este el mejor método de evaluar nuestras cualidades, de convertirnos en seres capaces de gobernar la Sociedad?

—¿Y llegas a alguna conclusión? —pregunta Casio con cautela. Ahora mantiene las distancias.

—Los poetas nunca llegan a ninguna —respondo yo.

Roque suelta una risita.

—A diferencia de la mayoría de los poetas, yo a veces sí lo consigo. Y tengo nuestra respuesta para esto.

—Desembucha —le apremia Casio.

—Como si no fuera a hacerlo sin las instrucciones de nuestra diva residente —dice Roque, con un suspiro—. Nos han traído hasta aquí porque este valle era la humanidad antes de que gobernaran los dorados. Fragmentados. Desunidos incluso en nuestra propia tribu. Quieren que pasemos por lo mismo que sufrieron nuestros abuelos. Paso a paso, este juego irá evolucionando para enseñarnos nuevas lecciones. Cambiarán las jerarquías sociales. Tendremos rojos, dorados y cobres.

—¿Y rosas? —pregunta Casio, esperanzado.

—Tiene sentido —digo.

—Pero eso sería de lo más extraño —se ríe Casio, y hace girar el anillo de lobo en el dedo—. Los padres armarían un escándalo si eso siguiera. Probablemente por eso echa Tito esas miradas lascivas a las chicas. Querrá un juguetito. Hablando de juguetitos, ¿adónde ha enviado a Vixus?

Me río. Vixus, seguramente el más peligroso de los seguidores de Tito, y los demás partieron hace casi dos horas por órdenes de Tito para explorar la llanura desde la posición privilegiada que ofrece la torre de Fobos, como parte de los preparativos para realizar una incursión en la Casa de Ceres.

—Haríamos mejor en tener a Vixus de nuestra parte si queremos hacer una jugada —digo—. Es la mano derecha de Tito.

Roque sigue una línea de pensamiento distinta.

—No… no estoy seguro de lo de los rosas.

La idea de que un dorado sea un rosa le ofende. Pero… lo demás resulta sencillo. Esto es un microcosmos del Sistema Solar.

—Parece como jugar al pañuelo, si os acordáis de eso, pero con espadas —contesto.

Nunca he jugado a eso, pero Matteo en sus clases me puso rápidamente al día en los juegos con los que estos se divertían de pequeños en los jardines de sus padres.

—Pues… —dice Casio. Le clava a Roque en el pecho un dedo de fingida seriedad—. Sí. Así que puedes coger tu palabrería y metértela por donde el sol no se atreve a brillar, Roque. Estas dos mentes maravillosas lo han decidido. Es el juego del pañuelo.

Roque se ríe.

—No todos los hombres pueden entender la sutileza y la metáfora como yo. Pero no temáis, amigos musculosos, yo estaré aquí para guiaros por los vericuetos más alucinantes. Por ejemplo, puedo deciros que la primera prueba será volver a unir la casa antes de que un enemigo llame a la puerta.

—Mierda —murmuro, mientras observo por el límite del parapeto.

—¿Tienes algo en el culo? —pregunta Casio.

—Parece que el juego ya ha empezado.

Señalo hacia abajo.

Al otro lado del valle, justo donde el bosque se encuentra con la llanura verde, Vixus está arrastrando a una chica por el pelo. El primer esclavo de la Casa de Marte. Y lejos de que me repugne, me siento celoso. Celoso de no haberla capturado yo. Fue el esbirro de Tito, y eso significa que ahora Tito se ha ganado credibilidad.

23

FRACTURA

Aunque dormimos bajo el mismo techo, la Casa tardó apenas cuatro días en dividirse en cuatro tribus.

Antonia, quien por lo visto es el retoño de una familia que posee un cinturón de asteroides considerable, se lleva a la clase intermedia: los charlatanes, los quejicas, los cerebritos, los dependientes, los peleles, los esnobs y los políticos.

Tito se lleva sobre todo la clase superior o intermedia. Los especímenes físicos, los violentos, los rápidos, los intrépidos, los prototípicamente inteligentes, los ambiciosos y los oportunistas: el surtido típico de la Casa de Marte. La prodigiosa pianista, la silenciosa Casandra, es suya. También el irascible Pólux y el psicótico Vixus, que tiembla de placer ante la idea de clavar el metal en la carne.

Si Casio y yo hubiéramos planeado mejor nuestra estrategia, podríamos haberle robado los superiores a Tito. Qué demonios, podríamos haberlos tenido a todos dispuestos a seguirnos solo con decirles que tenían que obedecer. Al fin y al cabo, Casio y yo fuimos los más fuertes durante un breve instante, pero luego le dimos a Tito la oportunidad de intimidar, y a Antonia la de manipular.

—Mierda de Antonia —digo.

Casio se ríe y menea la cabeza mientras nos dirigimos hacia el este por las montañas en busca de más cajas ocultas de suministros. Mis largas piernas pueden recorrer un kilómetro fácilmente en menos de un minuto.

—Bueno, es lo que se espera de ella. Si nuestras familias no hubieran pasado las vacaciones juntas cuando éramos

pequeños, la habría acusado de *demókrata* el primer día. Pero ella no es nada de eso. Más bien es como un César, o… ¿cómo los llamaban…? Presidentes: un tirano disfrazado de persona necesaria.

—Es como un zurullo plantado en el cuenco del bebercio.

—Pero ¿qué condenados demonios significa eso? —pregunta Casio entre risas.

El tío Narol podría habérselo dicho.

—¿Perdón? Ah, se lo oí a un rojo superior en Yorkton. Significa que es una mosca en la copa.

—¿Un rojo superior? —resopla Casio—. Una de mis niñeras lo era. Ya. Lo sé. Raro. Pero la mujer me contaba historias cuando quería dormir.

—Qué bonito —digo.

—A mí me parecía una sabihonda relamida. Intenté decirle a mi madre que le callara la boca y que me dejara en paz, porque lo único que quería hacer era hablar de valles y de romances sombríos que siempre terminaban con una u otra tristeza. Qué criatura más deprimente.

—¿Qué hacía tu madre cuando te quejabas? —pregunto.

—¿Mi madre? ¡Ja! Me daba una colleja y decía que siempre se puede aprender algo de los demás. Incluso de los rojos superiores. Mi padre y ella quieren parecer progresistas. Eso me confunde. —Sacude la cabeza—. Pero ¡Yorkton! Julian no se podía creer que alguien como tú fuera de Yorkton.

Las sombras regresan a mí. Ni siquiera pensar en Eo las disipa. Ni siquiera pensar en la licencia que me da mi noble misión destierra la culpa. Soy el único que no debería sentirse culpable por el Paso; pero, aparte de Roque, creo que soy el único que lo hace. Miro mis manos y recuerdo la sangre de Julian.

De repente, Casio señala al cielo, hacia el suroeste.

—Por todas las condenadas llamas del infierno, ¿qué es eso?

Del Olimpo, el castillo flotante, caen multitud de parpadeantes medibots. Oímos sus lejanos aullidos. Los próctores centellean tras ellas como flechas llameantes hacia las lejanas montañas meridionales. Sea lo que sea lo que haya ocurrido, una cosa es segura: el caos reina en el sur.

Aunque mi tribu continúa durmiendo en el castillo, nos hemos cambiado de la torre alta a la garita para no tener que juntarnos con la hueste de Tito. Como queremos protegernos, mantenemos en secreto que cocinamos.

Nos vemos con nuestra tribu para cenar en un lago de las montañas septentrionales. No todos son de clase superior. Tenemos algunos —Casio y Roque—, pero después no hay ninguno elegido hasta la decimoséptima ronda. Tenemos algún intermedio —Quinn y Lea—, pero los demás son la morralla: Payaso, Muecas, Hierbajo, Guijarro y Cardo. Esto le molesta a Casio aunque la morralla del Instituto sigue siendo fehacientemente sobrehumana en comparación con el resto de colores. Son atléticos. Son resistentes. Nunca te piden que repitas algo a no ser que sea para demostrar algo. Y aceptan mis órdenes, aunque anticipen lo que les pediré después. Para mí sus orígenes menos privilegiados tienen valor.

La mayoría son más listos que yo. Pero poseo ese algo especial que llaman «astucia coloquial», como demuestra mi alta puntuación en la prueba de pensamiento lateral. Tampoco es que importe. Tengo cerillas, y eso me convierte en Prometeo. Ni Antonia ni Tito tienen fuego, hasta donde yo sé. Así que soy el único que puede llenarles el buche. Ordeno que cada miembro de mi tribu cace una cabra o un cordero. No está permitido gorronear, aunque Muecas lo intenta con denuedo. No se dan cuenta de que me tiemblan

las manos cuando degüello una cabra con un cuchillo por primera vez. Hay mucha confianza en los ojos del animal, seguida de la confusión por creerme aún su amigo. La sangre es caliente, como la de Julian. Los músculos del cuello son duros. Tengo que serrarla con un cuchillo romo, igual que Lea cuando mata su primer cordero, chillando mientras lo hace. Hago que lo desuelle con ayuda de Cardo. Y cuando no puede, cojo sus manos entre las mías y la guío, dándole mi fuerza.

—¿Es que papá te va a tener que cortar también la carne? —se burla Cardo.

—Cállate —le ordena Roque.

—Ella puede librar sus propias batallas, Roque. Lea, Cardo te ha hecho una pregunta. —Lea me mira, pestañeando, con los ojos confusos y abiertos de par en par —. Hazle otra, Cardo.

—¿Qué vas a hacer cuando tengamos problemas con Tito? ¿Darás grititos también? Niña.

Cardo sabe lo que quiero que haga. Se lo pedí treinta minutos antes de que le trajera la cabra a Lea. Le hago una señal a Lea con la cabeza, en dirección a Cardo.

—¿Es que vas a llorar? ¿Te vas a secar las lágrimas con…?

Lea grita y salta hacia ella. Las dos echan a rodar mientras se dan de puñetazos. No pasa mucho tiempo hasta que Cardo tiene a Lea sujeta por el cuello con una llave. Roque se remueve inquieto a mi lado. Quinn tira de él para que se quede quieto. La cara de Lea se está poniendo morada. Da golpes con las manos en las de Cardo. Luego se desmaya. Le doy las gracias a Cardo con la cabeza. La chica de rostro oscuro me responde con un lento bajar y subir de cabeza.

Pero los hombros de Lea se ven mucho más fuertes a la mañana siguiente. Incluso hace acopio de la valentía suficiente para coger de la mano a Roque. También dijo que

era buena cocinera; no lo es. Roque lo intenta, pero no es mucho mejor. Comerse la pitanza que han preparado es como tragarse esponjas secas y llenas de hebras. Ni siquiera Quinn, con todos sus cuentos, es capaz de inventarse una receta.

Cocinamos la carne de cabra y de ciervo en nuestra cocina de campamento a seis kilómetros del castillo, y lo hacemos de noche en las quebradas para que la luz y el fuego no puedan ser vistos. No matamos a las ovejas sino que las agrupamos y las dejamos en un fuerte al norte para mantenerlas a salvo. Podría atraer a más gente a mi tribu con la comida, pero la comida es al mismo tiempo un peligro y una bendición. Lo que Tito y sus asesinos harían si se enteraran de que tenemos fuego, comida y agua limpia…

Roque y yo estamos de vuelta en el castillo después de una pequeña exploración al sur cuando oímos ruidos provenientes de un pequeño grupo de árboles. Cuando nos acercamos un poco más, sigilosamente, oímos gruñidos y cortes. Esperamos ver una manada de lobos destrozando una cabra, miramos a hurtadillas a través de la maleza y descubrimos a cuatro soldados de Tito arrodillados en torno a un cadáver. Tienen el rostro sangriento, la mirada oscura y voraz mientras rasgan tiras de carne de ciervo con el cuchillo. Cinco días sin fuego, cinco días de desagradables bayas y ya se han convertido en salvajes.

—Tenemos que darles cerillas —me dice Roque después—. Aquí las piedras no sueltan chispas por más que las frotes.

—No. Si les damos cerillas, Tito tendrá más poder.

—¿Qué más da eso ahora? Si siguen comiendo carne cruda se van a poner enfermos. ¡Ya están enfermos!

—Pues que se caguen en los pantalones. Hay cosas peores.

—Dime, Darrow, ¿sería peor que Tito tuviera el poder y Marte fuera fuerte o que Darrow tuviera el poder y Marte fuera débil?

—¿Mejor para quién? —pregunto con petulancia.

Roque se limita a sacudir la cabeza.

—Que se les pudran las condenadas tripas —opina Casio—. Ellos se lo han guisado. Pues que se lo coman.

Mi ejército está de acuerdo.

Me gusta mi ejército, la morralla, los inferiores. No están tan cualificados, ni tienen la misma educación que los de la clase superior. La mayoría de ellos se acuerdan de darme las gracias cuando les proporciono comida, cosa que no hacían al principio. No salen a chulearse detrás de Tito en incursiones a medianoche solo porque eso les ponga cachondos. No, nos siguen porque Casio es tan carismático como el sol y, bajo su luz, parece que la sombra que proyecto sabe lo que está haciendo. No lo sabe. Ella, igual que yo, nació en una mina.

De todos modos, parece que sí que tengo alguna estrategia. Me los llevo al fondo de un barranco a trazar mapas en las digipizarras que encontramos en una bodega anegada; pero seguimos sin más armas que mi falce, algunos cuchillos y palos afilados. Así que cualquier estrategia que tengamos se basa en recabar información.

Lo gracioso es que solo una tribu tiene idea de lo que está pasando. Y no es la nuestra. No es la de Antonia, y desde luego que no es la de Tito. Es la de Sevro y estoy casi seguro de que él es el único miembro de esa tribu a no ser que ahora haya adoptado lobos. No resulta fácil saber si lo ha hecho o no. Nuestra casa no celebra cenas en familia. Aunque de vez en cuando lo vemos correr de noche colina arriba con su piel de lobo, con el aspecto, como Casio describe a la perfección, «de una especie de peludo niño demonio puesto de alucinógenos». Incluso hubo una ocasión

en que Roque llegó a escuchar algo que no era un lobo, y que aullaba envuelto en el oscuro manto de las montañas. Algunos días Sevro camina por ahí de forma más o menos normal: insultando a todo lo que se mueve menos a Quinn. Hace una excepción con ella, y le da carne y setas comestibles en vez de insultos. Creo que está pillado por ella, aunque ella esté pillada por Casio.

Le pedimos que nos hable de él, pero no quiere. Es una persona leal, y quizá por eso me recuerda a casa. Siempre está contando buenas historias; la mayoría, sin duda, mentiras recubiertas de oro. Hay una chispa de vida en ella, igual que la que había en mi mujer. Es la única que no llama Trasgo a Servo. También es la única que sabe dónde vive. Ni con todas nuestras exploraciones logramos hallar rastro de él. Por lo que a mí respecta, puede estar por ahí cortando cabelleras más allá de las montañas. Sé que Tito ha enviado rastreadores para acecharlo, pero no creo que tengan éxito. Ni siquiera logran seguirme a mí. Sé que eso saca a Tito de sus casillas.

—Yo creo que se está pajeando en los arbustos —ríe Casio—. Esperando a que nos matemos unos a otros.

Cuando Lea llega cojeando al castillo, Roque nos busca a Casio y mí fuera.

—Le han pegado —dice Roque—. No muy fuerte, pero le dieron una patada en el estómago y se llevaron el trabajo de un día.

—¿Quién? —grita Casio—. ¿Quién ha sido la escoria?

—Eso no importa. Lo que importa es que tienen hambre, así que deja de jugar al ojo por ojo. Esto no puede seguir así —lo apremia Roque—. Los chicos de Tito están muriéndose de hambre. ¿Qué esperabas que hicieran? Demonios, el enorme bruto está persiguiendo a Trasgo porque necesita fuego y comida. Si le damos eso, podemos unir a la Casa y

mantener la urbanidad. Puede que incluso Antonia haga entrar en razón a su tribu.

—¿Antonia? ¿Razón? —pregunta Casio, a carcajada limpia.

—Aunque eso pase, Tito seguirá siendo el que más poder tenga —añado—. Y eso no es ningún remedio.

—Ah, claro. Eso es algo que no puedes tolerar. Que otro tenga el poder. Muy bien. —Roque se estira sus largos cabellos—. Habla con Vixus o Pólux. Llévate a sus capitanes si no queda otra. Pero cura esta casa, Darrow. De lo contrario, perderemos cuando otra casa venga a por nosotros.

Al sexto día sigo su consejo. Sabedor de que Tito está fuera de rapiña, me arriesgo a buscar a Vixus en el torreón. Por desgracia, Tito regresa antes de lo esperado.

—Qué pinta tan animada y llena de vida traes —me dice antes de que consiga encontrar a Vixus en las estancias de piedra del torreón. Me impide el paso con su inmenso cuerpo. Sus hombros son casi igual de anchos que el muro. Siento que hay otro en el pasillo detrás de mí. Vixus y otros dos. Se me encoge un poco el estómago. Esto ha sido una estupidez—. ¿Adónde vas, si puedo preguntarlo?

—Quería comparar los mapas de nuestras exploraciones con el mapa principal de la sala de mando —miento sabiendo que llevo una digipizarra en el bolsillo.

—Vaya, ¿así que querías comparar los mapas de las exploraciones con los mapas principales por el bien de Marte, noble Darrow?

—¿Y qué otro bien hay? —pregunto—. Todos estamos en el mismo bando, ¿no?

—Vaya, estamos en el mismo bando. —Tito estalla en una risa insincera—. Vixus, si estamos en el mismo bando, ¿no crees que sería mejor que compartiéramos tus pequeños mapas?

—Sería mucho mejor —asiente Vixus—. Setas. Mapas. Lo mismo da.

Así que fue él quien atacó a Lea. Sus ojos carecen de vida. Como los de un cuervo.

—Claro. Yo les echaré un vistazo por ti, Darrow.

Tito me quita los mapas de reconocimiento. No puedo hacer nada para impedírselo.

—Cógelos si quieres —le ofrezco—. Siempre y cuando sepas que hay fuegos enemigos lejos hacia el este y probablemente enemigos en los Grandes Bosques hacia el sur. Saquea todo lo que quieras, pero que no te pillen con los pantalones bajados.

Tito olisquea el aire. No me estaba escuchando.

—Ya que estamos compartiendo, Darrow. —Olisquea de nuevo, cerca de mi cuello—. A lo mejor puedes decirme por qué hueles a madera quemada.

Me pongo tenso, sin saber qué hacer.

—Mira cómo se pone nervioso. Mira cómo teje una mentira. —La voz de Tito está llena de repugnancia—. Puedo oler tu engaño. Oler las mentiras que rezumas.

—Como una mujer en celo —añade Pólux, con tono sardónico. Me hace un gesto de indiferencia, como si estuviera disculpándose.

—Repugnante —dice Vixus, despectivo—. Qué cosa tan vil. Una cosa despreciable y afeminada.

No sé por qué pensaba que podía volverlo contra Tito.

—Eres un pequeño parásito —continúa Tito—. Carcomiendo la moral porque no quieres ceder; esperando a que tus hombres y mujeres se mueran de hambre. —Se van acercando desde atrás, por los lados, cercándome. Tito es enorme. Pólux y Vixus son crueles, casi tan grandes como yo —. Eres una criatura miserable. Un gusano en nuestra columna.

Hago un gesto de indiferencia, como si le restara importancia al asunto. Trato que piensen que no estoy preocupado.

—Podemos arreglar esto —sugiero.

—¿Ajá? —pregunta Tito.

—La solución es simple, grandullón —le aconsejo—. Trae a tus chicos y chicas a casa. Deja de atacar a Ceres antes de que venga cualquier otra casa y os masacre a todos. Entonces hablaremos del fuego. Y de la comida.

—¿Crees que puedes decirnos lo que debemos hacer, Darrow? ¿Es esa la cuestión? —pregunta Vixus—. ¿Crees que eres mejor porque sacaste más puntuación en una estúpida pruebecita? ¿Porque los próctores te escogieron primero?

—Claro que lo piensa —dice Tito con una risita—. Cree que merece ser primus.

El rostro beligerante de Vixus se inclina hacia el mío, los labios dibujando cada palabra con tono despectivo. Bonitos cuando están en calma, ahora los labios se le retuercen cruelmente y el aliento le apesta al mirarme, examinándome y tratando de hacerme creer que no está impresionado. Suelta una risa desdeñosa por la nariz. Veo que está girando la cabeza para escupirme en la cara. Dejo que lo haga. Una masa viscosa de flemas me alcanza y se escurre despacio por mi mejilla hacia los labios.

Tito me observa con una sonrisa lupina. Le centellean los ojos; Vixus lo mira en busca de apoyo. Pólux se acerca.

—Eres una pollita mimada —dice Vixus. Su nariz casi roza la mía—. Así que eso es lo que me vas a dar, buen hombre, tu pollita.

—O podrías dejar que me fuera —sugiero—. Parece que estás bloqueando la puerta.

—¡Jo, jo! —Se ríe mirando a su amo—. Está intentando aparentar que no tiene miedo, Tito. Intentando evitar una pelea. —Me clava la mirada con esos ojos dorados y muertos

—. He destrozado a estirados como tú en los clubes de duelo miles de veces.

—¿De verdad? —pregunto, incrédulo.

—Los rompí como ramitas. Y luego me llevé a las chicas por diversión. Cómo los he avergonzado delante de sus padres. En qué ruinas llorosas he convertido a chicos como tú.

—Pero Vixus —digo con un suspiro, intentando que no se noten el miedo y la ira en mi voz—. Vixus, Vixus, Vixus. No hay chicos como yo.

Miro hacia atrás, a Tito, para asegurarme de que nuestros ojos se encuentran cuando, con un movimiento despreocupado, como si bailara, hago girar mi mano de sondeainfiernos y la hundo en la yugular de Vixus con la fuerza de un mazo. Lo destroza, pero, mientras cae, lo golpeo con un codo, una rodilla y la otra mano. Si sus piernas hubieran estado mejor colocadas, podría haberle partido el cuello por la mitad con el primer golpe. En vez de eso, se desequilibra hacia un lado en la escasa gravedad, con el cuerpo en horizontal y temblando por mi cadena de golpes. Pone la mirada en blanco. El miedo se despierta en mi estómago. Qué cuerpo tan fuerte tengo.

Tito y los demás están demasiado sorprendidos por esa súbita violencia como para detenerme mientras esquivo sus manos extendidas y corro por los pasillos abajo.

No lo he matado.

No lo he matado.

24

LA GUERRA DE TITO

No he matado a Vixus. Pero he matado la posibilidad de unir a la casa. Bajo a todo correr por las sinuosas escaleras de la fortaleza. Oigo gritos detrás de mí. Paso junto a los arrellanados estudiantes de Tito: comparten pedazos de pescado crudo que han conseguido arponear en el río. Me pondrían la zancadilla si supiesen lo que he hecho. Dos chicas me ven marcharme y, al escuchar los gritos de sus líderes, tardan demasiado en reaccionar. Ya estoy lejos de sus manos, lejos de la garita inferior de la fortaleza y dentro de la plaza principal del castillo.

—¡Casio! —grito desde la garita en dirección al castillo donde duermen mis hombres—. ¡Casio!

Asoma la cabeza por la ventana y ve mi cara.

—Ay, cielos. ¡Roque! —grita—. ¡Lo ha hecho! ¡Despierta a la morralla!

Tres de los chicos de Tito y una de las chicas me persiguen por el patio. Son más lentos que yo, pero detrás viene una desde su puesto en el muro para cortarme el paso. Casandra. El pelo corto le tintinea por las cosas de metal que lleva entrelazadas en él. Sin ningún esfuerzo, hacha en mano, salta los ocho metros que la separan del suelo desde su parapeto y corre para interceptarme antes de que llegue a las escaleras. Su dorado anillo de lobo refulge en la menguante luz. La chica es un espectáculo digno de ver.

Entonces toda mi tribu sale de la garita. Llevan mochilas improvisadas, cuchillos y los palos para golpear que tallamos a partir de ramas caídas que habíamos recogido de

nuestros bosques. Pero no avanzan hacia mí. Son muy listos, así que abren las enormes dobles puertas que separan el castillo del largo camino inclinado que lleva a la cañada. La niebla se filtra por la puerta y desaparecen entre las sombras. Solo Quinn se queda atrás.

Quinn, la más rápida de Marte. Brinca por el camino empedrado como una gacela, corriendo en mi ayuda. El palo de golpear da vueltas en el aire. Casandra no la ve. Una larga coleta de oro cae de pronto en la noche helada cuando se levanta lentamente, con una sonrisa en el rostro, y ataca a Casandra por el lado ciego. La golpea con todas sus fuerzas en la rodilla con el palo. El ruido de la vara al romperse en el resistente hueso de un dorado es estruendoso. También lo es el grito de Casandra. No se le rompe la pierna, pero cae en el empedrado. Quinn no enlentece el paso. Se pone a mi lado a toda prisa y, juntos, dejamos atrás al grupo de Tito.

Alcanzamos a los demás en la parte más honda de la cañada. Atravesando las escarpadas colinas, nos dirigimos al fuerte septentrional en el interior de las tierras altas envueltas de niebla. El vapor se aferra a nuestro cabello y cae en forma de perlas. Llegamos al fuerte pasada la medianoche. Es una torre inhóspita y cavernosa que se inclina sobre un barranco como un mago borracho. El liquen cubre la gruesa piedra gris. La niebla envuelve los parapetos y preparamos nuestra primera comida con los pájaros que hay en los aleros de cada torre. Algunos escapan. Oigo cómo aletean en la oscuridad de la noche. Ha empezado nuestra guerra civil.

Por desgracia, Tito no es un enemigo estúpido. No viene a por nosotros, como creíamos que haría. Pensé que intentaría sitiar nuestro fuerte del norte, que su ejército vería el fuego

en el interior de los muros de piedra y que olería la carne al chisporrotear su grasa. Los corderos que reunimos antes nos habrían durado semanas, meses de haber tenido agua. Podríamos haber celebrado banquetes todas las noches. Entonces se habrían derrumbado. Habrían abandonado a Tito. Pero Tito conoce mi arma, el fuego, así que nos abandona para que sus chicos y chicas no sepan de los lujos que disponemos.

No deja a su tribu sola el tiempo suficiente como para pensar. El frenesí y la guerra nublan el juicio del hombre. Así que asaltan la Casa de Ceres a partir del sexto día y él se inventa trofeos para los actos de violencia y valentía. Les pone a los suyos marcas de sangre en las mejillas, que llevan con orgullo. Nos escabullimos observando sus grupos de guerra entre los arbustos y las hierbas altas de la llanura. A veces nos aprovechamos del punto de observación situado en los picos montañosos del sur, cerca de Fobos. Desde allí somos testigos del asedio de la Casa de Ceres.

En las cercanías de la Casa de Ceres, el humo se alza en una lúgubre corona. Talan los manzanos. Mutilan o roban los caballos. Los saqueadores de Tito incluso le echan el lazo a una antorcha de una de las murallas de Ceres en un intento de llevar fuego al castillo de Marte. Los jinetes de Ceres les dan caza con cubos de agua antes de que lleguen a casa. Tito grita entonces lleno de rabia, y los caballos de Ceres se alejan a velocidad vertiginosa. Apagan la llama con agua antes de dar la vuelta hacia casa. Su mejor soldado, el irascible Pólux, derriba uno de los caballos con una rama de árbol tallada en forma de pincho. La amazona cae de su montura y Pólux se lanza sobre ella. Ese día se lleva dos esclavos más y Tito se apropia de su caballo.

Durante el octavo día en el Instituto observo junto a Casio y Roque el asedio a Ceres desde las montañas. Hoy Tito monta el caballo capturado bajo el muro de la Casa de

Ceres con un lazo en la mano. Desafía a los arqueros a disparar con sus flechas a él o al caballo. Una pobre chica inclina la cabeza para obtener un mejor ángulo con su arco. Se lleva la flecha hasta la oreja, apunta y, justo antes de soltarla, Tito arroja el lazo hacia arriba. Se agita en el aire. Ella se echa hacia atrás de golpe. No lo bastante rápido. El lazo se enrosca en el cuello, y Tito espolea su caballo para que se aparte de la pared, apretando el lazo. Los amigos de la chica luchan por cogerla. La agarran con fuerza pero se ven obligados a soltarla antes de que se le parta el cuello.

Se oye el eco de los gritos de sus amigos mientras Tito la hace caer de la muralla y se la lleva a sus entusiastas seguidores. Allí, Casandra pone a la chica de rodillas de una patada y la esclaviza con nuestro estandarte. Las llamas de las cosechas que arden se agitan hacia el cielo crepuscular donde varios próctores flotan con jarras de vino y una bandeja de alguna desacostumbrada exquisitez.

—Y los corazones violentos prenden las llamas más severas —murmura Roque, arrodillado.

—Es osado —reconozco con deferencia— y le gusta esto. —Sus ojos chispearon cuando golpeé a Vixus en la garganta. Casio asiente—. Demasiado.

—Es mortífero —asiente Casio, pero se refiere a otra cosa. Levanto la mirada hacia él. Hay un hilo de crudeza en su voz —. Y un mentiroso.

—¿Ah, sí? —pregunto.

—Él no mató a Príamo.

Roque se queda quieto. Más pequeño que nosotros, parece un niño mientras sigue sobre su rodilla. Lleva el pelo recogido en una coleta. Tiene tierra incrustada en las uñas, que rascan los zapatos al intentar atárselos mientras alza la mirada.

—No mató a Príamo —repite Casio. El viento gime sobre las colinas a nuestras espaldas. Hoy la noche cae despacio.

Las mejillas de Casio se hunden en las sombras; incluso así sigue siendo atractivo—. No habrían puesto a Príamo con un monstruo como él. Príamo es un líder, no un señor de la guerra. Lo pondrían con alguien fácil como algunos de nuestra morralla.

Sé adónde quiere ir a parar Casio con todo esto. Lo veo en la forma en la que mira a Tito; la frialdad de sus ojos me recuerda a la de una víbora cuando sigue a su presa. Se me retuercen las entrañas al hacerlo, pero guío a Casio en la dirección en la que quiere ir, le invito a morder. Roque ladea la cabeza hacia mí, pues percibe algo extraño en mi interacción con Casio.

—Y a Tito lo habrían puesto con otra persona —añado.

—Otra persona —repite Casio, asintiendo.

Con Julian, está pensando. No lo dice. Ni yo tampoco. Mejor dejar que se descomponga en su cabeza. Es mejor dejar que mi amigo crea que nuestro enemigo mató a su hermano. Eso es una salida.

—La sangre engendra sangre engendra sangre engendra…

Roque susurra palabras al viento que viajan hacia el oeste, hacia la larga llanura y hacia las llamas que danzan en el horizonte bajo. Más allá las montañas se ocultan, frías y oscuras. La nieve ya se acumula en las cumbres. Es una visión que quita el aliento, pero los ojos de Roque no se apartan de mi rostro.

Encuentro cierta satisfacción al saber que los esclavos de Tito no son unos aliados muy eficaces. Lejos de estar adoctrinados de una manera tan concienzuda como podría estarlo un rojo, estos esclavos recién convertidos son seres obstinados. Siguen órdenes o se arriesgan a que los etiqueten como Deshonrados después de la graduación.

Pero nunca hacen ni más ni menos de lo que les manda. Ese es su acto de rebelión. Combaten donde les dice que combatan, con quien se lo pide y hasta cuando tienen que retirarse. Recogen las bayas que les dicen que cojan, incluso si saben que son venenosas, y apilan piedras hasta que la pila se cae. Pero si hay una puerta abierta que lleve a la fortaleza de un enemigo y Tito no les dice que entren se quedarán allí y se rascarán el trasero.

A pesar de la incorporación de los esclavos y de arrasar las cosechas y los huertos de Ceres, la tropa de Tito, tan avezada en la violencia, es un espectáculo deplorable cuando trata de hacer cualquier otra cosa. Sus hombres vacían los intestinos en letrinas poco profundas, detrás de los árboles o en el río, en un intento de envenenar a los estudiantes de la Casa de Ceres. Una de sus chicas incluso se cae dentro después de vaciar los intestinos en el agua. Se revuelca en sus propios desechos. Es una escena cómica, pero la risa se ha vuelto algo escasa salvo entre los estudiantes de Ceres. Se sientan detrás de los altos muros y cogen pescado del río y comen pan de sus propios hornos y miel de sus colmenas.

En respuesta a las risas, Tito arrastra a uno de los esclavos hasta la entrada. Es un chico alto de larga nariz que les dedica pícaras sonrisas a las chicas. Cree que todo esto es un juego hasta que Tito le corta una oreja. Después llora a gritos buscando a su madre como un niño pequeño. Nunca comandará barcos de guerra.

Ninguno de los próctores, ni siquiera los de la Casa de Ceres, detiene la violencia. Observan desde el cielo en grupos de dos o de tres. Flotan mientras los medibots bajan desde el Olimpo aullando para cauterizar una herida o tratar un traumatismo craneal grave.

A la vigésima mañana en el Instituto, los defensores arrojan una cesta de panecillos mientras los hombres de Tito

tratan de echar abajo la puerta con un árbol caído. Los asaltantes terminan luchando unos con otros por la comida solo para descubrir que el pan estaba horneado con cuchillas dentro. Los gritos duran hasta la tarde.

La respuesta de Tito llega antes de que caiga la noche. Con un nuevo grupo de cinco esclavos, incluido el chico a quien le falta la oreja, se acerca a la puerta hasta que está a un kilómetro y medio de distancia. Se pasea delante de los esclavos, sujetando cuatro largos palos en la mano. Se los da a todos los esclavos menos a la chica a la que tiró de las murallas con un lazo.

Con una pronunciada reverencia hacia la puerta de Ceres, agita una mano y les ordena a los esclavos que comiencen a golpear a la chica. Al igual que Tito, la chica es alta y fuerte, así que es difícil compadecerla. Al principio.

Los esclavos golpean a la chica con reserva en los golpes iniciales. Entonces Tito les recuerda la deshonra que marcará para siempre sus nombres si no obedecen; golpean más fuerte; apuntan a la dorada cabeza de la chica. La golpean y la golpean hasta que pasa mucho tiempo sin que se escuchen sus gritos y la sangre le enmaraña los rubios cabellos. Cuando Tito se aburre, arrastra a la chica herida por el pelo de vuelta al campamento. Esta se desliza deslavazada por el suelo.

Observamos desde nuestro emplazamiento en las montañas, y Lea y Quinn tienen que impedir que Casio baje corriendo hacia la llanura. Le aseguro que la chica sobrevivirá. Los palos son un espectáculo. Roque escupe amargamente en la hierba y busca la mano de Lea. Resulta extraño ver cómo es ella quien le da fuerzas a él.

A la mañana siguiente descubrimos que la respuesta de Tito no acaba con la paliza. Después de que nos retiráramos a nuestro castillo, Tito se escabulló al caer la noche para esconder a la chica directamente frente a la puerta de Ceres

bajo un espeso manto de hierba, atada y amordazada. Después hizo que una de sus seguidoras gritara durante toda la noche para hacer creer que era la esclava del campamento. Gritaba cosas relativas a violación y vejaciones.

Quizá la chica de Ceres capturada creyera que estaba a salvo bajo la hierba. Quizá pensase que los próctores la socorrerían y que volvería a casa con mamá y papá, a casa con sus clases de equitación, a casa con sus cachorritos y sus libros. Pero a primeras horas de la mañana la pisotean los jinetes que, enfurecidos por los gritos, galopan desde la fortaleza de Ceres para rescatarla del campamento improvisado de Tito. No descubren su locura hasta que oyen cómo bajan los medibots a su espalda para llevarse el cuerpo destrozado al Olimpo.

No vuelve. Aun así, los próctores no intervienen. Ni siquiera tengo claro para qué están.

Echo de menos mi hogar. Lico, por supuesto, pero también el sitio donde estaba a salvo con Dancer, Matteo y Harmony.

Pronto ya no quedan más esclavos que llevarse. La Casa de Ceres ya no sale después del atardecer, y vigilan los altos muros sin fuego. Han cortado los árboles al otro lado del muro, pero hay cultivos y más huertos en el interior. El pan sigue cociéndose y el río sigue fluyendo intramuros. Tito no puede hacer otra cosa que destrozar la tierra y robar lo que queda de sus manzanas. La mayoría las han sembrado con agujas y aguijones de avispas. Tito ha fracasado. Así que, como hacen los ojos de todos los tiranos después de una guerra fallida, su mirada se vuelve hacia el interior.

25

GUERRA TRIBAL

Han pasado treinta días desde que entramos en el Instituto y todavía no he visto indicios de otra casa enemiga, excepto por los rastros de humo a lo lejos. Los soldados de la Casa de Ceres rondan los márgenes exteriores de nuestra tierra. Cabalgan con impunidad ahora que la tribu Tito se ha retirado a nuestro castillo. Castillo. No. Se ha convertido en una pocilga.

Llego a él con Casio muy temprano. La bruma aún se aferra a las cuatro torres y la luz lucha por penetrar el cielo gris de nuestro clima de montaña. En la silenciosa mañana se escucha el eco de los sonidos del interior de las murallas de piedra como de monedas tintineando dentro de una lata. Es la voz de Tito. Intenta, entre maldiciones, que su tribu se levante. Al parecer, apenas lo hacen unos pocos. Alguien le dice que se vaya al infierno, y no es de extrañar. Las literas son la única comodidad del castillo. Sin duda, se han colocado ahí para alimentar la pereza. Mi tribu carece de esas comodidades. Dormimos encima de la piedra, acurrucados unos con otros en torno a las crepitantes fogatas. Ay, lo que daría por volver a dormir en una cama.

Casio y yo nos escabullimos por el escarpado camino de tierra que lleva a la garita. La niebla es tan densa que apenas podemos verla. Más sonidos del interior. Parece que los esclavos se han levantado. Oigo toses, quejas y algunos gritos. Un largo chirrido y el estrépito de las cadenas nos indican que la puerta se está abriendo. Casio me empuja a un lado del camino para escondernos en la niebla mientras

los esclavos arrastran los pies. Sus rostros están pálidos bajo la tenue luz. Sus mejillas hundidas se han llenado de sombras y tienen el pelo sucio. Llevan la piel alrededor de los emblemas embadurnada de barro. Tito pasa lo bastante cerca de mí para que me llegue su olor corporal. Me pongo tenso de repente, preocupado de que vuelva a notar mi olor a humo, pero no lo nota. Casio está quieto a mi lado, aunque puedo sentir su ira.

Avanzamos con sigilo por el camino y vemos a los esclavos trabajar duramente en la relativa seguridad del bosque. No son áureos cuando tienen que restregar la mierda y buscar comida entre los cortantes cardos. A alguno le falta una oreja. Vixus, que se ha recuperado de mi ataque salvo por un enorme moratón en el cuello, se pasea entre ellos pegándoles con un largo palo. Si la prueba consiste en unir a una casa indisciplinada, yo no la estoy pasando.

Cuando se disipan las primeras horas de la mañana y los apetitos cambian con la llegada de los templados rayos de sol, Casio y yo escuchamos un ruido que hace que se nos ponga el vello de punta. Gritos. Gritos de la alta torre de Marte. Son de una clase especial, capaz de hacer ensombrecer el alma.

Cuando era pequeño, en Lico, una vez mi madre me puso sopa en nuestra mesa de piedra en la noche de las Laureales. Había pasado un año desde la muerte de mi padre. Kieran y Leanna se sentaban junto a mí. Ninguno de los dos tenía más de diez años. Una única luz parpadeaba encima de la mesa, y las sombras envolvían a mamá salvo un brazo desde el codo hasta la mano. Entonces llegó el grito, amortiguado por la distancia y los recovecos de nuestro distrito cavernoso. Sigo viendo cómo el caldo tembló en el cucharón, cómo la mano de mi madre tembló al oírlos. Gritos. No de dolor, sino de terror.

—¿Qué les está haciendo a las chicas...? —sisea Casio mientras escapamos a hurtadillas del castillo cuando cae la noche—. Es un animal.

—Es la guerra —digo, aunque las palabras suenan vacías incluso a mis propios oídos.

—¡Es el colegio! —me recuerda—. ¿Y si Tito se lo hiciera a nuestras chicas? ¿A Lea… o a Quinn?

No digo nada.

—Lo mataríamos —responde Casio por mí—. Lo mataríamos, le cortaríamos la polla y se la meteríamos en la boca.

Sé que también está pensando en lo que Tito ha debido de hacerle a Julian.

A pesar de lo que masculla Casio, le cojo del brazo y me lo llevo lejos del castillo. Las puertas están cerradas contra los peligros de la noche. No podemos hacer nada. Vuelvo a sentirme desamparado. Tan desamparado como cuando Dan el Feo se llevó a Eo de mi lado. Pero ahora soy diferente. Cierro los puños. Ahora soy más de lo que era antes.

De camino a nuestra fortaleza en el norte, vemos un brillo en el aire. Unas gravibotas doradas refulgen mientras Fitchner desciende. Está mascando chicle y se sobresalta al ver nuestras miradas furiosas.

—¿Qué os he hecho, jóvenes amigos, para ganarme esas miradas de odio?

—¡Está tratando a las chicas como a animales! —protesta Casio, furioso. Se le notan las venas del cuello—. Son doradas y las está tratando como a perros, como a rosas.

—Si las está tratando como a rosas será porque no se merecían nada más en este pequeño mundo de lo que las rosas se merecen en el grande.

—Estás de broma. —Casio no lo entiende—. Son doradas, no rosas. Es un monstruo.

—Entonces demuestra que eres un hombre y detenlo —dice Fitchner—. A no ser que las esté matando una a una, no es de nuestra incumbencia. Todas las heridas se curan. Incluso esas.

—Eso es mentira —espeto. Lo de Eo no se curará nunca. Ese dolor durará siempre—. Hay cosas que no se desvanecen. Hay cosas que nunca se podrán enderezar.

—Y sin embargo no hacemos nada porque él tiene más guerreros —espeta Casio.

Se me ocurre una idea.

—Eso podemos arreglarlo.

Casio se vuelve hacia mí. Ve la frialdad en mis ojos como yo la veo en los suyos cuando habla de Tito. Es ese algo peculiar que compartimos. Estamos hechos de hielo y fuego, aunque no estoy seguro de quién es el hielo y quién es el fuego. Los extremos nos gobiernan más de lo que nos gustaría; por eso pertenecemos a Marte.

—Tienes un plan —afirma Casio.

Asiento con frialdad.

Fitchner nos mira a ambos y sonríe.

—Ya era hora, condenados.

El plan comienza con una concesión que solo alguien que ha estado casado podría hacer. Casio no puede parar de reír cuando le cuento los detalles. Incluso Quinn suelta una risa desdeñosa a la mañana siguiente. Después parte, brincando como un ciervo hacia la torre de Deimos para transmitirle a Antonia mis disculpas formales. Tiene que verse conmigo para trasladarme la respuesta de Antonia en uno de los escondites de suministros cerca del río Furor, al norte del castillo.

Casio vigila el nuevo fuerte con el resto de nuestra tribu, en caso de que Tito intente atacar mientras Roque y yo vamos al almacén oculto a lo largo del día. Quinn no llega. El anochecer sí. A pesar de la oscuridad, seguimos el camino que ella habría tomado hacia la torre de Deimos. Caminamos hasta que llegamos a la torre, que se asienta sobre pequeñas lomas rodeadas de frondosos bosques. Cinco hombres de Tito holgazanean cerca de la base. Roque me agarra y me empuja debajo de la maleza del bosque. Señala un árbol a cincuenta metros de allí. Vixus está escondido, sentado en una rama alta, a la espera. ¿Han cogido a Quinn? No: es demasiado rápida para que la cojan. ¿Nos ha traicionado alguien?

Regresamos al fuerte a primeras horas de la mañana. Seguro que alguna vez me he sentido más cansado que ahora, pero no logro recordar cuándo. Las ampollas me destrozan los pies a pesar de que el calzado me queda bien, y se me pela el cuello de tenerlo expuesto al sol durante largas jornadas. Algo va mal.

Lea sale a mi encuentro en la entrada de la fortaleza. Se abraza a Roque y alza la mirada hacia mí como si yo fuera su padre o algo parecido. No es la chica tímida de siempre. Su cuerpo de pájaro no tiembla de miedo, sino de rabia.

—Tienes que matar a ese montón de basura, Darrow. Tienes que cortarle las cochinas pelotas.

Tito.

—¿Qué ha pasado? —Miro a mi alrededor—. Lea. ¿Dónde está Casio?

Me lo cuenta.

Tito capturó a Quinn mientras volvía de la torre. Le pegaron. Entonces Tito envió aquí una de sus orejas. Iba dirigida a mí. Creían que Quinn era mi chica, y Tito supone que conoce mi temperamento. Arrancaron la reacción que querían, pero no de mí.

Casio estaba de guardia mientras los otros dormían y se escabulló hacia el castillo para desafiar a Tito. De algún modo, el brillante jovencito pensaba que doscientos años de honor y tradición áureos sobrevivirían a la enfermedad que ha consumido a la tribu de Tito en apenas unas semanas. El hijo del emperador estaba equivocado. Y tampoco está acostumbrado a que su patrimonio sea de tan escasa trascendencia. En el mundo real habría estado a salvo. En este mundo en miniatura, no.

—Pero está vivo —confirmo.

—¡Sí, estoy vivo, florecilla!

Casio sale del fuerte sin camiseta, tambaleándose.

—¡Casio! —exclama Roque, y ahoga un grito.

El rostro se le empalidece de súbito.

El ojo izquierdo de Casio está cerrado por la hinchazón y el derecho está cubierto de sangre. Tiene los labios partidos. Las costillas, púrpuras como uvas. Tres dedos dislocados le brotan de la mano como las raíces de un árbol y tiene el hombro en un ángulo extraño. Los demás lo contemplan con tristeza. Casio era el hijo del emperador: su caballero de armadura resplandeciente. Y ahora su cuerpo es un desastre. Las miradas que le dedican y el pálido resplandor de sus pieles me dicen que no habían visto a alguien hermoso mutilado.

Yo sí.

Huele a meados.

Él hace como si todo hubiera sido una broma.

—Me zurraron pero bien cuando lo desafié. Me dieron con una pala en un lado de la cabeza. Entonces me rodearon y se mearon encima de mí en círculo. Después me ataron en ese apestoso torreón, pero Pólux me liberó, como un buen chico, y ha aceptado a abrir la puerta si lo necesitamos.

—Creo que has sido muy estúpido —le reprocho.

—Claro que lo es, quiere ser uno de los caballeros de la soberana —murmura Roque—. Y lo único que hacen es batirse en duelo. —Agita su larga melena. Tiene tierra incrustada en la cinta de cuero que ciñe su coleta—. Tendrías que habernos esperado.

—Ya no hay marcha atrás —digo—. Seguimos con el plan.

—Vale —accede Casio, despectivo—, pero para cuando llegue el momento, Tito es mío.

26

MUSTANG

Una parte de Casio ha desaparecido. El chico invencible a quien conocí es ahora algo diferente. La humillación le ha cambiado. Aunque, mientras le enderezo los dedos y le recoloco el hombro, no termino de decidir cómo. Se derrumba por el dolor.

—Gracias, hermano —me dice, y se sujeta a mi cuello para ayudarse a levantar. Es la primera vez que lo dice—. He fallado la prueba. —No le llevo la contraria—. Fui allí como un perfecto imbécil. Si esto hubiera pasado en cualquier otro lugar, me habrían matado.

—Al menos no te ha costado la vida —lo animo.

Casio suelta una risita.

—Solo mi orgullo.

—Bien. De eso tienes en abundancia —replica Roque con una sonrisa.

—Tenemos que rescatarla. —La mueca de Casio se desvanece cuando nos mira a Roque y a mí—. A Quinn. Tenemos que rescatarla antes de que se la lleve a la torre.

—Lo haremos.

Lo haremos, maldita sea.

Casio y yo avanzamos hacia el este según mi plan, más lejos de lo que hayamos ido hasta ahora. Nos quedamos en las tierras altas del norte, pero nos aseguramos de caminar sobre las cumbres que se ven desde las llanuras abiertas de

abajo. Al este y más al este, nuestras largas piernas nos llevan más y más lejos.

—Jinete al sureste —digo. Casio no mira.

Atravesamos una húmeda cañada donde un oscuro lago nos ofrece la posibilidad de beber entre una familia de ciervos. El barro cubre nuestras piernas. Los insectos revolotean encima de la fría agua. Me inclino a beber y el tacto de la tierra entre mis dedos es agradable. Me mojo la cabeza y me pongo a comer con Casio un poco de nuestro añejo cordero. Le hace falta sal. Toda esta proteína me hace sentir retortijones.

—¿Cómo de al este del castillo crees que estamos? —le pregunto a Casio, y señalo detrás de él.

—Puede que a veinte kilómetros. Es difícil de establecer. Parece más lejos, pero tengo las piernas cansadas. —Se endereza y mira donde estoy señalando—. Ah. Ya lo veo.

Una chica montada en un caballo mustang moteado nos mira desde el margen de la cañada. Lleva una vara larga cubierta y atada a la silla de montar. No logro distinguir de qué casa es, pero la he visto antes. La recuerdo como si fuera ayer. Es la chica que me llamó florecilla cuando me caí de aquel poni al que me subió Matteo.

—Quiero que su caballo vuelva por donde ha venido —me dice Casio. No puede ver por el ojo izquierdo, pero ha recuperado la fanfarronería de siempre, aunque algo forzada —. ¡Oye, cariño! —grita—. Mierda, qué daño en las costillas —dice más bajito—. ¡Cabalgas de primera! ¿De qué casa eres?

Esto me preocupa.

La chica se acerca trotando unos diez metros, pero lleva los emblemas del cuello y de la manga cubiertos con dos trozos de tela cosida. Tiene la cara manchada con tres rayas diagonales de jugo azul de baya mezclado con grasa animal. No sabemos si es de Ceres. Espero que no. Podría ser de los

bosques del sur, o del este, o incluso de las tierras altas del nordeste.

—¡Eh, Marte! —saluda con petulancia, fijándose en el emblema de nuestras chaquetas.

Casio hace una patética reverencia. Yo no me molesto.

—Vaya, cuánta elegancia. —Le doy un golpe a una piedra con el zapato—. Eh… Mustang. Bonito emblema. Y bonito caballo.

Le doy a entender que tener un caballo es algo poco frecuente.

La chica es bajita y delicada. Su sonrisa, no: se burla de nosotros.

—Y vosotros, chicos, ¿qué hacéis en las tierras del interior? ¿Cosechando cereales?

Le doy un golpecito a mi falce.

—Ya tenemos bastante en casa.

Señalo al sur de nuestro castillo.

Reprime una risa ante mi endeble mentira.

—Seguro que sí.

—Voy a ser claro contigo. —Casio fuerza una sonrisa con su maltrecha cara—. Eres increíblemente preciosa. Solo puedes ser de Venus. Pégame con lo que sea que lleves debajo de esa tela y llévame a tu fortaleza. Seré tu rosa si prometes no compartirme y mantenerme caliente por las noches. —Da un paso inestable hacia delante—. Y por las mañanas.

Su mesteño retrocede hasta que él deja de intentar robarle el caballo.

—Pero qué encantador eres, guapo. Y a juzgar por la horqueta que llevas, también debes de ser un luchador de primera.

Aletea las pestañas.

Casio hincha el pecho en señal de confirmación.

Ella espera hasta que lo entienda.

Entonces Casio frunce el ceño.

—Eso. Ajá. Bueno, no teníamos más herramientas en la fortaleza que las que pertenecen a nuestra deidad. Así que… ya os habéis tenido que topar con la Casa de Ceres. —Se inclina con sarcasmo sobre su silla de montar—. No tenéis cultivos. Habéis peleado con los que sí los tienen, y está claro que no disponéis de mejores armas, o de lo contrario las llevaríais encima. Así que Ceres anda por aquí. Probablemente en las llanuras cerca del bosque, por las cosechas. O cerca de ese gran río del que todo el mundo está hablando.

Ella es toda ojos risueños y una boca que sonríe con suficiencia enmarcada en una cara con forma de corazón. Por la espalda le caen trenzas de largos cabellos tan dorados que refulgen con el sol.

—¿Así que estáis en los bosques? —pregunta—. Al norte de las montañas, probablemente. Pero ¡qué divertido es esto! ¿De verdad son tan patéticas vuestras armas? Está claro que no tenéis caballos. Qué casa tan pobretona.

—Escoria —dice Casio con énfasis.

—Se te ve muy orgullosa de ti misma.

Me coloco la falce en el hombro.

Levanta una mano y la balancea hacia delante y hacia atrás.

—Más o menos. Más o menos. Más orgullosa de lo que el Cara Guapa aquí debería de estar. Menudo fantasma. —Pongo el peso de mi cuerpo sobre los dedos de los pies para ver si se da cuenta. Echa el caballo hacia atrás—. Vamos, vamos, Segador, ¿también estás tratando de subirte a mi silla de montar?

—Solo quiero tirarte de ella, mesteña.

—Te apetece que nos revolquemos por el barro, ¿eh? Bueno, ¿y si prometo que os dejaré que subáis aquí a cambio de más pistas de dónde se oculta vuestro castillo?

¿O acaso se levanta? ¿Tal vez se expande? Puedo ser amable como patrona.

Me mira de arriba abajo, juguetona. Los ojos le centellean como harían los de un zorro. Esto aún es un juego para ella, lo que significa que su casa es un lugar cívico. Siento envidia cuando la examino como ella a mí. Casio no ha mentido, ella es algo digno de admirar. Pero preferiría tirarla de su caballo. Tengo los pies cansados y este es un juego peligroso.

—¿En qué lugar te escogieron? —pregunto, pensando que ojalá hubiera prestado más atención.

—Antes que a ti, Segador. Me acuerdo de que Mercurio te quería a toda costa en su casa, pero sus seleccionadores no le dejaron cogerte en la primera ronda. Algo sobre tus niveles de ira.

—¿Así que te escogieron antes que a mí? Entonces no estás en Mercurio, porque se llevaron a otro chico antes que a mí y no estás en Júpiter porque se llevaron a un chico monstruoso. —Trato de recordar a quién escogieron antes que a mí, pero me resulta imposible, así que sonrío—. Quizá no deberías ser tan vanidosa. Así no podría saber en qué clasificación entraste.

Me percato de que lleva un cuchillo debajo de la túnica negra, pero sigo sin recordarla de la clasificación. No estaba atento. Casio debería acordarse de ella por la forma en la que mira a las chicas, pero quizá solo pueda pensar en Quinn y en la oreja que le falta.

Nuestro trabajo ha terminado. Podemos dejar a Mustang. Es lo bastante lista como para averiguar el resto. Pero marcharnos sin un caballo puede ser un problema, y no creo que Mustang necesite el suyo en realidad.

Finjo aburrimiento. Casio controla las colinas que nos rodean. Entonces me sobresalto como si hubiera visto algo. Susurro «serpiente», mientras miro las patas delanteras del

caballo. Él mira también, y en ese momento el movimiento de la chica es involuntario. Aunque se da cuenta de que es una trampa, se inclina para mirar a las pezuñas de refilón. Me abalanzo para cubrir los diez metros de distancia. Soy rápido. Ella también, pero le falta un poco de equilibrio y tiene que echarse hacia atrás para tirar de las riendas y alejar al caballo. Retrocede a toda prisa en el barro. Me arrojo hacia ella y, con mi fuerte mano derecha, le agarro las largas trenzas justo cuando el caballo se aleja como un relámpago. Intento derribarla de su montura pero es muy rápida.

Me quedo con un bucle de oro ensortijado. El caballo se ha ido, y la chica se ríe y maldice por lo de su pelo. Entonces la horqueta de Casio se bambolea en el aire y hace tropezar al caballo. Bestia y chica caen al fangoso suelo.

—¡Maldita sea, Casio! —grito.

—¡Lo siento!

—¡Puedes haberla matado!

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡Lo siento!

Corro para ver si se ha roto el cuello. Eso lo estropearía todo. No se mueve. Me inclino para comprobarle el pulso y noto que un cuchillo me presiona la ingle. Mi mano ya está allí para retorcerle la muñeca. Le quito el cuchillo y la inmovilizo en el suelo.

—Ya sabía yo que querías revolcarme en el barro.

Sus labios esbozan una sonrisa altiva. Después los frunce como si quisiera un beso. Retrocedo. Entonces ella silba y el plan se vuelve un poco más complicado.

Oigo cascos de caballo.

Todo el mundo tiene malditos caballos menos nosotros.

La chica guiña un ojo y yo le quito a la fuerza la tela que cubre su emblema. Casa de Minerva. Los griegos la llamaban Atenea. No podía ser otra. Diecisiete caballos bajan en estampida por la cañada desde la cima de la colina. Los

jinetes tienen picas eléctricas. ¿De dónde demonios han sacado las picas eléctricas?

—Es hora de correr, Segador —se burla Mustang—. Llega mi ejército.

No hay carrera. Casio se zambulle en el lago. Me alejo de Mustang de un salto, corro detrás de él por el barro y me tiro desde la ribera para unirme a él en el agua. No sé nadar, pero aprendo rápido.

Los jinetes de la Casa de Minerva se mofan de nosotros cuando tratamos de no hundirnos en el centro del pequeño lago. Pese al verano, el agua es profunda y está fría. Está cayendo la noche. No siento las extremidades. Los guerreros de Minerva aún están rodeando el lago, esperando a que nos cansemos. No lo haremos. Llevaba tres durobolsas en el bolsillo. Las lleno de aire. Le doy dos a Casio, y guardo una para mí. Nos ayudan a flotar y, como ninguno de los de Minerva parece tener intención de nadar para venir a nuestro encuentro, por ahora estamos a salvo.

—Roque ya tendría que haberla encendido —le digo a Casio después de algunas horas en el agua.

Él no está en buena forma debido a las heridas y el frío.

—Roque la encenderá. Fe… buen hombre… fe.

—También se supone que ya tendríamos que haber vuelto.

—Bueno. Aun así está yendo mejor de lo que me fue con mi plan.

—¡Mustang, parece que te aburres! —grito con un castañetear de dientes—. Ven aquí y date un chapuzón.

—¿Y sufrir hipotermia? No soy estúpida. Estoy en Minerva, no en Marte, ¿recuerdas? —se ríe desde la orilla—. Prefiero calentarme junto a la chimenea de tu castillo. ¿Lo veis?

Señala detrás de nosotros y habla en voz baja con tres chicos altos, uno de los cuales es tan alto como un

obsidiano, los hombros tan anchos como una nube de tormenta gigantesca.

Una densa columna de humo se alza a lo lejos.

Al fin.

—¿Cómo puñetas pasaron la prueba esos imbéciles? —pregunto en voz alta—. Han regalado nuestro castillo.

—Si regresamos, pienso ahogarlos en sus propios meados —contesta Casio más alto aún—. Menos a Antonia. Ella es demasiado bonita para eso.

Nos castañetean los dientes.

Los dieciocho asaltantes creen que la Casa de Marte es estúpida, que no tiene caballos y que está desprevenida.

—Segador, Cara Guapa, ¡ahora tengo que dejaros! —nos grita Mustang—. Intentad no ahogaros hasta que regrese con vuestro estandarte. Podéis ser mis atractivos guardaespaldas. ¡Y podéis llevar sombreros a juego! ¡Pero tendremos que enseñaros a que penséis mejor!

Se aleja al galope con quince jinetes con el dorado gigantesco junto a ella a las riendas de su caballo como una sombra colosal. Sus seguidores gritan de alegría mientras cabalgan. También nos deja compañía. Dos jinetes con picas eléctricas. Las herramientas de labranza están sobre el barro de la orilla.

—Mustang es una chica-ca se-se-se-xi —consigue decir Casio, temblando.

—Da mi-mi-mi-miedo.

—Me re-cu-cu-cuerda a mi-mi-mi madre.

—Estás fa-fa-fa-fatal.

Asiente para decirme que está de acuerdo.

—Así que el plan está más o menos fu-fu-fu-funcionando.

Si logramos salir del lago sin que nos capturen.

La noche cae de lleno y con la oscuridad llegan los aullidos de los lobos en las montañas brumosas. Empezamos a hundirnos porque se escapa el aire de las durobolsas de

pequeños agujeros producidos por la presión. Podríamos haber tenido alguna oportunidad de escabullirnos de noche, pero los que quedan de Minerva no están holgazaneando alrededor de un fuego. Acechan en la oscuridad de forma que nunca sabemos dónde están. ¿Por qué no pueden estar sentados como estúpidos en el castillo, disputando entre ellos como nuestros compañeros?

Volveré a ser un esclavo. Puede que no un esclavo de verdad, pero no importa. No voy a perder. No puedo perder. Eo habrá muerto para nada si me dejo hundir aquí, si permito que fracase mi plan. Pero aún no sé cómo vencer a mis enemigos. Son listos, y las probabilidades no están en absoluto de mi parte. El sueño de Eo se hunde conmigo en la profundidad del lago y estoy a punto de nadar hasta la orilla, con independencia de lo que pase después, cuando algo asusta a los caballos.

Entonces un grito atraviesa el agua.

El miedo me recorre la espalda cuando algo aúlla. No es un lobo. No puede ser lo que creo que es. Un fulgor azul resplandece cuando un bastón eléctrico se agita en el aire. El chico grita otra maldición. Lo han sorprendido con un cuchillo. Alguien corre en su ayuda y la electricidad brilla de azul otra vez. Veo un lobo negro de pie sobre un cuerpo mientras otro cae. La oscuridad de nuevo. Silencio, después el quejumbroso gemido de las medibots que bajan del Olimpo.

Oigo una voz conocida.

—Despejado. Salid del agua, pescaditos.

Chapoteamos hasta la orilla y resollamos en el fango. Sufrimos de una considerable hipotermia. No nos matará, pero siento los dedos torpes mientras el barro se escurre entre ellos, chapoteante. Mi cuerpo tiembla como un chico de perforaciones cuando trabaja.

—Trasgo, pedazo de psicópata. ¿Eres tú? —pregunto en voz alta.

La cuarta tribu se levanta en la oscuridad. Lleva la piel del lobo que mató. Le cubre desde la cabeza a las espinillas. Vaya con el pequeñajo. El dorado de su traje está cubierto de barro. También su rostro.

Casio se arrastra sobre las rodillas para abrazar a Sevro.

—Ay, ay, eres pre-precioso, Trasgo. Un chi-chico pre-precioso. Y maloliente.

—¿Le ha estado dando a las setas? —pregunta Trasgo desde detrás de Casio—. Deja de tocarme, florecilla.

Aparta a Casio de un empujón, con pinta de avergonzado.

—¿Has ma-ma-matado a esos dos? —pregunto, temblando.

Me inclino sobre ellos y les quito la ropa seca para cambiársela por la mía. Siento palpitaciones.

—No. —Sevro ladea la cabeza hacia mí—. ¿Tendría que haberlo hecho?

—¿Po-po-por qué me preguntas como si fuera tu pre-pretor? —le pregunto, riéndome—. Lo sabes de sobra.

Sevro se encoge de hombros.

—Eres como yo. —Mira a Casio con gesto desdeñoso—. E incluso un poco como él. Así pues, ¿debería matarlos? —pregunta como si nada.

Casio y yo intercambiamos de reojo unas miradas sorprendidas.

—N-n-no —respondemos los dos justo cuando los medibots llegan para llevarse a los de Minerva.

Les ha hecho el daño suficiente para que su participación en el juego se haya terminado.

—Bu-bu-bueno. Y hablando de to-to-todo un po-po-poco, te ru-ru-ruego que me expliques por qué has esta-ta-tado va-va-vagabundeando metido en una pi-pi-piel de lobo todo el camino hasta aquí —inquiere Casio.

—Roque dijo que estaríais por el este —responde Sevro secamente—. El plan sigue en marcha, dice.

—¿Han lle-lle-llegado los de Minerva al castillo? —pregunto.

Sevro escupe en el suelo. Las lunas gemelas cubren su cara en la oscuridad de sombras inquietantes.

—¿Y cómo mierda voy a saberlo? Me pasaron de largo. Pero no tienes oportunidad, lo sabes. Como plan es un callejón sin salida. —¿Está Sevro ayudándonos de verdad? Por supuesto la ayuda empieza por enumerar nuestras incompetencias—. Si los de Minerva llegan a la fortaleza, destruirán a Tito y tomarán nuestro territorio.

—Sí. De eso se trata —le digo.

—También cogerán nuestro estandarte…

—Ese es un ri-riesgo que debemos correr.

—Así que lo robé de la fortaleza y lo enterré en el bosque.

Se me tendría que haber ocurrido eso.

—Tú lo robaste. Tan simple como eso. —Casio rompe a reír—. Menudo canalla chiflado. Eres un loco de primera. El centésimo en la clasificación. Loco de primera.

Sevro parece molesto. Satisfecho. Pero molesto.

—Incluso así no podemos garantizar que vayan a abandonar nuestro territorio.

—¿Y tú su-su-su-sugieres? —pregunto, temblando aún, pero impaciente. Podría habernos ayudado antes.

—Obtener ventaja para expulsarlos después de que cumplan con lo de derribar a Tito, obviamente.

—Sí, sí, eso lo en-ti-ti-tiendo. —Me sacudo de encima el último de mis escalofríos—. Pero ¿cómo?

Sevro se encoge de hombros.

—Nos llevaremos el estandarte de Minerva.

—Espe-pe-pera —dice Casio con un tiritera—. ¿Sabes cómo hacerlo?

Sevro resopla.

—¿Qué crees que he estado haciendo todo este tiempo, tordo de seda? ¿Pajearme en los arbustos?

Casio y yo nos miramos.

—Algo así —admito.

—La verdad es que sí —asiente Casio.

Cabalgamos en los caballos de Minerva al este de la región montañosa. No soy un buen jinete. Casio sí, por supuesto, así que aprendo muy bien cómo agarrarme a sus magulladas costillas. Llevamos la cara pintada de barro. Parecerá una sombra en la noche, así que verán los caballos, los bastones, los emblemas y creerán que somos de los suyos.

El castillo de Minerva se encuentra sobre una tierra ondulada cubierta con un manto de flores silvestres y olivos. Las lunas emiten un débil brillo sobre el inclinado paisaje. Los búhos ululan en las retorcidas ramas sobre nuestras cabezas. Cuando nos acercamos a su dispersa fortaleza de arenisca, una voz nos desafía desde la muralla sobre la puerta. Sevro no está muy presentable con su capa de lobo, así que se ocupa de vigilar nuestra huida.

—Hemos encontrado a Marte —digo hacia arriba en voz alta—. ¡Eh! Abrid la maldita puerta.

—Contraseña —exige el centinela con pereza desde las almenas.

—¡Tonto del culo del alma! —grito desde abajo.

Sevro la escuchó la última vez que estuvo aquí.

—Excelente. ¿Dónde están Virginia y los saqueadores? —pregunta desde arriba el centinela.

¿Mustang?

—¡Cogieron su estandarte, tío! Los muy imbéciles no tenían ni caballos. ¡Puede que aún podamos tomar su castillo!

El centinela muerde el anzuelo.

—¡Son unas noticias de primera! Virginia es un lince. June ha hecho la cena. Coged un poco en la cocina y después reuniros conmigo, si queréis. Me aburro y necesito compañía.

La puerta se abre chirriante muy, muy despacio. Me río cuando al fin se abre lo suficiente para que podamos entrar a caballo uno junto a otro. Ni un solo guardia sale a recibirnos a Casio y a mí. Su castillo es distinto, más seco, más limpio y menos opresivo. Tienen jardines y olivos alineados entre las columnas de arenisca en el nivel inferior.

Nos ocultamos entre las sombras cuando dos chicas pasan con tazas de leche. No tienen antorchas ni fuegos que un enemigo pueda avistar desde lejos, solo pequeñas velas. Hace que sea fácil escabullirse. Por lo visto, las chicas son guapas, porque Casio hace una mueca y finge que las sigue por las escaleras.

Después de mostrarme una sonrisa radiante se escabulle en dirección a los ruidos de la cocina mientras yo busco su sala de mando. La encuentro en el tercer nivel. Las ventanas dan a la llanura en sombras. Frente a las ventanas se encuentra el atlas de Minerva. Una bandera en llamas ondea sobre el nombre de mi casa. No sé lo que significa, pero no puede ser bueno. Otra fortaleza, la de la Casa de Diana, se encuentra al sur de Minerva, en los Grandes Bosques. Esas son todas las que han descubierto.

Tienen sus propias hojas de puntuaciones para hacer un seguimiento de sus logros. Alguien que se llama Pax parece ser una maldita pesadilla. Ha capturado a ocho esclavos él solo y ha provocado que nueve medibots tuvieran que bajar a recoger estudiantes, por lo que imagino que es aquel tan alto como un obsidiano.

No encuentro su estandarte por ningún sitio. Como nosotros, no eran tan estúpidos como para dejarlo por ahí tirado. No pasa nada, lo encontraremos a nuestra manera.

En ese preciso momento, me llega el olor del humo de los incendios que ha iniciado Casio. Se está filtrando por las ventanas. Qué bonita es su sala de guerra. Mucho más bonita que la de Marte.

Lo rompo todo.

Y cuando he terminado de destrozarles el mapa y de desfigurar una estatua de Minerva, uso el hacha que he encontrado para grabar el nombre de Marte sobre su preciosa y alargada mesa de estrategia. Me siento tentado de tallar el nombre de otra casa entre los restos para confundirlos, pero quiero que sepan quién hizo esto. La casa está demasiado organizada, es demasiado ordenada y racional. Tienen un líder, saqueadores, centinelas (ingenuos), cocineros, olivos, leche caliente, picas eléctricas, caballos, miel y estrategia. Minervanos. Cerdos orgullosos. Que se sientan un poco como la Casa de Marte. Que sientan la ira. El caos.

Llegan los gritos. El fuego de Casio se extiende. Una chica entra corriendo en la sala de guerra. Casi consigo que se desmaye cuando levanto el hacha. No tiene sentido hacerle daño. No podemos hacer prisioneros; al menos, no con facilidad. Así que saco tanto la falce como el bastón eléctrico. La cara manchada de barro. El pelo dorado revuelto. Soy la viva imagen del terror.

—¿Eres June? —gruño.

—N-no. ¿Por qué?

—¿Sabes cocinar?

Se ríe a pesar del miedo. Aparecen tres chicos que dan la vuelta a la esquina. Dos de ellos son más anchos que yo, pero más bajos. Grito como un dios de la furia. Oh, cómo corren.

—¡Enemigos! —gritan—. ¡Enemigos!

—¡Están en las torres! —rujo una y otra vez para confundirlos mientras bajo las escaleras—. ¡En los niveles

superiores! ¡Por todas partes! ¡Demasiados! ¡Montones! ¡Montones! ¡Marte está aquí! ¡Ha llegado Marte!

El humo se extiende. También sus gritos.

—¡Marte! —repiten—. ¡Ha llegado Marte!

Un chico joven pasa a mi lado como un rayo. Le agarro por el cuello de su camisa y lo tiro al patio de abajo por la ventana, dispersando a los minervanos que se aglomeran allí. Voy a la cocina. El fuego de Casio no es muy grave. Grasa y maleza. Una chica intenta apagarlo entre aullidos.

—¡June! —grito.

Se gira y se topa con mi bastón eléctrico y se estremece cuando la electricidad le entumece los músculos. Así es como rapto a su cocinera.

Casio me descubre corriendo con June sobre los hombros a través de los jardines.

—Pero ¿qué demonios?

—¡Es cocinera! —le explico.

Se ríe tan fuerte que apenas puede respirar.

El caos envuelve a los minervanos, que corren entre los barracones. Creen que el enemigo está en las torres. Creen que su ciudadela se está consumiendo entre las llamas. Creen que la Casa de Marte ha entrado con todos sus hombres. Casio me lleva hasta los establos. Han dejado siete caballos. Robamos seis después de tirar una vela en los almacenes de heno y salimos cabalgando por la entrada principal mientras el humo y el pánico consumen la fortaleza. Yo no llevo el estandarte. Tal y como lo planeamos. Sevro dijo que había una puerta trasera escondida para entrar en la fortaleza. Apostamos a que alguien que estuviera muy desesperado por huir de una fortaleza que se desmorona la usaría para escapar, alguien que tratase de proteger el estandarte. Teníamos razón.

Sevro se une a nosotros un par de minutos después. Aúlla debajo de su capa de lobo mientras se acerca. Mucho más

atrás el enemigo lo persigue a pie con picas eléctricas. Ahora son ellos los que no tienen caballos. Y no tienen ninguna posibilidad de recuperar el estandarte de lechuza que brilla entre sus fangosas manos. Con la cocinera inconsciente sobre mi montura, cabalgamos bajo la noche estrellada de vuelta a nuestras montañas desgarradas por las batallas, nosotros tres y la cocinera inconsciente, riéndonos, festejándolo, aullando.

27

LA CASA DE LA IRA

Nos encontramos con Roque en la torre de Fobos, con Lea, Muecas, Payaso, Cardo, Hierbajo y Guijarro. Tenemos ocho caballos: dos robados en el lago, y seis en el castillo. Contamos con ellos para nuestro plan. Casio, Sevro y yo cruzamos el puente que atraviesa el río Metas. Un explorador enemigo huye a toda velocidad hacia el norte para avisar a Mustang. Los demás caballos robados, guiados por Antonia, continúan después de que haya desaparecido el explorador, serpenteando hacia el norte. Roque, sin montura, se dirige hacia el sur.

El único caballo que no está cubierto de fango es el mío. Es una yegua deslumbrante. Y yo soy una visión deslumbrante. Llevo el dorado estandarte de Minerva en la mano izquierda. Podríamos haberlo escondido. Podríamos haberlo puesto a salvo. Pero ellos tienen que saber que los tenemos y, aunque fue Sevro quien lo robó, él no quiere llevarlo. Le gustan demasiado sus cuchillos curvados. Creo que les habla en susurros. Y a Casio lo necesitamos para otras cosas aparte de para llevar el estandarte. Además, si lo lleva él parecerá que es el líder. Y eso no servirá.

Reina un silencio de muerte mientras cabalgamos por nuestras tierras bajas. La niebla se filtra entre los árboles. La atravieso. Casio y Sevro cabalgan uno al lado del otro. No puedo verlos, pero los lobos aúllan en alguna parte. Sevro les responde con otro aullido. Me cuesta mantenerme en la silla cuando mi yegua se asusta. Me caigo dos veces. Escucho la risa de Casio en la oscuridad. Me cuesta recordar

que hago todo esto por Eo, que hago todo esto por empezar una rebelión. Esta noche, todo parece un juego. Lo es, en cierto modo: al fin estoy empezando a divertirme.

Han tomado nuestro castillo. Me lo dice la luz de las llamas en las murallas. El castillo se alza sobre el valle de la colina, y las antorchas proyectan extraños halos en la oscuridad cubierta por un manto de niebla. Los cascos de mi caballo emiten un ruido sordo al pisar con suavidad la hierba húmeda, mientras que, a mi derecha, el Metas gorgotea en la noche como un niño enfermo. Casio cabalga por ese lado, pero no lo veo.

—¡Segador! —grita Mustang a través de la hierba.

El tono de su voz no es alegre. Está a cuarenta metros, cerca de la base del camino escarpado que lleva hasta el castillo. Se inclina hacia delante, con los brazos cruzados sobre el borrén de la silla. La flanquean seis jinetes. El resto deben de estar guarneciendo el castillo. De otro modo los oiría. Miro a los chicos que hay detrás de ella. Pax es tan enorme que su bastón parece un cetro entre sus gigantes mitones.

—¿Qué hay, Mustang?

—Así que no te ahogaste. De ese modo habría sido más fácil. —Su rostro vivaz está ensombrecido—. Sois una casta vil, lo sabéis. —Ha estado dentro de la fortaleza y no tiene palabras para expresar su furia—. ¿Violaciones? ¿Mutilaciones? ¿Asesinatos?

Escupe.

—Yo no he hecho nada —respondo—. Ni tampoco los próctores.

—Exacto. Tú no has hecho absolutamente nada. Pero ahora tienes nuestro estandarte, ¿y qué? ¿A Cara Guapa escondido en alguna parte de la niebla? Vamos, venga, finge que no eres su líder. Que no eres responsable.

—Tito es el responsable.

—¿Ese mamón enorme? Sí, Pax lo ha doblegado.

Señala al chico de monstruoso tamaño que está junto a ella. Lleva el pelo esquilado, muy corto. Tiene los ojos pequeños, y la barbilla como un talón con una grieta. Debajo de él, su caballo parece un perro. Los brazos desnudos son carne estirada sobre unas rocas.

—No he venido a hablar, Mustang.

—¿Has venido a cortarme la oreja? —se mofa, despectiva.

—No. Para eso ha venido Trasgo.

Entonces, uno de sus hombres se cae entre gritos de su caballo.

—Pero ¿qué…? —murmura un jinete.

Detrás de ellos, con los cuchillos ya goteantes, Sevro aúlla como un demente. Media docena de aullidos más se unen al suyo mientras Antonia y la mitad de la guarnición de Fobos cabalga desde las colinas del norte sobre los corceles negros llenos de barro que robamos. Aúllan en la niebla como dementes. Los soldados de Mustang se dan la vuelta. Sevro derriba a otro. No usa picas eléctricas. Los medibots chillan en el cielo, que de repente está lleno de próctores. Todos han venido a mirar. Mercurio sigue al resto, cargado con un montón de licores que le va pasando a sus compañeros. Cada uno de nosotros los busca en lo alto con la mirada para contemplar su extraña apariencia; los caballos siguen corriendo. El tiempo se detiene.

—¡Por la refriega! —se mofa el oscuro Apolo desde arriba. A juzgar por el aspecto de su toga dorada, acaba de levantarse de la cama—. Por la refriega.

Después se desata el caos. Mustang grita órdenes e instrucciones. Otros cuatro jinetes bajan cabalgando por el camino escarpado desde la puerta para dar apoyo a su tropa. Llega mi turno. Clavo con fuerza el estandarte erguido en la tierra y grito como si me estuvieran matando. Espoleo a mi yegua. Se lanza hacia delante. Casi me deja atrás. Me

tiembla el cuerpo cuando golpea la tierra húmeda con los cascos. Agarro fuerte las riendas con la mano izquierda y desenfundo la falce. Me siento un sondeainfiernos de nuevo cuando aúllo.

Los jinetes se dispersan al verme embestir como una furia hacia ellos. Es la furia lo que los confunde. Es la locura de Sevro, la frenética brutalidad de Marte. Los jinetes se dispersan, excepto uno. Pax salta de su montura y corre hacia mí.

—¡Pax au Telemanus! —grita, un titán poseído, con espuma en la boca.

Hundo los talones en el caballo y aúllo. Entonces Pax placa mi caballo. Lo golpea con el hombro en el esternón. La bestia chilla. El mundo me da vueltas. Vuelo por los aires sobrepasando la cabeza de mi caballo y me estrello contra el suelo.

Aturdido, consigo ponerme de rodillas sobre la tierra horadada de cascos.

La locura se apodera del campo. Las tropas de Antonia se estrellan contra el flanco de las de Mustang. Tienen armas primitivas, pero solo con los caballos causan bastante conmoción. Varios minervanos salen volando de sus sillas de montar. Otros espolean a sus monturas hacia el estandarte abandonado, pero Casio sale al galope de la niebla y se lleva el estandarte hacia el sur. Dos de los enemigos lo persiguen, y eso divide sus tropas. Los otros seis soldados que guarnecen la torre de Antonia están esperando a emboscarlos en el bosque donde los caballos no pueden pasar al galope.

Me agacho gracias a mis reflejos cuando un bastón intenta abrirme el cráneo. Me levanto, falce en mano. Rajo una muñeca con él. Demasiado lento. Me muevo como si fuera un baile, recordando la rítmica secuencia que mi tío me enseñó en las minas abandonadas. El baile de la siega

guía mis movimientos uno a uno como el agua que fluye. Doy un corte de arriba abajo en una rodilla. El hueso del áureo no se rompe, pero la fuerza tira al jinete de la silla. Vueltas laterales y golpear otra vez, y otra vez, y romperle el espolón a un caballo. El animal cae al suelo.

Otro bastón eléctrico me golpea. Esquivo la punta y se la arrebato con mis manos de rojo y hundo la punta electrocutante en la tripa del caballo de otro de los atacantes. El chico cae. De su espalda se alza una montaña. Pax. Por si soy idiota, me ruge su nombre. Sus padres lo habían criado para guiar los comandos de asalto obsidianos en los ataques a través de las brechas en el casco de las naves enemigas.

—¡Pax au Telemanus! —Se golpea el pecho con el gigantesco bastón e impacta con tanta fuerza en Payaso, el del pelo encrespado, que mi amigo sale volando hacia atrás —. Pax au Telemanus.

—¡Es un chupapollas! —me burlo.

Entonces el flanco de un caballo impacta en mi espalda de forma que tropiezo contra el monstruoso chico. Estoy perdido. Podría haberme dado con el bastón, pero en vez de eso me abraza. Es como si te abrazara un enorme oso dorado que no para de decir su maldito nombre. Oigo un crujido en mi espalda. Madre misericordiosa. Me está exprimiendo la cabeza. Me duele el hombro. Por todos los demonios. No puedo respirar. Nunca me había encontrado con una fuerza como esta. Santo cielo. Es un maldito titán. Pero hay alguien que aúlla. Montones de aullidos. Mi espalda da un chasquido.

Pax ruge su victoria personal.

—¡Tengo a vuestro capitán! ¡Me meo sobre vosotros, Marte! ¡Pax au Telemanus ha convertido en escoria a vuestro capitán! ¡Pax au Telemanus!

Empiezo a ver negro y a desvanecerme. Pero mi ira no.

Exhalo un último rugido de ira antes de perder el conocimiento. Es un truco sucio. Pax es honorable. Aun así, le aplasto los huevos con la rodilla. Me aseguro de que le acierto en ambos tantas veces como puedo. Una. Dos. Tres. Cuatro. Se queda boquiabierto y se derrumba. Me desmayo sobre él en el barro con el sonido de fondo de las ovaciones de los próctores.

Sevro me cuenta lo que pasó mientras desvalija los bolsillos de nuestros prisioneros tras la batalla. Después de que Pax y yo nos hubiéramos rematado el uno al otro, Roque partió hacia la cañada con Lea y mi tribu. Mustang, la chica habilidosa, se escapó al castillo y todavía lo defiende con seis guerreros. Ninguno de los prisioneros de Marte a los que capturó será suyo hasta que los toque con la punta del estandarte. Ni de coña. Tenemos a once de sus hombres y Roque está desenterrando nuestro estandarte para convertirlos en nuestros esclavos. Podríamos asediar nuestro propio castillo —no es que haya que asaltar sus altas murallas—, pero Ceres o el resto de Minerva podrían llegar en cualquier momento. Si lo hacen, se supone que Casio irá a caballo para darle a Ceres el estandarte de Minerva. Esto servirá también para mantenerlo alejado mientras consolido mi posición como líder.

Roque y Antonia vienen conmigo para negociar con Mustang en el portón del castillo. Subo renqueante y camino con cuidado de no forzar una costilla rota. Roque retrocede un paso para que destaque más cuando llegamos a la puerta. Antonia tuerce el gesto, pero al final hace lo mismo. Mustang está ensangrentada a causa de la escaramuza y no veo el menor asomo de sonrisa en su hermoso rostro.

—Los próctores lo han estado viendo todo —dice con un tono de voz mordaz—. Han visto lo que ha pasado en ese…

sitio. Todo…

—Lo ha hecho Tito —termina Antonia con voz monótona y cansada.

—¿Y nadie más? —Mustang me mira—. Las chicas no dejan de llorar.

—No ha muerto nadie —se defiende Antonia—. Por débiles que sean, terminarán superándolo. A pesar de lo que ha ocurrido, no ha disminuido la reserva de dorados.

—Reserva de dorados… —murmura Mustang—. ¿Cómo se puede ser tan fría?

—Pero niña —responde Antonia con un suspiro bien audible—. El oro es un metal frío.

Mustang observa a Antonia con incredulidad y después menea la cabeza.

—Marte. Una deidad abominable. Vosotros estáis muy capacitados para eso, ¿verdad? ¿Barbarie? Hace siglos. La Edad Media.

No estoy dispuesto a que un dorado me dé lecciones de moralidad.

—Nos gustaría que abandonaras el castillo —le digo—. Hazlo con tus hombres y te daremos a los que hemos capturado. No los convertiremos en esclavos.

Colina abajo, Sevro permanece junto a los cautivos con nuestro estandarte en la mano. Le hace cosquillas al disgustado Pax con un pelo de caballo.

Mustang me señala la cara con un dedo.

—Esto es una escuela. Lo entiendes, ¿verdad? No importan las reglas del juego que decidáis seguir. Podéis ser todo lo condenadamente despiadados que queráis. Pero hay límites. Hay unos cochinos límites para lo que puedes hacer en este colegio, en el juego. Cuanto más brutales sois, más estúpidos les parecéis a los próctores, a los adultos que sabrán lo que habéis hecho… y lo que sois capaces de hacer.

¿Creéis que buscan monstruos para gobernar la Sociedad? ¿Quién querría un monstruo como aprendiz?

Me viene a la mente la imagen de mi mujer ahorcada mientras Augusto la observa con unos ojos sin vida parecidos a los de una víbora. Un monstruo querría un aprendiz a su imagen y semejanza.

—Quieren a visionarios. Líderes de los hombres. No segadores de los hombres. Hay límites —continúa.

—No existen los putos límites —salto con brusquedad.

Mustang aprieta la mandíbula. Entiende qué es lo que viene a continuación. Al final, devolvernos nuestro horrible castillo no le costará nada, pero tratar de mantenerlo sí. Puede que acabe incluso como una de las chicas de la torre. Nunca había reparado en ello. Sé que quiere marcharse. Su sentido de la justicia la está matando. De alguna forma, cree que deberíamos pagar, que los próctores deberían bajar e intervenir. La mayoría de los chicos piensan eso de este juego. Joder, Casio lo dijo cientos de veces cuando explorábamos juntos. Pero el juego no es así porque la vida tampoco lo es. En la vida real, los dioses no bajan para repartir justicia. Lo hacen los poderosos. Eso es lo que nos están enseñando, no solo el dolor que implica conseguir el poder sino también la desesperación inherente a no poder obtenerlo, la desesperación que conlleva no ser un dorado.

—Nos quedaremos con los esclavos de Ceres —exige Mustang.

—No, son nuestros —replico, con parsimonia—. Y haremos con ellos lo que queramos.

Me mira durante un buen rato, pensativa.

—Entonces nos llevamos a Tito.

—No.

—O nos llevamos a Tito o no hay acuerdo —espeta Mustang.

—No os llevaréis a nadie.

No está acostumbrada a que le digan que no.

—Quiero garantías de que están a salvo. Quiero que Tito pague.

—Me importa un astropedo lo que quieras. Aquí es tuyo lo que tú consigues. Eso forma parte del programa de estudios. —Saco la falce y clavo la punta en la tierra—. Tito pertenece a la Casa de Marte. Es nuestro. Así que, venga, intenta llevártelo.

—Será juzgado —le dice Roque a Mustang para tranquilizarla.

Me vuelvo hacia él con los ojos en llamas.

—Cállate.

Baja la mirada, consciente de que no tendría que haber dicho nada. Da igual. Los ojos de Mustang no se fijan ni en Roque ni en Antonia. No bajan a la pendiente donde Lea y Cipio mantienen a sus guerreros arrodillados, en la cañada, y Cardo está sentada sobre la espalda de Pax con Hierbajo, aprovechando su turno de hacerle cosquillas. No miran el arma. Son solo para mí. Me inclino.

—Si Tito violara a una niña que resultara ser una roja, ¿cómo te sentirías?

No sabe qué contestar. Ya lo hace la ley. No pasaría nada. No se considera violación si no lleva el emblema de una casa de alto rango como la de Augusto. Incluso así, el crimen se comete contra su amo.

—Ahora mira a tu alrededor —continúo, con calma—. Aquí no hay dorados. Yo soy rojo. Tú eres roja. Todos somos rojos hasta que uno de nosotros consiga el poder suficiente. Entonces adquirimos derechos. Entonces hacemos nuestra propia ley. —Me echo hacia atrás y alzo la voz—. Ese es el objetivo de todo esto. Hacerte sentir horrorizado ante un mundo que no gobiernas. La seguridad y la justicia no están garantizadas. Las hacen los fuertes.

—Deberías desear que eso no sea cierto —me responde Mustang tranquila.

—¿Por qué?

—Porque aquí hay un chico igual que tú. —Su rostro adquiere un tinte sombrío, como si se arrepintiera de lo que tiene que decir—. Mi próctor lo llama el Chacal. Es más listo, más cruel y más fuerte que tú; y ganará este juego y nos convertirá en sus esclavos si vamos por ahí comportándonos como animales. —Me implora con los ojos—. Así que, por favor, date prisa y evoluciona.

28

MI HERMANO

Finjo que he cogido las cerillas de alguno de los minervanos y enciendo nuestro primer fuego dentro del castillo de Marte. Traen a June de su improvisada cárcel, y al cabo de poco tiempo nos ha preparado un festín con las hierbas y la carne de corderos y de cabras que trajo mi tribu. Los míos fingen que es lo primero que comen en una semana. El resto de la casa está lo bastante hambrienta para creerse la mentira. Minerva y su grupo de guerreros ya hace mucho que se han largado a casa.

—Y ahora ¿qué? —le pregunto a Roque mientras los demás comen en la plaza.

El torreón sigue siendo un lugar lleno de miseria, y la luz del fuego no hace nada más que iluminar la porquería. Casio se ha ido a ver a Quinn, así que por el momento me he quedado a solas con Roque.

La tribu de Tito está sentada en grupos silenciosos. Las chicas no quieren hablar con los chicos por lo que les han visto hacerles a algunas de ellas. Todos comen con las cabezas gachas. Se percibe la vergüenza. La gente de Antonia se sienta con nosotros y le lanza miradas fulminantes a la de Tito. La repugnancia se desborda de sus ojos. También la traición, incluso mientras se llenan los estómagos. Se ha producido una escalada en los enfrentamientos, desde débiles insultos hasta el intercambio de puñetazos. Creí que la victoria podría unirlos. Pero no lo hizo. La desunión es más fuerte que nunca, solo que ahora

no puedo delimitarla y creo que solo hay un modo de arreglarlo.

Roque no tiene la respuesta que quiero oír.

—Los próctores no están interviniendo porque quieren ver si impartimos justicia y cómo lo hacemos, Darrow. Es lo que se pretende demostrar, en última instancia, en esta situación. ¿Cómo administramos la ley?

—Fantástico —digo—. ¿Y qué? ¿Se supone que tenemos que azotar a Tito? ¿Matarlo, tal vez? Eso sería la ley.

—¿Lo sería? ¿O sería solo venganza?

—Tú eres el poeta. Dímelo tú.

Tiro de una patada una piedra de las murallas.

—No puede seguir atado en las bodegas. Y lo sabes. Nunca saldremos de este letargo si sigue ahí; y tienes que ser tú quien decida qué se hace con él.

—¿Y no Casio? Creo que se ha ganado el derecho a opinar. Al fin y al cabo, él lo reclamó.

No quiero compartir el liderazgo con Casio, pero no quiero que salga del Instituto sin ninguna perspectiva. Se lo debo.

—¿Que lo reclamó? —Roque tose—. ¿Y cómo de bárbaro suena eso?

—¿Me estás diciendo que Casio no pinta nada aquí?

—Lo quiero como a un hermano, pero no. —El enjuto rostro de Roque se pone tenso cuando apoya una mano en mi brazo—. Casio no puede liderar esta casa. No, después de lo que ha ocurrido. Puede que los chicos y las chicas de Tito le obedezcan, pero no lo respetarán. No lo creerán más fuerte que ellos, aunque lo sea. Darrow, se mearon encima de él. Somos dorados. No olvidamos.

Tiene razón.

Me tiro del pelo, lleno de frustración, y le lanzo una mirada furiosa, como si pensase que lo está haciendo todo más difícil.

—No te imaginas lo importante que es esto para Casio. Después de la muerte de Julian… Tiene que lograrlo. No puede ser recordado solo por lo que ocurrió. No puede.

¿Por qué me importa tanto?

—Importa un astropedo lo mucho que signifique para él. —Roque se hace eco de mis palabras con una sonrisa. Sobre mis bíceps, sus dedos parecen tan finos como el heno—. Nunca le temerán.

El miedo aquí es importante. Y Casio lo sabe. ¿Por qué otro motivo podría estar ausente en la victoria? Antonia no se ha apartado de mí. Ni tampoco lo ha hecho Pólux, el custodio de la puerta. Se quedan a unos cuantos metros de distancia para que los asocien con mi poder. Sevro y Cardo los observan con unas sonrisas amplias y maliciosas.

—¿Por eso estás tú también aquí, taimada comadreja? —le pregunto a Roque—. ¿Para compartir la gloria?

Hace un gesto de indiferencia y mordisquea la pierna de cordero que le trae Lea.

—Al infierno con eso. Yo he venido aquí por la comida.

Encuentro a Tito en la bodega. Los minervanos lo ataron y lo cubrieron de sangre después de ver a las esclavas de la torre. Esa es su justicia. Tito sonríe cuando lo miro desde arriba con gesto de superioridad.

—¿A cuántos de la Casa de Ceres mataste en tus escaramuzas? —pregunto.

—Cómeme los huevos.

Escupe flema ensangrentada. La esquivo.

Me contengo a duras penas para no pegarle justo ahí mismo. Por hoy ya lo he hecho con Pax. Tito tiene la desfachatez de preguntar qué ha pasado.

—Ahora soy yo quien gobierna la Casa de Marte.

—Les pasaste el trabajo sucio a los de Minerva, ¿eh? ¿No querías enfrentarte a mí? Típico comportamiento de un cobarde dorado.

Le tengo miedo. No sé por qué. Aun así, me pongo sobre una rodilla y le miro directamente a los ojos.

—Eres un completo idiota, Tito. No has progresado. No has pasado de la primera prueba. Te pensabas que todo esto iba de violencia y de asesinatos. Imbécil. Esto va de civilización, no de guerra. Para disponer de un ejército, primero debes tener una civilización. Tú recurriste directamente a la violencia, como querían que hiciéramos. ¿Por qué crees que a nosotros los de Marte no nos dieron nada y a los de las demás casas les proporcionaron tantos recursos? Estábamos destinados a luchar como locos, pero también destinados a quemarnos como te pasó a ti. Y yo he pasado esa prueba. Ahora soy el héroe. No el usurpador. Y tú no eres más que el ogro recluido en el calabozo.

—¡Bravo! ¡Bravo! —Intenta dar palmas con sus manos encadenadas—. Me importa un cojón.

—¿A cuántos has matado?

—No a los suficientes. —Inclina la enorme cabeza. Tiene el pelo grasiento y oscuro por la mugre, casi como si hubiera intentado quitarse el dorado a base de oscurecerlo. Parece que le gusta la mugre. La tiene debajo de las uñas, y le recubre la bruñida piel—. Intenté machacarles la cabeza. Matarlos antes de que llegaran los medibots. Pero siempre fueron muy rápidos.

—¿Por qué querías matarlos? No entiendo qué sentido tiene. Es tu propia gente.

Eso le hace sonreír con desdén.

—Tú podrías haber cambiado las cosas, pedazo de cabrón. —Sus enormes ojos están más tranquilos, más tristes de lo que recuerdo. No se gusta a sí mismo, ahora lo veo. Hay algo en él que derrocha tristeza. Está lleno de una

sombría amargura. El orgullo que pensé que albergaba no es orgullo, sino puro desprecio—. Dices que soy cruel, pero tenías cerillas y yodo. No te creas que no lo sabía incluso antes de olerte. Nos moríamos de hambre, y te valiste de los medios de que disponías para ser el líder. Así que no me des lecciones de moralidad, traidor comemierda.

—Entonces ¿por qué no hiciste nada al respecto?

—Pólux y Vixus te tenían miedo. Los demás, también. Y creían que Trasgo iba a matarlos mientras dormían. ¿Qué podía hacer si era el único que no te tenía miedo?

—¿Y por qué no me lo tienes?

Se ríe con ganas.

—No eres más que un chico con una falce. Al principio creí que eras duro. Creí que veíamos las cosas de forma parecida. —Se pasa la lengua por los labios ensangrentados—. Pensé que eras como yo, solo que peor, por esa frialdad que había en tu mirada. Pero no eres frío. Esos pringados mojapantalones te importan.

Frunzo las cejas.

—¿Por qué dices eso?

—Muy fácil. Has hecho amigos. Roque. Casio. Lea. Quinn.

—Tú también. Pólux, Casandra, Vixus.

El rostro de Tito se retuerce en una espantosa mueca.

—¿Amigos? —Escupe—. ¿Amigo de esos? ¿De esos? ¿Esos oropelos? Son monstruos, cabrones desalmados. No son más que una panda de caníbales, todos ellos. Han hecho lo mismo que yo, pero… ¡Bah!

—Sigo sin entender por qué les hiciste aquello a las esclavas —insisto—. Violación, Tito. Violación.

Su rostro permanece inmóvil y con una expresión cruel.

—Ellos lo hicieron antes.

—¿Quiénes?

Pero no está escuchando. De repente empieza a contarme cómo se la llevaron a «ella», cómo la violaron delante de él.

Y los muy escorias volvieron una semana más tarde para hacerlo otra vez. Así que los mató; les machacó las cabezas.

—Maté a aquellos malditos monstruos. Ahora sus hijas han recibido el mismo trato que le dieron a ella.

Siento como si me hubieran dado un puñetazo en la cara.

«Joder. Joder».

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

«Malditos».

—¿Qué cojones te pasa? —pregunta Tito. Si hubiera sido un dorado no me habría dado cuenta, tan solo me habría desconcertado el uso de una palabra tan rara. Pero no soy un dorado—. ¿Darrow?

Me abro camino hasta el pasillo. Me muevo como en una bruma. Todo encaja. El odio. El asco. La venganza. Los caníbales se comen a los suyos. Los llamó caníbales. Pólux, Casandra, Vixus… ¿Quiénes son los suyos? Los suyos. Dorados. «Malditos». No «condenados». Tito dijo «malditos». Ningún dorado dice eso. Nunca. Y lo llamó una falce, no una guadaña de segador.

Joder.

Tito es un rojo.

29

UNIDAD

Tito es aquello en lo que Dancer no quería que me convirtiera. Él es como Harmony. Una criatura que vive para la venganza. Una rebelión encabezada por Tito fracasaría en apenas semanas. Peor aún: si Tito sigue por el mismo camino, si sigue así de inestable, me pondrá en peligro. Dancer o bien mintió o bien no sabía que habían tallado a otros rojos, otros rojos que se han puesto la máscara de los dorados. ¿Cuántos más habrá? ¿A cuántos más habrá infiltrado Ares aquí, en la Sociedad? ¿En el Instituto? Da igual que sean mil o solo uno. La inestabilidad de Tito pone en peligro a cualquier rojo a quien se haya tallado como un dorado. Pone en peligro el sueño de Eo. Y no puedo tolerar algo así. Eo no murió para que Tito pudiera matar a unos cuantos chavales.

Sollozo en la armería mientras decido lo que hay que hacer.

Estas manos se teñirán con más sangre porque Tito es un perro rabioso y hay que sacrificarlo.

Por la mañana, lo arrastro hasta la plaza delante de toda la Casa. Apartan los restos del festín de la noche anterior. Incluso me aseguro de que los esclavos estén allí para mirar. Algunos próctores revolotean en lo alto. No hay ningún medibot flotando junto a ellos. Lo interpreto como su consentimiento tácito.

Arrojo a Tito al suelo delante de su antigua tribu. Lo observan en silencio. La niebla flota en el aire sobre ellos. Los pies nerviosos rascan los fríos adoquines del patio. El frío penetra en mi mano desde el duroacero de mi falce.

—Por crímenes de violación, mutilación e intento de asesinato de miembros de la casa, condeno a Tito au Ladros a muerte. —Enumero las razones—. ¿Alguien impugna mi derecho a hacerlo?

Primero miro hacia arriba, a los próctores. Nadie emite ni un sonido.

Después miro fijamente al despiadado Vixus. Aún no ha desaparecido el hematoma. A continuación detengo la mirada en Casandra. Miro también el rostro de duras facciones de Pólux, el que salvó a Casio y nos abrió las puertas. Está al lado de Roque. Cómo cambian aquí las lealtades.

Y cómo cambian las mías. Voy a hacer morir a un rojo porque mató a unos dorados. Cavó la tierra igual que yo. Su alma era como la mía. Cuando muera irá al valle; pero el dolor lo hizo estúpido y egoísta mientras vivió. Tendría que haber sido mejor que eso. Los rojos son mejores que él, ¿verdad?

La tribu de Tito permanece en silencio. Su culpabilidad está relacionada con la del líder. Cuando se vaya, se pasará. Eso es lo que me digo. Y todo volverá a ir bien.

—Impugno la sentencia —se defiende Tito—. Y te desafío a ti, lameculos.

—Acepto, buen hombre.

Hago una cortés reverencia.

—Entonces, un duelo según la costumbre de la Orden de la Espada —anuncia Roque.

—Entonces, yo escojo —dice Tito, con la vista puesta en mi falce—. Filos rectos. No… curvados.

—Como quieras —acepto, pero cuando doy un paso adelante noto una mano en el codo y noto que mi amigo se acerca por detrás.

—Darrow, es mío —susurra Casio con frialdad—. Recuerda. —No hago ninguna muestra de reconocimiento—. Por favor, Darrow. Deja que honre a la Casa de Belona.

Miro a Roque, que niega con la cabeza. Igual que Quinn, que está detrás de Casio. Pero yo soy el líder. Y se lo prometí a mi amigo, quien ahora reconoce mi ascenso. Pide en vez de exigir, así que hacemos el paripé de que me pienso su petición y la acepto después. Me aparto cuando Casio da un paso adelante con su espada recta asida en la mano de esgrimista. Es un arma fea, pero la ha afilado sobre piedras.

—El principito. —Tito suelta una risita—. Estupendo. Me encantará dejarte el cadáver empapado de pis otra vez cuando hayamos acabado.

Tito está hecho para pelear con las manos. Hecho para los campos de batalla fangosos y las guerras civiles. Me pregunto si es consciente de lo fácil que va a ser su muerte hoy.

Roque traza un círculo de ceniza alrededor de los dos combatientes. Payaso y Muecas salen con las manos llenas de armas. Tito coge el sable que le quitó a un soldado de Ceres cinco días antes. El metal araña la piedra. Los ecos se oyen por todo el patio. Lo sacude una, dos veces para probar el metal. Casio no se mueve.

—¿Ya te has meado en los pantalones? —pregunta Tito—. No te preocupes, seré rápido.

Roque hace los preparativos y la pelea comienza.

Casio no es rápido.

Las horribles espadas suenan quebradizas cuando se encuentran. Los choques metálicos resuenan con fuerza. Las hojas se mellan. Rechinan. Pero qué silenciosas son al encontrarse con la carne.

Lo único que se oye es el grito ahogado de Tito.

—Tú mataste a Julian —dice Casio con un tono de voz pausado—. Julian au Belona de la Casa de Belona.

Saca el filo de la pierna de Tito y lo introduce en otra parte. Lo arranca.

Tito se ríe y se tambalea débilmente. A estas alturas resulta patético.

—Tú mataste a Julian. —Acompaña las palabras con una estocada, palabras que repite hasta que dejo de mirar—. Mataste a Julian.

Pero hace tiempo que Tito está muerto. Quinn tiene la cara bañada en lágrimas. Roque saca a Quinn y a Lea de allí. Mi ejército está en silencio. Cardo escupe en los adoquines y pasa un brazo por encima de los hombros de Guijarro. Payaso está más abatido de lo habitual. Ni siquiera hablan los próctores. La ira de Casio llena el patio, un lamento cruel por un hermano bondadoso. Dijo que lo hacía por justicia, por el honor de su familia y de su casa. Pero esto es una venganza, y parece vacía.

La frialdad me invade.

Esto iba destinado a mí, no a mi pobre hermano, Tito, suponiendo que ese fuera su nombre de verdad. Se merecía algo mejor que esto.

Me apetece llorar. La rabia y la tristeza me inundan el pecho mientras me abro paso entre el ejército. Roque me mira cuando paso junto a él. Su rostro es el de un cadáver.

—Eso no era justicia —murmura sin mirarme a los ojos.

He suspendido la prueba. Tiene razón. No era justicia. La justicia es desapasionada; es imparcial. Yo soy el líder. Le pasé a otro la sentencia. Tendría que haberla hecho cumplir yo. En vez de eso, autoricé la venganza y las represalias. El cáncer no se extirpará; lo he empeorado.

—Al menos, vuelven a temer a Casio —musita Roque—. Pero eso es lo único en lo que has acertado.

Pobre Tito. Lo entierro en un bosquecillo cerca del río. Espero que eso agilice su camino hacia el valle.

Esa noche no duermo.

No sé si fue a su mujer, a su hermana o a su madre a quien hicieron daño. No sé de qué mina procede. Pero su dolor es mi dolor. Su dolor le rompió como me rompió el mío en el cadalso. Pero a mí me dieron una segunda oportunidad. ¿Dónde está la suya?

Espero que su dolor se disuelva con la muerte. No lo quise hasta que murió, y debía morir, pero sigue siendo mi hermano. Así que rezo para que encuentre la paz en el valle y para verlo de nuevo algún día y que nos abracemos como hermanos y él me perdone por lo que le hice, porque lo hice por un sueño, por nuestra gente.

Mi nombre, que ahora está tres barras más cerca, flota cerca de la mano del primus.

Casio también ha subido.

Pero solo puede haber un primus.

Como no puedo dormir, hago el turno de guardia de Casandra. La niebla se enrosca en las almenas, así que dejamos a los corderos amarrados alrededor de los muros. Balarán si se acerca algún enemigo. Huelo algo extraño, intenso y ahumado.

—¿Pato asado?

Me vuelvo y me encuentro a Fitchner de pie junto a mí. Lleva el pelo revuelto sobre su estrecha frente. Hoy no se ha puesto ninguna armadura dorada, solo una túnica negra con rayas doradas. Me pasa un trozo de pato. El olor hace que me suenen las tripas.

—Todos deberíamos estar cabreados contigo —le reprocho.

En su rostro se dibuja una expresión de sorpresa.

—Por lo general, los nenes que dicen eso quieren contar por qué no están cabreados.

—Los próctores y tú podéis verlo todo, ¿no?

—Hasta cuando te limpias el culo.

—Y no detuvisteis a Tito porque todo forma parte del programa de estudios.

—En realidad, la pregunta es por qué no te detuvimos a ti.

—Antes de que lo matara.

—Sí, chavalillo. Habría sido un militar valioso, ¿no crees? Quizá no un pretor, con naves a su cargo. Pero vaya un legado habría sido, guiando a sus hombres en las corazas espaciales a través de las puertas enemigas mientras los disparos les llueven sobre los escudos de pulsos. ¿Has visto alguna vez una Lluvia de Hierro, cuando se lanza a los hombres desde la órbita para conquistar ciudades? Él había nacido para eso.

No respondo.

Fitchner se limpia la grasa de los labios con la manga negra de la guerrera.

—La vida es la escuela más efectiva que jamás se haya creado. Hace mucho, mucho tiempo a los niños se les hacía agachar la cabeza y leer libros. Les costaba eones aprender algo. —Se da un golpecito en la cabeza—. Pero ahora tenemos miniaplicaciones y terminales de datos; y los dorados tenemos a los colores inferiores, que investigan para nosotros. No hace falta que estudiemos química o física. Ya lo hacen los ordenadores y los demás. Lo que debemos estudiar es la humanidad. Para gobernar, el nuestro debe ser el estudio de las ciencias políticas, de la psicología y del comportamiento: de cómo los seres humanos sin esperanza se lanzan uno contra otro, cómo se forman los grupos, cómo funcionan los ejércitos, cómo se

derrumban las cosas y por qué. Eso no lo podrías aprender en ninguna otra parte más que aquí.

—No, el propósito lo entiendo —mascullo—. Aprendo más cuando cometo errores, siempre que no me maten.

Lo aprendí muy bien cuando jugué a ser un mártir.

—Bien. Son muchos los que cometes. Eres un mamón impulsivo. Pero aquí se viene a cagarla. A aprender. Como la vida… pero con medibots, segundas oportunidades y escenarios artificiales. A lo mejor ya has adivinado que la primera prueba, el Paso, consistía en medir la necesidad contra la emoción. La segunda, la lucha tribal. Después venía un poco de justicia. Ahora vendrán más pruebas. Más segundas oportunidades, más lecciones que aprender.

—¿Cuántos de nosotros podemos morir? —pregunto.

—No te preocupes por eso.

—¿Cuántos?

—Cada año el Consejo de Control de Calidad establece un límite, pero estamos dentro de los márgenes, incluso después de lo que ha pasado con el Chacal —sonríe Fitchner.

—El Chacal… —digo—. ¿Fue eso lo que pasó la otra noche cuando los medibots se lanzaron hacia el sur?

—¿He dicho su nombre? Vaya. —Sonríe—. Lo que quiero decir es que los medibots son muy efectivos. Curan prácticamente todas las heridas. Pero ¿serán tan efectivos cuando Casio sepa quién mató en realidad a su hermano?

Se me encoge el estómago.

—Él ya ha matado al asesino de Julian. No estabais mirando, por lo visto.

—Claro. Claro. Mercurio cree que eres brillante. Apolo cree que eres el más blando de todos. No le gustas nada, ¿sabes?

—Como si me importara una mierda.

—Pues debería importarte más. Apolo es la bomba.

—Muy bien. ¿Qué piensas tú? Mi próctor eres tú.

—Creo que eres un alma antigua. —Me mira y se inclina contra la muralla. Es una noche brumosa al otro lado del castillo. Desde las profundidades, un lobo aúlla—. Creo que eres como esa bestia de ahí fuera. Parte de una manada, pero terriblemente triste, terriblemente solo. Y no logro descifrar por qué, querido muchacho. ¡Pero si esto es divertidísimo! ¡Disfrútalo! La vida luego no se pone mejor.

—Tú eres igual —le replico—. Solitario. Eres todo bromas y comentarios insidiosos, igual que Sevro; pero es una máscara. Eso se debe a que no tienes el mismo aspecto que los demás, ¿verdad? ¿O es que eres pobre? Sea como sea, eres un forastero.

—¿Mi apariencia? —Suelta una carcajada estruendosa—. ¿Y eso qué importa? ¿Crees que soy un «broncecito» porque no soy un adonis? —Se inclina hacia mí, porque de verdad le importa lo que voy a decir.

—Eres feo y comes como un cerdo, pero mascas metabolizadores cuando podrías ir a un tallista y que te arreglara para que te parezcas a los demás. Podrían quitarte esa barriga en un segundo.

Los músculos de la mandíbula de Fitchner se contraen. ¿De enfado?

—¿Por qué tendría que ir a un tallista? —murmura de repente—. Podría matar a un obsidiano con mis manos desnudas. A un obsidiano. Soy más ingenioso que un plateado en el discurso y la negociación. Sé más matemáticas que las que un verde podría soñar. ¿Por qué iba a cambiar mi aspecto?

—Porque eso es lo que te retrae.

—A pesar de lo humilde de mi origen, soy una persona reputada. Soy importante. —Su cara de hacha me desafía a que lo contradiga—. Soy un dorado. Soy un grande entre los hombres. No cambio porque a los demás les venga bien.

—Entonces, si eso es cierto, ¿por qué mascas metabolizadores? —No responde—. ¿Por qué eres solo un próctor?

—Ser un próctor es tener una posición de prestigio, chico —espeta Fitchner—. Los seleccionadores me votan para que represente a la casa.

—Pero no eres emperador. No comandas flotas. Ni siquiera eres un pretor que dirija un escuadrón. Ni ningún tipo de gobernador. ¿Cuántos hombres pueden hacer las cosas que dices que sabes hacer?

—Pocos —contesta muy despacio, con la cara hecha una furia—. Muy pocos. —Levanta la mirada—. ¿Qué recompensa quieres por capturar el estandarte de Minerva?

—¿No le correspondería a Sevro decidirlo? —pregunto, entendiendo que la conversación está llegando a su fin.

—Te lo ha pasado a ti.

Pido caballos, armas y cerillas. Accede secamente y se da la vuelta para marcharse antes de que pueda hacerle una última pregunta. Le agarro del brazo cuando empieza a ascender. Ocurre algo. Se me fríen los nervios. Como agujas en ácido recorriéndome la mano y el brazo. Se me escapa un grito sofocado. Los pulmones dejan de funcionarme durante un segundo.

—Condenado infierno.

Toso y caigo al suelo. Lleva una pulsoarmadura. Ni siquiera puedo ver el generador. Es como un escudo de pulsos, pero incrustado en la propia armadura.

Espera sin sonreír.

—El Chacal —digo—. Tú lo mencionaste. La chica de Minerva también. ¿Quién es?

—Es el hijo del archigobernador, Darrow. Y a su lado, Tito parece un niño balbuceante.

A la mañana siguiente, unos caballos gigantescos pastan en los campos. Los lobos intentan abatir a una pequeña yegua. Un semental blanquecino sube al galope hacia allí y cocea a uno de los lobos hasta matarlo. Exijo que sea mi montura. Los demás lo llaman Quietus. Significa «el golpe final».

Me recuerda al pegaso que salvó a Andrómeda. Las canciones que cantábamos en Lico hablan de caballos. Sé que a Eo le habría gustado cabalgar uno.

Tardo unos días en darme cuenta de que cuando le pusieron Quietus a mi caballo estaban burlándose de mí por el papel que desempeñé en la muerte de Tito.

30

LA CASA DE DIANA

Pasa un mes. Tras las secuelas que ha dejado la muerte de Tito, la Casa de Marte se fortalece. La fuerza no viene de la clase superior sino de la morralla, de mi tribu y de los intermedios. He ilegalizado los abusos a los esclavos. Los esclavos de Ceres, aunque aún se muestran intranquilos cerca de Vixus y de alguno de los demás, nos proporcionan la comida y fuego. No sirven para mucho más. Han reunido a cincuenta cabras y ovejas dentro del castillo en caso de que se produzca un asedio, y también han apilado leña. Pero carecemos de agua. Las bombas que abastecían de agua los baños dejaron de funcionar tras el primer día, y no disponemos de cubos para almacenar agua dentro. Dudo que sea un accidente.

Martillamos los escudos para convertirlos en palanganas y usamos los cascos para traer agua del río del valle que se encuentra debajo de nuestro alto castillo. Cortamos los árboles y los dejamos huecos para hacer abrevaderos en los que almacenar el agua. Subimos las piedras y cavamos un pozo, pero no podemos cavar lo bastante hondo para que no haya barro. Probamos a forrar el pozo con piedra y madera y tratamos de usarlo como un tanque para el agua. Siempre se escapa. Así que solo disponemos de los abrevaderos. No podemos dejar que nos sitien.

El torreón está más limpio.

Después de ver lo que ocurrió con Tito, le pido a Casio que me enseñe a usar la espada. Soy un discípulo desmesuradamente rápido. Aprendo a usar hojas rectas.

Nunca uso la falce; ya forma parte de mi cuerpo. Y el objetivo no es aprender a usar las espadas rectas, que se usa más o menos como los filos, sino aprender cómo la usarán contra mí. Ni tampoco quiero que Casio aprenda a luchar contra hojas curvas. Si alguna vez descubre lo de Julian, la curvada es mi única esperanza.

Con el kravat no soy tan bueno. No sé dar las patadas. Pero aprendo a romper tráqueas. Y aprendo a saber usar las manos de la forma apropiada. Se acabaron los molinetes. Se acabaron los movimientos de defensa estúpidos. Soy rápido y mortífero, pero no tengo la disciplina necesaria que exige el kravat. Quiero ser un luchador eficiente. Nada más. Por lo visto, el kravat tiene como objetivo enseñarme la paz interior. Eso es una causa perdida.

Pero ahora sé mantener las manos en el aire como Casio, como Julian, con los codos a la altura de los ojos para que siempre esté golpeando o bloqueando los golpes bajos. De cuando en cuando, Casio menciona a Julian y se despiertan las sombras. Pienso en los próctores, en cómo se reirán mientras ven esto. Debo de parecerles un ser perverso y manipulador.

Me olvido de que Casio, Roque, Sevro y yo somos enemigos. Rojos y dorados. Me olvido de que algún día quizá tenga que matarlos a todos. Me llaman hermano, y no puedo sino pensar en ellos de la misma forma.

La batalla con la Casa de Minerva se ha desintegrado en varias escaramuzas de cuadrillas, aunque ninguno de los bandos está consiguiendo una ventaja suficiente sobre el otro como para alcanzar una victoria decisiva. Mustang no se arriesgará a la batalla campal que yo quiero, ni tampoco piensa responder a las provocaciones. No sucumben tan fácilmente a los arrebatos de gloria y violencia.

Los minervanos están desesperados por capturarme. Pax se convierte en un demente cuando me ve. Mustang incluso

intentó ofrecerle a Antonia, o eso dice esta, un pacto de mutua defensa, doce caballos, seis picas eléctricas y siete esclavos a cambio de entregarme. No sé si está mintiendo cuando me lo cuenta.

—Me traicionarías sin pensarlo dos veces si con eso te llevaras el primus —le digo.

—Sí —responde, irritada, cuando interrumpo su fastidiosa manicura—. Pero como lo estás esperando, ya no será una traición, cariño.

—Entonces ¿por qué no aceptaste la oferta?

—Oh, la chusma te admira. En este momento resultaría desastroso. Quizá cuando hayas fallado en algo, sí, quizá cuando las cosas estén en tu contra.

—O estás esperando a que te ofrezcan un precio mejor.

—Exacto, cariño.

Ninguno de los dos menciona a Sevro. Sé que ella aún tiene miedo de que le raje la garganta si me toca. Sevro me sigue ahora, con la piel de lobo puesta. A veces camina. Otras, monta una pequeña yegua negra. No le gusta la armadura. Los lobos se acercan a él de tanto en tanto, como si fuera uno de su manada. Vienen a comerse los ciervos que él mata porque están hambrientos después de que encerráramos a las cabras y las ovejas. Guijarro siempre les deja comida en los muros cuando matamos a alguna bestia. Los observa como una niña cuando llegan en grupos de tres o de cuatro.

—Maté al líder de la manada —responde Sevro cuando le pregunto por qué le siguen los lobos. Me mira de arriba abajo y me lanza una sonrisa traviesa debajo de su piel de lobo—. No te preocupes. Tu piel no me quedaría bien.

Le he dado a Sevro la morralla para que los dirija porque quizá sean los únicos con los que se sienta cómodo. Al principio no les hace caso. Después, poco a poco, empiezo a notar que ahora hay más aullidos sobrenaturales que llenan

la noche. Los demás los llaman los Aulladores, y al cabo de unos días bajo el tutelaje de Sevro, cada uno de ellos lleva una capa negra de lobo. Son seis: Sevro, Cardo, Muecas, Payaso, Guijarro y Hierbajo. Al mirarlos parece que cada uno de sus rostros estuviera mirando fijamente desde las fauces llenas de colmillos de un lobo. Los uso para tareas silenciosas. Sin ellos, no estoy convencido de que pudiera seguir siendo el líder. Mis soldados susurran insultos cuando paso. Las viejas heridas aún no se han curado.

Necesito una victoria, pero Mustang no va a combatir y los treinta metros de muro de la Casa de Minerva no son tan fáciles de sortear como antes. En la sala de mapas, Sevro camina adelante y atrás y dice que el diseño del juego es estúpido.

—Tenían que saber que ninguno de nosotros podía atravesar los muros del otro castillo. Y ninguno es tan condenadamente estúpido de enviar un ejército que no pueden permitirse perder. Sobre todo Mustang. Quizá Pax. Ese es un idiota, construido a modo de un dios, pero idiota, y quiere tus pelotas. Me han dicho que le reventaste una de las suyas.

—Las dos.

—Deberíamos poner a Guijarro o a Trasgo en una catapulta y arrojárselos por encima de los muros —sugiere Casio—. Claro que primero tendríamos que encontrar una catapulta…

Estoy cansado de esta guerra con Mustang. En algún lugar del sur o del oeste, el Chacal está ganando fuerza. En algún lugar, mi enemigo, el hijo del archigobernador, se está preparando para destruirme.

—Estamos viendo esto de forma incorrecta —les digo a Sevro, Quinn, Roque y Casio.

Estamos solos en la sala de guerra. Una brisa otoñal trae el olor a hojas caídas.

—Oh, adelante, comparte tu visión —me conmina Casio con una risa. Está tumbado sobre varias sillas, con la cabeza en el regazo de Quinn. Ella juega con su pelo—. Nos morimos por oírlo.

—Esta escuela existe desde hace… no sé…, ¿más de trescientos años? Así que cada permutación está contemplada. Cada problema al que nos enfrentamos está diseñado para resolverse. Sevro, ¿dices que las fortalezas son inexpugnables? Bueno, los próctores deben de saber eso. Así que tenemos que cambiar el paradigma. Necesitamos una alianza.

—¿Contra quién? —pregunta Sevro—. Hablando en términos hipotéticos.

—Contra Minerva —responde Roque.

—Una idea estúpida —refunfuña Sevro, que limpia un cuchillo y lo desliza en su manga—. Su castillo, desde un punto de vista táctico, carece de trascendencia. No tiene ningún valor. Ninguno. La tierra que necesitamos está cerca del río.

—¿Crees que necesitamos los hornos de Ceres? —pregunta Quinn—. Un poco de pan no me vendría mal.

Ni a nadie. Una dieta de bayas y de carne nos ha convertido en músculos y hueso.

—Si el juego dura hasta el invierno, sí. —Sevro hace crujir los nudillos—. Pero estas fortalezas son impenetrables. Qué juego más estúpido. Necesitamos su pan y el acceso al agua.

—Agua tenemos —recuerda Casio.

Sevro deja escapar un suspiro de frustración.

—Tenemos que dejar el castillo para traerla, señor Tonto del Culo. ¿Un asedio de verdad? Duraríamos cinco días sin reabastecernos de agua. Siete, si nos bebemos la sangre de los animales como Morgdy. Necesitamos la fortaleza de Ceres. Además, esos recolectores capullos no son capaces de luchar para salvar su vida, pero tienen algo ahí dentro.

—¿Recolectores capullos? ¡Ja, ja, ja! —cacarea Casio.

—Callaos, todos —ordeno.

No lo hacen. Para ellos esto es divertido. Es un juego. No tienen ninguna prisa, ninguna necesidad acuciante. El Chacal se hace más fuerte a cada momento que perdemos. Hay algo en la forma en que Mustang y Fitchner hablaron de él que me da miedo. Debería querer matarlo. Sin embargo, cuando pienso en su nombre quiero correr y esconderme.

El hecho de que tenga que levantarme no es sino una señal de cuánto ha menguado mi liderazgo.

—¡Silencio! —ordeno, y por fin me obedecen.

—Hemos visto fuegos en el horizonte. La guerra consume el sur donde merodea el Chacal.

Casio suelta una risita ante la idea del Chacal. Cree que es un fantasma que yo mismo he conjurado.

—¿Quieres dejar de reírte por todo? —le suelto a Casio—. No es una condenada broma, a no ser que creas que tu hermano murió por diversión.

Eso le hace callar.

—Antes de que hagamos nada más —recalco—, tenemos que eliminar a la Casa de Minerva y a Mustang.

—Mustang. Mustang. Mustang. Me parece que lo único que quieres es tirártela —dice Sevro con desdén.

Quinn emite un sonido de objeción.

Cojo a Sevro por el cuello de la ropa y lo levanto en el aire con una mano. Trata de zafarse enseguida, pero no es tan rápido como yo, así que cuelga de mi mano a medio metro del suelo.

—Se acabó —le digo, y lo bajo más cerca de mi cara.

—Entendido, Segador. —Sus ojos pequeños, brillantes y redondos están a pocos centímetros de distancia de los míos —. Acceso restringido. —Lo pongo en el suelo y se vuelve a colocar el cuello de la ropa—. Así que para esta alianza hay que ir a los Grandes Bosques, ¿no?

—Sí.

—¡Entonces va a ser una misión alegre! —exclama Casio, y se sienta erguido—. ¡Seremos una *troupe*!

—No. Solo Trasgo y yo. Tú no vienes.

—Me aburro. Creo que iré.

—Te quedas —insisto—. Te necesito aquí.

—¿Eso es una orden?

—Sí —le dice Sevro.

Casio me mira fijamente.

—¿Tú dándome órdenes? ¿Tú? —dice de una forma extraña—. Quizá te hayas olvidado de que voy adonde me parece.

—¿Y darle el control a Antonia mientras nos jugamos el cuello los dos? —le pregunto.

Quinn aprieta la mano en torno al antebrazo a Casio. Cree que no me doy cuenta. Casio mira hacia ella y sonríe.

—Por supuesto, Segador. Por supuesto que me quedaré aquí. Tal y como me has sugerido.

Sevro y yo acampamos en las tierras altas septentrionales, con los Grandes Bosques a la vista. No encendemos ningún fuego. Tanto nuestros rastreadores como los de otras casas recorren estas colinas de noche. Veo dos caballos en una colina lejana, recortados contra la puesta de sol detrás del techo de la cúpula. La forma en la que el techo captura el sol ofrece una puesta sol de violetas, rojos y rosas; me recuerda a las calles de Yorkton vistas desde el cielo. Después el momento pasa y Sevro y yo nos sentamos en la oscuridad.

Sevro cree que este juego es estúpido.

—Entonces ¿por qué juegas? —le pregunto.

—¿Cómo iba a saber yo cómo sería? ¿Crees que me dieron un folleto? ¿Acaso te lo dieron a ti? —pregunta

irritado. Se está escarbando los dientes con un hueso—. Estúpido.

Sin embargo, en la lanzadera parecía saber lo que era el Paso. Se lo recuerdo.

—No lo sabía.

—Y parece que tienes todas las condenadas habilidades que hacen falta para este colegio.

—¿Y? ¿Si tu madre es buena en la cama supones que es de las rosas? Todo el mundo se adapta.

—Precioso —murmuro.

Me exige que vaya directo al grano.

—Te metiste a hurtadillas en el torreón, robaste nuestro estandarte y lo enterraste. Lo salvaste. Y después lograste robar el de Minerva. Pero no te dan ni una sola barra de mérito para ser primus. ¿No te parece raro?

—No.

—En serio.

—¿Qué debería decir? Nunca he caído bien. —Se encoge de hombros—. No nací guapo como tú ni como tu juguetito anal, Casio. Tuve que luchar por lo que quería. Eso no me hace simpático. Tan solo un asqueroso Trasgo.

Le cuento lo que he oído. Fue el último a quien escogieron. Fitchner no lo quería, pero los seleccionadores insistieron. Sevro me contempla en la oscuridad. No dice nada.

—Te escogieron porque eras el chico más pequeño. El que parecía más débil. Con unas puntuaciones horribles, y tan pequeño… Te escogieron por las mismas razones por las que escogieron a los demás inferiores: porque serías fácil de matar en el Paso. Un cordero sacrificial a manos de alguien para quien sí tenían planes. Grandes planes. Mataste a Príamo, Sevro. Por eso no van a dejarte ser primus. ¿Voy bien encaminado?

—Vas bien encaminado. —Escupe el hueso al suelo—. Lo maté como mataría a un lindo perro. Y tú mataste a Julian. ¿Voy yo bien encaminado?

No volvemos a hablar del Paso. Por la mañana dejamos atrás las tierras altas de camino hacia las faldas de las montañas. Los árboles se intercalan con la hierba. Nos movemos al galope, por si las partidas de guerra de Minerva estuvieran cerca. Veo una a lo lejos cuando llegamos a los árboles. No nos han visto. Muy lejos, hacia el sur, el cielo es humo. Los cuervos se juntan allá donde merodea el Chacal.

Me gustaría hablar más con Sevro, preguntarle por su vida. Pero su mirada es demasiado penetrante. No quiero que me pregunte sobre mí, ser tan transparente para él como Tito lo fue para mí. Es extraño. A este chico le caigo bien. Me insulta, pero le caigo bien. Y lo que es más raro aún: estoy desesperado por caerle bien. ¿Por qué? Creo que se debe a que es el único, incluyendo a Casio y a Roque, que sabe lo que es la vida. Es feo en un mundo en el que debería ser hermoso y, debido a sus deficiencias, lo escogieron para morir. Él, en muchos sentidos, no es mejor que un rojo.

Quiero decirle que soy un rojo. Una parte de mí cree que él también lo es. Y una parte de mí cree que me respetará más si sabe que soy un rojo. No nací privilegiado. Soy como él. Pero refreno la lengua, pues no hay duda de que los próctores nos vigilan.

A Quietus no le gustan los bosques. Al principio la maleza es tan espesa que tenemos que abrirnos paso cortándola con la espada. Pero pronto se vuelve más escasa y entramos en el reino de las deidades arbóreas. Aquí no pueden sobrevivir muchas más cosas. Esos colosos no dejan pasar la luz, las raíces se extienden como tentáculos debajo de la tierra para poder extraer su energía y crecer tan altos como edificios. Estoy de nuevo en una ciudad, en la que los animales caminan de acá para allá, y los que me obstruyen

la visión no son el cemento y el metal sino los troncos de los árboles. Cuanto más nos adentramos en el bosque, más me recuerda a mi mina: es oscuro y angosto debajo de las ramas, como si no existieran el sol o el cielo.

Unas hojas otoñales del tamaño de mi pecho se fruncen bajo los pies. Sé que estamos siendo observados. A Sevro no le gusta esto. Quiere escabullirse para salir en busca de los ojos que hay a nuestras espaldas.

—Eso iría en contra de nuestros objetivos.

—«Eso iría en contra de nuestros objetivos» —se burla.

Paramos para almorzar unas aceitunas y carne de cabra que hemos birlado. Los ojos en los árboles creen que soy demasiado estúpido para cambiar el paradigma, como si nunca fuera a suponer que se esconden arriba en vez de en el suelo. Pero no alzo la mirada. No hace falta asustar a esos idiotas o hacerles saber que conozco su juego; pronto tendré que conquistarlos, si es que aún soy el líder de mi casa. Me pregunto si tienen cuerdas que atraviesen los árboles. ¿O acaso son las ramas lo suficientemente largas?

Sevro sigue con ganas de sacar los cuchillos y de subirse a un árbol. No debería haberlo traído. No está hecho para la diplomacia.

Por fin alguien me dirige la palabra.

—Hola, Marte —dice uno.

Se oye el eco de otras voces a mi derecha. Estúpidos niños. Tendrían que haberse guardado sus trucos para la noche. Por la noche resultarían lúgubres en estos bosques, con las voces viniendo de todas partes. Algo asusta a los caballos. Los animales de la diosa Diana son el oso, el jabalí y el ciervo. Trajimos jabalinas para los dos primeros. Se dice que en esta parte del bosque hay espinazos sangrientos: osos horripilantes hechos por los tallistas porque, más que probablemente, se cansaron de hacer cérvidos. Oímos a los

espinazos sangrientos rugir en las partes más profundas del bosque. Tranquilizo a Quietus.

—Me llamo Darrow, líder de la Casa de Marte. Estoy aquí para verme con vuestro primus, si es que lo tenéis. En caso contrario, con vuestro líder bastará. Y si no tenéis nada de eso, llevadme con quien tenga las pelotas más grandes.

Silencio.

—Gracias por la ayuda —dice Sevro en voz alta.

Lo miro con un arqueo de ceja y él se limita a encogerse de hombros. El silencio es estúpido. Lo mantienen con el fin de hacerme saber que no aceptan mis órdenes. Hacen las cosas a su aire. Qué mayores son estos chicos. Después, a lo lejos, salen dos chicas altas de detrás de un árbol. Llevan uniformes del color del bosque y un arco colgado a la espalda. Cuchillos dentro de las botas. Creo que una lleva un cuchillo entre los ensortijados cabellos. Han usado las bayas que encontraron en los bosques para dibujarse la luna de cacería en sus caras. De los cinturones les cuelgan pieles de animales.

No parezco venir en son de guerra. Me he lavado el pelo hasta dejarlo brillante. Tengo la cara limpia, las heridas cubiertas, y las rasgaduras de mi uniforme cosidas. Incluso lavé las manchas de sudor con arena y grasa animal. Tengo un aspecto, como Quinn y Lea han confirmado, endemoniadamente atractivo. No quiero intimidar a los de la Casa de Diana. Por eso he dejado venir a Sevro. Parece ridículo e infantil, siempre y cuando deje a un lado los cuchillos.

Las dos chicas hacen una mueca desdeñosa cuando ven a Sevro, pero no pueden evitar suavizar la mirada al verme. Bajan más de los árboles. Nos quitan la mayoría de nuestras armas, las que pueden encontrar. Y nos cubren la cara con pieles de animal para que no sepamos cuál es el camino hacia la fortaleza. Cuento los pasos. Sevro también cuenta.

Las pieles huelen a putrefacción. Oigo a los pájaros carpinteros y me acuerdo de la jugarreta de Fitchner. Tenemos que estar cerca, así que hago que tropiezo y me caigo al suelo. No hay arbustos. Nos dan la vuelta de nuevo y nos alejamos de los pájaros carpinteros. Al principio me preocupa que estos cazadores sean más listos de lo que pensaba, pero luego me doy cuenta de que no lo son. Pájaros carpinteros otra vez.

—¡Eh, Tamara! ¡Lo tenemos aquí abajo!

—¡No los subáis aquí, cabezas de chorlito! —grita una chica—. No vamos a dejar que exploren esto a cambio de nada. Pero cuántas veces tengo que… Esperad ahí. Ahora bajo.

Me hacen caminar hacia alguna parte y me empujan contra un árbol.

Un chico habla por encima de mi hombro. Habla con voz pausada y lánguida, como el filo oscilante de un cuchillo.

—Yo digo que les arranquemos la piel de las pelotas.

—Cierra la boca, Tacto. Conviértelos en esclavos y ya, Tamara. Aquí no hay diplomacia que valga.

—Fijaos en la hoja. La puñetera guadaña de un segador.

—Ah, así que es él —dice alguien.

—Yo quiero su espada cuando repartamos el botín. También me gustaría quedarme con su cabellera, si nadie más tiene intención de quedársela.

Tacto parece un chico de lo más antipático.

—Cerrad el pico. Todos —interrumpe de pronto una chica—. Tacto, aparta ese cuchillo.

Me quitan la piel de animal de la cabeza. Sevro y yo estamos en una pequeña arboleda. No veo ningún castillo, pero oigo los pájaros carpinteros. Miro a mi alrededor y recibo un fuerte golpe en la cabeza por parte de un joven esbelto, nervudo, de mirada aburrida y el pelo de color bronce peinado en punta con savia y zumo de bayas rojas.

Tiene la piel oscura como la miel de roble, los pómulos marcados y los ojos hundidos le dan un aspecto de continuo desaire.

—Así que tú eres ese a quien llaman Segador —dice Tacto arrastrando las palabras. Hace oscilar mi hoja con indecisión—. Vaya, pues pareces demasiado guapo para ser peligroso.

—¿Está ligando conmigo? —le pregunto a la chica a quien llaman Tamara.

—Tacto, ¡largo de aquí! Gracias, pero ahora vete —ordena la chica delgada de aspecto combativo.

Lleva el pelo más corto que yo. La flanquean tres chicos enormes. Las miradas furiosas que le lanzan a Tacto confirman mi juicio sobre su carácter.

—Segador, ¿qué haces con un pigmeo? —pregunta Tacto, y señala a Sevro—. ¿Te abrillanta los zapatos? ¿Te quita cosas del pelo? —Suelta una risita—. ¿Es tu mayordomo?

—¡Lárgate, Tacto! —gruñe Tamara.

—Cómo no. —El aludido hace una reverencia—. Me iré a jugar con los demás niños, madre.

Tira la espada al suelo y me guiña un ojo como si solo nosotros dos supiéramos la broma que va a gastar.

—Lo siento —se excusa Tamara—. No es muy educado.

—No pasa nada —respondo.

—Me llamo Tamara de… Casi digo mi familia de verdad —se ríe—. De Diana.

—¿Y ellos? —pregunto por los chicos.

—Mis guardaespaldas. Y tú eres… —Levanta un dedo—. A ver si lo adivino. ¡Segador! Oh, hemos oído cosas de ti. Los de la Casa de Minerva no te quieren nada de nada.

Mi mala reputación hace resoplar a Sevro.

—¿Y él es…? —pregunta con las cejas alzadas.

—Mi guardaespaldas.

—¡Guardaespaldas! ¡Pero si es muy pequeño!

—Y tú pareces una… —ruge Sevro.

—También los lobos lo son —interrumpo la maldición de Sevro antes de que termine de formularla.

—Por aquí tememos más a los chacales que a los lobos.

A lo mejor Casio tendría que haber venido, para que viera que no me he inventado a ese cabrón. Le pregunto sobre el Chacal, pero ella no hace caso de mi pregunta.

—Échame una mano con esto —me ruega Tamara con tono cordial—. Si alguien me fuera a decir que el Segador de la Casa de los Carniceros iba a venir a mi claro del bosque a pedirme un encuentro diplomático, pensaría que es una broma de algún próctor. Así pues, ¿qué es lo que quieres en realidad?

—Quitarme de encima a la Casa de Minerva.

—¿Para que así puedas venir a combatir con nosotros en lugar de hacerlo con ellos? —rezonga uno de los guardaespaldas.

Me dirijo a Tamara con una sonrisa razonable y le digo la verdad.

—Quiero quitarme a Minerva de encima para poder venir aquí y ganaros, claro… y, después, ganar este estúpido juego y destruir vuestra civilización, si me disculpáis.

Se ríen.

—Bueno, eres sincero. Pero no muy listo, por lo que veo. Eso cuadra. Deja que te diga algo, Segador. Nuestro próctor dice que tu casa lleva unos cuantos años sin ganar. ¿Por qué? Porque sois un fuego incontrolado, matarifes. Quemáis todo lo que tocáis en las primeras fases del juego. Lo destruís. Lo devoráis. Destrozáis a las demás casas porque no sois capaces de manteneros por vosotros mismos. Pero cuando no hay nada más que quemar os morís de hambre. Los asedios. El invierno. Los adelantos tecnológicos. Eso mata vuestra sed de sangre, vuestra célebre ira. Así pues, dime, ¿por qué tendría que llegar a un acuerdo con un fuego

incontrolado cuando me basta con sentarme y esperar a que ya no haya nada más que quemar?

Asiento y suelto el cebo.

—El fuego puede ser útil.

—Explícate.

—Puede que nos muramos de hambre mientras miras, pero ¿lo verás siendo la esclava de otra casa? ¿O lo verás desde tu resistente fortaleza con un ejército duplicado de tamaño y listo para barrer las cenizas?

—No es suficiente.

—Te prometo, a título personal, que la Casa de Marte no tolerará ninguna agresión contra la Casa de Diana siempre y cuando no se vulnere nuestro pacto. Si me ayudáis a vencer a Minerva, os ayudaré a vencer a Ceres.

—La Casa de Ceres… —dice, y mira a sus guardaespaldas.

—No seas avariciosa —le advierto—. Si vas a por Ceres por tu cuenta, tanto Marte como Minerva caerán sobre ti.

—Sí. Sí. —Hace un gesto irritado con la mano—. ¿La Casa de Ceres está cerca de aquí?

—Muy cerca. Y tienen pan. —Me fijo en las pieles de animal que llevan sus hombres—. Me imagino que eso sería un cambio agradable después de toda esa carne.

Echa el peso hacia delante, poniéndose de puntillas, y sé que ya la tengo. Negociar siempre con comida. Tomo nota.

Tamara se aclara la garganta.

—Entonces… ¿me estabas diciendo que podía tener un ejército el doble de numeroso?

31

LA CAÍDA DE MUSTANG

Cabalgo vestido para la guerra. Todo de negro. El pelo revuelto y atado con una tripa de cabra. Los antebrazos cubiertos con piezas de protección de duroacero saqueadas durante la batalla. La coraza de duroacero es negra y ligera; desviará cualquier arma de filo menos potente que una espada de iones o un filo. Llevo las botas llenas de barro. La cara pintada con rayas rojas y negras. La falce a la espalda. Cuchillos por todas partes. Nueve tibias rojas y diez lobos cubren el costado de Quietus. Las ha pintado Lea. Cada hueso es un oponente incapacitado, a los que suelen curar los medibots para volverlos a arrojar al combate. Cada lobo es un esclavo. Casio cabalga a mi lado. Refulge. El duroacero que recibió como botín se bruñó hasta que brillaba tanto como su espada o su pelo, que brinca como enrollados muelles de oro alrededor de su regia cabeza. Es como si nunca le hubieran acorralado y meado encima.

—Bueno, bueno, soy la viva imagen del rayo —afirma Casio—. Y tú, mi taciturno amigo, eres el trueno.

—Y entonces ¿yo qué soy? —pregunta Roque, quien espolea a su caballo junto a nosotros. El barro salpica—. ¿El viento?

—De eso estás lleno —le digo con desdén—. De ese caliente.

La casa cabalga detrás de mí. Toda, excepto Quinn y June, que se han quedado de guarnición en el castillo. Es una apuesta. Cabalgamos despacio para que Minerva sepa que nos estamos acercando. Lo que no saben es que ya estuve

allí por la noche, hace solo unas horas, y que Sevro está allí ahora. Aún tengo barro debajo de las uñas.

Los rastreadores de Minerva avanzan a toda prisa por las cimas de las colinas. Hacen como si se burlaran de nosotros, pero en realidad calculan cuántos somos para calibrar mejor cuál es nuestra estrategia. En cambio, se los ve confundidos cuando cabalgamos hacia su región de olivos y hierbas altas. Tan confundidos que retiran a sus rastreadores y los ponen detrás de los muros. Nunca antes hemos ido con las tropas al completo. Los Aulladores, nuestros exploradores, cabalgan a plena vista sobre sus caballos negros, con las capas negras aleteando como las alas de un cuervo. Nuestros asesinos de la clase superior avanzan a la vanguardia del cuerpo principal: el cruel Vixus, Pólux el del rostro rudo, la venenosa Casandra, muchos del grupo de Tito. Los esclavos trotan cerca de sus dueños, de aquellos que los capturaron.

Yo cabalgo al frente, Casio y Antonia me flanquean. Hoy es ella la que lleva el estandarte. Solo hay unos pocos arqueros en los muros, así que le digo a Casio que se asegure de que no nos embosquen por los flancos en caso de que algún minervano ande cerca. Se aleja al galope.

La fortaleza de Minerva está circundada por unos cien metros de tierra estéril que está embarrada por las lluvias torrenciales de la última semana. Ese es el campo de batalla. Entra en ese círculo y los arqueros intentarán matar a tu caballo. Si aun así no retrocedes, intentarán matarte a ti. Casi veinte caballos de las dos casas yacen tirados el campo. Hace apenas dos días, Casio lideró un sangriento asalto contra una partida de guerreros de Minerva hasta las mismas puertas del castillo.

Al otro lado del campo de batalla hay hierba. Oceános de hierba tan alta en algunos sitios que Sevro podría estar de pie sin que lo vieran. Permanecemos al borde del círculo de

barro en medio de un prado de otoñales flores silvestres. La tierra chapotea bajo los pies y Quietus relincha debajo de mí.

—¡Pax! —grito entonces—. ¡Pax!

Vocifero el nombre contra los muros hasta que la puerta principal se abre trabajosamente, tan trabajosamente como se abrió aquella noche en la que Casio y yo nos colamos dentro. Mustang sale a caballo. Avanza despacio, al trote, a través del fango, y se acerca a nosotros. Lo observa todo.

—¿Esto va a ser un duelo? —pregunta con una amplia sonrisa—. ¿Pax, de la Noble y Sabia Minerva, y el Segador de la Casa Sangrienta y Asesina?

—Haces que suene realmente apasionante —dice Antonia con un bostezo. No tiene ni una sola mancha de tierra.

Mustang no le hace ni caso.

—¿Y tú estás seguro de que no tienes a nadie oculto en la hierba esperando a emboscarnos cuando vayamos a apoyar a nuestro campeón? —me pregunta Mustang—. ¿Deberíamos quemarla y así averiguarlo?

—Los hemos traído a todos —replica Antonia—. Ya sabes cuántos somos.

—Sí. Sé contar. Gracias. —Mustang ni siquiera la mira. Solo a mí. Parece preocupada; baja la voz—. Pax te hará daño.

—¡Pax! ¿Qué tal tus pelotas? —pregunto a gritos por encima de la cabeza de Mustang.

Ella hace una mueca cuando de repente suena un golpe de tambor en el interior de la fortaleza. Solo que no es un tambor. Pax sale por la puerta. Golpea con su hacha de guerra contra el escudo. Mustang le grita que se quede atrás y él obedece como un perrito, pero los golpes de hacha en el escudo no cesan. Acordamos jugarnos entre los dos todos los esclavos restantes. Un botín considerable.

—¿No va a ser Cara Guapa el duelista? —pregunta Mustang, y después se encoge de hombros. No le quita la vista de encima a la hierba—. ¿Dónde está tu compañero chalado? Tu sombra, ese que lidera una manada de lobos. ¿Está escondido en la hierba? No quiero que vuelva a aparecer de repente detrás de mí.

Grito el nombre de Sevro. Una mano se alza entre los Aulladores. El barro cubre los rostros que escrutan tapados con las negras capas de lobo. Mustang cuenta. Los cinco Aulladores están presentes. De hecho, todas nuestras tropas lo están, excepto Quinn. Pero Mustang aún no está satisfecha. Tenemos que mover el ejército a seiscientos metros del límite del círculo de barro. Va a quemar toda la hierba que haya a cien metros a la redonda de donde estamos. Cuando la hierba termine de arder, el suelo quemado será el campo del duelo. Diez hombres de su elección se unirán a diez hombres de mi elección para crear un círculo en el que pelear. El resto de los suyos se quedará dentro de la ciudadela y los míos se quedarán a seiscientos metros del círculo.

—¿No te fías de mí? —le pregunto—. No tengo hombres en la hierba.

—Bien. Entonces nadie saldrá ardiendo.

Nadie sale ardiendo. Cuando el fuego disminuye y el suelo es todo cenizas y fuego y barro en el campo de batalla, dejo a mi ejército. Me acompañan diez de mis hombres. Pax golpea su hacha de guerra contra un escudo adornado con la cabeza de una mujer que tiene el pelo lleno de serpientes. Medusa. Nunca antes había luchado contra un hombre que porte escudo. Lleva una armadura ceñida al cuerpo que le cubre todo menos las articulaciones. Sopeso un bastón eléctrico en la mano que me he pintado de rojo y la falce en la mano que me he pintado de negro.

El corazón me late con fuerza mientras el círculo se cierra en torno a nosotros. Casio me hace un gesto para que me mueva. Incluso bajo esa luz débil se le ve radiante de color. Me dirige una sonrisa.

—No dejes de moverte. Esto es como el kravat. —Mira a Pax—. Y tú eres más rápido que este condenado cabrón. ¿A que sí? —Me guiña un ojo. Me da un golpe en el hombro—. ¿A que sí, hermano?

—Y tanto que sí. —Le devuelvo el guiño.

—Trueno y relámpago, hermano. ¡Trueno y relámpago!

Pax tiene el cuerpo de un obsidiano. Mide fácilmente más de dos metros y se mueve como una maldita pantera. En esta gravedad de 0,37 me podría lanzar a treinta metros o más. Me pregunto cuánto puede saltar. Doy un salto para estirar las piernas. Casi tres metros. Le sobrepaso la cabeza con facilidad. Aún se levanta humo del suelo.

—Salta, salta, pequeño saltamontes —refunfuña—. Será la última vez que uses las piernas.

—¿Cómo? —pregunto.

—He dicho que será la última vez que uses las piernas.

—Qué raro… —murmuro.

Me mira, parpadea y frunce el ceño.

—¿Cómo qué… raro?

—Suenas muy femenino. ¿Les ha ocurrido algo a tus huevos?

—Serás…

Mustang se acerca trotando y dice algo sobre que las chicas no se desafían a duelos estúpidos.

—El duelo será…

—Hasta que uno se rinda —dice Pax con impaciencia.

—A muerte —corrijo.

Lo cierto es que da igual. A estas alturas ya solo estoy tocándoles las narices. Lo único que tengo que hacer es dar la señal.

—Hasta que uno se rinda —resuelve Mustang.

Termina con los preparativos y comienza el duelo.

O casi. Una serie de pequeñas explosiones en el cielo indican los estampidos sónicos de los próctores que se acercan desde el Olimpo. Bajan dando vueltas desde su elevada montaña flotante, procedentes de distintas torres. Hoy todos ellos llevan sus símbolos, grandes yelmos de brillante oro. Sus armaduras son espectaculares. No las necesitan, pero les encanta vestirse para la ocasión. Hoy se han traído una mesa. Flota en su propio graviascensor y en ella se apoyan enormes jarras de vino y bandejas de comida para celebrar una cena de gala.

—¡Espero que seamos entretenimiento suficiente! —les grito—. ¿Os importaría arrojarnos un poco de vino? ¡Hace mucho que no lo pruebo!

—¡Mucha suerte con el titán, pequeño mortal! —responde desde arriba Mercurio.

Su cara de niño ríe jovialmente, y se lleva calmoso una jarra a los labios. Parte del vino se derrama y cae cuatrocientos metros desde el cielo hasta mi armadura. Gotea como la sangre.

—Supongo que habrá que darles un espectáculo —truena Pax.

Pax y yo intercambiamos una sonrisa sincera. Después de todo, es un honor que hayan venido todos a mirar. Después, Neptuno, una mujer con un tocado de tridente en la cabeza que se bambolea mientras se traga un huevo de codorniz, nos dice a gritos que empecemos ya y el hacha de Pax me peina las rodillas como una escoba endemoniada. Sé que quiere que salte porque está a punto de cargar con el escudo para aplastarme en el aire como a una mosca. Así que retrocedo un paso, y después me lanzo hacia delante cuando está terminando el golpe con el brazo. Él también se está moviendo, pero hacia arriba, anticipándose a mi

movimiento, así que paso a toda prisa por su brazo derecho y le hundo en la axila el bastón eléctrico con todas mis fuerzas. Este se parte en dos, pero él no se cae ni cuando la electricidad le recorre el cuerpo. En vez de eso, me devuelve un golpe tan fuerte que salgo volando al otro lado del círculo y caigo en el barro. Me rompe un molar. Me deja la boca llena de sangre y barro. Me da un latigazo en el cuello. Ruedo por el suelo.

Me pongo de pie tambaleante con la falce. Estoy cubierto de barro. Echo un vistazo a los muros. El ejército de Minerva rodea el parapeto: no han podido resistirse a ver cómo luchan los campeones. Este es el momento. Podría dar la señal. Las puertas están abiertas por si tienen que enviar ayuda. Nuestro jinete más cercano está a seiscientos metros: demasiado lejos. Lo tengo previsto. Pero no doy la señal. Hoy quiero tener mi propia victoria, aunque sea un egoísta. Mi ejército tiene que saber por qué soy el líder.

Vuelvo a meterme dentro del círculo. No tengo nada ingenioso que decir. Él es más fuerte. Y yo, más rápido. Es lo único que hemos averiguado el uno del otro. Esta no es la forma de luchar de Casio. No son movimientos elegantes. Solo brutalidad. Me golpea fuertemente con el escudo. Me quedo cerca para que no pueda alcanzarme con el hacha. El escudo me está destrozando el hombro. Cada golpe que me asesta es un tormento en la muela. Me embiste de nuevo con el escudo, pero yo doy un salto, se lo tiro con la mano izquierda y me impulso por encima de él. Cojo rápidamente un cuchillo de la muñeca y le apuñalo los ojos cuando lo tengo cerca. No acierto el golpe y le araño la visera de su yelmo.

Abro un poco de distancia entre los dos, busco un cuchillo e intento un truco conocido. Se cubre desdeñosamente del cuchillo con el escudo, pero cuando lo baja para mirarme ya estoy en el aire y aterrizo sobre el

escudo con todo mi peso. Lo repentino del movimiento hace que baje el escudo un poco. Me valgo de la mano que me queda libre y le meto barro dentro del yelmo.

No puede ver nada. Lleva el hacha en una mano y el escudo en la otra. No puede limpiarse la visera con ninguna. Sería todo más fácil si lo hiciera. Pero no puede. Le asesto repetidos golpes en la muñeca hasta que suelta el hacha. Recojo esa arma monstruosa y lo golpeo con ella el yelmo. Aun así, la armadura sigue sin romperse. Casi me deja inconsciente con el escudo. Vuelvo a darle otro golpe con el hacha y Pax se derrumba al fin. Me desplomo sobre una rodilla, jadeante.

Después aúllo.

Todos aúllan.

Los aullidos llenan la tierra de Minerva. Aullidos de mi distante ejército. Aullidos de los diez mortíferos superiores que contribuyeron a trazar el círculo de este duelo. Aullidos del campo de batalla. Mustang escucha el espantoso sonido que hay detrás de ella y hace girar a su caballo. En su rostro se refleja el terror. Aullidos de los próctores que se parten de risa, menos Minerva, Apolo y Júpiter. Aullidos de las entrañas de los caballos muertos en medio del campo de batalla. Los que están cerca del portón abierto.

—¡Están en el barro! —grita Mustang.

Casi acierta. Pero piensa como un dorado. Alguien grita cuando ve a Sevro y a sus Aulladores abrirse camino a través de las tripas cosidas de los caballos muertos e hinchados que están esparcidos por el barro hasta la entrada. Como si fuera el parto de unos demonios, reptan saliendo de las entrañas abultadas y los estómagos abiertos. Media veintena de los mejores soldados de la Casa de Diana salen con ellos. Tacto y su pelo de punta brotan de la panza de una yegua blanca. Corre con Hierbajo, Cardo y Payaso.

Todos a una distancia de cincuenta metros de las puertas que se abrían pesadamente.

Los guardias minervanos están todos de pie en las murallas contemplando el duelo. No logran contener la repentina embestida de los soldados demonio cerrando las pesadas puertas. Apenas consiguen montar los arcos antes de que Sevro, los Aulladores y nuestros aliados se deslicen por la puerta que se cierra. En el otro lado de la ciudadela, los soldados de la Casa de Diana estarán escalando los muros lentamente con esas cuerdas que usan para subirse a sus estúpidos árboles. Sí. Ahora suena el silbido del otro lado. Un guardia los ha visto allí. Nadie irá a ayudarle. Mi ejército avanza, incluso los falsos Aulladores que tomamos prestados de Diana y que disfrazamos para que se parecieran a Sevro y su banda.

Destruimos a la Casa de Minerva en cuestión de minutos. Arriba en lo alto, los próctores siguen riéndose y aullando. Creo que están borrachos. Todo ha terminado antes de que Mustang pueda hacer algo excepto atravesar al galope el enlodado campo por la hierba aún humeante. Una docena de caballos parte en su persecución. Vixus y Casandra entre ellos. La cogerán antes de que caiga la noche, y como he visto lo que Vixus le hace a las orejas de sus prisioneros, monto en Quietus y salgo también tras ella.

Mustang abandona su caballo al borde de un pequeño bosque que hay hacia el sur. Desmontamos y dejamos a tres hombres de guardia por si se da la vuelta. Casandra se adentra en el bosque. Vixus me sigue, acechándome de manera deliberada como si yo supiera dónde se esconde Mustang. No me gusta esto. No me gusta estar en el bosque con Vixus y con Casandra. Bastaría con una espada en la columna. Cualquiera de los dos lo haría. A diferencia de Pólux, ellos dos aún me odian; y mis Aulladores y Casio están lejos. Pero no aparece ningún cuchillo.

Doy con Mustang por accidente. Dos ojos dorados escudriñan desde un hoyo lleno de barro. Se encuentran con los míos. Vixus está conmigo. Suelta algunas feas palabras sobre las ganas que tiene de domar a esa condenada yegua, ver la pinta que tiene con la brida puesta. Allí de pie, mirando los arbustos de manera lasciva y maliciosa, parece retorcido, perverso y malvado, como un árbol marchito después de un fuego. Tiene menos grasa corporal que nadie a quien yo haya visto nunca, y las venas y los tendones se le marcan en la piel tensa. Se pasa la lengua por los dientes perfectos. Sé que me está provocando, así que me lo llevo lejos del hoyo embarrado.

Eo no se merecía morir siendo una esclava de la Sociedad. Y a pesar de su color, Mustang no se merece ninguna brida.

32

ANTONIA

He pasado esta prueba. La interminable guerra con la Casa de Minerva ha acabado. Y he atrapado a la Casa de Diana.

La Casa de Diana tenía tres opciones antes de la batalla. Podrían haberme traicionado contándole nuestro plan a Minerva y esclavizar a los de mi casa, pero eso habría hecho que Casio enviara piquetes para que interceptaran a cualquier posible jinete. Podrían haber aceptado mi propuesta. O podrían haber ido a nuestro castillo e intentar tomarlo. Esa opción no podría importarme menos. Era una trampa. No dejamos nada de agua dentro y los podríamos haber sitiado con facilidad.

Ahora tienen la fortaleza de Minerva y nosotros estamos fuera en las llanuras. Podrían honrar el acuerdo. Nosotros tendríamos el estandarte, ellos la ciudadela y a todos sus habitantes. Pero sé que se volverán avariciosos. Y lo hacen. Las puertas se cierran y creen que tienen un bastión estratégico. Bien. Por eso he dejado a Sevro dentro con ellos.

No tarda en alzarse un penacho de humo. Sevro destruye los almacenes de comida mientras ellos esclavizan a los minervanos y protegen los muros contra mi ejército. Después contamina los pozos con heces y se esconde con sus Aulladores en el sótano.

La Casa de Diana no está acostumbrada a este tipo de guerra. Nunca habían dejado los bosques. No cuesta mucho esperarlos fuera. Tres días en el interior y se sorprenden de que no nos vayamos. En lugar de eso acampamos al norte y al sur de la ciudadela con los caballos y encendemos

hogueras por todas partes para que no puedan escabullirse de noche. Están sedientos. Su líder, Tamara, no me recibe. Se siente demasiado avergonzada por verse descubierta en su traición.

Al final, al cuarto día, Tamara me ofrece diez esclavos minervanos y todos nuestros soldados esclavizados si le franqueamos el paso a casa. Envío a Lea para decirle que puede irse al infierno. Lea se ríe como una niña cuando vuelve. Se sacude el pelo, me agarra del brazo y se acerca inclinándose para hacer una imitación burlona de la desesperación de Tamara.

—¡Ten decencia! —grita—. ¿Es que no eres un hombre de palabra?

Cuando, a la quinta noche, tratan de salir, los capturamos a todos. Excepto a Tamara. Se cayó del caballo y murió pisoteada en el barro.

—Han cortado su silla de montar en la parte de abajo. —Sevro me enseña la cincha de cuero limpiamente cortada—. ¿Tacto?

—Lo más probable.

—Su madre es senadora, el padre es pretor. —Sevro escupe—. Lo conocí cuando éramos niños. Golpeó a una chica hasta casi matarla porque no quería besarlo en la mejilla. Un cabrón demente.

—Déjalo correr —le recomiendo—. No podemos probar nada.

Tacto es nuestro esclavo, igual que toda la Casa de Diana y de Minerva. Incluso Pax. Me quedo con Casio y con Roque montados en nuestros caballos mientras miramos cómo los nuevos esclavos apilan madera y heno por toda la fortaleza de Minerva. Encienden un enorme fuego y nosotros tres brindamos por la victoria.

—Esta es la barra de mérito que te falta —me dice Casio—. Eso te convierte en primus, hermano. —Me da un

golpecito en el hombro y solo veo una chispa de celos en sus ojos—. No podría haber una elección mejor.

—Señor en las alturas, nunca pensé que podríamos ver esta faceta de nuestro atractivo amigo —se sorprende Roque—. ¡Humildad! Casio, ¿eres tú de verdad?

Casio se encoge de hombros.

—Este juego no es más que un año de nuestras vidas, o quizá menos. Después de eso, vendrán nuestros periodos de aprendizaje o los institutos. Después de eso, seguiremos con nuestra vida. Pero me alegro de que nosotros tres estuviéramos en la misma casa: habrá recompensas justas para todos tarde o temprano.

Le aprieto los hombros con fuerza.

—Estoy de acuerdo.

Sigue mirando al suelo, incapaz de mirarnos a los ojos hasta que recobra la voz.

—Yo… Puede que aquí haya perdido un hermano. Ese dolor no se disipará nunca. Pero siento que he ganado dos más. —Levanta la mirada—. Y lo digo en serio, chicos. Lo digo condenadamente en serio. Aquí tendremos que portarnos con orgullo. Ganar a más casas, ganar el juego; pero mi padre necesitará oficiales para las naves de su armada… si os interesa, claro. La Casa de Belona siempre necesita pretores para hacernos más fuertes.

Lo dice con timidez, como si tuviéramos algo mejor que hacer.

Le aprieto de nuevo el hombro y asiento incluso cuando Roque dice algo superingenioso sobre ser político porque prefiere enviar a la gente a su muerte en vez de morir él. A los Hijos de Ares se les caería la baba si me convirtiera en pretor de la Casa de Belona.

—Y no te preocupes, Roque, que le hablaré a mi padre de tu poesía —bromea Casio—. Siempre ha querido tener un bardo guerrero.

—Por supuesto. —Roque se hincha de orgullo—. Asegúrate de que el querido emperador Belona sepa que soy un maestro con la metáfora y un bellaco con la asonancia.

—Roque el bellaco, ay, Dios.

Me río mientras Sevro cabalga con Quinn y una chica montada en un tipo de caballo que no había visto nunca. La chica lleva una bolsa que le cubre la cabeza. Quinn la anuncia como una emisaria de la Casa de Plutón.

Se llama Lilath y la encontraron esperando al borde del bosque. Desea hablar con Casio.

Lilath fue alguna vez una chica con cara de luna llena y mejillas que antes sonreían pero ya no. Ahora son macilentas, con quemaduras recientes, llenas de marcas y crueles. Sabe lo que es el hambre y hay en ella una frialdad que no reconozco. Estoy asustado. Me siento como Mickey cuando él me vio a mí. Yo era algo frío y silencioso que él no comprendía. Ella es igual. Es como mirar un pez de un río subterráneo.

Las palabras de Lilath llegan lentas y quedan suspendidas en el aire.

—Vengo de parte del Chacal.

—Llámalo por su verdadero nombre, si no te importa —le sugiero.

—No he venido para hablar contigo —me replica sin un ápice de emoción en la voz—. He venido para hablar con Casio.

Su caballo es pequeño y flaco. Tiene los cascos mellados. Los atavíos de más que lleva hacen que la silla de montar parezca gruesa. No veo más armas que una ballesta. Son una casa de montaña: más ropa para un clima frío, caballos más pequeños para caminatas más duras. A no ser que se trate de un engaño. Le pido que me enseñe su anillo: es un árbol fúnebre, el ciprés de Plutón. Las raíces se hunden en la

tierra. Le faltan dos dedos. Lleva los muñones cauterizados con abrasiones, lo que significa que tienen armas iónicas. El pelo le repiquetea cuando se mueve. No sé por qué.

Me echa una ojeada silenciosa, como si me estuviera comparando con su amo.

Al parecer, salgo perdiendo.

—Casio au Belona, mi amo quiere al Segador. —Sigue hablando antes de que ninguno de nosotros pueda decir una sola palabra. Estamos demasiado sorprendidos—. Vivo. Muerto. Nos da igual. A cambio, recibirás cincuenta de estos para tu… ejército.

Le lanza dos hojas de iones.

—Dile a tu amo que debería venir él mismo a verme —tercio.

—No hablo con chicos muertos —le dice Lilath al aire—. Mi amo ha marcado al Segador. Antes de que llegue el invierno, estará muerto. A manos de uno o de otro.

—Puedes irte al infierno —responde Casio.

Ella le lanza un pequeño morral.

—Para ayudarte a decidir.

No vuelve a decir nada. Quinn levanta las cejas y se sacude la confusión de encima con un encogimiento de hombros mientras se lleva a Lilath.

Miro el pequeño morral que tiene Casio entre las manos. La paranoia se apodera de mí. ¿Qué hay ahí dentro?

—Ábrelo —le pido.

—No. Esa está tan loca como un violeta —se ríe Casio—. No hay que dejar que nos infecte.

Aun así, se mete el morral en la bota. Quiero gritarle que lo abra, pero sonrío como si no hubiera nada de lo que preocuparse.

—A esa chica le pasaba algo raro. No parecía humana —comento con tono despreocupado.

—Parecía uno de nuestros lobos muertos de hambre. —Casio da varios golpes con la hoja de iones. El aire chilla—. Al menos tenemos un par de estos. Ahora te puedo enseñar a batirte en duelo como es debido. Esto atraviesa la duroarmadura sin problemas. Son chismes peligrosos, la verdad.

El Chacal ha oído hablar de mí. Ese pensamiento me da escalofríos. Las palabras de Roque me ponen peor, si cabe:

—¿Os disteis cuenta de cómo le repiqueteaba el pelo? —pregunta. Está pálido—. Llevaba dientes atados en las trenzas.

Tenemos que prepararnos para hacer frente al ejército del Chacal. Y eso implica consolidar mis fuerzas y eliminar las amenazas que queden. Necesito destruir los restos de la Casa de Diana en los Grandes Bosques. Y necesito la Casa de Ceres. Envío a Casio con los Aulladores y una docena de jinetes para acabar con los últimos combatientes de la Casa de Diana. Me traigo de vuelta al castillo a los esclavos y al resto de mi ejército para estar preparados para la llegada del Chacal. Aún no he planeado nada, pero estaré listo si asoma la cabeza.

—Después de dormir en caballos muertos, ¡la peste de los Aulladores los echará de los Grandes Bosques! —suelta Casio con una carcajada, y espolea al caballo para alejarse de la columna principal—. Les echaré a Trasgo encima y estaré de vuelta antes de que os hayáis metido en la cama.

Sevro no quiere marcharse sin mí. No entiende por qué Casio lo necesita para limpiar los restos de Diana. Le digo la verdad:

—Casio tiene un morral en la bota, el que le dio Lilath. Quiero que se lo robes.

Sus ojos no me juzgan. Ni siquiera ahora. Hay momentos en los que me pregunto qué he hecho para merecerme una

lealtad así, y otros en los que no quiero tentar a la suerte mirándole el diente al caballo regalado.

Esa noche, mientras Casio acorrala a Diana en los bosques, el resto de mi ejército goza de un festín en las tierras altas, detrás de los altos muros del castillo de Marte. El torreón está limpio y en la plaza se respira alegría. Incluso los esclavos reciben la cabra asada con tomillo y el venado rociado con aceite de oliva que ha cocinado June. Yo lo vigilo todo. La vergüenza hace que los esclavos bajen la mirada cuando paso, incluso Pax. El lobo aullador que lleva ahora en su frente le ha vapuleado el orgullo. El único que me mira a los ojos es Tacto. Tiene una piel del color de la miel oscura, parecida a la de Quinn, pero sus ojos me recuerdan a los de una víbora.

Me guiña un ojo.

Tras mi victoria sobre Pax, la clase superior por fin parece haber aceptado mi liderazgo, incluso Antonia. Me recuerda a cómo me trataban por la calle después de que Mickey me tallara. Aquí yo soy el dorado. Soy el poder. Es la primera vez que me siento así desde que condené a Tito a muerte. Pronto bajará Fitchner y me dará la mano del primus de la piedra y todo irá bien.

Roque, Quinn, Lea y ahora Pólux comen conmigo. Incluso Vixus y Casandra, que suelen sentarse con Antonia, han venido a felicitarme por la victoria. Ríen y me dan palmaditas en el hombro. Cipio, el juguete de Antonia, está contando el abundante número de esclavos. Antonia no se atreve a cruzarse en mi camino, pero sí que inclina la dorada cabeza con gesto aprobador. Los milagros existen.

Soy el primus. Tengo cinco barras doradas. Pronto vendrá Fitchner para hacer los honores. La Casa de Ceres caerá por la mañana. Los superamos por más de tres a uno. Con los

cereales podré alimentar a mi ejército y su fortaleza nos servirá como base de operaciones. De ese modo tendré el poder de cuatro casas. Arrasaremos lo que quede en el norte, y después bajaremos al sur antes de que caigan las primeras nevadas. Entonces me enfrentaré al Chacal.

Roque viene a ponerse de pie a mi lado mientras observamos el festín.

—He estado pensando en besar a Lea —me dice de repente.

Vuelvo la mirada hacia ella y la veo riéndose con varios intermedios cerca de una de las fogatas. Ahora lleva el pelo corto, y nos dedica una mirada, bajando coquetamente la cabeza cuando se encuentra con la de Roque. Él también se sonroja y aparta la vista.

—Yo creí que no te gustaba. Te sigue a todas partes como un cachorrito —me río.

—Bueno, sí. Al principio no me fascinaba porque creía que se estaba aferrando a mí como alguien… a una balsa salvavidas para no ahogarse. Pero… ha madurado…

Le echo una ojeada y rompo a reír. No puedo dejar de hacerlo.

Parecemos lobos de color rubio. Estamos más delgados que cuando empezó el Instituto. Más sucios. Tenemos el pelo más largo. Cicatrices. Yo más que la mayoría. Me he vuelto demasiado dependiente de la carne roja. Tengo una muela rota. Pero me río. Me río hasta que mi muela ya no puede más. Me había olvidado de que somos personas, chicos que pueden colarse por alguien.

—Bueno, no desperdicies el primer beso. Es mi único consejo.

Le sugiero que la lleve a algún sitio especial. Que la lleve a algún sitio que signifique algo para él, o para los dos. Yo llevé a Eo a mi perforadora: Loran y Barlow hicieron bromas a costa de eso. La perforadora estaba apagada y en un túnel

de ventilación, así que no teníamos que llevar los protectores de la escafandra, solo teníamos que vigilar que no hubiera víboras. Aun así, ella sudaba de la emoción. Tenía el pelo pegado al rostro, a la nuca. Me agarraba la muñeca con mucha fuerza y solo me la soltó cuando sabía que me tenía. Cuando la besé.

Sonrío y le deseo buena suerte a Roque con un palmada en el trasero. El tío Narol dice que es tradición. Conmigo usó la parte el dorso de la falce. Creo que estaba mintiendo.

Esa noche sueño con Eo. No suelo dormir sin soñar con ella. Las literas de la torre alta están vacías. Roque, Lea, Casio, Sevro y los Aulladores se han ido. Excepto Quinn, todos mis amigos están fuera. Soy el primus, pero me siento muy solo. El fuego chisporrotea. Entra el viento frío del otoño. Gime como el viento de los túneles abandonados en la mina y me hace pensar en mi esposa.

Eo. Echo de menos su calidez a mi lado en la cama. Echo de menos su cuello. Echo de menos besar su piel suave, oler su pelo, saborear su boca mientras me susurraba que me quería.

Entonces oigo pasos y ella desaparece.

Lea entra de pronto por la puerta del dormitorio. Habla de manera atropellada. Apenas puedo entenderla. Me pongo a su lado con mi imponente altura y le pongo una mano en el hombro para calmarla. Es imposible. Me mira con ojos desorbitados desde detrás del pelo corto.

—¡Roque! —ulula—. Roque se ha caído en una grieta. Se ha roto las piernas. ¡No puedo alcanzarlo!

La sigo de manera tan apresurada que ni siquiera me llevo la capa o la falce. El castillo duerme salvo por los guardias. Volamos a través del portón. Nos olvidamos de los caballos. Le grito a uno de los guardias que venga a ayudarme. No me paro a mirar si lo hace. Lea corre delante de mí, guiándome hacia el valle y después subiendo hacia

las colinas del norte, al barranco de la montaña donde encendimos los primeros fuegos como tribu. La niebla es densa. La noche, oscura. Y me doy cuenta de lo estúpido que soy.

Es una trampa.

Dejo de seguir a Lea. No se lo digo. No sé si vendrán por mi espalda, así que me arrojo al suelo sobre la tripa y me arrastro hasta una hondonada para ocultarme entre la niebla. Me pongo helechos encima. Ahora los oigo. Ruido de espadas. De pies y de picas eléctricas. Imprecaciones. ¿Cuántos son? Lea grita mi nombre, presa del pánico. Ya no está sola. Me ha llevado hasta ellos. Oigo al retorcido Vixus. Huelo las flores de Casandra. Siempre está frotándose con ellas para disimular su olor corporal.

Se llaman unos a otros en medio de la niebla. Saben que he descubierto la trampa. ¿Cómo puedo volver hasta mi ejército? No me atrevo a moverme. ¿Cuántos son? Me están buscando. Si echo a correr, ¿conseguiré escapar? ¿O terminaría en la punta de una espada? Tengo dos cuchillos en las botas. Eso es todo. Los saco.

—¡Eh, Segador! —grita Antonia desde la niebla. Está en algún lugar sobre mi cabeza—. ¡Intrépido líder! Eh, Segador. No hace falta esconderse, cariño. No nos vuelve locos que vayas dándonos órdenes como si fueras nuestro rey. Tampoco estamos tan indignados como para clavarte puñales en los ojos. Qué va. ¿Cariño?

Gritan burlas, intentando herir mi vanidad. Nunca he tenido mucha, pero no pueden entenderlo. Una bota se acerca a mi cabeza. Unos ojos verdes escudriñan en la oscuridad. Creo que me ven. No lo hacen. Visores nocturnos. Alguien les ha dado visores nocturnos. Oigo a Vixus y a Casandra. Antonia empieza a ofuscarse.

—Segador, como no salgas a jugar habrá consecuencias. —Suspira—. ¿Que qué consecuencias, te preguntarás?

Bueno, le rajaré la garganta a Lea hasta que encuentre su columna. —Oigo un grito agudo y breve cuando Antonia agarra a Lea del pelo—. La amante de Roque…

No salgo. Maldita sea. No salgo. Mi vida no es solo mía. Es la de Eo, la de mi familia. No puedo echarla a perder, ni por mi orgullo, ni por Lea, ni por evitar el dolor de perder a otro amigo. ¿Tienen también a Roque?

Me duele la mandíbula. Aprieto los dientes. La muela me mata. Antonia no lo hará.

No es capaz.

—Última oportunidad, cariño. ¿No? —Se oye un sonido como de carne, seguido de un gorgoteo y el ruido sordo de un cuerpo que se desploma en el suelo—. Qué pena.

Dejo escapar un grito silencioso cuando veo que un medibot aúlla en medio de la niebla nocturna. A pesar de todo el poder que tengo en mis manos, en mi cuerpo, no tengo ningún poder para detener esto, para detenerlos a ellos.

No me muevo hasta que llegan las primeras horas del día, cuando estoy seguro de que se han ido. Los medibots no se han llevado el cuerpo de Lea. Los próctores lo han dejado para que sepa que ha muerto, para que no pueda aferrarme a la esperanza de que haya sobrevivido. Qué malnacidos. Su cuerpo se ve frágil en la muerte. Como un pajarillo que ha caído del nido. Construyo un túmulo encima de ella. Aunque las piedras son altas, no mantendrán alejados a los lobos.

No encuentro el cuerpo de Roque, así que no sé qué ha sido de mi amigo. ¿Está muerto?

Me siento como un fantasma cuando me abro paso entre las montañas, rodeando el castillo para evitar a los secuaces de Antonia. Cojo el camino por el que regresará Casio de los Grandes Bosques, ocultándome entre los arbustos para no ser visto. Es mediodía cuando regresa al frente de una

columna de caballos y esclavos. Espolea a su caballo hacia delante para recibirme cuando salgo de los arbustos.

—¡Hermano! —grita—. ¡Te he traído un regalo! —Desmonta de un salto y me da un abrazo antes de sacar uno de los tapices de Diana y pasármelo encima de los hombros. Se aparta de mí—. Estás pálido como un fantasma. ¿Qué te pasa?

Me quita una hoja del pelo. Quizá sea entonces cuando ve la tristeza de mis ojos.

Sevro cabalga detrás de él mientras les cuento lo que ha pasado.

—Qué zorra —murmura Casio. Sevro está callado—. Pobre Lea. Pobre Lea. Era encantadora. ¿Crees que Roque está muerto?

—No lo sé —confieso—. No lo sé.

—Condenados.

Casio menea la cabeza.

—Algún próctor ha tenido que darle a Antonia visores nocturnos —especula Sevro—. O la sobornó el Chacal. Eso encaja.

—¿Eso qué importa? —grita Casio, y hace un aspaviento con un brazo—. Roque puede estar herido o muerto en alguna parte, tío. ¿Es que no te entra en la cabeza? —Me agarra de la nuca y acerca su frente contra la mía—. Lo encontraremos, Darrow. Encontraremos a nuestro hermano.

Asiento, con una sensación de entumecimiento en el pecho.

Antonia no regresó al castillo. Ni tampoco lo hicieron sus secuaces, Vixus y Casandra. No lograron matarme y ahora han huido. Pero ¿adónde?

Quinn agita las manos en el aire y nos grita en cuanto atravesamos la entrada.

—¡Por todas las condenadas llamas, no sabía dónde estabais! Había cuatro veces más esclavos que gente de

nuestra casa hasta que habéis llegado. Pero no pasa nada. No pasa nada. —Coge la mano de Casio cuando le contamos lo que ha sucedido. Los ojos se le inundan de lágrimas por Lea, pero se niega a creer que Roque esté muerto. No deja de sacudir la cabeza—. Podemos enviar a los esclavos para que busquen a Roque. Probablemente esté herido o escondiéndose en alguna parte. Eso es. Tiene que ser eso.

No lo encontramos. Lo busca todo el ejército. Ni rastro. Nos reunimos en la sala de guerra alrededor de la larga mesa.

—Tal vez esté muerto en el fondo de una zanja —dice Sevro esa noche.

Estoy a punto de pegarle. Pero tiene razón.

—Ha sido el Chacal —murmuro.

—Que se joda.

—¿Perdón?

—Lo que quiere decir Sevro es que da igual si lo hizo él. Ahora no podemos hacer nada contra el Chacal. Incluso si intentó quitarte la vida, no estamos en condiciones de hacerle daño —añade Quinn—. Encarguémonos primero de nuestros vecinos.

—Ridículo —masculla Sevro.

—Qué sorpresa, parece que el Trasgo no está de acuerdo —suelta bruscamente Casio—. Habla más alto si tienes algo que escupir, pigmeo.

—No me hables con esos humos —le responde Sevro con una mueca de desdén.

Casio suelta una risita.

—Y tú no me mees el pie porque solo me llegas a las rodillas.

—Soy igual que tú en todo.

Sevro tiene una expresión tal que me echo hacia delante de golpe, con miedo de que de pronto Casio tenga un cuchillo en el ojo.

—¿Igual? ¿En qué? ¿Origen? —Casio sonríe de oreja a oreja—. Ah, espera, quería decir altura, apariencia, inteligencia y dinero. ¿Sigo?

Quinn le da una fuerte patada a la silla.

—¿Qué demonios te pasa? —se encara Quinn—. Da igual. Pero cierra la bocaza.

Sevro baja la mirada al suelo. Quiero ponerle una mano en el hombro.

—¿Qué estabas diciendo, Sevro? —pregunta Quinn.

—Nada.

—Vamos.

—Ha dicho que nada —suelta Casio con una risita.

—Casio. —Se calla con el mero sonido de mi voz—. Sevro, por favor.

Sevro levanta los ojos del suelo y me mira, con las mejillas inflamadas de ira.

—Solo que me parecía que no deberíamos estar aquí rascándonos el culo mientras el Chacal campa por ahí a sus anchas. —Se encoge de hombros—. Mándame al sur, deja que me encargue.

—¿Encargarte? —pregunta Casio—. ¿Qué vas a hacer? ¿Matar al Chacal?

—Sí. —Sevro mira a Casio en silencio—. Le clavaré una daga en la garganta y luego le abriré un agujero hasta que le vea el espinazo.

La tensión es tan fuerte que me pone nervioso.

—No lo dices en serio —susurra Quinn.

—Sí que lo dice en serio. —Casio arruga la frente—. Y está equivocado. No somos monstruos. Al menos, no lo somos tú y yo, Darrow. Los pretores de Belona no somos de sacar cuchillos en la oscuridad. Tenemos quinientos años de honor que salvaguardar.

—Un montón de mierda y mentiras.

Sevro lo desdeña con un gesto de la mano.

—Según como te eduquen.

Casio levanta un poco la nariz.

Sevro tuerce la boca en un gesto cruel.

—Eres un florecilla si te crees todo eso. ¿Crees que tu papi se convirtió en emperador comportándose con honor?

—Llámalo caballerosidad, Trasgo. No sería correcto asesinar a alguien a sangre fría, especialmente en la escuela.

—Estoy de acuerdo con Casio —digo, rompiendo mi silencio.

—Menuda sorpresa.

Sevro se levanta para marcharse de repente. Le pregunto adónde va.

—Está claro que aquí no me necesitáis. Ya tenéis todos los consejos que necesitáis.

—Sevro.

—Voy a buscar en las zanjas. Otra vez. Pero los Belona no haríais eso, no sea que os fuerais a ensuciar vuestras preciosas rodillas.

Le hace a Casio una reverencia sarcástica antes de marcharse.

Quinn, Casio y yo nos quedamos en la sala de mapas hasta que Casio, entre bostezos, dice algo entrar en fase REM antes de que el sol despunte dentro de unas seis horas. Quinn y yo nos quedamos solos. Se ha dejado el pelo corto y desfilado, aunque el flequillo le cae justo por encima de los ojos entornados. Se sienta encorvada en la silla, como un chico, toqueteándose las uñas.

—¿Qué estás pensando? —me pregunta.

—En Roque… y en Lea.

Oigo el borboteo en la cabeza. Con él llegan los ecos de todos los sonidos de la muerte. El chasquido de Eo. El silencio de Julian mientras se retorcía en su propia sangre. Soy el Segador y la muerte es mi sombra.

—¿Solo eso? —pregunta.

—Será mejor que todos durmamos un poco —es mi respuesta.

No dice nada y me observa cuando me alejo.

33

DISCULPAS

Casio me despierta en mitad de la noche.

—Han encontrado a Roque —dice en voz baja—. Está hecho un desastre. Ven.

—¿Dónde?

—Al norte. No pueden moverlo.

Cabalgamos, alejándonos del castillo bajo la luz de las dos lunas. Una temprana nevada invernal llena el aire de danzantes neviscas. El chapoteo del barro nos acompaña mientras nos dirigimos hacia el Metas norte. Nada se oye salvo el borboteo del agua y el viento entre los árboles. Restregándome el sueño de los ojos, vuelvo la mirada a Casio. Tiene nuestras dos espadas iónicas y de repente se me abre un agujero en el estómago cuando me doy cuenta de lo que ocurre. No sabe dónde está Roque. Pero sabe algo más.

Sabe lo que he hecho.

Esta es una trampa de la que no puedo escapar. Supongo que en la vida hay momentos así. Es como mirar fijamente al suelo mientras caes desde lo alto. Ver cómo se acerca el final no significa que puedas esquivarlo, arreglarlo, impedirlo.

Cabalgamos durante veinte minutos más.

—No fue ninguna sorpresa —dice Casio de repente.

—¿El qué?

—Sabía desde hace un año que Julian iba a morir. —La nieve cae en silencio mientras avanzamos juntos por el barro. El impetuoso caballo galopa bajo mi cuerpo. Paso a paso a través del barro—. Lo hizo fatal en la prueba. Nunca

fue el más listo, no como ellos querían. Sí, era bondadoso y listo con las emociones: podía sentir la tristeza o el enfado enseguida. Pero la empatía es algo de los colores inferiores.

No digo nada.

—Hay enemistades que no cambian nunca, Darrow. Perros y gatos. Hielo y fuego. Augusto y Belona. Mi familia y la del archigobernador.

Los ojos de Casio están fijos en el frente, incluso cuando su caballo tropieza y el vaho de su aliento se condensa en el aire.

—Así que, a pesar de lo que presagiaba, Julian estaba entusiasmado cuando recibió la carta de admisión estampada personalmente con el sello del archigobernador. Ni a mí ni a mis hermanos nos parecía bien. Nunca pensamos que Julian fuera del tipo de los que lo consiguen. Lo quería, todos mis hermanos y mis primos lo querían; pero ya lo conociste. Ay, ya lo conociste: no era el más espabilado, pero tampoco el más bobo; no habría sido del uno por ciento de la cola. No hacía falta eliminarlo del repertorio. Pero llevaba el nombre de Belona. El nombre que desprecia nuestro enemigo. Así que nuestro enemigo usó la burocracia, usó su título, los poderes que le fueron debidamente conferidos para asesinar a un buen chico.

»Rechazar una invitación del Instituto es un acto ilegal. Y él estaba encantado, y nosotros, mi madre, mi padre, mis hermanos, primos y seres queridos, todos estábamos llenos de esperanza en él. Se había esforzado mucho. —Su voz adquiere un tono burlón—. Pero al final lo echaron a los lobos. ¿O debería decir al lobo?

Detiene su caballo de pronto, y me fulmina con la mirada.

—¿Cómo lo has descubierto? —pregunto, clavando la mirada delante de mí, en el agua oscura.

Los copos de nieve desaparecen en la superficie negra. Las montañas no son más que montículos en sombras. El río

borbotea. No desmonto.

—¿Que fuiste tú quien le hizo el trabajo sucio a Augusto? —Se ríe con tono despectivo—. Confiaba en ti, Darrow. No tenía necesidad de ver lo que me envió el Chacal. Pero cuando Sevro intentó robármelo mientras dormía en los Grandes Bosques, supe que ocurría algo. —Se da cuenta de mi reacción—. ¿Qué? ¿Pensabas que te juntabas con lerdos?

—Sí. A veces.

—Pues lo vi esta noche.

Era un holo.

Con lo de Roque y lo de Lea, me había olvidado de lo del paquete. Y mejor que lo hubiera hecho. Habría sido mejor si hubiera confiado en él y no hubiera enviado a Sevro a robárselo. Quizás así no le habría dado importancia. Quizás así las cosas habrían sido distintas.

—¿Lo viste? —le pregunto.

—Un holo en el que se ve cómo matas a Julian, «hermano».

—El Chacal tenía un holo —digo asqueado—. Su próctor se lo entregó entonces. Eso significa que el juego está amañado. Supongo que te da igual que el Chacal sea el hijo del archigobernador y que te esté manipulando para que te libres de mí.

Tuerce el gesto.

—No sabías que el Chacal era su hijo, ¿eh? Imagino que lo reconocerías si lo vieras, y por eso envió a Lilath.

—No lo reconocería. Nunca he visto a la progenie de ese cabrón. Los mantuvo apartados de nosotros antes del Instituto. Y mi familia me mantuvo alejado de él después de…

La voz se le quiebra cuando se le pierde la mirada en algún lejano recuerdo.

—Podemos derrotarlo juntos, Casio. No tenemos que estar divididos…

—¿Porque hayas matado a mi hermano? —Escupe—. No hay ningún «nosotros», puta miserable. Baja del condenado caballo.

Desmonto y Casio me lanza una de las espadas de iones. Me quedo quieto encarando a mi amigo en el barro. Nadie puede vernos salvo los cuervos y las lunas. Y los próctores. Tengo la falce en la silla de montar; esa al menos tiene curva, pero no sirve de nada contra una espada de iones. Casio va a matarme.

—No tenía elección —le digo—. Espero que lo sepas.

—¡Te pudrirás en el infierno, manipulador hijo de puta! —grita—. ¡Dejaste que te llamara «hermano»!

—¿Y qué hubieras querido que hiciera? ¿Tendría que haber dejado que Julian me matara en el Paso? ¿Es lo que habrías hecho tú?

Se queda petrificado.

—Es la forma en la que lo mataste. —Se queda callado durante un momento—. Venimos a esta escuela como príncipes y se supone que nos enseñan a ser bestias. Tú ya eras una bestia.

Me río con amargura.

—¿Y tú qué eras cuando descuartizaste a Tito?

—¡No fue como tú! —protesta Casio a gritos.

—Dejé que lo mataras, Casio, para que la casa se olvidara de que un montón de chicos te rodearon y te mearon encima. Así que no me trates como si pensaras que soy un monstruo.

—Lo eres —dice asqueado.

—Uf, cierra ya esa asquerosa bocaza y acabemos con esto. Hipócrita.

El duelo no dura mucho. Yo llevo meses practicando con él, pero él se ha pasado la vida haciendo esto. El eco de los filos atraviesa el cauce del río. Cae la nieve. El barro chapotea y se pega en los pies. Jadeamos. Humea el vaho

del aliento. Me repiquetean los brazos mientras los filos entrechocan y se arañan. Soy más rápido que él, mis movimientos más fluidos. Casi le alcanzo en el muslo, pero él se sabe el juego al milímetro. Con un ligero movimiento de muñeca desvía mi espada, después da un paso adelante y me clava el filo iónico en el vientre, atravesando la armadura. Debería cauterizarse enseguida y destruir los nervios, pero tiene la carga iónica apagada y solo siento una horrible tirantez cuando el metal se introduce en mi cuerpo y una calidez saliendo a borbotones de mi cuerpo.

Me olvido de respirar. Después trago una bocanada de aire. El cuerpo me tiembla. Se abraza a la espada. Huelo el cuello de Casio. Tan cerca como cuando cogía con cuidado mi cabeza y me llamaba hermano. Tiene el pelo grasiento.

La dignidad me abandona y empiezo a gimotear como un perro.

Brota un dolor pulsante: comienza como una presión, como una copiosidad de metal en el estómago, se convierte en una dolorosa monstruosidad. Tiemblo en busca del aliento, abro la boca tratando de engullir el aire. No puedo respirar. Es como un agujero negro en la tripa. Caigo hacia atrás, entre gemidos. Está el dolor. Eso es una cosa. Pero esto es diferente. Esto es el miedo y el terror. Mi cuerpo sabe que es así como acaba la vida. Entonces la espada se va y llega el sufrimiento. Casio me deja sangrando y lloriqueando en el barro. Todo cuanto soy desaparece y quedo esclavo de mi cuerpo. Lloro.

Me convierto en un niño de nuevo. Me enrosco en torno a la herida. Ay, señor, es horrible. No entiendo el dolor. Me consume. No soy un hombre; soy un niño. Quiero morir más deprisa. Me hundo en el frío, frío barro. Tiemblo y lloro. No puedo evitarlo. Mi cuerpo hace cosas. Me traiciona. El metal me ha atravesado los intestinos.

La sangre se escapa de mi cuerpo. Y con ella las esperanzas de Dancer, el sacrificio de mi padre, el sueño de Eo. Apenas puedo pensar en ellos. El barro es oscuro y frío. Duele tanto. Eo. La extraño. Extraño mi hogar. ¿Cuál era su segundo regalo? Nunca lo supe. Su hermana nunca me lo dijo. Ahora sé lo que es el dolor. No hay nada por lo que esto merezca la pena. Nada. Quiero volver a ser un esclavo, volver a ver a Eo, morir. Pero esto no.

CUARTA PARTE
EL SEGADOR

Las ancianas de Lico dicen que cuando un hombre
es mordido por una víbora tiene que extraerse todo el veneno
porque el veneno es perverso. Cuando me mordieron,
el tío Narol me dejó un poco dentro a propósito.

34

LOS BOSQUES DEL NORTE

La agonía.

Y la claustrofobia.

Herido y enfermo.

Dolor en sueños.

En la oscuridad. En el fondo de mi estómago.

Despierto y grito en una mano amable.

Entreveo a alguien.

¿Eo? Susurro su nombre y extiendo el brazo. Mi mano embarrada ensucia su rostro. Ese rostro de ángel. Ha venido para llevarme al valle. Ahora tiene el pelo dorado. Siempre pensé que ella podría ser una dorada. Sus colores son unas alas doradas. No lleva el emblema de la pala roja en las manos. Se lo llevó la muerte.

Sudo a pesar de las lluvias y las nevadas que caen. Algo me cobija. Tengo escalofríos. Aprieto con fuerza la cinta escarlata. Perdí el hemanto. ¿Cuándo ocurrió aquello? Barro en el pelo. Eo lo lava. Me acaricia la frente con ternura. La quiero. Algo sangra dentro de mí. Oigo a Eo hablar con ella misma, con alguien. No me queda mucho. ¿Acaso hay tiempo aquí? ¿Estoy en el valle? Hay niebla. Cielo y un árbol grande. Fuego. Humo.

Sudo y tengo escalofríos. Púdrete en el infierno, Casio. Era tu amigo. Puede que haya matado a tu hermano, pero no tenía elección. Tú sí. Escoria arrogante. Lo odio. Odio a Augusto. Los veo juntos colgando a Eo. Se burlan de mí. Se ríen de mí. Odio a Antonia. Odio a Fitchner. Odio a Tito. Odio. Odio. Estoy ardiendo, trastornado y sudoroso. Odio al

Chacal. A los próctores. Odio. Me odio a mí mismo por todo lo que he hecho. Todo lo que he hecho. ¿Para qué? Para ganar un juego. Para ganar un juego por alguien que nunca sabrá lo que hago. Eo está muerta. Nunca volverá para ver todo lo que he hecho por ella.

Muerta.

En ese momento me despierto. Siento el dolor en las tripas. Me atraviesa. Pero ya no sudo. La fiebre ha desaparecido y las marcas rojas e irritadas de la infección se han atenuado. Estoy en la entrada de una cueva. Allí hay un pequeño fuego y una chica que duerme a pocos centímetros de distancia. Está tapada por unas pieles. Exhala el vaho lentamente. Lleva el pelo revuelto y dorado. No es Eo. Mustang.

Lloro en silencio. Quiero que sea Eo. ¿Por qué no puedo tenerla? ¿Por qué no puedo lograr que vuelva a la vida? Quiero a Eo. No quiero que esta chica esté junto a mí. Duele más que la herida. Nunca podré arreglar lo que le pasó a Eo. Ni siquiera fui capaz de dirigir a mi ejército. No logré ganar. Ni vencer a Casio, ni mucho menos al Chacal. Fui el mejor sondeainfiernos, pero aquí no soy nada. El mundo es demasiado grande y demasiado frío. Yo soy demasiado pequeño. El mundo se ha olvidado de Eo. Ya se ha olvidado de su sacrificio. No queda nada.

Vuelvo a dormirme.

Cuando despierto, Mustang está sentada junto al fuego. Sabe que estoy despierto, pero deja que finja lo contrario. Me quedo allí tendido con los ojos cerrados, escuchando cómo tararea. Conozco esa canción. Una canción que oigo en sueños. El eco de la muerte de mi amor. La canción que cantó Perséfone. Tarareada por un áureo, un eco del sueño de Eo.

Lloro. Si alguna vez sentí que había un Dios, es ahora mientras escucho esos tristes acordes. Mi mujer está muerta,

pero parte de ella persiste aún.

A la mañana siguiente hablo con Mustang.

—¿Dónde has oído esa canción? —le pregunto sin incorporarme.

—En la HP —dice, y se sonroja—. La cantaba una niñita. Es relajante.

—Es triste.

—La mayor parte de las cosas lo son.

Han pasado cuatro semanas, me cuenta Mustang. Casio es el primus. Ha llegado el invierno. Ceres ya no está sitiada. Los soldados de Júpiter entran a veces en el bosque. Se oyen ruidos de batalla entre las dos superpotencias del norte, Júpiter y Marte. Júpiter al oeste, y Marte al este. Desde que se heló el río, han podido cruzarlo para atacarse el uno al otro. Nuestros buitres han salido de sus barrancos invernales. Los lobos hambrientos aúllan de noche. Los cuervos llegan volando del sur en bandadas. Pero Mustang sabe muy poco en realidad, y consigue impacientarme.

—He estado un poco ocupada manteniéndote con vida —me recuerda.

Cerca de mis pies, debajo de una manta, está su estandarte. Es la última de la Casa de Minerva. Nadie le ha puesto una brida aún. Y no me ha esclavizado.

—Los esclavos son estúpidos —dice—. Y tú ya eres un lisiado. ¿Para qué voy a convertirte también en un estúpido?

Tardo unos días en ser capaz de caminar. Me pregunto dónde están ahora esos rapidísimos medibots. Atendiendo a alguien que sea del agrado de los próctores, sin duda. Yo gané el primus y nadie me lo dio. Ahora sé por qué ganará el Chacal. Se están librando de sus competidores.

Mustang permanece al acecho conmigo en el bosque durante las siguientes semanas. Me muevo con rigidez por

la nieve, pero estoy recobrando fuerzas. Ella dice que el mérito es de las medicinas que encontró tiradas bien a la vista debajo de un arbusto. Un próctor aliado las dejó allí. Nos detenemos al ver el ciervo. Tenso el arco, pero no consigo que la cuerda me llegue hasta la oreja. Me duele la herida. Mustang me observa. Vuelvo a intentarlo. Siento dolor en las entrañas. Dejo volar la flecha. Fallo. Esa noche cenamos sobras de conejo. Sabe raro y me da retortijones. Ahora siempre tengo retortijones. También es el agua. No tenemos nada con que hervirla. Nada de yodo. Solo nieve y un arroyuelo del que beber. A veces no podemos encender un fuego.

—Tendrías que haber matado a Casio o haberlo desterrado —me dice Mustang.

—Te imaginaba más noble —le respondo.

—Me gusta ganar. Cosa de familia. Y a veces el reglamento permite hacer trampas. —Sonríe—. Consigues una barra de mérito cada vez que recuperas el estandarte. Así que me las ingenié para que alguien lo perdiera varias veces a favor de la Casa de Diana. Después salía a recuperarlo. Conseguí ser primus en una semana.

—Qué taimada. Pero a tu ejército le caías bien.

—Le caigo bien a todo el mundo. Y ahora, cómete ese maldito conejo. Estás tan flaco que pareces un cadáver.

El invierno se vuelve más frío. Vivimos en los profundos bosques del norte, mucho más al norte de Ceres, al noroeste de las tierras altas donde vivía con anterioridad. Aún no he visto a ningún soldado de Marte. No sé lo que haría si lo viese.

—Me he escondido de todos menos de ti —dice Mustang —. Eso me mantiene viva.

—¿Cuál es tu plan? —pregunto.

Se ríe para sí.

—Mantenerme con vida.

—Se te da mejor que a mí.

—¿Qué quieres decir?

—Nadie de tu casa te habría traicionado.

—Porque no gobierno como tú —responde—. Deberías recordar que a la gente no le gusta que le digan lo que tiene que hacer. Puedes tratar a tus amigos como criados y te seguirán queriendo, pero diles que son unos criados y te matarán. De todos modos, te apoyas demasiado en la jerarquía y el miedo.

—¿Yo?

—¿Quién si no? Lo veía a la legua. Lo único que te importaba era tu misión, sea cual sea. Eres como una flecha en movimiento con una sombra muy deprimente. En cuanto te conocí supe que me rajarías la garganta con tal de conseguir lo que sea que quieres. —Espera durante un momento—. Y, por cierto, ¿qué es lo que quieres?

—Ganar —respondo.

—Venga ya. No eres tan simple.

—¿Acaso me conoces?

La grasa del conejo chisporrotea en el fuego.

—Sé que lloras en sueños por una chica que se llama Eo. ¿Hermana? ¿O una chica a la que amaste? Es un nombre muy incoloro. Como el tuyo.

—Soy un palurdo de un planeta lejano. ¿No te lo dijeron?

—No me decían nada. No salgo mucho. Un padre estricto. —Mustang hace un gesto con la mano—. Da igual. Lo único que importa es que nadie confía en ti porque está claro que tu objetivo te importa más que ellos.

—¿Y acaso tú eres distinta?

—Huy, muy distinta, señor Segador. La gente me gusta más que a ti. Eres el lobo que aúlla y muerde. Yo soy el caballo que te acaricia la mano con el hocico. La gente sabe que puede trabajar a mi lado. Pero ¿contigo? Demonios, es matar o morir.

Qué gran verdad.

Cuando tenía una tribu lo hice bien. Hice que cada chico y cada chica me quisieran. Hice que se ganaran el sustento. Los enseñé a matar una cabra como si yo supiera hacerlo. Les di fuego como si yo hubiera inventado las cerillas. Compartí con ellos un secreto: que teníamos comida y Tito no. Me veían como a su padre. Lo recuerdo en sus ojos. Cuando Tito estaba vivo, yo era un símbolo de esperanza y bondad. Cuando murió… me convertí en él.

—A veces me olvido de que se supone que el Instituto tendría que enseñarme cosas —le digo a Mustang.

La chica dorada ladea la cabeza.

—¿Como que debemos vivir para algo más?

Sus palabras impactan contra mi corazón. Retumban a través del tiempo desde otros labios. Vivir para algo más. Algo más que el poder. Más que la venganza. Más que aquello que nos han dado.

No tengo que limitarme a vencerlos, sino, además, aprender mejor que ellos. Así es como ayudaré a los rojos. Soy un niño. Un necio. Pero si aprendo a ser un líder, podré ser algo más que un instrumento de los Hijos de Ares. Podré darle un futuro a mi gente. Eso es lo que quería Eo.

Pleno invierno. Los lobos ya están hambrientos. Aúllan por la noche. A veces, Mustang y yo tenemos que ahuyentarlos cuando matamos algo. Pero cuando matamos un caribú al anochecer, una manada desciende de las tierras del norte. Llegan desde los árboles como espectros oscuros. Sombras. El más grande tiene mi tamaño. Su pelaje es blanco. El de los demás ya no es negro, sino gris. Estos lobos cambian con las estaciones. Observo cómo nos rodean. Cada uno se mueve con una astucia particular. Pero todos se comportan como parte de una manada.

—Así es como deberíamos luchar —le susurro a Mustang cuando vemos acercarse a los lobos.

—¿Podríamos hablar de eso luego?

Abatimos al líder con tres flechas. Los demás huyen. Mustang y yo nos disponemos a desollar a la enorme bestia blanca. Cuando desliza el cuchillo por debajo de la piel, alza la mirada con la nariz roja por el frío.

—Los esclavos no forman parte de la manada, así que no podemos luchar como ellos. No es que eso importe. Los lobos tampoco lo hacen bien. Dependen demasiado del líder. Corta la cabeza, y el cuerpo se repliega.

—Entonces la respuesta está en la autonomía —aventuro.

—Quizás. —Se muerde el labio.

Más avanzada la noche, elabora su teoría.

—Es como una mano.

Se sienta cerca de mí, cómodamente, tocándome con una pierna. Lo bastante cerca para que el complejo de culpa me corroa. Asamos el caribú, con lo que la cueva se llena de un aroma denso y sabroso. Fuera ruge la tormenta y la piel del lobo se seca sobre la hoguera.

—Dame la mano —me dice—. ¿Cuál es tu mejor dedo?

—Cada uno de ellos es el mejor en algo.

—No seas obstinado.

Le digo que el pulgar. Me pide que sostenga un palo solo con el pulgar. Le resulta fácil quitármelo. Después me pide que lo sujete con todos menos con el pulgar. Con un solo golpe, el palo se suelta.

—Imagina que los miembros de tu casa son el pulgar. Los dedos son los esclavos que has conquistado. El primus o cualquiera que sea el líder es el cerebro. Todo funciona de una forma muy fluida, ¿verdad?

No puede quitarme el palo. Lo pongo en el suelo y le pregunto qué pretende demostrar.

—Ahora intenta hacer algo más que limitarte a coger el estandarte. Mueve el pulgar en la dirección contraria a las agujas del reloj y los demás dedos al revés, menos el dedo corazón.

Lo hago. Mira mis manos y rompe a reír con incredulidad.

—Idiota.

Le he estropeado la demostración. Los sondeainfiernos somos diestros. Me fijo en sus manos cuando ella trata de hacerlo. Por supuesto, le sale mal. Entiendo.

—Tu mano es como la Sociedad.

Es la estructura de los ejércitos en el Instituto. La jerarquía vale para cosas sencillas. Algunos dedos son más importantes que otros. A otros dedos se les dan mejor según qué cosas. Todos los dedos están controlados por el rango superior, el cerebro. El control del cerebro es efectivo. Hace que el pulgar y los dedos trabajen juntos. Pero el control del cerebro tiene límites. Imagínate que cada uno de los dedos tuviera su propio cerebro que interactuara con el cerebro principal. Los dedos obedecen, pero funcionan de manera independiente. ¿Qué podría hacer la mano entonces? ¿Qué podría hacer el ejército? Hago girar el palo entre los dedos con los movimientos más enrevesados. Justo eso.

Su mirada se cruza con la mía y me dibuja en la palma con los dedos mientras me lo explica. Sé que quiere que reaccione al contacto, pero me fuerzo a pensar en otras cosas.

El planteamiento de Mustang no forma parte de las lecciones de los próctores.

Lo que ellos enseñan es la evolución de la anarquía al orden. Todo esto va sobre el control. Sobre la acumulación sistemática de poder, la estructura de ese poder y su preservación. Es un modelo que pretende demostrar que el gobierno basado en jerarquías es el mejor. La Sociedad es la etapa final de la evolución, la única respuesta. Ella acaba de

mandar al infierno esa regla o, al menos, de demostrar sus limitaciones.

Si pudiera ganarme la lealtad voluntaria de los esclavos, el ejército que reuniría no tendría nada que ver con la Sociedad. Sería mejor. Como si los rojos de Lico pensaran que de verdad pueden ganar el Laurel, porque serían mucho más productivos. O si un pretor a bordo de un crucero estelar pudiera usar no solo su propio ingenio, sino también el de la tripulación de azules.

La estrategia de Mustang es el sueño de Eo.

Es como si me sacudiese una descarga eléctrica.

—¿Por qué no lo intentaste con los esclavos a quienes capturaste?

Aparta su mano de la mía al ver que no respondo al contacto.

—Lo intenté.

Permanece en silencio durante el resto de la noche. A la mañana siguiente, empieza a toser.

Mustang cae enferma durante los días siguientes. Oigo que tiene encharcados los pulmones, y le doy de comer un caldo que he hecho con tuétano, lobo y hojas, y hervido en un casco que he encontrado. Tiene todo el aspecto de ir a morirse. No sé qué hacer. Nos queda poca comida, así que salgo a cazar. Pero no hay apenas piezas disponibles y los lobos están hambrientos. Las presas han huido de estos bosques y sobrevivimos a base de pequeñas liebres. Lo único que puedo hacer es mantenerla caliente y rezar para que un medibot baje de las nubes. Los próctores saben dónde estamos. Siempre lo saben.

A la semana siguiente encuentro pisadas humanas en el bosque. De dos personas diferentes. Las sigo hasta un campamento abandonado con la esperanza de que pueda haber alguna comida que robar. Hay huesos de animales y brasas aún calientes. Pero no hay caballos. Así pues, lo más

probable es que no sean exploradores. Perjuros, los deshonrados que han roto sus promesas después de ser esclavizados. Ahora hay muchos.

Sigo las huellas por el bosque durante una hora antes de empezar a preocuparme. Dan un rodeo de vuelta hacia un sitio conocido, hacia nuestra cueva. Oigo risas que salen del hogar que comparto con Mustang. La flecha parece fina entre mis dedos cuando la cargo en la cuerda. Debería agacharme para recobrar el aliento. Me duele la herida. Respiro. Pero no puedo darles más tiempo. No si tienen a Mustang.

No pueden verme porque estoy de pie al borde de la piel de caribú congelada y de la nieve dura y compacta que levanta un muro en la cueva, resguardándola de los elementos y de las miradas. El fuego crepita en el interior. El humo se escapa hacia fuera por el conducto de ventilación que Mustang y yo tardamos un día en construir. Dos chicos se sientan juntos para comer lo que queda de la carne y del agua.

Están sucios y harapientos. Tienen el pelo como hierbas grasientas. La piel del rostro, llena de manchas. Espinillas. Estoy seguro de que, en tiempos, fueron hermosos. Uno de los chicos se sienta sobre el pecho de Mustang. La chica que me salvó la vida está amordazada y en ropa interior. Tiembla del frío. Uno de ellos sangra por una herida de mordisco que ha recibido en el cuello. Están planeando cómo hacerla pagar por esa herida. Calientan los cuchillos en el fuego hasta que están al rojo vivo. Resulta obvio que uno de ellos disfruta de la visión de la desnudez de Mustang. Extiende el brazo para tocarle la piel como si fuera un juguete creado para su diversión.

Mis pensamientos son primarios, lupinos. Una emoción aterradora se apodera de mí. No sabía que albergara algo así por esta chica. No hasta ahora. Me lleva un momento

calmarme y que dejen de temblarme las manos. La mano de él está en el interior del muslo.

Disparo la flecha a la rótula del primer chico. Le disparo al segundo cuando busca un cuchillo. Tengo mala puntería. No le doy en el ojo, sino en el hombro. Entro a toda prisa en el refugio con el cuchillo de desollar, dispuesto a terminar con los dos mientras aúllan de dolor. Algo dentro de mí, la parte humana, se ha apagado. Solo me detengo cuando miro a Mustang a los ojos.

—Darrow —dice con un hilo de voz.

Es preciosa incluso cuando tiembla: la muchacha pequeña y de sonrisa fácil que me devolvió la vida. El espíritu entusiasta que mantiene viva la canción de Eo. Tiemblo de rabia. Si hubiera tardado diez minutos más en llegar, esta noche me habría destruido para siempre. No puedo soportar otra muerte más. Sobre todo, si es la de Mustang.

—Darrow, déjalos vivir —insiste, susurrando como lo hacía Eo cuando decía que me amaba.

Me rompe por dentro. No puedo soportar el sonido de su voz, ni la ira que anida en mi interior.

La boca no me responde. Tengo el rostro agarrotado; no consigo desprenderme de esta mueca de ira que lo domina. Arrastro hasta fuera a los dos y les doy patadas hasta que Mustang se une a nosotros. Los dejo quejándose en la nieve y vuelvo para ayudarla a vestirse. Parece sumamente frágil cuando pongo las pieles de animales sobre sus hombros huesudos.

—¿Cuchillo o nieve? —les pregunta a los chicos cuando se ha vestido.

Sostiene con manos temblorosas los cuchillos calentados en el fuego. Tose. Sé lo que está pensando. Déjalos marchar y nos matarán mientras dormimos. Ninguno de ellos morirá

por las heridas. Los medibots vendrían si se diera el caso. O quizá no, por perjuros.

Eligen la nieve.

Me alegro. Mustang no quería usar el cuchillo.

Los atamos a un árbol en la linde del bosque y encendemos un fuego como señal para que alguna casa los encuentre. Mustang insistió en acompañarme, sin dejar de toser durante todo el camino, como si le preocupara que no fuera a hacer lo que me pidió. Tenía razón en pensar eso.

Por la noche, después de que Mustang se haya ido a dormir, me levanto para volver allí y matar a los perjuros. Si Júpiter y Marte los encuentran, largarán dónde estamos y nos cogerán.

—Darrow, no —me ruega cuando aparto la piel de caribú.

Me doy la vuelta. Observa con los ojos entornados a través de las mantas.

—Tendremos que marcharnos si sobreviven —objeto—. Y tú ya estás enferma. Morirás.

Aquí tenemos calor. Cobijo.

—Entonces nos iremos por la mañana —zanja—. Soy más fuerte de lo que parezco.

A veces eso es verdad. Pero esta vez, no.

Al despertar por la mañana me doy cuenta de que se ha movido durante la noche y de que se ha enroscado junto a mí buscando mi calor. Su cuerpo es muy frágil. Tiembla como una hoja al viento. Huelo su cabello. Respira con suavidad. Tiene marcas de sal en la cara. Quiero a Eo. Ojalá fuera su cabello, su calor. Pero no aparto a Mustang. Siento dolor al abrazarla, pero viene del pasado, no de Mustang. Ella es algo nuevo, algo prometedor. Como una primavera para mi duro invierno.

Cuando llega la mañana, nos adentramos en el bosque y hacemos un cobertizo con árboles caídos y nieve compacta

para resguardarnos contra la pared de una roca. No llegamos a descubrir lo que les pasó a los perjuros o a nuestra cueva.

Mustang tose tanto que apenas logra dormir. Cuando al fin lo hace, encogida a mi lado, la beso con suavidad en la nuca. Lo hago con delicadeza para que no se despierte; aunque dentro de mí deseo que sí se despierte, aunque sea para que sepa que estoy ahí. Le arde la piel. Tarareo la canción de Perséfone.

—Nunca consigo acordarme de la letra —me susurra. Esa noche descansa la cabeza en mi regazo—. Ojalá pudiera.

No había cantado desde Lico. Mi voz suena fuerte y áspera. Poco a poco, va saliendo la canción:

Escuchad, escuchad.
Recordad el declive
de la furia del sol y del ondulante grano.
Caíamos y caíamos
y bailamos mientras
para canturrear un toque de difuntos,
de aciertos y errores.

E

hijo mío, hijo mío,
recuerda la quema
cuando las hojas eran llamas y las estaciones cambiaban
caíamos y caíamos,
y cantábamos una canción
para tejer una celda
durante todo el otoño.

Y
valle abajo

escucha el siseo del segador, el siseo del segador,
el siseo del segador.
Y valle abajo
escucha el siseo del segador, el siseo del segador,
el siseo del segador,
la historia de lo que dura el invierno.

Hija mía, hija mía,
recuerda el frío
cuando las lluvias se helaban y las nieves mataban.
Caíamos y caíamos
y bailábamos mientras
a través del infierno helado
hacia su canción invernal.

Amor mío, amor mío,
recuerda los gritos, recuerda los gritos.
Cuando el invierno murió y vinieron los cielos de primavera.
Rugían y rugían.
Pero cogimos las semillas
y sembramos una canción
contra su avaricia.

Hijo mío, hijo mío,
recuerda las cadenas.
Cuando los dorados gobernaban con riendas de hierro

rugíamos y rugíamos
y nos retorcíamos y gritábamos
por un nosotros, un valle
de mejores sueños.

Y
valle abajo
escucha el siseo del segador, el siseo del segador,
el siseo del segador.
Valle abajo,
escucha el canto del segador,
una historia del invierno que acaba.

—Es extraño —dice.

—¿El qué?

—Mi padre me decía que habría disturbios por esa canción. Que la gente moriría. Pero tiene una melodía tan dulce. —Tose sangre en una piel de animal—. Solíamos cantar canciones junto a las fogatas, allí en el campo donde nos mantenía lejos de… —Vuelve a toser—. Lejos de las… miradas… Cuando… mi hermano murió… mi padre no volvió a cantar conmigo nunca más.

Sé que no va a tardar en morir. Es cuestión de tiempo. Tiene la cara pálida, y su sonrisa es enfermiza. Tan solo me queda una cosa que hacer, ya que los medibots no han venido. Tendré que dejarla para buscar medicinas. Puede que una de las casas haya encontrado o hayan recibido inyectables. Tendré que irme pronto; pero tengo que traerle comida primero.

Ese día me sigue alguien cuando cazo solo en los bosques invernales. Llevo mi nuevo manto blanco de lobo.

También ellos están camuflados. No veo quién es, pero está ahí. Finjo que tengo que arreglar el arco y echo una mirada atrás. Nada. Silencio. Nieve. El sonido del viento entre las ramas quebradizas. Me siguen de nuevo cuando me muevo otra vez.

Siento que están detrás de mí. Es como el dolor de mi cuerpo por la herida. Hago como si hubiera visto un ciervo y paso rápidamente a través de un matorral para trepar a un pino en el otro lado.

Oigo un ligero estallido.

Pasan debajo de mí. Lo siento en la piel, en los huesos. Agito las ramas de debajo de mis piernas. La nieve acumulada cae hacia abajo. Con ella un hueco deforme adopta la forma de un hombre. Me está mirando.

—¿Fitchner? —pregunto en voz alta hacia abajo.

El chicle explota de nuevo.

—Ya puedes bajar, chaval —me suelta con brusquedad.

Desactiva la espectrocapa y las gravibotas y se hunde en la nieve. Lleva puesta ropa térmica negra. Mis capas de ropa militar y apestosas pieles de animal no me mantienen ni la mitad de caliente.

Llevaba unas cuantas semanas sin verlo. Parece cansado.

—¿Vienes a terminar lo que empezó Casio? —pregunto mientras bajo de un salto.

Me examina y me dedica una sonrisita.

—Tienes una pinta horrible.

—Tú también. ¿Es que la cama blanda, la comida caliente y el vino te están sentando mal?

Señalo hacia arriba. Apenas se puede ver el Olimpo a través de las esqueléticas ramas de los árboles invernales.

Sonríe.

—Las lecturas dicen que has perdido diez kilos.

—Michelines —le digo—. La espada iónica de Casio me hizo una liposucción. —Alzo mi arco y le apunto con él. Me

pregunto si lleva puesto una armadura de pulsos. Eso detendría cualquier cosa que no fueran armas de pulsos o filos. Solo una armadura de placas de retroceso puede proteger contra esas armas, e, incluso así, no demasiado bien—. Debería dispararte.

—No te atrevas. Soy un próctor, chaval.

Le disparo en el muslo, pero la flecha pierde velocidad antes de que llegue al escudo de pulsos, que parpadea iridiscente, y rebota en el suelo. Así que lo llevan a todas horas, incluso cuando no llevan puesta la armadura de pulsos.

—Vaya, qué irascible —dice con un bostezo.

Escudo de pulsos, gravibotas, espectrocapa, y parece que también tiene un puño de pulsos, y un filo. La nieve se derrite al tocarle la piel. Me vio en el árbol, por lo que imagino que en los ojos tiene óptica inyectada. Visores térmicos y nocturnos, desde luego. También tiene una miniaplicación y un módulo de análisis. Sabía cuánto pesaba. Y tal vez también la cantidad de glóbulos blancos. ¿Y quizás un analizador de espectros?

Vuelve a bostezar.

—No se duerme mucho en el Olimpo de un tiempo a esta parte. Mucho jaleo.

—¿Quién le dio al Chacal el holo en el que yo salía matando a Julian? —le pregunto.

—Hay que ver, no te andas con rodeos.

Ha hecho algo mientras yo le hablaba, y el sonido ha quedado confinado a nuestro alrededor. No oigo nada más allá de una burbuja invisible de unos cinco metros. No sabía que tuvieran juguetes como ese.

—Se lo dieron los próctores —me dice.

—¿Quiénes?

—Apolo. Todos nosotros. Eso da igual.

No lo entiendo.

—Supongo que es porque están a favor del Chacal. ¿Estoy en lo cierto?

—Como de costumbre. —Hace explotar el chicle—. Por desgracia, lo que pasa es que a ti no se te permite ganar, y estabas cogiendo impulso, así que…

Le pido que se explique. Dice que ya lo ha hecho. Tiene ojeras y se le ve cansado a pesar del colágeno y los cosméticos que lleva ahora para ocultar la fatiga. Le ha salido tripa. Los brazos aún los tiene flacos. Hay algo que le preocupa, y no es solo la apariencia.

—¿Que no se me permite? —repito sus palabras—. Permitir. A nadie se le puede «permitir» ganar. Pensaba que el objetivo era que cada uno se trabajara su propia carrera hacia la cumbre. Así que a mí no se me permite ganar, pero, por lo visto, al Chacal sí.

—Lo has clavado. —No suena muy feliz.

—Pues no tiene ni el más mínimo sentido. Lo corrompe todo —protesto con vehemencia—. Habéis incumplido las normas.

Se supone que tienen que alzarse los mejores dorados y, sin embargo, ya han elegido al ganador. Esto no solo destruye al Instituto, sino que también destruye a la Sociedad. Reinan los más aptos. Eso dicen. Ahora han traicionado sus propios preceptos al tomar parte en una pelea de patio de colegio. Esto es como lo del Laurel otra vez. Hipocresía.

—¿Y quién es ese niñato entonces? ¿Un Alejandro predestinado? ¿Un César? ¿Un Genghis? ¿Un Wiggin? —pregunto—. Esta mierda no tiene sentido.

—Adrio es el hijo de nuestro «querido» archigobernador Augusto. Eso es lo único que cuenta.

—Sí, eso ya me lo has dicho, pero ¿por qué se supone que tiene que ganar? ¿Porque su padre es importante?

—Por desgracia, sí.

—Sé más concreto.

Suspira.

—El archigobernador, en secreto, nos chantajeó, amenazó y engatusó a todos, a los doce, hasta que accedimos a que su hijo fuera el ganador. Pero debíamos tener mucho cuidado con las trampas. Los seleccionadores, mis verdaderos jefes, lo observan todo desde sus palacios, sus naves… También ellos son gente muy importante. Y, además, hay que preocuparse por el Consejo de Control de Calidad. Y por la soberana y los senadores y los demás gobernadores. Porque, aunque hay muchas escuelas, cualquiera de ellos puede verte cuando le plazca.

—¿Qué? ¿Cómo?

Le da un golpecito a mi anillo de lobo.

—Nanocámara biométrica. No te preocupes, ahora mismo les está mostrando otra cosa. He proyectado un campo inhibitorio y, de todos modos, hay medio día de retraso para editarlo. El resto del tiempo, cualquier seleccionador, cualquier Marcado puede verte para valorar si te quieren como pupilo cuando esto termine. Y vaya si les gustas.

Miles de áureos han estado observándome.

Se me encogen las frías entrañas.

Demetrio au Belona, emperador de la Sexta Flota, padre de Casio y de Julian, ha visto cómo mataba a un hijo y engañaba al otro. Me falta el aire. ¿Y si le hubiera dicho a Tito que sabía que él era un rojo porque yo lo era? ¿Se dieron cuenta de que había dicho «maldita sea»? ¿Dije en voz alta que era un rojo o solo lo pensé?

—¿Y si me quito el anillo?

—Entonces desapareces, salvo por las cámaras que hemos escondido por el campo de batalla. —Me guiña un ojo—. No se lo digas a nadie. Eso sí, si los seleccionadores descubren la estratagema del archigobernador… aquí va a arder Troya. Habrá tensión entre las casas de la escuela,

desde luego. Pero lo más importante es que podría haber una guerra de familias entre los Augusto y los Belona.

—¿Y tendrías problemas si se supiera lo del soborno?

—Estaría muerto. —Fracasa en su intento de sonreír.

—Por eso tienes esa pinta tan asquerosa. Estás en medio de una tormenta de mierda. ¿Y qué papel desempeño en todo esto?

Fitchner ríe secamente entre dientes.

—Le gustas a muchos seleccionadores. Los de la Casa de Marte llegan a ofrecerte tus primeros aprendizajes, pero puedes aspirar a ofertas de otra casa. Si mueres, se sentirán muy desdichados. Sobre todo, el espada de la Casa de Marte. Se llama Lorn au Arcos, de quien seguro que has oído hablar. Es de primera con el filo.

—¿Y qué papel desempeño en todo esto? —repito.

—Ninguno. Sigue con vida. Apártate del camino del Chacal. Si no, Júpiter o Apolo te matarán y yo no podré hacer nada por evitarlo.

—Así que ellos son sus perritos guardianes, ¿eh?

—Entre otros, sí.

—Bueno, pues si me matan, los seleccionadores sabrán que algo va mal.

—No sabrán nada. Apolo usará a otras casas para hacerlo, o lo haremos nosotros mismos y luego editaremos las imágenes de las nanocámaras. Ni Apolo ni Júpiter son estúpidos, así que no juegues con ellos. Deja hacer al Chacal y tendrás futuro.

—Y tú también.

—Y yo también.

—Entiendo.

—Bien. Bien. Sabía que entrarías en razón. Ya sabes, a la mayoría de los próctores les gustas. Incluso a Minerva. Al principio te odiaba, pero como dejaste marchar a Mustang,

la han dejado quedarse en el Olimpo. Mucho menos embarazoso así.

—¿La han dejado quedarse en el Olimpo? —pregunto inocentemente.

—Por supuesto. Son las normas del Instituto. Cuando tu casa es derrotada, el próctor tiene que regresar a su hogar para hacer frente a las consecuencias y explicarles a los seleccionadores lo que salió mal.

La sonrisa de Fitchner se tuerce cuando ve el súbito brillo de mis ojos.

—Entonces ¿si derrotan a su casa tienen que marcharse? ¿Y decías que eran Júpiter y Apolo los que me querían ver muerto?

—No… —implora, al oír de pronto el tono amenazante de mi voz.

Ladeo la cabeza.

—¿No?

—No… ¡No puedes! —balbucea confundido—. Te lo acabo de decir. La espada de la puñetera Casa de Marte te quiere como aprendiz. Y hay más: senadores, políticos y pretores. ¿Es que no quieres un futuro…?

—Quiero arrancarle las pelotas al Chacal. Nada más. Entonces encontraré mi aprendizaje. Si lo hago, me imagino que será impresionante.

—¡Darrow! Sé razonable, hombre.

—Fitchner, mis amigos Roque y Lea murieron por las intrigas del archigobernador. Veremos qué le parece cuando convierta a su hijo, el Chacal, en mi esclavo.

—¡Estás tan loco como un rojo! —exclama sin dejar de menear la cabeza—. Estás poniendo en peligro el sustento de los próctores. Ninguno está satisfecho con su situación actual. Ellos también quieren ascender. Si amenazas sus futuros, ¡Apolo y Júpiter bajarán y te arrancarán la cabeza!

—No si destruyo antes sus casas. —Frunzo el ceño—. Porque ¿no tendrán que irse si hago eso? Alguien de fiar me ha contado que esas son las reglas. —Doy unas palmadas—. Y bien, otra amiga mía se está muriendo y me vendrían bien unos antibióticos. Sería de primera que me los dieras.

Me mira boquiabierto.

—¿Y por qué habría de hacerlo después de esto?

—Porque has sido un próctor de mierda hasta ahora. Me debes recompensas. Y tienes que preocuparte de tu propio futuro.

Suelta una risa derrotada.

—Está bien.

Saca un inyectable del estuche médico de la pierna y me lo entrega. Me doy cuenta de que la pulsoarmadura no me hace daño cuando toco su mano. Así que pueden apagarlo. Le doy las gracias dándole unas cariñosas palmaditas en el hombro. Pone los ojos en blanco. La armadura está apagada en todo el cuerpo. Después se enciende de nuevo. Oigo el microzumbido en la cintura donde descansa el artilugio. Ahora que tengo próctores como enemigos, está bien saberlo.

—Entonces ¿qué vas a hacer? —pregunta Fitchner.

—¿Cuál es más peligroso? ¿Apolo o Júpiter? Sé sincero, Fitchner.

—Los dos son unos tipos monstruosos. Apolo es más ambicioso. Júpiter es simple: disfruta de jugar a ser un dios aquí.

—Entonces, primero a por la Casa de Apolo. Después de eso, machacar a Júpiter. Y cuando se vayan, ¿quién protegerá al Chacal?

—Pues el Chacal —se ríe.

—Entonces veremos si de verdad merece ganar.

Antes de que me vaya, Fitchner tira un pequeño paquete al suelo.

—No es que importe mucho ahora, pero me han dado esto para ti y me han dicho que te diga que sepas que tus amigos no te han abandonado.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo.

Quienquiera que me haya dado esto es un amigo, porque dentro de la caja está mi pegaso y, en su interior, el hemanto de Eo. Me cuelgo del cuello el collar del pegaso.

35

PERJUROS

Mis amigos están conmigo. ¿Qué querían decir con eso? ¿Qué amigos? ¿Los Hijos de Ares? ¿O mi misterioso amigo estaba siendo más general, refiriéndose a aquellos que me apoyan dentro del Instituto? ¿Saben lo que significa el pegaso? ¿O tan solo me estaba reuniendo de nuevo con algo que creía que podía echar de menos?

Demasiadas preguntas, pero ninguna de ellas importa. Quedan fuera del juego. El juego. ¿Hay algo más aparte del juego? Todas las cosas auténticas de este mundo, todas mis relaciones, mis aspiraciones y necesidades están condicionadas a que yo gane. Para ganar necesitaré un ejército; pero este no puede estar conformado por esclavos. No de nuevo. Ahora, al igual que cuando encabece la revuelta, no necesito esclavos, sino seguidores.

El hombre no puede ser liberado por la misma injusticia que lo esclavizó.

Una semana después de inyectar a Mustang y de que se le pase la fiebre, partimos hacia el norte. Recupera fuerzas a medida que nos movemos. La tos ha desaparecido y la sonrisa fácil ha vuelto. A veces necesita un descanso, pero no tarda en alcanzarme en cuanto a velocidad. También me lo hace saber. Hacemos todo el ruido posible cuando avanzamos para atraer a la presa hacia nosotros. A la sexta noche de encender unos fuegos insolentemente grandes conseguimos que piquen los primeros.

Los perjuros se acercan caminando junto a un arroyo, camuflando su llegada en sus sonidos. Me caen bien

enseguida. De no haber sido porque el fuego era una trampa, nos habrían cogido desprevenidos. Pero es una trampa y, cuando dos se acercan a la luz, estamos a punto de hacerla saltar. Pero si son lo bastante listos como para llegar caminando junto al arroyo, también serán lo bastante listos como para dejar a alguien oculto en la oscuridad. Oigo que alguien carga una flecha en el arco. Después, un gritito agudo. Mustang se ocupa del que está en la oscuridad. Yo, de los otros dos. Me levanto de mi montón de nieve, que se derrama de mi manto, y los golpeo por detrás con la parte plana del arco.

Más tarde, el que abatió Mustang se cura el ojo inflamado junto al fuego mientras hablo con la líder. Se llama Milia. Es alta como un sauce y tiene el rostro alargado y caballuno. Además es ligeramente encorvada de hombros. Harapos y pieles de animal robadas le cubren el huesudo esqueleto. El otro que no está herido es Dax. Es bajito y atractivo, y tiene tres dedos congelados. Les damos las pieles que nos sobran y creo que eso marca la diferencia en la conversación.

—Sabéis que podemos convertiros en esclavos, ¿verdad? —pregunta Mustang, mientras blande el estandarte—. Entonces seríais el doble de perjuros y el doble de rechazados cuando termine el juego.

Parece que a Milia eso no le importa. A Dax, sí. El otro se limita a seguir a Milia.

—Me importa un cojón de mico. Lo mismo da una que dos —dice Milia. Todos llevan la marca de esclavos de Marte. No los reconozco, pero, a juzgar por los anillos que llevan, son de Juno—. Mejor soportar la vergüenza que magullarme las rodillas. ¿Conoces a mi padre?

—Tu padre me da igual.

—Mi padre —insiste— es Gaio au Tragus, el justiciar del hemisferio sur marciano.

—Me sigue dando igual.

—Y su padre era…

—No me importa.

—Entonces eres un estúpido —espeta arrastrando las palabras—. El doble de estúpido si crees que voy a ser tu esclava. Te rajaré mientras duermes.

Le hago un gesto a Mustang con la cabeza. Esta se levanta de golpe con el estandarte y toca con él la cabeza de Milia. La marca de Marte se convierte en la de Minerva. Después borra la señal de Minerva y en la frente de Milia no queda más que suciedad y color dorado. Dax abre los ojos de par en par.

—¿Incluso si te libero? —le pregunto a Milia—. ¿Me rajarías también?

No sabe qué decir.

—Mili —dice Dax en voz baja—. ¿Qué estás pensando?

—Nada de esclavitud —me extiendo—. Nada de golpes. Si vosotros caváis una letrina, yo también cavo una letrina para el campamento. Si alguien os hace daño, yo se lo hago a ellos. Entonces ¿os uniréis a nuestro ejército?

—Su ejército —puntualiza Mustang.

La miro con el ceño fruncido.

—¿Y él quién es? —pregunta Milia sin apartar la mirada de mi rostro.

—Él es el Segador.

Nos lleva una semana reunir a diez perjuros. Tal y como lo veo, esos ya habían dejado claro que no querían ser esclavos. Así que a lo mejor les gusta la primera persona que les dé un objetivo, comida, pieles y que no exija que le laman el tacón de la bota. La mayoría de ellos han oído hablar de mí, pero a todos ellos les desilusiona que no lleve el famoso falce con el que vencí a Pax. Por lo visto, Pax se ha convertido en una leyenda. Dicen que cogió un caballo y a su jinete y los tiró en el Argos mientras los esclavos de Marte luchaban contra los de Júpiter.

Mientras vamos aumentando en número, nos escondemos de los ejércitos más grandes. Puede que Marte sea mi casa, pero ahora que Roque está muerto y que Casio es mi enemigo, solo me quedan Quinn y Sevro como amigos. Quizá Pólux, pero él actuará según sople el viento. Menudo cabrón.

No puedo estar con mi casa. Allí no hay sitio para mí. Puede que yo haya sido el líder, pero recuerdo cómo me miraban. Y ahora es crucial que sepan que estoy vivo.

A pesar de la guerra que se libra entre Marte y Júpiter, la inexpugnable Ceres continúa invicta en la ribera del río. Detrás de los altos muros sigue elevándose el humo del pan. Grupos guerreros de ambos bandos recorren las praderas de Ceres, cruzando el helado Argos a voluntad. Ahora llevan espadas de iones con poca carga, así que pueden electrocutarse y mutilarse unos a otros con un roce de metal. Los medibots ululan sobre el campo de batalla cuando las escaramuzas se vuelven batallas campales, curando a los alumnos heridos cuando sangran o gimen por los huesos rotos. Los campeones de cada ejército llevan armaduras de iones para protegerse contra las nuevas armas. Los caballos se estrellan unos contra otros. Las flechan iónicas vuelan. Los esclavos se arremolinan atacándose con armas más simples y antiguas por la ancha llanura que separa las tierras altas del gran río Argos. Es un espectáculo impresionante, pero estúpido, muy estúpido.

Lo contemplo con Milia y Mustang mientras dos grupos armados pertenecientes a Marte y a Júpiter marchan el uno contra el otro a toda velocidad a través de las praderas frente a la torre de Fobos. Los banderines ondean. Los caballos pisotean la profunda nieve. Cuando las dos mareas de metal colapsan en una sola resuena el choque de las gloriosas armaduras. Las lanzas echan chispas con una electricidad paralizante sobre los amplios escudos y

armaduras. Las refulgentes espadas chocan contra otras iguales. La clase superior se enfrenta contra la clase superior. Filas de esclavos que se estrellan unas contra otras, peones en este gigantesco tablero de ajedrez.

Veo a Pax con una voluminosa y oxidada armadura carmesí tan vieja que parece una escafandra. Me río cuando derriba un caballo y su jinete. Pero si alguna vez hubo una imagen del perfecto caballero, no la encarnaría Pax. No, la encarnaría Casio. Lo veo. Casi brilla cuando deja sin sentido a un oponente tras otro, galopando a través del enemigo, la espada resonando a derecha e izquierda, parpadeando como una lengua de fuego. Sabe luchar; pero me asombra la insensatez con la que elige hacerlo: zambulléndose en las tripas del enemigo con la fuerza de unos lanceros, capturando enemigos. Y después las tropas supervivientes se reagrupan y hacen lo mismo con él. Una y otra vez, sin que ninguno de los dos bandos saque ninguna ventaja considerable.

—Menudos idiotas —le digo a Mustang—. Esas bonitas armaduras y espadas los ciegan. Ya sé. A lo mejor, si se estrellan unos contra otros tres o cuatro veces más, funciona.

—Saben de táctica —dice—. Mira, allí hacen una formación en cuña. Y allí una finta que se va a convertir en un ataque por el flanco.

—Pero tengo razón.

—Pero no te equivocas. —Observa durante un momento—. Igual que nuestra pequeña guerra repetida, aunque esta vez tú no vas por ahí aullándole a la gente como si fueras un lobo lunático. —Mustang suspira y me da una palmadita en el hombro—. Ay, los viejos tiempos.

Milia nos mira a los dos arrugando la nariz.

—Con táctica se ganan las batallas. Con estrategia se ganan las guerras —digo.

—¡Uh! Soy El Segador. El dios de los lobos. El rey de la estrategia. —Mustang me pellizca en la mejilla—. Pero mira que eres adorable.

Le aparto la mano de un golpe. Milia pone los ojos en blanco.

—Y bien, ¿cuál es nuestra estrategia, milord? —me pregunta Mustang.

Cuanto más alargue un conflicto con el enemigo, más posibilidades tendrán los próctores de destrozarme. Mi ascensión tiene que ser meteórica. A ella no se lo digo.

—La rapidez es nuestra estrategia —le digo—. Rapidez y daño brutal.

A la mañana siguiente, el grupo de la Casa de Marte ve que el puente que cruza el Metas está bloqueado por los árboles caídos durante la noche. Como era de esperar, el grupo se da la vuelta y cabalga de nuevo hacia el castillo, con miedo a que sea algún tipo de trampa. Los oteadores de Fobos y Deimos no pueden vernos; miran hacia abajo y envían señales de humo para decir que no hay nadie en los inhóspitos bosques caducifolios que hay alrededor del puente. No nos ven porque hemos estado en la misma posición, tumbados boca abajo en el bosque, a cincuenta metros del puente, desde mucho antes de que hubiera despuntado el alba. Ahora cada uno de mis perjuros lleva un manto de lobo, gris o blanco. Nos llevó una semana encontrar a los lobos, pero quizá fuera para bien. La caza creó un vínculo. Mis diez soldados forman un grupo combativo. Mentirosos, tramposos retorcidos que antes arruinarían su futuro que convertirse en esclavos en el juego. Un grupo orgulloso, práctico, pero no muy honorable. Justo lo que necesito. Se han pintado la cara de blanco con excrementos de pájaros y arcilla gris, por lo que tenemos el

aspecto de unas bestias espectrales en invierno cuando dejamos salir el vaho de nuestras fauces sonrientes.

—Les gusta sentirse valorados por alguien temible —me dijo Milia la noche antes, con la voz tan fría y crispada como los carámbanos que cuelgan de los álamos—. A mí también.

—Marte morderá el anzuelo —me susurra Mustang ahora —. No queda mucha materia gris en la casa.

No ahora que Roque no está. Mustang escogió un lugar cerca de mí en la nieve. Tan cerca que estira sus piernas junto a las mías y el rostro, girado hacia un lado mientras se tumba sobre la tripa, está a apenas unos centímetros del mío debajo de los mantos blancos. Cuando inhalo, el aire sigue caliente por su aliento. Creo que es la primera vez que he pensado en besarla. Me quito de encima ese pensamiento y proyecto la visión de los traviesos labios de Eo.

Es mediodía cuando Casio envía sus tropas —esclavos, en su mayoría, por temor a una emboscada— para limpiar los árboles caídos en el puente. De hecho, Casio está jugando un juego muy inteligente. Como cree que está enfrentándose a Júpiter, asume que la emboscada será una súbita carga de caballería en cuanto el puente esté libre. Así que hace que sus caballos rodeen el río por el sur a través de las montañas y den una vuelta en el lado opuesto del puente cerca de Fobos para impulsar una emboscada en la caballería que cree que vendrá de los Grandes Bosques o las llanuras. Milia, la chica astuta, me informa de esos movimientos en forma de aullido desde donde se encuentra su mirador, a casi kilómetro y medio, encaramada en lo alto de un pino. Es el momento de actuar.

No aullamos ni gritamos cuando los once corremos a través de los bosques sin hojas hacia los afanados esclavos. Cuatro de la clase superior vigilan el trabajo a caballo. Uno de ellos es Cipio. Corremos más rápido. Más rápido a través

de los árboles yermos, acercándonos desde su flanco. No nos ven. Nos dispersamos. Adelantándonos unos a otros para asestar el primer golpe.

Gano yo.

Salto cinco metros hacia delante en la escasa gravedad, salgo volando del bosque como un demonio poseído y golpeo a Cipio en el hombro con una espada roma. Cae de la silla de montar. Los caballos relinchan. Mustang abate a otro superior con el estandarte. Mis tropas avanzan en manada hacia el frente, en silencio y cubiertas de blanco y gris. Dos más de mis perjuros saltan sobre los caballos de los superiores y aporrean a los jinetes con garrotes y hachas embotadas. He ordenado que no haya muertes; el combate acaba en cuestión de segundos. Los caballos ni siquiera saben adónde se han ido sus jinetes. Mis tropas dejan rápidamente atrás los caballos y llegan hasta los esclavos que están quitando los troncos caídos del puente. La mitad de ellos ni siquiera nos oyen hasta que Mustang ha convertido a seis en esclavos de Minerva y les ha ordenado que nos ayude a doblegar al resto. Entonces llegan los gritos y es cuando los esclavos de Marte vuelven sus hachas contra mis tropas.

Los de Minerva reconocen a Mustang y son liberados cuando ella borra la marca de Marte. Es como una marea cambiante. Seis esclavos son nuestros. Ellos se encargan de arrinconar a los otros esclavos de Marte, que después Mustang convierte en nuestros. Ocho, con el mismo proceso. Diez. Once hasta que solo uno ofrece resistencia. Y él es el premio. Pax. No lleva la armadura, gracias a Dios. Está aquí como mano de obra, pero aun así tenemos que cogerlo entre siete para echarlo al suelo. Ruge y grita su nombre. Me abalanzo sobre él y me llevo un puñetazo en la cara. Escupo y me río mientras nos amontonamos encima de él hasta que ya somos doce los que estamos sujetando al monstruo

genético. Mustang lo libera de la marca y sus rugidos se convierten en risas tan agudas que parecen las de una chica.

—¡Libertaaad! —ruge. Se levanta de un salto, buscando a alguien al que desfigurar—. ¡Darrow au Andrómeda! —me grita, listo para romperme la cara hasta que Mustang lo calla de un grito.

—¡Está de nuestra parte! —le aclara Mustang.

—¿De verdad? —le pregunta Pax. Una sonrisa le parte la cara en dos—. ¡Qué noticias! —Y me agarra con un abrazo de oso—. Libertaaad, hermanos… ¡y hermanas! Dulce libertad.

Dejamos a Cipio y a los demás superiores gimiendo en el suelo. Unas columnas de señales de humo se levantan desde Fobos y Deimos mientras corremos por el valle del bosque hacia las montañas enanas del norte antes de que los jinetes de Marte puedan rodear el puente bloqueado para asaltarnos. Los oteadores lo han visto todo. Y tienen que estar horrorizados. Ha ocurrido en menos de un minuto. Pax no deja de reírse como una chica.

La Casa de Marte estará confundida por la repentina disminución de sus filas. Pero necesito más que esto. Necesito que cambien la visión que tienen de mí, la de un líder defectuoso, por la de algo sobrenatural, algo más allá de su entendimiento. Tengo que ser como el Chacal: sin nombre y sobrehumano.

Esa noche me deslizo por la nieve hacia el norte del castillo de Marte. Los jinetes vigilan la cañada. En la noche, los cascos suenan suavemente sobre la hierba. Oigo las bridas tintineando en la oscuridad. No los veo. Mi capa de piel de lobo es blanca como la nieve que cae. He colocado la cabeza hacia arriba de forma que parezco una criatura guardiana salida de las regiones más frías del infierno. La pared de roca parece más empinada de lo que recordaba.

Casi me caigo cuando trepo por la nevada vertical. Llego hasta el muro del castillo. Las antorchas flamean en las murallas. El viento azota las llamas. Mustang debería estar a punto de encender el fuego.

Me quito la capa y la envuelvo en un ovillo. Tengo la piel recubierta de carbón. Introduzco las agarraderas de metal en los huecos que quedan entre las rocas. Es como subirme de nuevo a mi perforadora, salvo que ahora soy más fuerte y no llevo una escafandra. Fácil. El pegaso rebota contra mi pecho mientras escalo. Ni siquiera estoy jadeando cuando llego arriba del todo, seis minutos más tarde.

Me aferro con los dedos a la piedra justo debajo de las murallas. Me cuelgo, oyendo pasar a la centinela. Es una esclava, cómo no. Y no es estúpida. Me ve cuando me impulso por encima de la muralla e intenta clavarme una lanza en la garganta. Le enseño rápidamente el anillo de Marte y me llevo un dedo a los labios.

—¿Por qué no debería avisar? —me pregunta. Antes era de Minerva.

—¿Te dijeron que tenías que proteger la muralla de los enemigos? Estoy convencido de que sí. Pero yo soy de la Casa de Marte, así que no puedo ser un enemigo, ¿a que no?

Frunce el ceño.

—El primus me dijo que tenía que proteger los muros contra los intrusos y matar o avisar…

—Esta es mi casa. Soy el legítimo primus de la Casa de Marte. Soy tu amo y te exijo que sigas vigilando el muro contra los intrusos. Eso es imperativo. —Le guiño un ojo—. Estoy seguro de que harías feliz a Virginia si siguieras sus órdenes al pie de la letra.

Ladea la cabeza al oír el nombre de Mustang y me examina.

—¿Mi primus está viva?

—La Casa de Minerva aún no ha caído —le respondo.

La cara de la chica casi se descompone de la alegría con que sonríe.

—Bueno… en ese caso… Supongo que esta es tu casa. No te puedo impedir que entres. Me he comprometido bajo juramento a obedecer. Espera… Sé quién eres. Decían que estabas muerto.

—Si respiro es gracias a tu primus.

Me entero por ella de que los miembros de la casa duermen mientras los esclavos protegen la fortaleza por la noche. Ese es el problema con los esclavos. Están deseosos de escaquearse de sus tareas y les entusiasma compartir secretos. La dejo allí y me infiltro en el torreón con la ayuda de una llave que a la esclava se le cayó en mi mano sin querer.

Recorriendo mi casa a hurtadillas, siento la tentación de hacerle un visita a Casio. Pero no he venido aquí para matarlo. La violencia es la solución de los insensatos. A veces yo soy el insensato, pero esta noche me siento listo. Tampoco he venido para robar el estandarte. Lo estarán vigilando. No. He venido para recordarles que una vez me temieron. Que soy el mejor de todos ellos. Puedo ir adonde me plazca. Hacer lo que me plazca.

Permanezco oculto en las sombras a pesar de que podría usar el mismo argumento con cada guardia que tengan. En vez de eso, tallo una falce en todas las puertas del torreón. Me deslizo dentro de la sala de mapas y tallo una falce en la enorme mesa para crear un mito. Después tallo una calavera en la silla de Casio y clavo un cuchillo bien adentro en la parte trasera del asiento para sembrar el rumor.

Cuando me marcho por el mismo sitio por el que he venido, veo la colina al norte del castillo estallar en llamas. La maleza apilada en forma de la falce del Segador arde con furia en la noche.

Sevro, si sigue con Marte, me encontrará. Y no me vendría mal la ayuda de ese cabroncete.

36

LA SEGUNDA PRUEBA

Para disponer de un ejército tengo que ser capaz de alimentarlo. Así que me apoderaré de los hornos de Ceres que tanto Júpiter como Marte codician.

A los nuevos miembros de nuestro grupo de la Casa de Minerva les parece perfectamente razonable aceptar mi autoridad. No me engaño. Sí, les impresionó que escondiera a mis Aulladores dentro de unos caballos muertos hace unos meses, y se acuerdan de que derroté a Pax. Pero solo obedecen porque Mustang se fía de mí. Por ahora mantenemos como esclavos a los de la Casa de Diana. Necesito ganarme su confianza. Tacto, curiosamente, es el único que parece confiar en mí. Aunque también es verdad que el joven lacónico fue todo sonrisas hace cosa de un mes cuando le dije que lo metería dentro de un caballo muerto. Hay dos más de Diana que también se metieron. El resto los llama los «Caballos Muertos», y cada uno de ellos lleva trenzas de crin blanca. Creo que están un poco pirados.

Si abunda algo en los bosques y en las tierras altas son los lobos. Los cazamos para entrenar a los nuevos reclutas en mi forma de pelear. Nada de glamurosas cargas de caballería. Nada de puñeteras lanzas. Y, desde luego, nada de estúpidas reglas de enfrentamiento. Todos reciben unas capas, unas pieles malolientes mientras se secan y les quitamos lo que está podrido. Todos menos Pax. Aún no han fabricado un lobo lo bastante grande para él.

—El asedio no le pilla de nuevas a la Casa de Ceres —observa Mustang.

Tiene razón. Parece que tienen más soldados despiertos de noche que de día. Vigilan los ataques furtivos. Montones de yescas iluminan la base de los muros por la noche. Ahora tienen perros, aunque no sé cómo los han conseguido. Merodean por las almenas. El camino hacia el agua está vigilado desde que mandé a Sevro a que entrara por las letrinas, hace ya mucho, durante un ataque furtivo que preparé cuando estábamos en guerra con Minerva. Casi no me perdonó por aquello. Los alumnos de Ceres ya no salen. Han aprendido los peligros de luchar contra casas más fuertes en campo abierto. Se refugiarán durante el invierno y, cuando el frío y el hambre hayan debilitado a las demás casas, saldrán de su fortaleza con la primavera: fuertes, preparados y organizados.

Pero no conseguirán llegar a la primavera.

—Entonces ¿atacaremos durante el día? —aventura Mustang.

—Por supuesto —confirmo.

A veces me pregunto por qué nos molestamos en hablar. Ella conoce mis pensamientos. Incluso los descabellados.

La idea que tengo ahora es especialmente descabellada. La practicamos en un claro de los bosques septentrionales durante un día entero, después de haber talado el bosque con las hachas. Pax consigue que el plan sea posible. Hacemos competiciones para ver quién guarda mejor el equilibrio sobre la madera. Gana Mustang. Milia «Cara de Caballo» es la segunda, y escupe con amargura por no haber vencido a Mustang. Yo soy el tercero.

Igual que hicimos cuando preparamos la trampa para la Casa de Marte, la noche anterior nos acercamos sigilosamente todo lo que podemos y nos enterramos en la nieve. Una vez más, Mustang y yo formamos equipo, apretujándonos el uno contra el otro en la nieve. Tacto trata de formar equipo con Milia, pero ella lo manda al infierno.

—Si lo miras bien, estaba tratando de hacerte un favor —le murmura a Milia mientras él se acurruca debajo del maloliente sobaco de Pax—. Eres tan guapa como la verruga de una gárgola. ¿Cuándo ibas a tener la oportunidad de dormir con alguien como yo? Cerda desagradecida.

Mustang y las otras chicas muestran su desprecio por la burla. Después, el silencio de la noche y el frío de la gélida llanura abierta caen sobre nosotros, y nos quedamos callados.

Al llegar la mañana, Mustang y yo temblamos, apretados el uno contra el otro, y una nueva nevada amenaza con estropearnos el plan, pues nos entierra más hondo aún en la llanura. Pero el viento es razonable y los copos no nos hunden demasiado cuando dan vueltas en el aire. Me despierto el primero, aunque no me muevo. Tan pronto como un bostezo se lleva el último vestigio de sueño que me queda, mi ejército se levanta como un solo organismo, un alumno que se agita y refunfuña contra el otro hasta que se forma una serpiente de olisqueantes y carraspeantes dorados enterrados juntos en un túnel poco profundo bajo la superficie de la nieve. No puedo verlos, pero oigo que se despiertan a pesar del rugido del viento en la tormenta de nieve.

Durante la noche se ha formado hielo a mi alrededor, encima de las espesas capas. Las manos de Mustang están dentro de mis pieles, apretadas en mi costado para coger calor. Me calienta el cuello con el aliento. En cuanto me muevo, bosteza y se despereza, apartándose un poco mientras se estira, como un gato recortado contra la nieve. La nieve se desmenuza en medio de los dos.

—Condenado infierno, esto es horrible —musita Dax, el compañero de Milia. No logro verlo en nuestro túnel de nieve.

Mustang me da un codazo. Apenas podemos ver a Tacto enroscado en el hueco de la axila de Pax. Los dos están acurrucados y se despiertan como amantes. Parpadean, abren los ojos llenos de nieve y se despegan de golpe.

—Me pregunto cuál de ellos será Romeo —susurra Mustang con la voz ronca.

Suelto una risita ahogada y excavo un agujero en el techo de nuestro túnel para comprobar que mi grupo de veinticuatro está a solas en las llanuras, a excepción de los primeros rastreadores a caballo de la mañana que se ven a lo lejos. Ellos no supondrán problema alguno. Llegan ráfagas de viento desde el río, procedentes del norte, y me golpean la cara con fuerza.

—¿Estás preparado para hacer esto? —me pregunta Mustang con una sonrisa de oreja a oreja cuando vuelvo a meter la cabeza en nuestro refugio—. ¿O acaso tienes demasiado frío?

—Hacía más frío en el lago donde te engañé la primera vez —sonrío—. Ay, los viejos tiempos.

—Todo formaba parte de mi plan maestro para ganarme tu confianza, hombrecito. —Me dirige una media sonrisa maliciosa. Al ver mi mirada preocupada, me agarra del muslo y se inclina hacia mí para que no nos oiga nadie más —. ¿Crees que estaría aquí agachada en la nieve contigo si creyera que este plan pudiera salir mal? Negativo. Pero se me están congelando hasta las ideas y el viento comienza a amainar, así que vámonos, Segador.

Doy la cuenta atrás y estamos en pie. La nieve se desmorona a nuestro alrededor, el viento nos azota el rostro, y corremos a toda velocidad los cien metros que nos separan de los muros. Los veinticuatro. Silencio de nuevo. El viento sopla a rachas. Llevamos el árbol entre todos. Nos apiñamos contra él como hicimos por la noche cuando compartía el túnel con nosotros. Pesa mucho, pero somos veinticuatro y

los padres de Pax le dieron unos genes capaces de derribar unos malditos caballos. Resuellos. Nos arden las piernas. Rechinar de dientes cuando la madera hunde nuestros hombros al movernos en la nieve alta. Hay un buen trecho. Llega un grito desde la muralla. Un grito solitario y cavernoso cuyos ecos resuenan en la silenciosa mañana invernal. Llegan más. Aún son pocos. Ladridos. Confusión. Una flecha pasa silbando. Es silenciosa y espeluznante. Después, otra. Es asombroso lo tranquilo que está el mundo mientras las flechas vuelan, portadoras de muerte. El viento se ha desvanecido de nuevo. El sol alcanza el cénit desde detrás de un cúmulo de nubes y los cálidos rayos de la mañana nos iluminan.

Estamos en el muro. Los gritos se extienden al otro lado de la fortificación de piedra, desde las torres. Un cuerno emite señales. Ladridos. La nieve cae desde los parapetos mientras los arqueros se inclinan sobre las almenas de piedra. Una flecha tiembla en la madera, junto a mi mano. Alguien cae, ensangrentado: Dax. Después Pax dice la palabra con un rugido y él, Tacto y cinco de nuestros hombres más fuertes cogen el largo madero que habíamos cortado del tronco del árbol y empujan con todas sus fuerzas para meter la punta en el muro. La mantienen allí en ángulo. Rugen por el esfuerzo de la carga. Aún faltan cinco metros para llegar a la cima del muro, pero ya estoy subiendo a toda velocidad por la fina pendiente. Pax gruñe como un jabalí mientras se lanza contra la parte tensa y doblada. Está gritando, rugiendo. Mustang viene justo detrás de mí, y después Milia. Casi me escurro. Me sostengo gracias a mi sentido del equilibrio y mis manos de sondeainfiernos, que escarban la nudosa madera. Con las pieles puestas no parecemos lobos, sino ardillas. Con un silbido, una flecha me atraviesa la capa. Estoy contra el muro, al final del tambaleante madero. Pax y sus chicos emiten unos rugidos

guturales por el esfuerzo. Mustang está llegando. Ahueco las manos. Pone el pie en ellas a la carrera y yo la impulso los cinco metros que faltan para salvar las almenas. Agita la espada y grita como una energúmena. Después Milia se impulsa de la misma forma y la cuerda que se ha atado a la cintura cuelga tras ella. Una vez arriba, se sujeta con firmeza y yo uso la cuerda para escalar los últimos cinco metros. El madero se rompe y cae al suelo tras de mí. Ya había sacado la espada. Es el caos. Hemos cogido a la Casa de Ceres desprevenida. Nunca han tenido un enemigo en las almenas. Y somos tres, chillando y agitando las espadas. La furia y la excitación me invaden y comienzo mi danza.

Solo tienen arcos. Hace meses que no usan espadas. Las nuestras no están afiladas ni cargadas de electricidad, pero la frialdad del duroacero no es agradable en ningún caso. Lo más difícil es deshacerse de los perros. A uno le doy una patada en la cabeza. A otro lo arrojo desde las almenas. Milia está abajo. Muerde a un perro en el cuello y le da puñetazos en las pelotas hasta que este se aleja lloriqueando.

Mustang derriba a alguien de las almenas. Yo me lanzo, con las piernas por delante, para golpear a un arquero cuando la apunta con el arco. Fuera, Pax me grita que abra las puertas. Está suplicando de verdad por combatir.

Sigo a Mustang hasta el patio de abajo, saltando desde los parapetos hasta donde está luchando contra un corpulento alumno de Ceres. Lo derribo con el codo y miro por primera vez la fortaleza del pan. El castillo tiene un diseño extraño, un patio que conduce a varios edificios y una inmensa torre donde se cuece el pan que hace que me suenen las tripas; pero lo único que me importa es la puerta. Nos apresuramos hacia allí. Hay gritos detrás de nosotros. Son demasiados para que podamos enfrentarnos a ellos. Llegamos a la puerta justo cuando decenas de alumnos de

Ceres atraviesan corriendo el patio hacia nosotros desde la torre.

—¡Deprisa! —grita Mustang—. ¡Eh! ¡Deprisa!

Milia lanza flechas al enemigo desde los parapetos.

Entonces abro la puerta.

—¡¡¡Pax au Telemanus!!! ¡¡¡Pax au Telemanus!!!

Me aparta a un lado de un empujón. Va descamisado, imponente y musculoso. Está desgañitándose. Lleva el pelo pintado de blanco y untado con savia para formar dos cuernos. Un trozo de madera tan largo como mi cuerpo le sirve de garrote. Los estudiantes de la Casa de Ceres saltan hacia atrás, presas del pánico. Algunos caen. Otros se tropiezan. Un chico grita cuando Pax se abalanza rugiendo como un trueno.

—¡¡¡Pax au Telemanus!!! ¡¡¡Pax au Telemanus!!!

No quiere ningún mote cuando carga hacia delante como un minotauro poseído. Cuando choca contra la masa de alumnos de Ceres, se desencadena el desastre. Los chicos vuelan por el aire como la paja un día de cosecha.

El resto de mi ejército corre a toda velocidad detrás del cabrón demente de Pax. Empiezan a aullar, no porque yo les haya dicho que lo hagan, ni tampoco porque crean que son los Aulladores de Sevro, sino porque eso fue lo que oyeron cuando mis soldados salieron de las tripas de los caballos, el sonido que hizo que se les encogiera el corazón cuando los conquistaron. Ahora les toca a ellos aullar mientras convierten la batalla en una melé furibunda. Pax grita su nombre, y grita el mío cuando conquista la ciudadela para mí prácticamente sin ayuda. Coge a un chico por la pierna y lo usa como porra. Mustang flota por el campo de batalla como una valquiria y esclaviza los que están aturdidos en el suelo.

Al cabo de cinco minutos, los hornos y la ciudadela son nuestros. Cerramos las puertas, aullamos y comemos un

poco de maldito pan.

Libero a los esclavos de Casa de Diana que me han ayudado a tomar la fortaleza y dedico unos minutos a cada uno para compartir unas risas. Tacto se sienta sobre la espalda de un pobre chico recogiéndole el pelo en trenzas de niña hasta que le doy un codazo para que se baje. Me da un manotazo en la mano.

—No me toques —dice bruscamente.

—¿Qué has dicho? —pregunto, rabioso.

Se levanta a toda prisa, con la nariz que apenas le llega a mi barbilla, y habla en voz muy baja para que solo yo pueda oírle.

—Escucha, hombretón. Soy del género Valii. La pureza de mi sangre se remonta a la Conquista. Podría comprarte y venderte con mi paga semanal. Así que tú a mí, en este jueguecito, no me vas a menospreciar como a los demás, rey de patio de colegio. —Después habla más alto para que los demás puedan oírlo—. Yo hago lo que me place, porque conquisté este castillo para ti ¡y dormí en un caballo muerto para que venciéramos a Minerva! Me merezco un poco de diversión.

Me inclino, cada vez más cerca de él.

—Tres pintas —le digo en voz baja.

Pone los ojos en blanco.

—¿Qué estás ladrando?

—Esa es la cantidad de sangre que te voy a hacer tragar.

—Bueno, la fuerza otorga la razón.

Suelta una risita y me da la espalda.

Después, calmando mi ira, les digo a los miembros de mi ejército que no volverán a ser esclavos en el juego, siempre y cuando lleven mi piel de lobo. Si la idea no les gusta, pueden largarse. Nadie lo hace, pero eso era de esperar. Quieren ganar, pero para acatar mis normas, para entender que no me creo ningún emperador supremo y poderoso, sus

corazones orgullosos tienen que sentirse valorados. Así que me aseguro de que lo sientan. Le dedico a cada alumno un cumplido distinto. Trato de que lo recuerden para siempre.

Incluso cuando esté destruyendo la Sociedad al frente de miles de millones de vociferantes rojos, ellos les contarán a sus hijos que, en cierta ocasión, Darrow de Marte les dio una palmadita en el hombro y les regaló un cumplido.

Los vencidos de la Casa de Ceres observan cómo libero a los esclavos de mi ejército y se quedan boquiabiertos. No lo comprenden. Me reconocen, pero no entienden por qué no hay ningún otro alumno de Marte, ni por qué estoy yo al frente, ni por qué me parece que esté permitido liberar esclavos. Mientras siguen boquiabiertos, Mustang los esclaviza con el símbolo de la Casa de Minerva y se sienten doblemente confundidos.

—Conquistad una fortaleza para mí y conseguiréis también la libertad —les digo. Tienen un cuerpo distinto del nuestro. Más blando debido al mucho pan y la poca carne que han comido—. Pero tenéis que estar deseando comeros un venado y carne de caza. Me parece que os falta algo de proteína en la dieta. Hemos traído en abundancia para compartir.

Liberamos a varios esclavos que la Casa de Ceres había capturado hace unos meses. Son pocos, y la mayor parte pertenecen a las casas de Juno o de Marte. Les parece que esta alianza es extraña, pero no es un trago tan amargo después de meses de bregar en los hornos.

La noche acaba con una nota negativa. Me despiertan apenas una hora después de haberme dormido. Mustang se sienta al lado de mi cama cuando abro los ojos con un parpadeo. Al verla siento una punzada de terror. Doy por hecho que ha venido por otro motivo, que su mano en mi muslo significa algo distinto, algo humano. En vez de eso, me trae unas noticias que no quería volver a oír nunca más.

Tacto despreció mi autoridad e intentó violar a una esclava de Ceres durante la noche. Milia lo sorprendió y Mustang apenas consiguió impedir que rajara a Tacto de todas las formas posibles. Todo el mundo se ha levantado en armas.

—El asunto pinta mal —se lamenta Mustang—. Los alumnos de Diana llevan la equipación de guerra y están a punto de enfrentarse a Milia y a Pax para recuperar a Tacto.

—¿Están tan desesperados como para pelear contra el mismísimo Pax?

—Sí.

—Voy a vestirme.

—Por favor.

Me reúno con ella en la sala de mapas dos minutos después. La mesa ya tiene grabada la falce. No es obra mía: yo no habría conseguido un trabajo tan logrado como este.

—¿Ideas?

Me dejo caer en una silla en frente de Mustang. Es un consejo de dos personas. En momentos como este echo de menos a Casio, a Roque y a Quinn. Pero, sobre todo, a Sevro.

—Cuando Tito hizo esto, dijiste que promulgaríamos nuestra propia ley, si no recuerdo mal. Lo condenaste a muerte. Ahora, ¿seguimos haciendo lo mismo? ¿O hacemos algo más conveniente? —me pregunta como si diera por hecho que voy a dejar que Tacto se vaya de rositas.

Asiento, para su sorpresa.

—Esto lo pagará —digo.

—Esto… Es que me cabrea profundamente. —Quita los pies de encima de la mesa y se inclina hacia delante para sacudir la cabeza—. Se supone que estamos por encima de este tipo de cosas. Se supone que ser Marcados consiste en eso: en trascender los deseos que —dibuja en el aire unas irónicas comillas— «esclavizan» a los colores más débiles.

—No se trata de deseos. —Frustrado, doy un puñetazo en la mesa—. Se trata de poder.

—¡Tacto es de la Casa de Valii, nada menos! —exclama Mustang—. Su familia es antiquísima. ¿Cuánto poder más quiere ese gilipollas?

—Poder sobre mí, está claro. Le dije que no podía hacer una cosa y ahora está intentando demostrar que puede hacer lo que le venga en gana.

—Entonces no es un bárbaro como Tito.

—Ya lo has visto. Claro que es un bárbaro. Pero no. Esto ha sido un movimiento táctico.

—Pues ese listo cabrón te ha puesto entre la espada y la pared.

Doy un manotazo en la mesa.

—No me gusta esto: que otro escoja las batallas o el campo de batalla. Así perderemos.

—La verdad es que nadie gana. No podemos salir adelante. Alguien va a odiarte, hagas lo que hagas. Así que tenemos que pensar cuál es la opción menos perjudicial. ¿De acuerdo?

—¿Y qué hay de la justicia? —pregunto.

Arquea las cejas en un gesto de sorpresa.

—¿Y qué hay de ganar? ¿No es eso lo que importa?

—¿Estás intentando tenderme una trampa?

Sonríe.

—Solo te ponía a prueba.

Frunzo el ceño.

—Tacto mató a Tamara, su primus. Cortó la silla de montar y después la aplastó con el caballo. Es malvado. Se merece cualquier castigo que le demos.

Mustang levanta una ceja como si todo esto fuera de esperar.

—Coge lo que quiere sin pedir permiso.

—Qué admirable.

Ladea la cabeza hacia mí, mientras recorre mi cara con sus vivarachos ojos.

—Qué raro.

—¿El qué?

—Me equivoqué contigo. Eso es raro.

—¿Me equivoco yo con Tacto? ¿Es malo de verdad? ¿O es que va por delante de todos? ¿Acaso entiende mejor el juego?

—Nadie entiende el juego.

Mustang vuelve a poner las embarradas botas encima de la mesa y se reclina. Los cabellos dorados le caen por debajo de los hombros en una larga trenza. El fuego crepita en la chimenea haciendo que las pupilas le bailen en la oscuridad. No echo de menos a mis viejos amigos cuando sonríe de esa forma. Le pido que se explique.

—Nadie entiende el juego porque nadie sabe las reglas. Nadie sigue el mismo conjunto de reglas. Es como la vida misma. Algunos creen que el honor es universal. Algunos creen que las leyes son obligatorias. Otros son más sensatos. Pero, al final, ¿no es verdad eso de que quien a hierro mata a hierro muere?

Me encojo de hombros.

—En los libros. En la vida no suele quedar nadie que los mate después.

—Los esclavos de la Casa de Ceres buscan un ojo por ojo. Si castigas a Tacto, cabreas a los chicos de Diana. Te dan una fortaleza y tú se lo agradeces escupiéndoles. Recuerda que, por lo que a ellos respecta, cuando conquistasteis mi castillo Tacto permaneció oculto durante medio día en el vientre de un caballo, y lo hizo por ti. El resentimiento crecerá como la burocracia de los cobres. Pero si no lo castigas, pierdes a todos los de Ceres.

—No puedo hacerlo. —Suspiro—. Ya he fracasado antes en esta prueba. Dejé morir a Tito y pensé que estaba

impartiendo justicia. Me equivocaba.

—Tacto es un dorado de hierro. Su sangre es tan antigua como la Sociedad. Ven la compasión y el propósito de enmienda como una enfermedad. Él es su familia. No cambiará. No aprenderá. Cree en el poder. Para él los demás colores no son personas. Para él los dorados inferiores no son personas. Está ligado a su destino.

Y, sin embargo, yo soy un rojo que actúa como un dorado. Ningún hombre está ligado a su destino. Puedo cambiarlo. Sé que puedo. Pero ¿cómo?

—¿Qué crees que debería hacer? —pregunto.

—¡Ja! ¡El gran Segador! —Se da una palmada en el muslo—. ¿Cuándo te ha importado lo que piensen los demás?

—Tú no eres «los demás».

Hace un gesto de aprobación con la cabeza y habla después de un momento.

—Hace tiempo, me contaron una historia. Mi tutor, Plinio… La verdad es que era un tipo espantoso. Y ahora es político, así que dale a la historia la confianza que creas que merezca. Bueno, pues en la Tierra había un hombre que tenía un camello. —Me río. Ella continúa—. Viajaban por un enorme desierto lleno de cosas desagradables. Un día, mientras el hombre preparaba el campamento, el camello le propinó una patada sin razón alguna. Así que el hombre le dio latigazos al camello. Las heridas del camello se infectaron. Murió y el hombre se quedó varado en el desierto.

—Manos, camellos… Tú y tus metáforas.

Se encoge de hombros.

—Sin tu ejército eres un hombre varado en el desierto. Así que pisa con cuidado, Segador.

Hablo con Nyla, la chica de Ceres, en privado. Es una chica callada. Lista como un rayo, pero nada física. Como una temblorosa ave cantora, como Lea. Tiene un labio hinchado y ensangrentado. Me dan ganas de castrar a Tacto. Ella no entró aquí siendo mala como el resto. Aunque sobrevivió al Paso.

—Me dijo que quería que le masajeara los hombros. Dijo que tenía que hacer lo que él dijera porque era mi amo, porque derramó su sangre conquistando el castillo. Después intentó… bueno… Ya sabes.

Un centenar de generaciones de hombres han usado esa lógica inhumana. La tristeza que provocan sus palabras hace que eche de menos mi hogar. Pero eso también ocurrió allí. Recuerdo los gritos que hicieron temblar el cucharón de la sopa en manos de mi madre. Me acuerdo de cómo consiguió mi prima que aquel gamma le diera antibióticos.

Nyla parpadea y durante un instante clava la mirada en el suelo.

—Le dije que era la esclava de Mustang. De la Casa de Minerva. Es su estandarte. No tenía que obedecerlo. Él no hacía otra cosa que tirarme al suelo con empujones. Yo grité. Me dio un puñetazo y entonces me apretó la garganta hasta que todo empezó a desvanecerse y ya casi ni olía su capa de lobo. Después la chica alta, Milia, lo tiró al suelo, supongo.

No se ha referido a que había otros soldados de Diana en la habitación. Otros miraban. Mi ejército. Les di poder y lo emplean para esto. Es culpa mía. Son míos, pero son malvados. Esto no se arreglará castigando a uno de ellos. Tienen que querer ser buenos.

—¿Qué querrías que hiciera con él? —le pregunto.

No extiendo un brazo para consolarla. No lo necesita, aunque creo que yo sí. Me recuerda también a Evey.

Nyla se toca los rizos de su pelo sucio y hace un ademán de indiferencia.

—Nada.

—Nada no es suficiente.

—¿Para arreglar lo que intentó hacerme? ¿Para enmendarlo? —Sacude la cabeza y pone las manos en los costados—. Nada es suficiente.

A la mañana siguiente, reúno a mi ejército en la plaza de Ceres. Una docena de ellos cojean; los huesos áureos son tan fuertes que es difícil que se rompan, así que la mayor parte de las heridas que sufrieron en el asalto fueron superficiales. Huelo el resentimiento de los estudiantes de Ceres y de los estudiantes de Diana. Es un cáncer que corroerá el cuerpo de este ejército, da igual hacia quién vaya dirigido. Pax saca a Tacto y lo pone de rodillas.

Le pregunto si intentó violar a Nyla.

—Las leyes guardan silencio cuando suenan las armas —responde Tacto, alargando las palabras.

—No me vengas con citas de Cicerón —le reprocho—. A ti se te aplican criterios más exigentes que a los de cualquier centurión saqueador.

—Al menos en eso das en el clavo. Soy un ser superior que desciende de una estirpe llena de orgullo y gloria. La fuerza otorga la razón, Darrow. Si puedo tomar algo, lo tomaré. Y si lo tomo, merezco quedármelo. Esto es lo que creemos los Marcados.

—La medida de un hombre reside en cómo obra con el poder —le digo en voz alta.

—Venga ya, Segador —contesta Tacto, seguro de sí mismo como todos los que son como él—. Ella es un botín de guerra. Mi poder la conquistó. Y los débiles deben postrarse ante los fuertes.

—Yo soy más fuerte que tú, Tacto —le replico—. Así que puedo hacer contigo lo que quiera, ¿no?

Permanece en silencio, y se da cuenta de que ha caído en una trampa.

—Tú provienes de una familia superior a la mía, Tacto. Mis padres están muertos. Soy el único miembro de la familia. Pero soy superior a ti. —Esboza una sonrisa torcida al oír eso—. ¿No estás de acuerdo? —Le lanzo un filo a los pies y saco el mío—. Te ruego que le des voz a tus preocupaciones. —No coge el filo—. Entonces, por el derecho que da el poder, puedo hacer contigo lo que quiera.

Proclamo que no pienso permitir ninguna violación, y después le pregunto a Nyla qué castigo impondría. Tal y como me dijo antes, contesta que ninguno. Me aseguro de que sepan esto para que no sufra ninguna recriminación. Tacto y sus partidarios armados la miran sorprendidos. No entienden por qué ella no quiere venganza, pero eso no impide que se sonrían unos a otros como lobos, creyendo que su jefe ha evitado el castigo. Entonces hablo.

—Sin embargo, yo digo que recibas veinte latigazos de una vara de cuero, Tacto. Intentaste llevarte algo fuera de los límites del juego. Sucumbiste a tus patéticos instintos animales. Aquí eso es menos disculpable que el asesinato. Espero que te sientas avergonzado cuando recuerdes este momento dentro de cincuenta años y te des cuenta de tu debilidad. Espero que temas que tus hijos se enteren de lo que le hiciste a otro dorado. Hasta entonces, con veinte latigazos bastará.

Algunos de los soldados de Diana se adelantan enfurecidos, pero Pax se lleva el hacha al hombro y retroceden de pronto. Me fulminan con la mirada. Me dieron una fortaleza y yo voy a azotar a su guerrero favorito. Veo morir a mi ejército mientras Mustang le quita la camisa a Tacto. Me mira de hito en hito como una serpiente. Sé qué crueles pensamientos alberga ahora. Los que tuve yo con los que me azotaron.

Le azoto veinte veces con brutalidad, sin guardarme nada. La sangre le corre por la espalda. Pax casi tiene que

derribar con el hacha a uno de los soldados de Diana para impedir que se abalance para detener el castigo.

Tacto apenas consigue mantenerse en pie, con los ojos brillantes de ira.

—Qué error —susurra—. Qué tremendo error.

Entonces le sorprendo. Pongo la vara en su mano y lo acerco a mí ahuecando una mano alrededor de su nuca.

—Te mereces que te arranque las pelotas, cabrón egoísta —le susurro—. ¡Este es mi ejército! —digo ahora más alto—. Este es mi ejército. Sus males son tan míos como vuestros, igual que lo son de Tacto. Cada vez que uno de vosotros cometa un crimen como este, algo gratuito y perverso, os pertenecerá y me pertenecerá; porque cuando hacéis algo aborrecible nos dañáis a todos.

Tacto se queda de pie como un idiota. Está confundido.

Lo empujo con fuerza en el pecho. Trastabilla hacia atrás. Voy tras él, empujándolo.

—¿Qué ibas a hacer?

Le aprieto la mano, sujetando la vara de cuero contra su pecho.

—No sé de qué me hablas… —murmura.

—¡Venga, hombre! Ibas a meter la polla dentro de alguien de mi ejército. ¿Por qué no darme latigazos, ya que estás? ¿Por qué no hacerme daño a mí también? Será más fácil. Milia no intentará darte una puñalada. Lo prometo.

Vuelvo a empujarlo. Mira a su alrededor. Nadie dice nada. Me quito la camisa y me pongo de rodillas. El aire es frío. Tengo las rodillas sobre la piedra y la nieve. La mirada de Mustang se cruza con la mía. Me guiña un ojo y sé que puedo hacer cualquier cosa. Le digo a Tacto que me azote veinticinco veces. Me he llevado más. Los brazos le flaquean tanto como la voluntad de darlos. Aun así, escuecen, pero me levanto después de cinco azotes y le doy el látigo a Pax.

Empiezan a contar en seis.

—¡Empezad de nuevo! —grito—. Una rata violadora no es capaz de golpear con la fuerza suficiente para hacerme daño.

Pero Pax sí puede.

Mi ejército protesta a gritos. No lo entienden. Los dorados no hacen esto. Los dorados no se sacrifican unos por otros. Los líderes se llevan, no dan. Mi ejército grita de nuevo. Les pregunto por qué esto es peor que la violación con la que todos parecían tan conformes. ¿Acaso Nyla no es una de los nuestros? ¿Acaso no forma parte del cuerpo?

Como los rojos. Como los obsidianos. Como todos los colores.

Pax intenta golpear con suavidad. Pero es Pax, así que, cuando termina, mi espalda tiene el aspecto de la carne de cabra masticada. Me levanto. Hago lo que puedo para no tambalearme. Veo las estrellas. Quiero gemir de dolor. Quiero llorar. En vez de eso, les digo que cualquiera que haga algo vil, y saben a lo que me refiero, tendrá que azotarme así delante de todo el ejército. Veo la forma en la que ahora miran a Tacto, en la que miran a Pax, en la que me miran la espalda.

—No me seguís porque sea el más fuerte. Ese es Pax. No me seguís porque sea el más listo. Esa es Mustang. Me seguís porque no sabéis adónde ir. Yo sí.

Le hago una señal a Tacto para que se acerque a mí. Vacila, pálido, confuso como un corderito recién nacido. Lleva el miedo escrito en la cara. El miedo a lo desconocido. Miedo al dolor que soporto por voluntad propia. Miedo cuando se da cuenta de lo diferentes que somos.

—No tengas miedo —le digo. Tiro de él hacia mí para abrazarlo—. Somos hermanos de sangre, mierdecilla. Hermanos de sangre.

Estoy aprendiendo.

37

EL SUR

—¡Me cago en la pica de oro! —grito cuando Mustang me echa un ungüento en la espalda, en la sala de mandos. Lo unta con un dedo, con movimientos rápidos y cortos—. ¿Por qué? —gimoteo.

—La medida de un hombre reside en cómo obra con el poder —se ríe—. Te burlas de él por Cicerón y vas y sueltas a Platón.

—Platón es anterior. Supera a Cicerón. ¡Ay!

—¿Y todo eso de los hermanos de sangre? Eso no significa absolutamente nada. Podrías haber dicho que erais primos de piña.

—Nada une más que el dolor compartido.

—Mira, pues aquí va un poco más de eso.

Saca un trozo de cuero de una herida. Se me escapa un gañido.

—El dolor compartido… —Tiemblo—. No infligido. Psicótica… ¡ay!

—Suenas como una chica. Pensaba que los mártires erais duros. Pero también puede que te hayas vuelto loco de atar. Alguna fiebre de cuando te apuñalaron, probablemente. Has traumatizado a Pax, por cierto. Está llorando. Buen trabajo.

En efecto, oigo a Pax sorberse la nariz en la armería.

—Pero funcionó, ¿eh?

—Claro, Mesías. Ya tienes hasta un culto —se burla secamente—. Están fabricándote ídolos en la plaza. Arrodillándose suplicantes ante tu sabiduría. Oh, poderoso señor. Me reiré cuando descubran que no les caes bien y

pueden azotarte cada vez que se portan mal. Y ahora quédate quieto, florecilla. Y deja de hablar. Me molestas.

—Oye, cuando nos graduemos deberías pensarte lo de hacerte rosa. Tienes un tacto muy delicado.

Tuerce una sonrisa.

—¿Enviarme a uno de esos jardines para rosas? ¡Ja! Eso sí que sería una vida de color de rosa. Vamos, deja de dar chillidos, que el juego de palabras no era tan malo.

Al día siguiente organizo mi ejército. A Mustang le asigno la tarea de escoger seis equipos con tres rastreadores cada uno. Tengo cincuenta y ocho soldados; más de la mitad son esclavos. Le digo que ponga a alguien de Ceres en cada grupo, al más ambicioso. Ellos se llevan seis de las ocho unidades de comunicación que encontré en la sala de mando de Ceres. Son artilugios primitivos, auriculares de sonidos crepitantes, pero les dan a mi ejército algo que yo no he tenido nunca: algo mejor que las señales de humo.

—Entonces doy por hecho que tienes un plan mejor que ir al sur como una especie de horda mongola… —dice Mustang.

—Claro. Vamos a encontrar la Casa de Apolo.

Fiel a la promesa que le hice a Fitchner.

Los rastreadores parten esa noche de la Casa de Ceres y se dispersan al sur en seis direcciones. Mi ejército es el siguiente en salir, al alba, justo antes de que el sol del invierno se levante. No malgastaré esta oportunidad. El invierno ha forzado a las casas a encerrarse en las fortalezas. La profundidad de la nieve y los barrancos ocultos hacen que la caballería pesada avance con mucha lentitud y, por tanto, sea menos útil. El juego es ahora más lento, pero yo no lo seré. Marte y Júpiter pueden competir

todo lo que quieran, me tiene sin cuidado. Ya volveré a por ellos más tarde.

Al anochecer del segundo día de nuestro avance hacia el sur vemos la fortaleza de Juno, que Júpiter ya ha conquistado. Queda al oeste, en un afluente del Argos. Está rodeada de montañas. Más allá se encuentran las paredes invernales de seis kilómetros de Valles Marineris. Los rastreadores me traen noticias de otros tres rastreadores enemigos, a caballo, en los márgenes del bosque, al este. Creen que son de Plutón, los hombres del Chacal. Los caballos son de color negro y los jinetes llevan el pelo teñido del mismo color. Llevan huesos en el pelo. Oigo que repiquetean como carillones de bambú mientras cabalgan.

Sean quienes sean los jinetes, no se acercan en ningún momento. No caen en mis trampas. Dicen que la líder es una chica. Monta un caballo plateado envuelto en un manto de cuero cosido con huesos sin blanquear: por lo visto, los medibots no hacen tan bien su trabajo en el sur. Lilath, supongo. Ella y sus rastreadores desaparecen rumbo del sur cuando un grupo beligerante aparece por el sureste y bordea los Grandes Bosques.

Estos sí son ejércitos de verdad con caballos pesados.

Un jinete solitario se adelanta de un grupo más grande. Lleva el pendón con el arquero de Apolo. Lleva el pelo largo y sin trenzar, el rostro endurecido por los vientos invernales que llegan del mar del sur. Un corte en la frente estuvo a punto de reclamar para sí los dos ojos, ojos que me miran ahora fijamente como dos carbones encendidos dispuestos en un rostro de bronce forjado.

Me adelanto para salir a su encuentro, después de decirle a mi ejército que aparenten tanto patetismo y desgaste como sea humanamente posible. Pax no lo consigue. Mustang le dice que se ponga de rodillas para que parezca más o menos normal. Ella se le sube a los hombros para

añadir comicidad. Empieza una pelea de bolas de nieve cuando el emisario se acerca. Es una estampa alborotada y estúpida, y hace que mi ejército parezca tremendamente vulnerable.

Finjo una cojera. Me quito la capa de piel de lobo. Finjo tener escalofríos. Me aseguro de que mi patética espada de duroacero parezca más un bastón que un arma. Inclino el cuerpo mientras se acerca y echo una ojeada a mi juguetón ejército. Casi rompo mi gesto avergonzado con una carcajada. La reprimo.

La voz del jinete es como el acero que arrastra la piedra áspera. Carece de sentido del humor, de la certeza de que somos todos adolescentes que jugamos a un juego y de que el mundo real aún flota fuera de este valle. En el sur han ocurrido cosas que les han hecho olvidar. Tanto es así que cuando le ofrezco una modesta sonrisa, él no me la devuelve. No es un chico, sino un hombre. Creo que es la primera vez que veo a alguien transformado de manera tan completa.

—Y no sois más que un retazo harapiento del norte —se burla el primus de la Casa de Apolo, Novas.

Intenta averiguar a qué casa pertenecemos. Me he asegurado de que el estandarte visible sea el de la Casa de Ceres. Parpadea. Lo quiere para su propia gloria. También se da cuenta, para su alegría, de que más de la mitad de los cincuenta y seis soldados de que consta el ejército son esclavos. —No duraréis mucho en el sur. ¿Acaso os gustaría refugiaros del frío? ¿Comida y cama calientes? El sur es duro.

—Chico, no será más duro que el norte —le rebato—. Allí tienen filos y armaduras de pulsos. Los próctores nos han retirado el apoyo.

—No están allí para apoyaros, piltrafa —replica—. Los próctores ayudan a los que saben ayudarse.

—Nos hemos ayudado lo mejor que hemos podido —contesto con mansedumbre.

Escupe en el suelo.

—No vengas aquí a lloriquear, crío. El sur no escucha las lágrimas.

—Pero… pero el sur no puede ser peor que el norte.

Tiemblo y le hablo del Segador de las tierras altas. Un monstruo. Un salvaje. Un asesino. Cosas terribles, terribles.

Asiente con un gesto cuando hablo del Segador. Así que ha oído hablar de mí.

—Ese Segador vuestro está muerto. Una pena. Me habría gustado medirme contra él.

—¡Era un demonio! —protesto.

—Aquí tenemos nuestros propios demonios. Un monstruo de un solo ojo en los bosques y otro peor en las montañas del oeste. El Chacal.

Novas comparte la confidencia con nosotros y continúa su discurso. Se me permitiría unirme a Apolo como mercenario, pero no como esclavo; esclavo, jamás. Me ayudaría a derrotar al Chacal y después reconquistar el norte. Seríamos aliados. Cree que soy estúpido y débil.

Miro mi anillo. El próctor de Apolo sabrá lo que diga aquí. Quiero que sepa que voy a destrozar su casa. Si quiere intentar impedírmelo, esta es la invitación a hacerlo.

—No —le digo a Novas—. Avergonzaría a mi familia. No sería nada para ellos si me uniera a ti. No. Lo siento. —Sonrío para mis adentros—. Tenemos comida suficiente para pasar por tus tierras. Si nos dejas, no toleraremos…

Me cruza la cara de un bofetón.

—Eres un florecilla —dice—. Mantén la compostura. Avergüenzas a tu color. —Se inclina hacia mí sobre el borrén de la silla de montar—. Estás atrapado entre gigantes que te aplastarán. Pero conviértete en un hombre antes de que vayamos a por ti. Yo no lucho con niños.

Es entonces cuando Mustang le lanza una bola de nieve a la cabeza. Por supuesto, da en el blanco y suelta una risa estruendosa.

Novas no reacciona. Lo único que se mueve es el caballo entre sus piernas cuando se da la vuelta para reunirse de nuevo con su avanzadilla errante. Observo cómo se marcha. Cada vez estoy más inquieto.

—¡Corre a casita, arquero! —grita Tacto—. ¡Corre a casita con tu mamá!

Novas se reúne de nuevo con su caballería pesada de treinta hombres. Nuestra única caballería son los rastreadores. No pueden enfrentarse a filos de iones o lanzas de iones a la carrera, ni siquiera con los profundos bancos de nieve que entorpecen a los caballos más pesados. Nuestras armas siguen siendo de duroacero. La armadura no es mejor que una durochapa o una piel de lobo. Yo ni siquiera llevo armadura. No entra en mis planes entablar una batalla en la que tenga que pelear demasiado tiempo. Desde que conquistamos la fortaleza de Ceres y su estandarte, no nos hemos llevado ningún botín. Los próctores pueden haberme abandonado, pero el tiempo no. Por lo general, la infantería cae ante la caballería como el trigo seco, pero la nieve y sus profundidades traicioneras nos protegen.

Esa noche acampamos en la orilla occidental del río, más cerca de las montañas, lejos de las planicies abiertas frente a los espesos Grandes Bosques. La caballería pesada de Apolo tiene que cruzar el río helado en la oscuridad si quiere asaltar el campamento mientras dormimos. Sabía que lo intentarían cuando nos vieron tan débiles, pensando que caeríamos como un fruto maduro. Fracasan estrepitosamente. Qué arrogantes. Mientras caía la noche, envié a Pax con sus fortachones a que ablandaran la espesa capa de hielo del río que bordea el campamento. En la oscuridad oímos gritos de caballos y cuerpos zambulléndose

en el agua. Los medibots bajan ululantes para salvar vidas. Esos chicos ya están fuera del juego.

Continuamos hacia el sur, en dirección al lugar donde mis rastreadores creen que se encuentra el castillo de Apolo. Cenamos bien por la noche. Sopas hechas con carne y huesos de animales que nos traen los rastreadores. El pan se almacena en improvisados paquetes. La comida es lo que mantiene el ánimo de mi ejército. Como dijo el gran Corso en una ocasión: «Un ejército marcha al ritmo de su estómago». Aunque lo cierto es que el invierno no se le dio tan bien.

Mustang camina a mi lado mientras lidero la columna. Aunque está envuelta en capas tan espesas como las que yo llevo, apenas me llega al hombro. Y cuando atravesamos la profunda nieve, casi da risa ver cómo intenta seguir el mismo paso que yo. Pero si voy más lento me gano una expresión ceñuda. La trenza le brinca al caminar. Cuando llegamos a un terreno más fácil, me mira de reojo. El frío le ha dejado la nariz respingona tan roja como una cereza, pero los ojos tienen el color de la miel caliente.

—No duermes bien últimamente —observa.

—¿Es que alguna vez lo hago?

—Cuando duermes junto a mí. Gritabas la primera semana en el bosque. Después de eso, dormías como un bebé.

—¿Me estás invitando a que vuelva a hacerlo?

—Nunca te dije que te fueras. —Espera—. Entonces ¿por qué te fuiste?

—Me distraes —contesto.

Ríe con ligereza y se queda rezagada para caminar junto a Pax. Tanto mi respuesta como sus palabras me dejan confuso. Nunca pensé que le importara de una u otra forma que me fuera. Una sonrisa estúpida se me extiende por la cara. Tacto se da cuenta.

—Colado como un pajarito —canturrea.

Le tiro una bola de nieve a la cabeza.

—Ni una palabra más.

—Pero es que tengo más que decir, algo serio. —Da un paso adelante y respiro hondo—. ¿No te pasa que el dolor de la espalda hace que te empalmes, como a mí?

Se ríe.

—¿Hablas en serio alguna vez?

Los ojos penetrantes le centellean.

—Oh, tú no quieres que me ponga serio.

—¿Y qué tal obediente?

Se frota las manos.

—Bueno, sabes que no soy muy amigo de las correas.

—¿Ves alguna? —pregunto, y le señalo la frente, donde podría tener la marca de esclavo.

—Puesto que sabes que no necesito correa, bastará con que me digas adónde nos dirigimos. Así yo resultaría más… efectivo.

No me está desafiando, pues habla con calma. Después de los latigazos que recibimos los dos, su relación conmigo es ahora de una lealtad aterradora. A pesar de todas las risas, burlas y risitas, tengo su obediencia. Y su pregunta es sincera.

—Vamos a machacar a Apolo —le revelo.

—Pero ¿por qué Apolo? —pregunta—. ¿Estamos escogiendo las casas a boleo o hay algo que debería saber?

Su tono de voz me hace ladear la cabeza. Siempre me ha recordado a una especie de gato gigantesco. Quizá sea por esa forma suya de trotar con una despreocupación tan tremenda. Como si pudiera matar algo sin ni siquiera tensar los músculos. O quizá sea porque puedo imaginármelo hecho un ovillo en el sofá y limpiándose con la lengua.

—He visto cosas en la nieve, Segador —dice con calma—. Huellas en la nieve, para ser exactos. Y esas señales no las habían hecho unos pies.

—¿Patas? ¿Pezuñas?

—No, querido líder. —Se acerca—. Huellas lineales. —Sé a lo que se refiere—. Gravibotas volando muy bajo. Y ahora, dime, ¿por qué nos están siguiendo los próctores? ¿Y por qué llevan espectrocapas?

Todos estos susurros dan igual por los anillos que llevamos. Pero él no lo sabe.

—Porque nos tienen miedo —le respondo.

—Que te tienen miedo, querrás decir. —Me observa—. ¿Qué sabes que yo no sepa? ¿Qué le cuentas a Mustang que no nos cuentas al resto?

—¿Quieres saberlo, Tacto? —No me he olvidado de sus crímenes, pero le agarro del hombro y lo acerco a mí como si fuera mi hermano. Sé el poder que puede tener el contacto—. Entonces barre la Casa de Apolo del condenado mapa y te lo diré.

Frunce los labios en una sonrisa salvaje.

—Será un placer, buen Segador.

Nos mantenemos alejados de los espacios abiertos de las llanuras y avanzamos junto al río más al sur, escuchando las noticias que nos retransmiten los rastreadores de terrenos enemigos por los comunicadores. Apolo parece controlarlo todo. Del Chacal no vemos más que sus pequeños grupos de rastreadores. Hay algo extraño en sus soldados, algo que hiela el corazón. Pienso en mi enemigo por enésima vez. ¿Qué hace que ese chico sin rostro sea tan aterrador? ¿Es alto? ¿Delgado? ¿Corpulento? ¿Rápido? ¿Feo? ¿Y de dónde viene su reputación? ¿Es por el nombre? Nadie parece saberlo.

Los rastreadores de Plutón no se acercan nunca a pesar de la tentación que suponemos para ellos. Le digo a Pax que lleve el estandarte de Ceres bien alto para que cualquier

jinete de la caballería de Apolo que haya en el territorio circundante pueda verlo resplandecer. Todos ellos vislumbran una oportunidad para la gloria. Unos destacamentos de caballería se acercan al galope hacia nosotros. Los rastreadores creen que pueden arrancarnos el orgullo y elevar su estatus dentro de la casa. Como unos estúpidos, llegan en grupos de tres y de cuatro, y los abatimos con los arqueros de Ceres, los lanceros de Minerva o con picas enterradas en la nieve. Poco a poco, los vamos royendo como el lobo roe al alce. Sin embargo, siempre los dejamos escapar. Quiero que estén cabreados como monas cuando llegue a su puerta. Unos esclavos como ellos nos demorarían.

Esa noche, Pax y Mustang se sientan conmigo junto al fuego y me hablan de sus vidas fuera de la escuela. Pax es un cachondo cuando le das cuerda: es un parlanchín sorprendentemente fogoso con tendencia a elogiar todos los elementos de sus historias, incluidos los villanos, por lo que la mitad del tiempo no sabes quién es el bueno y quién el malo. Nos habla de aquella vez en la que rompió por la mitad el cetro de su padre, y de aquella otra en la que lo confundieron con un obsidiano y casi embarca hacia la Agogé, donde entrenan en combate espacial.

—Supongo que podéis decir que siempre soñé con ser obsidiano —dice con un trueno de voz.

Cuando era niño, se escabullía de la residencia de veraneo de su familia en Nueva Zelanda, la Tierra, para unirse a los obsidianos que practicaban el Nagoge, las exigencias nocturnas de su entrenamiento, durante las cuales se dedicaban al robo y al pillaje para suplementar la insignificante dieta que les daban en la Agogé. Se peleaba y luchaba con ellos por trozos de comida. Dice que siempre ganaba, hasta que conoció a Helga. Mustang y yo nos miramos y tratamos de no romper a reír a carcajadas cuando

se explaya con grandilocuencia sobre las amplias proporciones de Helga, sus gruesos puños y sus voluminosos muslos.

—El suyo fue un gran amor —le digo a Mustang.

—Sí, y sacudió la tierra —responde ella.

Tacto me despierta a la mañana siguiente. Sus ojos son fríos como la brisa del amanecer.

—Los caballos han decidido escapar. Todos ellos. —Nos guía hasta los chicos de Ceres que estaban vigilando los caballos—. Ninguno de ellos ha visto nada. En un momento los caballos estaban ahí, y al otro habían desaparecido.

—Los pobres caballos deben de estar confundidos —dice Pax, afligido—. Anoche el tiempo estaba tormentoso. Quizá se hayan ido a los bosques para protegerse.

Mustang levanta las cuerdas a las que estaban amarrados los caballos durante la noche. Partidas por la mitad.

—Más fuertes de lo que parecían —añade Mustang, suspicaz.

—¿Tacto?

Señalo la escena con la cabeza.

Mira a Pax y a Mustang antes de contestar.

—Hay pisadas…

—¿Pero?

—¿Por qué malgastar mi aliento? —Se encoge de hombros—. Ya sabes lo que voy a decir.

Los próctores rompieron las cuerdas.

No le cuento a mi ejército lo que ha ocurrido, pero el rumor se extiende como la pólvora cuando se apiñan para entrar en calor. Mustang no me hace preguntas, aunque sabe que hay algo que no le he contado. Al fin y al cabo, yo no «encontré» sin más la medicina que le di en los bosques del norte.

Intento pensar en este nuevo obstáculo como una prueba. Cuando comience la rebelión, pasarán cosas como

esta. ¿Cómo reaccionar? Respirar y dejar salir la ira. Soltarla y avanzar. Es más fácil decirlo que hacerlo.

Nos movemos hacia los bosques que hay al este. Sin caballos no podemos hacer nada más en las llanuras cerca del río. Mis rastreadores me dicen que el castillo de Apolo está cerca. ¿Cómo voy a conquistarlo sin caballos? ¿Sin nada que nos dé velocidad?

Al caer la noche, sale a relucir otro obstáculo. Los pucheros de sopa que nos trajimos de Ceres para cocinar en el fuego están resquebrajados. Todos ellos. Y el pan que habíamos guardado de forma segura en las mochilas está lleno de gorgojos. Crujen como semillas jugosas cuando tomo mi cena de pan. Para los seleccionadores parecerá un desafortunado giro de los acontecimientos. Pero yo sé que hay algo más.

Los próctores me advierten de que me dé la vuelta.

—¿Por qué te traicionó Casio? —me pregunta Mustang esa noche mientras pernoctamos en una hondonada bajo la ventisca. Los centinelas de Diana vigilan el perímetro del campamento desde los árboles—. No me mientas.

—En realidad le traicioné yo —confieso—. Yo… Fue a su hermano a quien tuve que matar en el Paso.

Abre los ojos como platos. Después de un momento, asiente.

—Un hermano mío murió. No es… No fue lo mismo. Pero… una muerte así cambia las cosas.

—¿Te cambió?

—No —contesta, como si acabara de darse cuenta—. Pero cambió a mi familia. Los convirtió en gente a la que a veces no reconozco. Así es la vida, supongo. —Retrocede de repente—. ¿Por qué le dijiste a Casio que mataste a su hermano? ¿Tan loco estás, Segador?

—Yo no le dije ni una mierda. Lo hicieron los próctores por medio del Chacal. Le dieron un holocubo.

—Entiendo. —La mirada se le torna fría—. Así que están haciendo trampas a favor del hijo del archigobernador.

Los dejo a ella y al calor del fuego para ir a mear al bosque. El viento es frío y seco. Los búhos ululan en las ramas y hacen que me sienta observado en la noche.

—¿Darrow? —pregunta Mustang desde la oscuridad.

Me doy la vuelta.

—Mustang, ¿me has seguido?

Darrow, no Segador. Algo va mal. Algo en la forma en la que pronuncia mi nombre, y el hecho de que me llame por mi nombre. Es como si oyera a un gato ladrar. Pero no logro verla en la oscuridad.

—Creo que he visto algo —dice, aún entre las sombras, con esa voz que emana de la profundidad del bosque—. Está justo aquí, te vas a quedar pasmado.

Sigo el sonido de su voz.

—Mustang, no te alejes del campamento. ¡Mustang!

—Ya estamos lejos, cariño.

A mi alrededor, los árboles se alzan ominosos. Las ramas intentan alcanzarme. El bosque está en silencio. Oscuro. Es una trampa. No es Mustang.

¿Los próctores? ¿El Chacal? Alguien me observa.

Cuando algo te está observando y no sabes dónde está, solo cabe hacer una cosa sensata. Cambiar todo el paradigma, igualar el campo de juego. Obligarlo a que tenga que buscarte.

Me pongo en movimiento. Vuelvo corriendo hacia mi ejército. Después me escondo veloz detrás de un árbol. Trepo por él y espero, al acecho. Saco los cuchillos. Listo para arrojarlos. El manto enroscado en torno a mi cuerpo.

Silencio.

Después oigo ramitas que se rompen. Algo se mueve en el bosque. Algo gigantesco.

—¿Pax? —pregunto.

Nadie responde.

Entonces siento una mano fuerte que me toca el hombro. La rama sobre la que estoy agazapado se hunde con el peso cuando un hombre desactiva la espectrocapa y se materializa en el aire. Lo he visto antes. Tiene el pelo de color rubio oscuro, corto y pegado a la cabeza, y le enmarca el rostro de tez oscura parecido a un dios. El mentón está tallado en mármol; y los ojos le centellean de manera diabólica, tan brillantes como su armadura. El próctor Apolo. La cosa gigantesca aún se mueve debajo de nosotros.

—Darrow, Darrow, Darrow —cacarea encima de mí con la voz de Mustang—. Fuiste una estupenda marioneta, pero ahora no estás bailando como deberías. ¿Vas a ser un buen chico y te vas a marchar al norte?

—Yo…

—¿Te niegas? No importa.

Me tira de la rama, con fuerza. Choco con alguien al caer. Caigo en la nieve. Olor a caspa. Pelaje. Y después ruge la bestia.

38

LA CAÍDA DE APOLO

El oso es enorme: más grande que un caballo, grande como un carro. Blanco como un cadáver sin sangre. Los ojos rojos y amarillos. Dientes negros y afilados tan largos como mi antebrazo. Nada comparable a los osos que he visto en la HP. Una franja de color rojo le recorre la columna. Las patas son como dedos, ocho en cada una. Es antinatural. Fabricado por los tallistas por diversión. Lo han traído a estos bosques para matar; en concreto, para matarme a mí. Sevro y yo lo oímos rugir hace meses cuando fuimos a hacer las paces con Diana. Ahora siento su baba.

Me quedo allí como un estúpido durante un momento. Después, el oso vuelve a rugir y embiste.

Ruedo, corro. Nunca he huido tan rápido de nada ni de nadie. Vuelo. Pero el oso es más rápido, aunque menos ágil. El bosque se estremece cuando aplasta arbustos y árboles.

Corro junto a una robusta deidad arbórea y me meto entre las zarzas. El suelo allí cruje a mi paso y me doy cuenta, mientras la nieve y las hojas crujen bajo mis pies, de dónde me encuentro. Interpongo el lugar entre el oso y yo, y espero a que la bestia atraviese los matorrales. Irrumpe con fuerza y se me echa encima. Doy un salto hacia atrás. Entonces desaparece, chillando mientras se desploma en una trampilla situada en el suelo sobre una empalizada. Mi alegría habría durado más si yo no hubiera trastabillado hacia atrás y hubiera caído en una segunda trampa.

La tierra se da la vuelta. Lo hago yo, en realidad. La pierna se me eleva de golpe hacia arriba y quedo

suspendido en el aire en el extremo de una cuerda. Me quedo allí colgado durante horas, demasiado asustado como para llamar a mi ejército por miedo al próctor Apolo. La cara me hormiguea y me pica debido al torrente de sangre que baja hacia mi cabeza. Entonces una voz conocida atraviesa la noche.

—Vaya, vaya, vaya —se burla la voz con desdén—. Parece que tenemos dos pieles para desollar.

Sevro tuerce una sonrisa cuando le digo que me he aliado con Mustang. En el campamento, donde esta estaba preparando equipos de rescate para que salieran en mi busca, la reputación de Sevro le precede más que a ningún otro norteño. Los minervanos lo temen. Por otra parte, Tacto y los demás Caballos Muertos están encantados.

—¡Pero si es mi amigo del vientre! —exclama Tacto con desidia—. ¿Y esa cojera?

—Tu madre me echó un polvo que me dejó deslomado.

—Bah, tendrías que ponerte de puntillas para poder besarle siquiera la barbilla.

—No era la barbilla lo que estaba intentando besarle.

Tacto hace batir las palmas entre risas y coge a Sevro para darle un repulsivo abrazo. Son dos tipos peculiares, pero supongo que estar arrimados dentro de un caballo muerto une mucho; crea mellizos de una mórbida clase.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Mustang en voz baja, mientras me lleva aparte.

—Espera un momento.

Ahora Sevro solo tiene un ojo. Así que él es el demonio de un solo ojo del que me advirtió el emisario apolíneo.

—Siempre me he preguntado qué clase de pequeños energúmenos erais vosotros los Aulladores —dice Mustang.

—¿Pequeños? —pregunta Sevro.

—Eh… No pretendía ofender.

Sevro sonríe con ganas.

—Soy pequeño.

—Bueno, nosotros los de Minerva creíamos que erais fantasmas. —Le da una palmadita en el hombro—. No lo sois. Ni yo soy un caballo mustang. ¿Ves? No tengo cola. Y no —interrumpe a Tacto—, nunca me han puesto una silla de montar, ya que me lo ibas a preguntar.

Se lo iba a preguntar.

—Servirá —me murmura Sevro a un lado.

—Me gustan —dice Mustang de los Aulladores un poco después—. Hacen que me sienta alta.

—¡Essstupendo! —Tacto coge la piel del oso con un gruñido—. Qué bien. Han encontrado algo del tamaño de Pax.

Antes de unirnos al grupo junto al inmenso fuego que está avivando Pax, Sevro me aparta y saca una manta. Dentro está mi falce.

—La encontré en el barro y la guardé para ti —dice—. Y la he afilado. Ya no se deben usar armas sin afilar.

—Eres un amigo. Espero que lo sepas. —Le doy una palmada en el hombro—. No un amigo en el juego. Un amigo de verdad, cuando salgamos de aquí. Lo sabes, ¿verdad?

—No soy idiota.

Se ruboriza de todos modos.

Por él descubro, junto a la fogata, que tanto él como los Aulladores, Cardo, Muecas, Payaso, Hierbajo y Guijarro —la morralla de mi antigua casa— solo se quedaron un día después de que yo desapareciera.

—Casio dijo que el Chacal te había cogido —dice Sevro con la boca llena de pan con gorgojos—. Estos frutos secos están deliciosos.

Come como si llevara semanas sin hacerlo.

Nos sentamos en los Grandes Bosques cerca del fuego, bañados por la luz de los crepitantes leños. Mustang, Milia, Tacto y Pax se unen a nosotros reclinándose en un árbol caído sobre la nieve. Todos vamos llenos de fardos como animales. Estoy sentado al lado de Mustang. Tiene una pierna enroscada en las mías debajo de las pieles. El pelaje del oso de los tallistas apesta y chisporrotea en el fuego. La grasa gotea en las llamas. Pax la llevará cuando esté seca.

Sevro buscó al Chacal después de que Casio le hiciera tragarse aquella mentira. Mi pequeño amigo no entra en detalles. Odia los detalles. Se limita a señalar la cuenca vacía del ojo y dice:

—El Chacal me debe una.

—Entonces ¿lo has visto? —le pregunto.

—Era de noche. Vi su cuchillo. Ni siquiera oí su voz. Tuve que saltar por la montaña. La caída hacia el resto de la manada fue interminable. —Lo dice como si tal cosa. Aunque sí me había fijado en su cojera—. No podíamos quedarnos en las montañas. Sus hombres… Están por todas partes.

—Pero nos llevamos parte de las montañas con nosotros.

Cardo toca las cabelleras que lleva en la cintura con una sonrisa maternal. Mustang se estremece.

En el sur se ha desatado el caos. Las únicas casas que quedan son Apolo, Venus, Mercurio y Plutón; pero dicen que Mercurio ha sido reducida a un ejército de vagabundos errantes. Una pena. Me caía bien su próctor. Estuvo a punto de escogerme en la selección, lo habría hecho si le hubieran dejado. Me pregunto qué habría pasado entonces.

—Sevro, con esa pierna, ¿cómo de rápido dirías que puedes correr, pongamos, dos kilómetros? —pregunto.

Los demás se quedan perplejos por la pregunta, pero Sevro se limita a encogerse de hombros.

—No me hace ir más lento. Con esta gravedad tan baja, minuto y medio.

Me digo que deberé contarle mi plan después.

—Tenemos cosas más importantes que discutir, Segador —sonríe Tacto—. Bueno, he oído que estabas colgando cabeza abajo en el bosque por la trampa que esta de aquí puso. —Le da una palmadita en el muslo a Cardo; ella sonríe cuando él deja ahí su mano. Es la colección de cabelleras lo que despierta su afecto—. ¿O es que creías que te ibas a escapar sin contárnoslo?

No es tan gracioso como él se imagina.

Me toco el anillo. Si lo cuento estaría firmando la sentencia de muerte para todos ellos. En este momento Apolo y Júpiter me escuchan. Miro a Mustang y me siento vacío. Me arriesgaré a perderla para ganar este juego amañado. Si fuera una buena persona, dejaría el anillo encendido. Mantendría la boca cerrada. Pero tengo planes pendientes, y dioses que destruir. Me quito el anillo y lo pongo sobre la nieve.

—Finjamos por un momento que no somos de casas distintas —comienzo—. Charlemos como amigos, sin anillo.

Sin caballos, sin movilidad, no tengo ninguna ventaja sobre mi enemigo en las tierras circundantes. Otra lección que aprender. Me busco una ventaja, una nueva estrategia. Hago que me teman.

Mi táctica consiste en fragmentar. Divido mi ejército en seis facciones de diez cada una que estarán bajo mi mando, el de Pax, Mustang, Tacto, Milia y, debido a una sorprendente recomendación de Milia, Nyla. Le habría dado a Sevro uno de los grupos, pero ni él ni los Aulladores quieren volver a apartarse de mi lado. Se sienten responsables por la cicatriz de mi tripa.

Mi ejército entra en el territorio de Apolo como lobos hambrientos. No asaltamos el castillo, pero atacamos los

fuertes. Prendemos fuego a los almacenes de suministros. Disparamos con flechas a los caballos. Les ensuciamos los suministros de agua, les llevamos noticias falsas a los esclavos y los dejamos escapar. Matamos sus cabras y sus cerdos. Les destrozamos los barcos con las hachas. Robamos sus armas. No permito que se cojan prisioneros salvo si son alumnos de Venus, Juno o Baco esclavizados por Apolo. Dejamos escapar a todos los demás. Hay que propagar el miedo y la leyenda. Mi ejército lo entiende más que ninguna otra cosa. Son dogmáticos. Cuentan historias sobre mí junto al fuego. En esto Pax es el cabecilla; cree que soy un mito encarnado. Muchos de mis soldados empiezan a tallar falces en los árboles y en los muros. Tacto y Cardo los tallan en la carne. Y los miembros más habilidosos de mi equipo fabrican estandartes con pieles de lobo teñidas que llevamos a la batalla en la punta de las lanzas.

Mezclo a los esclavos de la Casa de Ceres y al resto de los esclavos capturados de otras casas para integrarlos en todas las facciones. Sé que sus lealtades están cambiando. Poco a poco. Empiezan a llamarse a sí mismos no como Ceres, Minerva o Diana, sino por el nombre de su facción. Pongo a cuatro de los soldados de Ceres, los más pequeños, con Sevro y los Aulladores. No sé si estos panaderos podrán ser combatientes de élite como sí lo fue la morralla de Marte; pero si hay alguien capaz de quitarles la grasa de bebé es Sevro.

El miedo carcome a Apolo durante una semana. Nuestras filas aumentan. Las suyas disminuyen. Los esclavos liberados nos hablan del terror que dominaba el castillo, de la preocupación de que yo fuera a emerger de entre las sombras con mis ensangrentadas capas de lobo para incendiarlo todo y mutilar a diestro y siniestro.

No le tengo miedo a la Casa de Apolo. Son unos estúpidos ineptos que no saben adaptarse a mis tácticas. A quienes

tengo miedo es a los próctores y al Chacal. Para mí son lo mismo. Después del intento fallido de Apolo de quitarme la vida, tengo miedo de que hagan algo más directo. ¿Cuándo me despertaré con un filo en la espalda? Este es su juego. Podría morir en cualquier momento. Tengo que destruir a la Casa de Apolo enseguida, echar del juego al próctor Apolo antes de que sea demasiado tarde.

Mis tenientes y yo nos sentamos en el bosque alrededor del fuego para discutir la estrategia del día siguiente. Nos hallamos a menos de tres kilómetros del castillo de Apolo, pero no se atreven a atacarnos. Estamos en lo más profundo del bosque. Nos profesan tanto miedo que están apretujándose entre sí. Tampoco nosotros los atacamos. Sé que el próctor Apolo dinamitaría hasta el más astuto de nuestros asaltos nocturnos.

Antes de que podamos empezar, Nyla pregunta sobre el Chacal. Sevro habla en voz baja mientras cuenta lo que aprendió en las montañas. Sube el tono a medida que se da cuenta de que le estamos escuchando.

—Su castillo está en alguna parte del monte. No está en las cumbres, sino que es subterráneo. Cerca de Vulcano. Vulcano tuvo un comienzo de primera. Trepidante. Hostigaron a Plutón al tercer día. Unos tíos mierdas eficientes. Plutón no estaba preparado, así que el Chacal tomó el control, e hizo que se retiraran todos a las profundidades de los túneles. Los de Vulcano entraron como un huracán con armas sofisticadas hechas en sus propias fraguas. Todo estaba abocado al fin. El Chacal habría sido esclavo desde la primera semana. Así que demolió el túnel (sin plan, sin salida) para conservar una oportunidad de ganar el juego. Con eso mató a diez de su propia casa, montones de superiores. Los medibots no podían salvar a nadie. Abandonó a cuarenta del resto en aquellas lóbregas cuevas. Agua en abundancia, pero nada de comida.

Estuvieron allí durante casi un mes antes de que consiguieran excavar una salida. —Sonríe y recuerdo por qué Fitchner lo llamó Trasgo—. ¿Adivináis qué comieron?

Si un chacal queda atrapado en una trampa se comerá su propia pierna. ¿Quién me contó eso?

El fuego chisporrotea entre nosotros. Esperaba que Mustang se revolviera inquieta, pero en vez de eso lo que veo es rabia cuando se revelan los detalles. Pura rabia. Tuerce la mandíbula y pierde color en el rostro. La cojo de la mano debajo de la manta, pero ella no me devuelve el apretón.

—¿Cómo has descubierto todo eso? —pregunta Pax con su voz atronadora.

Sevro dobla uno de sus cuchillos curvos con la uña, produciendo un leve tintineo en el aire nocturno. El eco resuena dentro del bosque, rebotando en los árboles y regresando a nuestros oídos como una frase perdida. Después no logro oír nada en el bosque, nada más que el fuego. El corazón me da un vuelco en la garganta y la mirada de Sevro se cruza con la mía. Tendrá que encontrar a Tacto.

Un campo inhibitorio nos envuelve.

—Hola, niños —dice una voz en la oscuridad—. Un fuego tan brillante resulta peligroso de noche. Y sois como cachorritos, todos ahí acurrucados; no, no os levantéis.

La voz es melodiosa. Frívola. Resulta un sonido inquietante después de estos meses de penurias. Ninguna voz suena como esa. Entra con el paso calmoso y se deja caer al lado de Pax. Apolo. Esta vez no se ha traído un oso, sino una enorme lanza que gotea chispas moradas en la parte cargada.

—Próctor Apolo, bienvenido —lo saludo.

Los centinelas están encaramados en los árboles, apuntando con las flechas al próctor. Me despreocupo de la

trampa y le pregunto que para qué ha venido, como si fuera la primera vez que nos vemos. Su presencia me trae un mensaje muy simple: mis amigos están en peligro.

—Para deciros que volváis a casa, mis queridos nómadas.

Abre un ánfora de vino y nos la pasa. Nadie bebe, excepto Sevro. Él no se despega del ánfora.

—Se supone que los próctores no tienen que interferir en nada. Lo dicen las reglas —protesta Pax confundido—. ¿Con qué derecho viene aquí? Esto es juego sucio.

Mustang secunda la pregunta.

El áureo suspira, pero antes de que pueda decir nada, Sevro se levanta y eructa. Se dispone a marcharse.

—¿Adónde vas? —pregunta Apolo con brusquedad—. No me des la espalda.

—Voy a mear. Me he bebido todo tu vino. ¿Prefieres que lo haga aquí? —Ladea la cabeza y se toca el pequeño estómago—. Quizá también aproveche para cagar.

Apolo arruga la nariz y vuelve a mirarnos. Deja marcharse a Sevro.

—Tratar de influir en el resultado apenas se considera juego sucio, mi gigantesco amigo —se explica—. Yo solo me preocupo de vuestro bienestar. Al fin y al cabo, estoy aquí para guiaros en vuestros estudios. Sería mejor para vosotros si regresarais al norte, eso es todo. Es una estrategia mejor, digámoslo así. Terminad la batalla aquí, consolidad vuestro poder y, después, desplegaos. Son las reglas de la guerra: no exponerse cuando hay debilidad. No empujar al enemigo a la batalla cuando se está en inferioridad. No tenéis caballería. Ni cobijo. Apenas lleváis armas. No estáis aprendiendo como deberíais.

Su sonrisa es acogedora. Le cruza el hermoso rostro como una luna creciente mientras le da vueltas a los anillos que lleva en los dedos, a la espera de nuestra respuesta.

—Qué cortesía por su parte preocuparse de nuestro bienestar —responde Mustang en una parodia de alta jerga—. Qué digo, ¡sumamente cortés! Es un bálsamo para mi corazón. Prestándonos esta atención personalizada cuando es, ni más menos, el próctor de otra casa. Pero, dígame, ¿sabe mi próctor que ha venido aquí? ¿Y el de Marte? —Señala a la callada Milia con la cabeza—. ¿Lo sabe Juno? ¿Está haciendo una travesura, buen señor? Si no es así, ¿por qué hay un campo inhibitorio? ¿O es que hay otros mirando?

La mirada de Apolo se endurece, aunque la sonrisa persiste.

—Para serte sincero, vuestros próctores no saben a qué estáis jugando. Tuviste tu oportunidad, Virginia. Perdiste. No dejes que te amargue. Darrow te venció de manera justa y clara. ¿O es que el invierno que habéis pasado juntos os ha vuelto ciegos ante el hecho de que solo puede haber una casa ganadora, solo un primus vencedor? ¿De verdad estabais todos tan ciegos? Este... chico no puede daros nada.

Recorre todo el grupo con la mirada.

—Lo repetiré, que ya veo que estáis un poco oxidados: el que gane Darrow no significa que ganéis vosotros. Nadie os ofrecerá aprendizaje alguno porque lo ven como el causante de vuestro éxito. Os limitáis a seguir, como el general Ney o Áyax el Menor, y ¿quién se acuerda de ellos? El Segador ni siquiera tiene su propio estandarte. Os está usando. Eso es todo. Os está avergonzando y echando a perder vuestras posibilidades de seguir una carrera después del primer año.

—Es un poco pesado, con todo el respeto, próctor —le contesta Nyla sin su acostumbrada amabilidad.

—Y tú todavía eres una esclava. —Apolo le señala la marca—. Apta para todo tipo de abusos.

—Solo hasta que me haya ganado el derecho a llevar uno de esos —dice mientras señala el manto de lobo de

Mustang.

—Tu lealtad es conmovedora, pero…

Pax le interrumpe.

—¿Permitirías que te diera latigazos hasta sangrar, Apolo? Darrow lo permitió. Deja que te fustigue y obedeceré como un rosa. Prometido sobre la tumba de mis antepasados, los de Telemanus y de…

—No es más que un burócrata florecilla —dice entre dientes Milia—. Háganos un favor y váyase a la mierda.

Mis tenientes son leales, pero me estremezco al pensar en lo que habrían dicho Tacto y Sevro de haber estado junto al fuego con nosotros. Me echo hacia delante para intimidar a Apolo. A pesar de todo, tengo que provocarlo.

—Haznos un favor, ¿eh? Cógete tu consejo, métetelo por el culo y lárgate de aquí.

Alguien se ríe sobre nuestras cabezas, una risa de mujer. Otros próctores nos observan desde dentro del campo inhibitorio. Veo siluetas en la bruma. ¿Cuántos están mirando? ¿Júpiter? ¿Venus, quizá, por la risa? Eso sería perfecto.

Las llamas se reflejan en el rostro de Apolo. Está enfadado.

—Hasta donde yo sé, la lógica es esta: el invierno podría ponerse más frío, niños. Cuando fuera se pone frío, las cosas mueren. Como los lobos. Como los osos. Como los caballos mustang.

Tengo una respuesta de lo más prolija.

—Me pregunto, Apolo, qué pasaría si los seleccionadores se enteraran de que te las estás arreglando para que gane el hijo del archigobernador. Si estuvieras, por ejemplo, amañando el juego como un maestro del crimen de baratillo.

Apolo se queda petrificado. Yo continúo.

—Fallaste cuando intentaste matarme con ese estúpido oso. Ahora vienes aquí como el idiota desesperado que eres

para amenazar a mis amigos cuando a ellos no les emociona la idea de traicionarme. ¿De verdad vas a matarnos a todos? Sé que puedes editar lo que quieras de las imágenes que ven los seleccionadores. Pero ¿cómo vas a explicarles que morimos todos?

Los tenientes fingen sorpresa.

Continúo.

—Digamos que el emperador de una flota, digamos que un legado, digamos que cualquiera de los seleccionadores de cualquiera de las casas descubriera que el archigobernador estaba pagando a los próctores para que hicieran trampas, para eliminar a la competencia y que su hijo ganara y los suyos perdieran. ¿Crees que habría consecuencias para los próctores sobornados? ¿Y para los archigobernadores? ¿Crees que podría importarles que sus hijos estén muriendo en un juego amañado? ¿O que te estén pagando para destrozar el sistema meritocrático? Los mejores ascenderán. ¿O eso lo hacen los mejor relacionados?

A Apolo se le hiela la sonrisa.

Levanta la mirada hacia los demás próctores. Tienen el sentido común de permanecer invisibles. Él ha tenido que sacar el palito más corto para bajar aquí y ser el rostro de su engaño. Mis tenientes se callan cuando habla.

—Si de verdad lo descubrieran, niños, todo el mundo pagaría las consecuencias —amenaza Apolo—. Así que os invito a vigilar esas lenguas mientras aún las tengáis.

—¿O de lo contrario…? —pregunta Mustang belicosa—. ¿Qué crees que vas a hacer?

—Tú deberías saberlo mejor que nadie —responde.

No entiendo el comentario, pero la charada de Apolo ha llegado a su fin. He contado los segundos transcurridos desde que Sevro se fue. Los próctores, no. Me vuelvo hacia Mustang.

—¿Cuánto tarda Sevro en correr dos kilómetros?

—Con esta gravedad, minuto y medio, yo creo. Aunque es un mentirosillo, así que a lo mejor es más rápido.

—¿Y a qué distancia está el castillo de Apolo?

—Pues yo diría que a unos tres kilómetros, quizás algo más.

Apolo se incorpora de un salto, buscando a Sevro.

—Espléndido —digo—. Oye, Mustang, ¿sabes lo que más me gusta de los campos inhibitorios?

—¿Que no puede salir ningún sonido?

—No. Que no puede entrar ningún sonido.

Apolo desactiva el campo inhibitorio y oímos los aullidos. Vienen de lejos, a unos tres kilómetros de distancia. Desde las murallas. Las del castillo de Apolo. Los medibots se dirigen ululantes hacia los gritos, dejando una estela a su paso por el lejano cielo.

—¡Venus! ¿Es que no los estabas vigilando? Serás estúpida… —ruge Apolo al aire vacío.

—El bajito se ha quitado el anillo —grita una mujer invisible—. ¡Todos se han quitado los anillos! No puedo ver nada si no llevan los anillos puestos, ¡y menos en un campo inhibitorio!

—Pero ya se los han vuelto a poner —le comunico—. Así que enciende tu terminal de datos y dime lo que ves.

—Serás…

Apolo aprieta los puños. Retrocedo de golpe. Mustang se interpone entre ambos, al igual que Pax.

—¡Oh, oh! —estalla Pax, golpeándose el pecho con su gigantesca hacha. La armadura que lleva debajo de la capa de oso suena de manera sorda y rítmica—. ¡Oh, oh!

La nieve vuela cuando Apolo sale del bosque a toda velocidad. Los demás próctores lo siguen muy de cerca. Llegarán demasiado tarde. Que editen lo que quieran, que interfieran lo que les dé la gana: la batalla para vencer a la

Casa de Apolo ya ha empezado; y Sevro y Tacto han reclamado las almenas.

Mis tenientes y yo llegamos a la batalla a tiempo de ver cómo Tacto trepa a la torre más alta con un cuchillo entre los dientes. Allí de pie al borde de un parapeto de cien metros de altura, como un temerario campeón griego, se baja los pantalones y mea encima del estandarte de la Casa de Apolo. Se ha arrastrado por la mierda para ganarse ese estandarte. Los esclavos que capturamos a lo largo de esta semana nos contaron los puntos débiles del castillo —unos enormes agujeros en las letrinas— así que Tacto, Sevro y los Aulladores las aprovecharon con una rapidez pasmosa y eficiente. Los soldados de la Casa de Apolo se despertaron ante unos demonios cubiertos de estiércol. Ay, qué terrible olor desprenden mis soldados conquistadores cuando me abren la puerta. Dentro reina un caos informe.

El castillo es alto, blanco y cubierto de ornamentos. La plaza es redonda y tiene seis grandes entradas que llevan hasta seis grandes torres en espiral. Las vacas y las ovejas abarrotan unos improvisados rediles en un extremo de la plaza. Los guardias de Apolo se han replegado allí. A sus espaldas emerge un torrente de aliados de las entradas de la torre. Superan en número a mis hombres en una proporción de tres a uno. Pero los míos no son esclavos sino hombres libres. Lucharán mejor. Pero no son los números lo que amenaza con poner la balanza en contra de mi ejército invasor. Es el primus de Apolo, Novas. Apolo le dio su propia arma de pulsos. Una lanza que brilla con chispas moradas. Toca con la punta a una de los Caballos Muertos de Diana y la chica sale despedida a tres metros de distancia, como un juguete roto que convulsiona en el suelo mientras se le van cayendo las piezas.

Reúno a mis huestes cerca de la garita, en el mismo interior de la plaza. Muchos siguen en las torres, como Tacto.

Tengo a Pax, Milia, Nyla, Mustang y otros cuarenta a mi espalda. El primus enemigo dirige a su ejército. Podría destrozarnos solo con la lanza.

—Mustang, ¿estás lista con el estandarte? —pregunto.

Siento su mano en la parte baja de la espalda, debajo de la coraza. Yelmo no llevo. Me he recogido el pelo en una coleta atada con una cinta de cuero. El rostro ennegrecido por el hollín. La falce en la mano derecha. En la izquierda, un bastón eléctrico acortado. Nyla lleva el estandarte de Ceres.

—Pax, tú y yo somos la guadaña. Chicas, vosotras sois las recolectoras.

Los hombres que tengo en las torres aúllan cuando corren a toda velocidad y saltan desde arriba para unirse a la batalla, entrando en tropel en la plaza desde todos los ángulos. Las pieles de lobo manchadas desprenden un olor apestoso. Los adoquines que separan a los míos de los de Apolo están cubiertos de una espesa capa de nieve que llega hasta los tobillos. Los próctores destellan en el aire, esperando que la lanza de pulsos dé cuenta de mi ejército.

—Captura al primus —me susurra Mustang al oído. Señala al chico alto y fuerte y me da una palmada en el trasero—. Reclámalo.

—Veinte metros y te paras, Pax —le digo en voz baja.

Pax hace un gesto de aprobación ante mi orden.

—¡El primus es mío! —exclamo con un bramido a mi ejército y al de Apolo—. Novas, condenada furcia. ¡Eres mío! Babosa lameorines. Inmundo pedazo de mierda. —Cuando el alto y demente invasor con la falce le grita a su primus, el ejército de Apolo huye por instinto—. Esclavizad al resto —aúllo.

Entonces Pax y yo cargamos.

Los demás nos siguen en oleada, intentando alcanzarme. Dejo que Pax me adelante. Vocifera con el hacha de guerra

en la mano y carga contra Novas y su grupo de guardaespaldas, un grupo de chicos armados hasta los dientes con manos carmesíes pintadas en los cascos. Lideran la carga de los anfitriones enemigos, directos hacia Pax, bajando las lanzas para detener su enloquecida carga. Estos son del tipo altanero, los elegantes asesinos que ya hace mucho que se volvieron demasiado arrogantes como para entender que corren peligro o como para sentir miedo mientras planean enfrentarse a Pax con las armas.

Entonces Pax se detiene.

Y, sin romper el paso, salto hacia delante para que me agarre un pie con la mano; cojo impulso y me lanza diez metros en el aire. Chillo todo el tiempo, como si me hubieran sacado de una maldita pesadilla, y me estrello contra los guardaespaldas. Tres de ellos caen al suelo. Una lanza cualquiera se encuentra con mi estómago y me araña las costillas, y me giro justo cuando un tridente agujerea el aire donde antes había estado mi cabeza. Me pongo en pie, me balanceo en horizontal barriendo piernas. Esquivo un golpe con un giro y, cuando lo termino, asesto una puñalada en diagonal y le destrozo la clavícula a algún alto adversario. Otra lanza viene a por mí, pero la aparto y me apresuro a recorrerla hasta la empuñadura para hincarle la rodilla en la cara a un clase superior de Apolo. Cae hacia atrás, y me lleva con él, la rodilla enganchada en la visera del casco. Asesto golpes a diestro y siniestro mientras avanzo por la atalaya, aturdiendo a otros tres superiores con varios golpes en bucle hasta que pierdo el equilibrio y caigo al suelo.

Impactamos contra la nieve. El clase superior se rompe la nariz y queda inconsciente, pero yo siento la rodilla entumecida y ensangrentada del golpe cuando la sacudo para sacarla del casco del superior. Ruedo para alejarme, pensando encontrarme unas lanzas que me corten en filetes. Pero no lo hacen. He destruido en mil pedazos la cabeza del

ejército de Apolo en un único y feroz ataque. Pax y mi ejército hacen su entrada triunfal como una cortina de hierro hasta que me quedo solo con Novas en el epicentro del caos. Es grande y fuerte. Con un movimiento amplio de la lanza destroza el escudo de un Aullador. Arroja a Milia hacia atrás y alcanza a Pax en el brazo con la lanza, tirándolo al suelo como a un muñeco. Yo soy más alto y más fuerte.

—¡Novas, guapita! —le grito—. ¡Rosita llorona!

Sus ojos centellean cuando me ve llegar.

La batalla se toma un respiro colectivo cuando se da la vuelta para encararme como un alce se encara contra el líder de una manada de lobos. Nos acercamos lentamente el uno al otro. Él ataca primero. Le esquivo y doy la vuelta a toda la lanza hasta ponerme detrás de él. Entonces, con un único y contundente golpe, como si estuviera derribando un árbol con mi falce, le rompo la pierna y le arrebato la lanza.

Gimotea como un niño. Me siento sobre su pecho, henchido por la satisfacción de saber que yo no gemí de esta forma cuando me rompieron y me quitaron las piernas en el taller de Mickey. Bostezo de manera ostentosa a pesar del caos que bulle a mi alrededor.

Mustang toma las riendas de la batalla.

Solo escapa un miembro de la Casa de Apolo. Una chica. Es rápida, pero tampoco es un miembro muy importante. De alguna forma consigue saltar de la torre más alta y, sin más, flota hasta el suelo con el estandarte de Apolo. Parece magia. Pero me doy cuenta de la distorsión que la envuelve. El próctor Apolo preserva su posición en el juego. La chica encuentra un caballo y se aleja al galope de mi ejército sin cabalgaduras. Pax le arroja una lanza desde cierta distancia. Va bien encaminada y habría clavado el caballo al césped de no ser porque un peculiar viento milagroso desvía la lanza muy lejos. Al final es Mustang la que coge un caballo de los establos de Apolo y persigue a la chica con las Aulladoras

Cardo y Guijarro hasta darle caza. La trae tumbada boca abajo sobre el pescuezo de su caballo, azotándole el trasero con el estandarte mientras cabalga de regreso.

Mi ejército ruge cuando Mustang entra al trote en la plaza del castillo tomado. Ya hemos liberado a los esclavos de la Casa de Ceres; se han ganado su lugar en el ejército. Saludo a Mustang desde lo alto de las murallas donde estoy con Sevro y Tacto; los pies nos cuelgan imprudentemente en el borde. La Casa de Apolo ha caído en menos de treinta minutos, a pesar de la interferencia de Apolo con la lanza de pulsos.

El próctor Apolo se reúne con Júpiter y Venus en el cielo. Brillan en la luz del amanecer como si no hubiera pasado nada. Pero yo sé que tendrá que dejar el juego. Hemos conquistado el castillo y el estandarte. Ya no puede hacerme más daño.

—¡Estás acabado! —provoco a Apolo—. ¡Tu casa ha caído!

Mi ejército vuelve a rugir. Me deleito con el sonido y con el aire del invierno cuando el sol corona la ladera occidental del Valles Marineris. Muchas de esas voces deben de pertenecer a esclavos. Sin embargo, gritan con ganas. Pronto, incluso los de la Casa de Apolo me seguirán.

Me río sin control. El fuego de la victoria me arde en las venas. Hemos vencido a un próctor. Pero Júpiter aún puede herirnos. Su casa sigue invicta, indemne en el lejano norte. Una súbita ira me sorprende junto con otra pasión más sombría: la arrogancia, una furiosa y colérica arrogancia. Cojo la lanza de pulsos, ladeo el brazo con ímpetu y lanzo el arma tan fuerte como puedo hacia la reunión de próctores. Mi ejército observa este acto de imprudencia. Los tres próctores se dispersan cuando la lanza atraviesa su protección. Se vuelven para mirarme. Hay fuego en sus ojos. Pero la cólera que hay en mí no se ha apagado con una mera lanza. Odio a estos imbéciles maquinadores. Los destrozaré.

—¡Júpiter! ¡Serás el siguiente! ¡Serás el siguiente, pedazo de mierda!

Entonces Pax grita mi nombre. Y después la voz de Tacto lo repite, y después Nyla desde una torre. Y así cientos de voces lo corean por todo el castillo conquistado: desde el patio a los parapetos y las torres en lo alto. Baten las espadas, las lanzas y los escudos, y después se los lanzan a los próctores. Un centenar de proyectiles chocan de manera inofensiva contra los escudos de pulsos, y muchos miembros de mi ejército tienen que dispersarse para que las armas no les empalen en la caída. Pero la visión merece la pena: un dulce sonido de lluvia de metal sobre el empedrado. Y vuelven a gritar mi nombre. Corean y corean el nombre del Segador a los próctores, porque ahora saben contra quién luchamos.

39

EL BOTÍN DE LOS PRÓCTORES

Mi ejército duerme hasta bien entrada la mañana. Yo no necesito descansar, pero acompaño a Sevro y a otros seis chicos en las murallas. Se quedan cerca como si los próctores pudieran aprovechar cualquier resquicio para matarme.

Sevro ha liberado a cinco alumnos de Mercurio de los grupos de esclavos de Apolo. Se apiñan a su alrededor en las murallas para disputar juegos de velocidad. Se dan en los nudillos para ver quién se mueve más rápido. Yo no juego porque me resultaría muy fácil ganarles. Prefiero que los chavales se diviertan. Mis chicos piensan que la conquista del castillo me ha convertido en una especie de prodigio, aunque fueron Sevro y Tacto quienes hicieron el trabajo sucio. Mustang me dijo que es algo extraño.

—Es como si creyeran que eres de otro tiempo.

—No entiendo.

—Como si fueras uno de los antiguos conquistadores. Los antiguos dorados que usurparon la Tierra, destruyeron las flotas y todo eso. Lo usan como una excusa para no competir contigo. Porque, a ver, ¿cómo podía competir Hefestión con Alejandro, o Antonio con César?

Siento un nudo en el estómago. Hay que ver cuánto me quieren, y eso que esto no es más que un juego. Cuando empiece la rebelión, estos chicos serán mis enemigos; y yo los reemplazaré por rojos. ¿Con cuánto fanatismo se comportarán esos rojos? ¿Importará algo ese fanatismo

cuando tengan que enfrentarse a gente como Sevro, Tacto, Pax o Mustang?

Veo a Mustang acercarse despacio hacia mí. Cojea un poco debido a un esguince. Aun así es todo elegancia. Su pelo es un nido de ramitas; tiene los ojos velados de ojeras. Me sonríe. Es preciosa. Como Eo.

Desde las murallas, alcanzamos a ver los Grandes Bosques y vislumbrar el comienzo de los territorios de Marte en las tierras altas del norte. A nuestra izquierda, las montañas nos observan amenazantes desde el oeste. Mustang señala al cielo.

—Próctor a la vista.

Los guardaespaldas que me rodean se ponen tensos, pero es solo Fitchner. Sevro escupe por encima de las murallas.

—Albricias, el padre pródigo ha regresado.

Fitchner baja con una sonrisa que narra una historia de agotamiento, miedo y un poquito de orgullo.

—¿Podemos hablar? —me pregunta mirando en derredor a mis ceñudos amigos.

Fitchner y yo nos sentamos juntos en la sala de guerra de Apolo. Mustang aviva el fuego. Fitchner la mira con gesto suspicaz. Le incomoda su presencia. Tiene una opinión propia sobre la mayoría de las cosas, como toda la gente a la que conozco.

—Has liado una buena, chaval.

—Quedemos en que no me vuelves a llamar «chaval» —le digo.

Asiente. No lleva chicle en la boca. No sabe cómo decir lo que tiene que decirme. La preocupación que leo en su mirada me da la pista definitiva.

—Apolo no se ha marchado del Olimpo.

Se pone rígido, sorprendido por mi suposición.

—Correcto. Sigue allí.

—¿Y eso qué quiere decir, Fitchner?

Mustang viene a sentarse a mi lado.

—Solo eso —responde Fitchner, sin dejar de mirarme—. No ha dejado el Olimpo como debería. Es todo un caos. Apolo iba a obtener un nombramiento jugoso si el Chacal ganaba. Igual que Júpiter y algunos de los otros. Se rumoreaba que iba a salir una plaza de caballero pretor en Luna.

—Y ahora esa oportunidad se desvanece —observa Mustang. Me lanza una rápida mirada con una media sonrisa —. Por un chico.

—Sí.

Me río. El campo inhibitorio hace que el sonido se repita en eco.

—Entonces ¿qué hay que hacer?

—Tú sigues queriendo ganar, ¿verdad? —pregunta Fitchner.

—Sí.

—¿Y por eso estás haciendo todo esto? —me pregunta, aunque está claro que tiene otra cosa en mente—. Vas a conseguir un aprendizaje hagas lo que hagas.

Me inclino hacia delante y tabaleo sobre la mesa.

—Todo esto me sirve para enseñarles que no pueden hacer esas condenadas trampas en su propio juego. Que el archigobernador no puede decir que su hijo es mejor y que debería ganarme por el mero hecho de haber nacido afortunado. Esto tiene que ver con el mérito.

—No —dice Fitchner, y se echa hacia delante—. Esto va de política. —Mira hacia Mustang—. ¿No le dices que se vaya de una vez?

—Mustang se queda.

—Mustang —dice con sorna—. Y, bueno, Mustang, ¿qué te parecen los engaños del archigobernador para que gane su hijo?

Mustang hace un gesto de indiferencia.

—¿Matar o que te maten, engañar o que te engañen? Esas son las reglas que he visto seguir a los áureos, sobre todo a los Marcados como Únicos.

—Engañar o que te engañen. —Fitchner se golpetea el labio superior con un dedo—. Qué interesante.

—Tú lo de engañar deberías saberlo —le replica Mustang.

—Mustang, deja que Darrow y yo tengamos unas palabras.

—Ella se queda.

—No pasa nada —murmura ella de manera críptica. Me aprieta el hombro cuando se marcha—. De todos modos, tu próctor ya me aburre.

Cuando ella se marcha, Fitchner me clava la mirada. Se lleva una mano al bolsillo, vacila y después saca algo. Una cajita. Me la pasa por encima de la mesa y me indica con un gesto que la abra. De alguna forma, ya sé lo que hay dentro.

—Bueno, la verdad es que me debéis ya unas cuantas recompensas, cabrones —le digo con una risa amarga cuando me pongo el cuchillo dactilar de Dancer en el dedo.

Flexiono la falange y salta un filo, que se extiende unos veinte centímetros sobre el dedo. Vuelvo a flexionar la falange y se desliza hacia dentro.

—Los obsidianos te lo quitaron antes de que fueras al Paso, ¿no? Me han dicho que era de tu padre.

—¿Alguien te ha dicho eso? —Hago un agujero en la mesa de la sala de mando con el filo—. Cuánta imprecisión por su parte.

—No hace falta que seas sarcástico, chaval. —Alzo rápidamente los ojos para mirar a los de Fitchner—. Viniste aquí para ganarte un aprendizaje. Ya lo has hecho. Si sigues presionando a los próctores, te matarán.

—Me parece recordar que ya hemos tenido esta conversación.

—Darrow, ¡lo que haces no tiene el más cochino sentido! ¡Es temerario!

—¿Cómo que no tiene sentido? —repito sus palabras.

—Si ganas al hijo del archigobernador, ¿entonces qué? ¿Qué consigues con eso?

—¡Todo! —exclamo. Tiemblo de rabia y le clavo la mirada hasta que controlo de nuevo la voz—. Eso prueba que soy el mejor dorado de esta escuela. Demuestra que puedo hacer todo lo que ellos hacen. ¿Y por qué tendría que hablar contigo, Fitchner? Lo he hecho todo sin tu ayuda. No te necesito. ¡Apolo intentó matarme y tú no hiciste nada! ¡Nada! Así pues, ¿qué es lo que te debo exactamente? ¿Esto, quizás? —Hago emerger el filo.

—Darrow.

—Fitchner. —Pongo los ojos en blanco.

Da un manotazo en la mesa.

—No me hables como si fuera idiota. Mírame. Mírame, pedazo de tarugo condescendiente.

Lo miro. Le ha crecido la barriga. Tiene el rostro demasiado macilento para ser un dorado. El pelo amarillo y encerado hacia atrás. No es que antes fuera atractivo, pero ahora lo es menos que nunca.

—Mírame, Darrow. He tenido que luchar por todo lo que tengo. No nací en la familia de un archigobernador. Esto es todo lo lejos que puedo llegar, aunque debería llegar mucho más lejos. Mi hijo debería llegar más lejos, pero ni puede ni lo hará. Morirá si lo intenta. Todo el mundo tiene un límite, Darrow. Un límite que no puede sobrepasar. El tuyo es más alto que el mío, pero no tanto como te gustaría. Si lo sobrepasas, te aplastarán.

Aparta la mirada como si estuviera avergonzado, y la fija en el fuego con el ceño fruncido. Su hijo. Se ve en el tono de la piel, en la cara, en el carácter y en la forma en la que se

dirigen el uno al otro. Qué estúpido soy por no haberlo visto antes.

—Eres el padre de Sevro —aventuro.

Permanece callado durante algún tiempo. Cuando habla, hay un tono suplicante en su voz.

—Le haces creer que puede saltar más alto de lo que puede. Vas a matarlo, muchacho. Y te matarás tú.

—¡Entonces ayúdanos! —le suplico—. Dame algo que pueda usar contra Apolo. O mejor aún, combátelos conmigo. Reúne a los demás próctores y los combatiremos juntos.

—No puedo, muchacho, no puedo.

Suspiro.

—No, imaginaba que no lo harías.

—Mi carrera se terminaría en un instante si te ayudara. Todo aquello por lo que me he matado a trabajar, todas esas cosas estarían en juego. ¿Para qué? Solo para demostrarle algo al archigobernador.

—Cuánto miedo le tiene todo el mundo al cambio —respondo antes de sonreír con sinceridad a ese hombre derrotado—. Me recuerdas a mi tío.

—No habrá ningún cambio —rezonga Fitchner—. Nunca lo hay. Si no aprendes cuál es tu lugar, no vas a salir de esta, muchacho. —Parece como si quisiera extender el brazo y tocarme el hombro. No lo hace—. Demonios, la trampa ya te la han tendido. Y estás caminando directamente hacia ella.

—Estoy preparado para las trampas del Chacal, Fitchner. O para las de Apolo. Lo mismo da. No serán capaces de evitar lo que se les viene encima.

—No —dice Fitchner, que ha vacilado durante un instante—. No esas trampas. Las de la chica.

Le contesto de modo que me entienda.

—Fitchner. No me tomes por idiota con esas vagas referencias de duplicidad. Mi ejército es mío, y me lo he ganado con el corazón, con el alma y con el cuerpo. En este

punto, ellos pueden traicionarme tanto como yo a ellos. Somos algo que no has visto antes. Así que déjalo.

Sacude la cabeza.

—Esta guerra es tuya, y solo tuya, muchacho.

—Sí. Es mi guerra. —Sonrío. Esta es la ocasión que estaba buscando—. Fitchner, espera —digo antes de que llegue hasta la puerta. Se detiene y mira hacia atrás. Retiro la silla de un puntapié y avanzo hacia él con decisión. El hombre me observa con curiosidad. Entonces le tiendo la mano—. A pesar de todo, gracias.

Fitchner me la estrecha.

—Buena suerte, Darrow. Pero cuida de Sevro. El mierdecilla te seguirá a cualquier parte, le diga lo que le diga.

—Cuidaré de él. Lo prometo.

Mi apretón de sondeainfiernos se estrecha en torno a su mano.

Por un momento, aunque sea solo un momento, somos amigos. Después hace una mueca de dolor por la presión de mi mano. Al principio se ríe, luego lo entiende y abre los ojos de par en par.

—Lo siento —me disculpo.

Entonces le rompo la nariz y lo golpeo con el codo en la sien hasta que deja de moverse.

40

PARADIGMA

—¿Fitchner se ha ido? —pregunta Mustang.

—Por la ventana —le respondo.

Observo a Mustang en el otro extremo de la mesa blanca de la sala de mapas. En el exterior se ha levantado una tormenta de nieve, sin duda con el propósito de mantener a mi ejército en el castillo, alrededor de la calidez del fuego y de los pucheros de sopa caliente. El pelo le cae en tirabuzones hasta los hombros, sujeto con cintas de cuero. Lleva la capa de lobo como el resto, aunque la suya está veteada de rayas carmesíes. Sobre la mesa ha puesto las botas con espuelas manchadas de barro. El estandarte, la única arma que realmente cuida, está apoyado en una silla junto a ella. El rostro de Mustang es un rostro ágil. Ágil para las sonrisas burlonas. Ágil para los ceños agradables. Ahora me dedica una sonrisa y me pregunta qué estoy pensando.

—Me estaba preguntando cuándo me traicionarás —digo.

Convierte las dos cejas en una.

—¿Eso es lo que esperas?

—Engañar o que te engañen —le replico—. Pronunciado por tus propios labios.

—¿Y tú me vas a engañar? —pregunta—. No. Porque ¿qué sacarías con eso? Tú y yo hemos vencido en este juego. Querían que creyéramos que tiene que ganar uno a costa del resto. Eso no es cierto, y lo estamos demostrando.

No digo nada.

—Tienes mi confianza, porque me viste escondida en el barro después de tomar mi castillo y me dejaste escapar —

explica pensativa—. Y tengo tu confianza porque te saqué del barro cuando Casio te dio por muerto.

No respondo.

—Así que ahí tienes tu respuesta. Vas a hacer grandes cosas, Darrow. —Nunca me llama Darrow—. Quizá no tengas por qué hacerlas solo.

Sus palabras me hacen sonreír. Entonces me pongo de pie como un resorte, para su sorpresa.

—Trae a nuestros hombres —le ordeno.

Sé que ella esperaba descansar aquí. Yo también. El olor de la sopa me tienta. También el calor y la cama y la idea de pasar un momento tranquilo con ella. Pero no es así como conquistan los hombres.

—Vamos a sorprender a los próctores. Vamos a vencer a Júpiter.

—No podemos sorprenderlos.

Toca el anillo. El campo inhibitorio de Fitchner ya no está. Nos desharíamos de los anillos, pero son nuestro seguro de vida. Puede que los próctores sean capaces de quitar cosas de aquí y de allí, pero el sentido común dicta que no pueden manipular demasiado las imágenes, o de lo contrario los seleccionadores sospecharán.

—E incluso si conseguimos capear el temporal, ¿de qué nos servirá vencer a Júpiter? Si Apolo no se marchó cuando perdió su casa, Júpiter tampoco lo hará. Lo único que vas a provocar es su intervención. ¡Tendríamos que ir ya a por el Chacal!

Sé que los próctores están observando cómo planeo esto. Quiero que sepan adónde voy.

—Aún no estoy listo para enfrentarme al Chacal —le replico—. Necesito más aliados.

Me mira, uniendo las cejas. No lo entiende, pero eso no importa. No tardará en hacerlo.

A pesar de la ventisca, mi ejército se mueve con rapidez. Nos arrebujamos tanto con las capas y las pieles que parecemos animales tropezando en la nieve. Por la noche, seguimos las estrellas, avanzando a pesar del viento cada vez más fuerte y de la nieve cada vez más alta. Mi ejército no protesta. Saben que no los guiaré sin un propósito. Los nuevos soldados se esfuerzan más de lo que les creía capaces. Han oído hablar de mí. Pax se aseguró de eso. Y están desesperados por impresionarme. Llega a ser algo problemático. Vaya adonde vaya, la procesión que me rodea dobla súbitamente sus esfuerzos para adelantar a los que están delante o dejar atrás a los de la retaguardia.

La ventisca es feroz. Pax siempre camina cerca de mí y de Mustang, como si quisiera protegernos del viento. Sevro y él siempre están pisándose para ver quién se pone más cerca, aunque Pax estaría dispuesto a arroparme para que no pase frío por la noche mientras que Sevro me diría que me las apañe yo solito. Ahora veo en él a su padre cada vez que lo miro. Lo veo más débil después de saber a qué familia pertenece. No hay ninguna razón para que lo sea, supongo que pensaba que Sevro descendía de verdad de los lomos de una mujer lobo.

La nieve cesa al fin y la primavera llega con rapidez y en abundancia, lo que confirma mis sospechas. Los próctores están con sus jueguecitos. Los Aulladores se aseguran de que todos los ojos estén puestos en el cielo por si los próctores deciden acosarnos mientras avanzamos. No aparece ninguno. Tacto vigila si ve sus huellas, pero todo está tranquilo. No vemos rastreadores enemigos, no oímos trompetas de guerra en la distancia, no vemos levantarse ningún fuego salvo al norte, en las tierras altas de Marte.

Mientras marchamos hacia Júpiter, asaltamos los almacenes de suministros que encontramos en castillos quemados y derruidos. Encontramos jarras del castillo de Baco —Sevro se llevó una decepción al ver que estaban llenas de zumo de uva en vez de vino— y carne de res en salazón de las profundas bodegas de Juno, quesos moldeados, pescado envuelto en hojas y zurrones de la omnipresente carne de caballo ahumada. Nos mantienen colmados mientras avanzamos.

Después de cuatro accidentados días, llegamos y asediamos el castillo de triple muro de Júpiter, que se encuentra en los pasos bajos de las montañas. La nieve se derrite lo bastante rápido como para que el terreno esté empapado para los caballos. Fluyen chorros de agua por el campamento. No me molesto en preparar un plan de acción. Me limito a decirles a las divisiones de Pax, Milia y Nyla que aquel que conquiste la fortaleza para mí será recompensado. Hay pocos defensores y mi ejército toma las fortificaciones exteriores en un día fabricando una serie de rampas de madera bajo una lluvia intermitente de flechas.

Los soldados de mis otras tres divisiones exploran el territorio circundante por si el Chacal decide meter las narices donde no lo llaman. Por lo visto, el principal ejército de Júpiter está varado en el río Argos, que ya pasó el deshielo, mientras asediaban el castillo de Marte. No esperaban que el río se deshelara tan deprisa. Sigue sin haber señal de los hombres del Chacal o de los próctores. Me pregunto si ya han encontrado a Fitchner, encerrado en una de las celdas del castillo de Apolo. Le dejé agua, comida y la cara llena de moratones.

Al tercer día de sitio izan una bandera blanca en las murallas del castillo de Júpiter. Un chico delgado de mediana estatura y tímidas sonrisas sale cautelosamente del castillo de Júpiter por la poterna. El castillo está emplazado

en un terreno alto y escabroso. Está metido entre dos enormes paredes rocosas de modo que los muros tripartitos están combados hacia fuera. Yo no habría tardado en enviar a mis hombres por las paredes rocosas. Habría sido un trabajo para los Aulladores, pero ellos ya han disfrutado bastante de la gloria. Este asedio pertenece a todos aquellos soldados capturados en la lucha contra Apolo.

El chico camina titubeante por la entrada principal. Me reúno allí con él en compañía de Sevro, Milia, Nyla y Pax. Somos un grupo temible incluso aunque no estén ni Tacto ni Mustang, aunque de esta se puede decir de todo excepto que tiene una apariencia temible: quizá sea enérgica, como mucho. Milia parece sacada de una pesadilla: le ha dado por coleccionar trofeos como a Tacto y a Cardo. Y Pax ha puesto muescas en su descomunal hacha por cada esclavo que ha conquistado.

El chico deja ver su nerviosismo delante de los tenientes. Las sonrisas son furtivas, como si le preocupara que fuéramos a desaprobarlas. El anillo que lleva en el dedo es de Júpiter. Se le ve hambriento, porque le sobra por todas partes.

—Me llamo Lucian —se presenta el chico, que intenta sonar viril.

Parece creer que Pax está al frente. Pax estalla en carcajadas y nos señala a mí y a mi falce. Lucian se estremece al verme. Creo que él sabía muy bien que yo era líder.

—¿Es que estamos aquí para intercambiar sonrisas? —le pregunto—. ¿Qué tienes que decir?

—Hambre, eso tengo que decir —se ríe lastimeramente—. No hemos comido nada más que ratas y cereales crudos mojados en agua durante las últimas tres semanas.

Casi me da pena el chico. Tiene el pelo sucio, los ojos llorosos. Sabe que está renunciando a la oportunidad de

obtener un aprendizaje. Lo deshonrarán para el resto de su vida. Pero tiene hambre. Igual que los otros siete custodios. Curiosamente, todos son de Júpiter, no hay esclavos. El primus dejó atrás a los débiles en vez de a los esclavos.

La única condición que ponen para entregar el castillo es que no deben ser esclavizados. Solo Pax protesta con algo honorable como que necesitan ganarse la libertad como todos los demás, pero yo accedo a la petición del chico. Le digo a Milia que los vigile. Si actúan sediciosamente ella se llevará las cabelleras como trofeo. Atamos los caballos en el patio. Los adoquines del suelo están sucios. Un torreón alto y angular se extiende hacia arriba y hacia la pared del precipicio.

La oscuridad se filtra entre las nubes. Hay una tormenta acercándose al paso montañoso, así que llevo a mi ejército al interior del castillo y cierro las puertas. Mustang y su tropa se quedan extramuros, pero regresarán más entrada la noche después de explorar la zona con Tacto. Hablamos por los comunicadores y Tacto nos maldice por tener un techo seco sobre nuestras cabezas. La lluvia nocturna cae con fuerza.

Me aseguro de que los veteranos sean los primeros en llevarse las camas de los dormitorios de Júpiter antes de que comamos. Tal vez mi ejército sea disciplinado, pero rajarían a su propia madre por una cama caliente. Es lo único a lo que la mayoría de ellos no se han terminado de acostumbrar: a dormir en el suelo. Echan de menos los colchones y las sábanas de seda. Yo echo de menos el viejo catre que compartía con Eo. Ahora ya lleva muerta más tiempo del que estuvimos casados. Me sorprende lo mucho que duele darse cuenta de eso.

Creo que ya he cumplido dieciocho años, según las medidas de la Tierra. Pero no estoy del todo seguro.

El pan y la carne que traemos les parece el paraíso a los hambrientos custodios de Júpiter. Lucian y los suyos, todos ellos unas almas demacradas y de aspecto fatigado, comen tan rápido que Nyla está montando un escándalo sobre si se van a destrozar las tripas. No hace más que decirles que la carne de caballo ahumada no va a salir galopando. De vez en cuando Pax y sus Espinazos Sangrientos les tiran huesos al dócil grupo. La risa de Pax es contagiosa. Sale de él como una explosión y después de dos segundos se convierte en algo femenino. Nadie es capaz de mantener la seriedad cuando empieza. Está hablando de Helga otra vez. Busco a Mustang con la mirada para que podamos reírnos de ellos, pero ella aún estará fuera algunas horas. Incluso para eso la echo de menos, y se me inflama un poco el pecho porque sé que se acurrucará en mi cama por la noche y juntos roncaremos como el tío Narol después de las Yuleales.

Llamo a Milia a la cabecera de la mesa. Mi ejército zanganea en la sala de mapas de Júpiter; llevan la conquista con tranquilidad. El mapa de Júpiter está destruido. No logro distinguir lo que saben.

—¿Qué piensas de nuestros anfitriones? —le pregunto a Milia.

—Yo digo que les pongamos el sello —responde.

Hago chasquear la lengua.

—A ti lo de mantener promesas no te gusta, ¿no?

Se parece mucho a un halcón, el rostro anguloso y despiadado. El timbre de su voz es de la misma clase.

—Las promesas no son más que cadenas —se defiende con un tono áspero—. Ambas están hechas para romperlas.

Le digo que deje a los jupiterianos en paz, pero después le ordeno que vaya a buscar el vino que recogimos de nuestra excursión a Júpiter. Se lleva a algunos chicos y vuelven con los barriles de la bodega de Baco.

Me subo a la mesa con modales atolondrados.

—¡Y ahora os ordeno que os emborrachéis! —le grito a mi ejército. Me miran como si estuviera loco.

—¿Que nos emborrachemos? —pregunta uno.

—¡Sí! —le interrumpo antes de que pueda decir nada más—. ¿Creéis que podréis hacerlo? ¿Podréis comportaros como estúpidos por una vez?

—¡Lo intentaremos! —grita Milia—. ¿Verdad que sí?

Recibe vítores de respuesta. Tiempo más tarde, mientras bebemos los barriles de Baco, les ofrezco bien alto a los jupiterianos un poco de vino. Pax trastabilla indignado ante la idea de tener que compartir un buen vino. Es un buen actor.

—¿Me estás contradiciendo? —pregunto con un tono imperativo.

Pax se muestra indeciso pero logra asentir con su gigantesca cabeza.

Desenvaino la falce de la funda trasera. Rechina en la humedad de la sala de mandos. Cientos de ojos se fijan en ambos. Afuera resuena un trueno. Pax se tambalea hacia delante con un paso ebrio y ciclópeo. Tiene una mano en la empuñadura del hacha, pero no la saca. Después de un momento, menea la cabeza y cae sobre una rodilla: aun así es casi de mi altura. Envaino la espada y tiro de él hacia arriba. Le digo que tiene que organizar patrullas.

—¿Patrullas? Pero ¿bajo la lluvia y la tormenta?

—Ya me has oído, Pax.

Refunfuñando, los Espinazos Sangrientos se tambalean tras él para cumplir el castigo. Todos son lo bastante listos para haber adivinado cuáles son sus papeles aunque no conozcan la obra.

—¡Disciplina! —le grito a Lucian con petulancia—. ¡La disciplina es el mejor atributo del hombre! Incluso en estos enormes brutos. Pero Pax está en lo cierto. Esta noche, nada de vino para vosotros. Eso os lo tenéis que ganar.

En ausencia de Pax, me dedico con evidente boato a investir con capas de lobo simbólicas a los esclavos de Venus y de Baco que se ganaron la libertad al conquistar esta fortaleza; simbólicas porque no tenemos tiempo de encontrar lobos. Se oyen risas y alegría. Júbilo por una vez, aunque nadie deja de lado las armas. Engatusan a Nyla para que cante una canción. Tiene la voz de un ángel. Canta en la ópera de Marte y la incluyeron en el programa para cantar en Viena hasta que se le presentó una oportunidad mejor con el Instituto. La oportunidad de una vida. Menuda aventura.

Lucian está sentado en un rincón de la sala de mandos con otros siete custodios mirando cómo nuestros soldados se quedan dormidos encima de las mesas, en frente del fuego, junto a los muros. Algunos se escabullen para robar alguna cama. Un son de ronquidos me cosquillea en los oídos.

Sevro se queda a mi lado, como si los próctores fueran a entrar de repente y matarme en cualquier momento. Le ordeno que se emborrache y que me deje en paz. Me obedece y pronto se le oye reír y roncar después encima de la alargada mesa. Me acerco a Lucian dando traspiés, tropezando con mi ejército dormido, con una sonrisa en la cara. No me había emborrachado desde que murió mi mujer.

A pesar de esa mansedumbre, Lucian me resulta curioso. Apenas me mira a los ojos y va con los hombros encorvados. Sin embargo nunca se lleva las manos a los bolsillos, nunca las cruza a la defensiva. Le pregunto por la guerra con Marte. Ya está casi ganada, como creía. Me cuenta algo de una chica que traicionó a Marte. Esa me parece Antonia.

Debo moverme deprisa. No sé qué ocurrirá si toman el castillo y el estandarte de mi casa, incluso aunque tenga un ejército independiente. Técnicamente, podría perder.

Los amigos de Lucian están cansados, así que dejo que se marchen a ver si pueden coger una cama. No me causarán

problemas. Lucian se queda para hablar conmigo. Lo invito a sentarse a la mesa de la sala de guerra. Cuando sus amigos salen en fila, oigo a Mustang en la estancia principal. Entra alegre en la habitación. Afuera se oye el fragor de los truenos. Tiene el pelo mojado y apelmazado, y la capa de piel de lobo chorreante. Sus botas dejan rastros de barro.

Su rostro es todo confusión cuando me ve con Lucian.

—¡Mustang, cariño! —grito—. Me temo que llegas demasiado tarde. ¡Ya hemos acabado con las existencias de Baco!

Le señalo con un gesto a mi roncante ejército. Deben de quedar unos cincuenta, todos tumbados con las piernas extendidas y en diversas fases del sueño diseminados por toda la sala de mandos. Todos están igual de borrachos que Narol durante las Yuleales.

—Ponerse como una cuba parece una excelente idea en un momento como este —dice de forma extraña.

Vuelve la mirada hacia Lucian. Él murmura algo sobre el placer de conocerla. Ella resopla una risa socarrona.

—¿Cómo te ha convencido para que no lo conviertas en esclavo, Darrow?

No sé si ella entiende a qué estoy jugando.

—¡Me dio su fortaleza! —Levanto una torpe mano hacia el mapa de piedra medio derruido de la pared. Mustang dice que se unirá a nosotros. Empieza a llamar a alguno de sus hombres para que entren, pero la interrumpo—. No, no. Lucian y yo nos estamos haciendo excelentes amigos. Nada de chicas. Llévate a tus hombres y vete a buscar a Pax.

—Pero…

—Vete a buscar a Pax —le digo.

Sé que está confundida, pero confía en mí. Murmura un adiós para mí y para Lucian y cierra la puerta. El repiqueteo de los tacones de sus botas no tarda en desvanecerse.

—¡Creí que no se iría nunca! —me río.

Lucian se reclina en la silla. Está realmente muy delgado, no le sobra absolutamente nada. Lleva el pelo recogido con sencillez. Tiene unas manos finas y hábiles. Me recuerda a alguien.

—La mayoría de la gente no quiere que las chicas guapas se marchen —dice Lucian con una sincera sonrisa.

Incluso se sonroja un poco cuando le pregunto si de verdad cree que Mustang es bonita.

Hablamos durante casi una hora. Poco a poco, empieza a relajarse. Gana confianza y se pone a hablarme de su niñez, de un padre exigente, de las expectativas familiares. Pero no lo dice con autocompasión. Es realista, una cualidad que admiro. Ya no siente la necesidad de evitar mi mirada cuando hablamos. Ya no encorva tanto los hombros y resulta agradable, incluso divertido. Me río en voz alta unas cuantas veces. Se hace tarde, pero seguimos charlando y bromeando. Se ríe de las botas que llevo, que están envueltas en pieles de animales para protegerme del frío. Dan mucho calor ahora que la nieve se derrite, pero tengo que llevarlas.

—Pero ¿y qué hay de ti, Darrow? No hemos dejado de hablar de mí. Creo que ahora te toca a ti. Dime, ¿qué te ha traído aquí? ¿Qué te motiva? Creo que no he oído hablar de tu familia…

—No es gente de la que te importara mucho oír hablar, a decir verdad. Pero diría que es por una chica, eso es todo. Soy simple. Al igual que mis motivaciones.

—¿La chica guapa? —pregunta Lucian sonrojándose—. ¿Mustang? Parece de todo menos simple.

Me encojo de hombros.

—¡Pero yo te lo he contado todo! —protesta Lucian—. No seas como uno de esos evasivos morados conmigo. Suelta prenda, hombre. —Da golpes en la mesa con impaciencia.

—Vale, vale. Toda la historia. —Suspiro—. ¿Ves esa mochila detrás de ti? Dentro hay un zurrón. Alcánzamela, por favor.

Lucian saca el zurrón y me lo lanza. Tintinea sobre la mesa.

—Déjame ver tu mano.

—¿Mi mano? —pregunta riéndose.

—Sí, sí, tu mano. Sácala, por favor. —Doy unas palmaditas en la mesa. No reacciona—. Venga, hombre. He estado elaborando una teoría.

Impaciente, doy más palmaditas sobre la mesa. Lucian saca la mano.

—¿Y esto cómo explica tu historia o tu teoría?

Aún tiene la sonrisa en la boca.

—Es complicado. Será mejor que te lo enseñe.

—Me parece bien.

Abro el zurrón y vierto los contenidos. Una veintena de anillos dorados con distintos sellos caen encima de la mesa. Lucian observa cómo ruedan.

—Todos estos son de los chicos muertos. Los chicos a quienes los medibots no pudieron salvar. Veamos. —Remuevo el montón de anillos—. Tenemos de Júpiter, Venus, Neptuno, Baco, Juno, Mercurio, Diana, Ceres… y, mira, aquí uno de Minerva. —Frunzo el ceño y rebusco entre todos—. Vaya. Qué raro. No encuentro ninguno de Plutón.

Levanto la mirada hacia él. Ahora sus ojos son distintos. Muertos. Tranquilos.

—Anda, aquí hay uno.

41

EL CHACAL

Retira la mano de un tirón. Es rápido.

Pero yo lo soy más.

Le hundo el cuchillo en la mano, y se la clavo a la mesa.

Abre la boca y ahoga un grito de dolor. Una extraña suerte de exhalación salvaje escapa como un siseo de su boca cuando sacude la mano acuchillada. Pero yo soy más grande que él y hundo el cuchillo diez centímetros en la mesa. Lo clavo con una jarra. No puede quitárselo. Me reclino y lo observo mientras lo intenta. Hay algo primario en esa tentativa inicial. Después, cuando se recupera, hay algo decididamente humano, que parece dotado de una frialdad más cruel que mi acto de violencia. Se tranquiliza mucho más deprisa que nadie a quien yo haya visto. No tarda ni tres inspiraciones, y se reclina en el asiento como si estuviéramos bebiendo juntos.

—Vaya, qué mierda —dice con flema.

—Creo que deberíamos conocernos mejor —le replico, y me señalo a mí mismo—. Chacal, soy el Segador.

—A nombre me ganas —responde. Respira una vez. Y otra —. ¿Hace cuánto que lo sabes?

—¿Que tú eras el Chacal? Era una suposición ociosa. ¿Que no tramabas nada bueno? Desde que entré en el castillo. Nadie se rinde sin luchar. Uno de tus anillos no era de tu talla. Y la próxima vez esconde las manos. Los hijos de puta inseguros siempre las esconden o juegan con ellas. Pero no tenías ninguna posibilidad. Los próctores sabían que venía aquí. Pensaron tenderme una trampa al avisarte de

que venía. De ese modo, tú podrías escabullirte aquí dentro y pillarme con los pantalones bajados. Cometieron un error. Cometiste un error.

Me mira y hace una mueca cuando se da la vuelta para ver que mis soldados, tan sobrios como el alba, se levantan del suelo. Son casi cincuenta. Quería que vieran la treta.

—Ah. —El Chacal suspira al ver cuán infructuosa ha resultado su trampa—. ¿Mis soldados?

—¿Cuáles? ¿Los que estaban aquí contigo o los que escondiste en el castillo? ¿En las bodegas quizás? ¿O quizá debajo del suelo en un túnel? Hombre, no apostaría a que ahora mismo estén de risas. Pax es una bestia y Mustang le estará echando una mano por si acaso.

—Así que por eso la echaste de aquí.

Para eso y para que no preguntara por qué estábamos fingiendo estar borrachos con mosto.

Pax habrá encontrado su escondite. El trueno sigue resonando. Albergo la esperanza de que el Chacal haya perdido gran parte de su ejército en esta emboscada. De no ser así, tendremos problemas, porque, si estaba en el castillo de Júpiter, lo más probable es que tenga el ejército de Júpiter, que tiene a su vez el de Juno, gran parte del de Vulcano y pronto, también, el de Marte. Su ejército será el doble de numeroso que el mío, y seremos los únicos dos que queden. Pero a él lo tengo aquí.

El Chacal está clavado a la mesa, sangrando y rodeado de mi ejército. Hemos reprimido la emboscada. Ha perdido, pero no está indefenso. Ya no es Lucian. Casi ni parece que tenga la mano atravesada. No le flaquea la voz. No está enfadado, solo cagado de miedo. Me recuerda a cómo soy yo antes de montar en cólera. Sereno. Parsimonioso. Quería que mis hombres vieran cómo se retorcía, pero no lo hace, así que les digo que se marchen. Solo se quedan los diez Aulladores, los antiguos y los nuevos.

—Si tenemos que mantener una conversación, por favor quítame esta daga de la mano —me dice el Chacal—. Lo creas o no, duele.

No está tan jocoso como sugieren sus palabras. A pesar de su determinación, está pálido y el cuerpo ha empezado a temblarle por la conmoción.

Sonrío.

—¿Dónde está el resto de tu ejército? ¿Dónde está esa chica, Lilath? Le debe un ojo a mi amigo.

—Déjame marchar y te daré su cabeza en una bandeja, si quieres. Incluso, si me das una manzana, se la pondré en la boca para que parezca el cerdo de un banquete. Lo dejo a tu elección.

—¡Bingo! Por esto te pusieron ese nombre, ¿verdad?

Aplaudo con socarronería.

El Chacal chasquea la lengua como de arrepentimiento.

—A Lilath le gustaba cómo sonaba. Caló. Por eso me gustaría ponerle una manzana en la boca. Habría preferido algo más… regio que «Chacal», pero las reputaciones se forjan solas. —Señala a Sevro con la cabeza—. Como el Pequeño Trasgo y sus Gnomos.

—¿Como qué Gnomos? —pregunta Cardo.

—Es así como os llamamos. Los Gnomos en los que el Trasgo y el Segador se sientan. Pero si preferís un nombre mejor cuando estéis fuera del juego, entonces no tenéis más que matar al terrible y feroz Segador. No basta con dejarlo inconsciente. Matadlo. Clavadle una espada en la espalda y podréis ser emperadores o gobernadores, lo que sea. Mi padre estará encantado de complaceros. Es algo muy simple. *Quid pro quo*.

Sevro saca los cuchillos y les lanza una mirada furibunda a sus Aulladores.

—No es tan sencillo.

Cardo no se mueve.

—Había que intentarlo —suspira el Chacal—. Lo confieso, soy político, no guerrero. Así que, si estamos aquí para conversar, tienes que decir algo, Segador. Pareces una estatua. No hablo ese idioma.

Tiene un carisma frío. Calculador.

—¿De verdad te comiste a los miembros de tu propia casa?

—Después de dos meses en la oscuridad, te comes lo que encuentras. Aunque aún se mueva. La verdad es que no es muy impresionante. Es menos humano de lo que me habría gustado, muy parecido a los animales. Y lo habría hecho cualquiera. Pero desenterrar mis nauseabundos recuerdos no es forma de negociar.

—No estamos negociando.

—Los humanos siempre están negociando. Las conversaciones consisten en eso. Alguien tiene algo, sabe algo. Alguien quiere algo.

Su sonrisa es agradable, pero esos ojos… Hay algo raro en él. Es como si su cuerpo hubiera sido ocupado por un alma distinta desde que ha dejado de ser Lucian. He visto a actores, pero esto es distinto… Es como si fuera racional hasta el punto de resultar inhumano.

—Segador, haré que mi padre te dé cualquier cosa que pidas. Una flota, un ejército de rosas con las que acostarte, cuervos con los que conquistar… Lo que sea. Tendrás una excelente posición si gano este añito de estudios. Si tú ganas, quedan más estudios. Más pruebas. He oído que tu familia está endeudada y deshonrada. Te resultará difícil ascender por tus propios medios.

Casi me había olvidado de que tenía una familia falsa.

—Conseguiré mis propios laureles.

—Segador. Segador. Segador. ¿Crees que aquí se acaba todo? —Chasquea la lengua emitiendo un sonido de disgusto—. Negativo, negativo, buen hombre. Pero si me

dejas marchar, las penurias… —Hace un gesto de sacudir el polvo con la mano libre—. Se esfuman. Mi padre se convertirá en tu patrono. Hola, autoridad. Hola, fama. Hola, poder. Solo tienes que decirle adiós a esto —señala el cuchillo— y permitir que empiece tu futuro. Fuimos enemigos en la infancia. Seamos aliados de adultos. Tú eres la espada, y yo soy la pluma.

Dancer querría que aceptara la oferta. Garantizaría mi supervivencia. Me garantizaría un ascenso meteórico. Estaría dentro de la mansión del archigobernador. Estaría cerca del hombre que mató a Eo. Claro que quiero aceptar. Pero eso significaría permitir que me derroten los próctores. Tendría que dejar que este cerdo ganara y que su padre sonriera y se sintiera orgulloso. Tendría que ver cómo la sonrisa de este engreído se le extiende por toda la maldita cara. ¡Y una mierda! Sabrán lo que es el dolor.

La puerta se abre y Pax entra en la estancia. Sonríe de oreja a oreja.

—¡Qué noche tan condenadamente fantástica, Segador! —se ríe—. Cogí a esos mierdecillas en el pozo. Cincuenta. Por lo visto, habían excavado unos túneles ahí abajo. Debió de ser así como conquistaron el castillo. —Cierra la puerta de un portazo y se sienta en el borde de la mesa para mordisquear las sobras de un trozo de carne—. ¡Qué derramamiento de sangre! ¡Ja, ja! ¡Les dejamos subir y fue una carnicería de veras estupenda! Estupenda. A Helga le habría encantado. Ahora son todos esclavos. Mustang se está encargando de ello mientras hablamos. Pero ¡uy!, está de un humor raro. —Escupe un hueso—. ¡Ja! Entonces ¿es este? ¿El Chacal en persona? Se le ve tan pálido como el culo de un rojo. —Lo examina más de cerca—. Joder. ¡Lo has dejado clavado!

—Creo que has podido con mierdas más grandes que estas, Pax —añade Sevro.

—Desde luego. Y más coloridas. Parece tan apagado como un marrón.

—Vigila esa lengua, insensato —le advierte el Chacal a Pax—. Puede que no siempre esté ahí.

—¡Ni tampoco tu verga, como insistas en tu impertinencia! ¡Ja! ¿Es tan pequeña como tú? —dice Pax.

Al Chacal no le gusta que se burlen de él. Le clava la mirada a Pax antes de volver la vista hacia mí tan veloz como una serpiente que saca la lengua.

—¿Sabías que los próctores te están ayudando? —le pregunto—. ¿Que han intentado matarme?

—Claro. —Se encoge de hombros—. Mi generosidad es… superior a la media.

—¿Y te da igual engañar? —pregunto.

—Engañar o que te engañen, ¿no?

Eso me suena.

—Pues ya no te están ayudando. Es demasiado tarde para eso. Ya ha llegado el momento de que te ayudes tú.

Clavo otro cuchillo en la mesa. Sabe para qué es.

—En cierta ocasión oí que si un chacal cae en una trampa, se roerá la pata hasta arrancársela para liberarse. Ese cuchillo quizá sea más fácil que usar los dientes.

Suelta una risa breve y seca, como un ladrido.

—Entonces, si me corto la mano, ¿podré marcharme? ¿Eso es todo?

—Ahí tienes la puerta. Pax, sujeta el cuchillo para que no haga trampas.

Por mucho que se haya comido a otros, no lo hará. Es capaz de sacrificar amigos y aliados, pero no a sí mismo. Fallará esta prueba. Es un áureo. Nadie a quien temer. Pequeño. Débil. Igual que su padre. Le pongo en el dedo el anillo de Plutón que lleva en la bota para que sus padres y sus seleccionadores puedan ver cómo el orgullo y el júbilo del Chacal se desvanecen. Sabrán que soy mejor.

—Puede que los próctores me estén dando un empujoncito, pero aún tengo que ganármelo, Darrow.

—Estamos esperando.

Suspira.

—Te lo he dicho. Tú y yo somos diferentes. Las manos son las herramientas de un campesino. La herramienta de un dorado es su mente. Si tu educación hubiera sido mejor, te habrías dado cuenta de que este sacrificio significa muy poco para mí.

Entonces empieza a cortar. Las lágrimas le bañan el rostro cuando la sangre empieza a brotar. Está serrándose la mano y Pax no puede ni mirar. El Chacal ya va por la mitad cuando levanta la mirada y me sonríe con una cordura que me convence de que está completamente loco. Le castañetean los dientes. Se está riendo, de mí, de esto, del dolor. Nunca he conocido a nadie como él. Ahora sé cómo se sintió Mickey cuando me conoció. Es un monstruo encarnado en el cuerpo de un hombre.

El Chacal está a punto de romperse la muñeca para facilitar el trabajo, pero Pax maldice y le da un filo de iones. La atravesará de un solo golpe.

—Gracias, Pax —le dice el Chacal.

No sé qué hacer. Dentro de mí, todo pide cordura a gritos. Debería matarlo ahora. Cortarle la garganta con un filo. No es alguien a quien puedas dejar escapar. Es alguien a quien no puedes cabrear y después devolverlo a su hábitat natural. Deja a Casio tan atrás que me entran ganas de reír. Pero le dije que si se cortaba la mano le dejaba marchar, y lo está haciendo. Dios mío.

—Estás condenadamente loco —susurra Pax.

El Chacal murmura algo sobre idiotas. Es solo una mano, dice. Para mí, las manos lo son todo. Para él no son nada.

Cuando ha terminado, se sienta con un muñón casi cauterizado. Tiene la cara como la nieve y el cinturón

ajustado en un torniquete. Compartimos un momento en el que él sabe que no voy a dejarlo marchar.

Entonces veo una distorsión que entra por la ventana abierta. Los próctores han venido, como vaticinaba, pero me han cogido desprevenido. No estaba atento. Y cuando veo un pequeño detonador sónico martillear sobre la mesa y que el Chacal lo coge con su única mano, sé que he cometido un tremendo error. Les he dado tiempo a los próctores para ayudarlo. Todo se vuelve más lento, y lo único que puedo hacer es mirar.

Con la misma mano que sostiene el diminuto detonador, el Chacal se impulsa como un látigo con el filo de iones de Pax. Le hiende el filo a mi gigantesco amigo en la garganta. Grito y me abalanzo hacia delante justo cuando el Chacal presiona el botón del detonador.

Se produce una desgarradora explosión sónica que me arroja al otro lado de la habitación. Los Aulladores se estrellan contra los muros. Pax sale despedido hacia la puerta. Tazas, comida y sillas, todo se esparce como arroz en el viento. Estoy en el suelo. Sacudo la cabeza para intentar orientarme cuando el Chacal se acerca a mí. Pax se pone de pie tambaleante, con hilos de sangre chorreándole de las orejas, de la garganta. El Chacal me dice algo, y sujeta el cuchillo. Entonces Pax se lanza no hacia el Chacal, sino hacia mí. Me aplasta con su peso y me cubre con su cuerpo. Apenas puedo respirar. No veo lo que ocurre, pero lo siento en el cuerpo de Pax. Un estremecimiento. Un espasmo. Diez impactos mientras el Chacal apuñala furiosamente a Pax intentando llegar hasta mí como un animal rabioso escarbando en la tierra, escarbando a través de Pax para matarme mientras sigo tendido.

Y después, la nada.

La sangre me gotea en el pecho y calienta mi cuerpo. Es la de mi amigo.

Intento mover a Pax. Consigo salir de debajo de él. El Chacal ha huido y Pax se está desangrando. Siento un grito desgarrador en mi oído. También los próctores se han marchado. Los Aulladores se ponen de pie, tambaleantes. Cuando vuelvo a mirar a Pax, está muerto, con una sonrisa tranquila en los labios. La sangre serpentea por la piedra. Siento que el pecho se me agarrota y caigo de rodillas, entre sollozos.

No tuvo últimas palabras. No tuvo un adiós.

Se sacrificó por mí y lo destrozaron.

Muerto.

El leal Pax. Le sujeto con fuerza la gigantesca cabeza. Duele ver que mi titán ha caído. Estaba destinado a algo mejor. Un corazón muy tierno dentro de un cuerpo muy duro. No volverá a reír. Nunca ocupará el puente de mando de un destructor. Nunca llevará la capa de un caballero ni portará el cetro de un emperador. Muerto. Esto no debería haber pasado así. Yo tengo la culpa. Debería haber acabado con todo deprisa.

Qué futuro tenía ante sí.

Sevro está de pie a mi lado, con el rostro pálido. Los Aulladores ya se han levantado y hierven de furia. Cuatro de ellos lloran en silencio. De los oídos les brota un hilo de sangre. El mundo está mudo. No podemos oír, pero una manada de lobos no necesita palabras para saber que ha llegado el momento de cazar.

Él mató a Pax. Ahora lo mataremos a él.

El rastro de sangre del Chacal lleva hasta uno de los pequeños chapiteles del torreón. Desde allí, desaparece hasta el patio. La lluvia ha barrido el rastro. Saltamos en un grupo de once desde el chapitel a un muro más bajo. Rodamos al caer. Ya en el patio, Sevro, nuestro rastreador, nos muestra el camino hasta una poterna que lleva hasta las escarpadas montañas bajas.

La noche es inhóspita. La lluvia y la nieve nos azotan por los flancos. Destellan los relámpagos. Rugen los truenos, pero yo lo oigo todo como en un sueño. Corro con los Aulladores en una línea escalonada. Avanzamos por los sombríos peñascos, a lo largo de abruptas caídas en busca de nuestra presa. Las botas embarradas hacen que vaya despacio, pero tienen que estar cubiertas. El plan puede funcionar, incluso después de esto.

No sé cómo nos guía Sevro. Estoy perdido en el caos. Solo puedo pensar en Pax. No tendría que haber muerto. Acorralé al Chacal pero dejé que escapara como una rata. Recuerdo cómo lo miró Mustang. Sabía quién era. Lo sabía y quiso hablar conmigo en privado. Cualquiera que fuera su relación, la lealtad de Mustang estaba conmigo. Pero ¿de qué lo conoce?

Sevro nos lleva por los altos pasos de montaña donde la nieve se apila aún a la altura de las rodillas. Aquí hay huellas. Nos rodean ráfagas de nieve. Estoy helado. Tengo la capa empapada. La falce rebota a mi espalda. Las botas chapotean. La sangre gotea sobre la nieve. Subimos a toda prisa un paso montañoso entre dos picos escarpados. Veo al Chacal. Avanza a trompicones cien metros más adelante. Cae sobre la nieve, y vuelve a levantarse. Tiene que ser de hierro para haber llegado tan lejos. Lo cogeremos y lo mataremos por lo que le hizo a Pax. No tenía que haber apuñalado a mi titán. La manada empieza a aullar de tristeza. El Chacal vuelve la vista atrás y tropieza. No tiene escapatoria.

Recorremos a toda velocidad la pendiente nevada. Noche y oscuridad. El viento azota de lado. Aúllo, pero se oye mitigado después de la explosión sónica, como si el sonido estuviera envuelto en algodón. Entonces algo distorsiona las ráfagas de nieve que se abren a nuestro paso. Una forma. Una forma invisible e intangible contorneada por la nevisca.

Un próctor. Siento el peso de una piedra que me cae en el estómago. Es aquí donde me matan. De esto me advirtió Fitchner.

Apolo desactiva la capa. Me sonríe a través del yelmo y dice algo en voz alta. No puedo oír lo que dice. Entonces agita un puño de pulsos y Sevro y los Aulladores se dispersan cuando una pequeña explosión hace que cinco de nuestra manada salgan despedidos colina abajo. Me ululan los tímpanos. Puede que no vuelvan a ser los mismos. Otra vez el puño de pulsos. Me echo a tierra para esquivarlo. El dolor me azota el pie. Ruedo por el suelo. Después el dolor desaparece. Me pongo en pie y corro hacia Apolo. El puño lanza una distorsión de fuerza hacia mí. Esquivo tres golpes. Dando vueltas, girando como un trompo. Salto. Mi espada cae sobre su cabeza y se detiene de golpe. Cuando la armadura de pulsos está activada, solo se puede traspasar con un filo. Eso lo sabía. Pero tiene que haber espectáculo.

Apolo me mira, inmune en su armadura. Mi grupo ha salido volando colina abajo. Veo al Chacal, que se debate en la ladera de la montaña. Ahora parece más fuerte. Va seguido de una distorsión. Algún otro próctor que le ayuda. Venus, me parece.

Saco a gritos la furia que se ha ido acumulando dentro de mí desde que pasé por el bisturí de Mickey.

Apolo dice algo que no logro oír. Le maldigo y agito mi filo de nuevo. Él lo intercepta y lo tira a la nieve. La capa invisible del escudo de pulsos que le rodea el puño me golpea en la mano: no me toca, pero conduce un tormento hasta los nervios. Grito y caigo al suelo. Entonces Apolo me coge del pelo y ascendemos en la tormenta. Sale disparado con las gravibotas hasta que hemos subido trescientos metros; estoy colgado de su mano. La nieve se arremolina a nuestro alrededor. Vuelve a hablar, ajustando la frecuencia para que mis dañados oídos puedan oír lo que dice:

—Seré parco en palabras para asegurarme de que lo entiendes. Tenemos a tu pequeña Mustang. Si no pierdes en tu siguiente encuentro con el hijo del archigobernador para que todos los seleccionadores lo vean, la destrozaré.

¡Mustang!

Primero, Pax. Ahora, la chica que cantó la canción de Eo junto al fuego. La chica que me sacó del barro. La chica que se acurrucó a mi lado mientras el humo formaba volutas en nuestra pequeña cueva. La brillante Mustang, que me seguía por voluntad propia. Y esto es lo que le he traído. Esto no es lo que esperaba. Esto no es lo que había planeado. La tienen a ella.

Se me encoge el estómago. Otra vez no. Como padre. Como Eo. Como Lea. Como Roque. Como Pax. A ella no la matarán también. Este hijo de puta no va a matar a nadie.

—Voy a arrancarte el maldito corazón de cuajo.

Me da un puñetazo en el estómago. Todavía me estaba agarrando del pelo. Tiene una mueca extraña en el rostro mientras intenta identificar la palabra. «Maldito». Ahora flotamos en el aire, alto, muy alto. Cuelgo como un hombre en la horca y me vuelve a golpear. Suelto un gemido. Pero al gemir recuerdo algo que descubrí con Fitchner cuando, en el bosque, le di aquellas palmadas en el hombro. Si Apolo me está agarrando por el pelo y no siento el escudo de pulsos, entonces es que está apagado. Y está apagado en todo el cuerpo. Tiene una armadura de retroceso en todas partes menos en una.

—Eres una estúpida marioneta, ahora me doy cuenta —dice con tono frívolo—. Una marionetita loca y enfadada. No vas a hacer lo que te digo, ¿verdad? —Suspira—. Ya buscaré otra forma. Es hora de cortarte los hilos.

Me deja caer.

Y floto allí, a escasos centímetros de la mano extendida de Apolo.

No voy a ninguna parte porque debajo de las pieles y del manto llevo las gravibotas que le robé a Fitchner cuando lo ataqué en la sala de mandos del castillo de Apolo. Y él tiene la armadura desconectada. Y me ha cabreado. Me mira con la boca abierta, confuso. Doblo un dedo para dejar salir el cuchillo dactilar y le doy un puñetazo en la cara. Se lo clavo cuatro veces en el ojo a través del visor, mientras me sacudo hacia arriba para que muera.

—¡Recoges lo que siembras! —le chillo mientras muere.

Toda la ira que he sentido se amontona en mi interior, me ciega y me llena de un odio palpitante y tangible que solo se desvanece cuando las botas de Apolo se desactivan y él se precipita en la turbulenta tormenta.

Encuentro a mis Aulladores junto a su cuerpo. La nieve está roja. Me miran fijamente cuando desciendo, con el anillo dactilar manchado de la sangre de un Marcado. No tenía intención de matarlo. Pero no debería habérsela llevado. Y no debería haberme llamado marioneta.

—Han capturado a Mustang —le digo a mi manada.

Observan en silencio. El Chacal ya no importa.

—Así que ahora nosotros vamos a capturar el Olimpo.

Las sonrisas que se dedican unos a otros son tan frías como la nieve.

Sevro se carcajea.

42

GUERRA EN EL CIELO

No podemos perder el tiempo volviendo a la fortaleza. Tengo a los chicos y a las chicas que necesito. Al más fuerte de todos los ejércitos. Los pequeños, los malvados, los leales y los rápidos. Le robo a Apolo la armadura de retroceso. La placa dorada se ajusta alrededor de mis extremidades como si fuera líquido. A Sevro le doy las gravibotas; le quedan ridículas. Me quito las mías, las de su padre, para que se las ponga; me apretaban los pies de forma horrorosa. Me pongo las botas de Apolo.

—¿Estas de quién son? —pregunta Sevro.

—De papi.

—Así que lo has adivinado —se ríe Sevro.

—Está en las mazmorras de Apolo.

—¡El florecilla, menudo estúpido!

Vuelve a reírse. Tienen una relación extraña.

Me quedo con el filo de Apolo, el yelmo, el puño de pulsos, el escudo de pulsos y la armadura de retroceso. Sevro se lleva la espectrocapa. Le digo que sea mi sombra. Y después les digo a los Aulladores que aten juntos sus cinturones.

Las gravibotas pueden levantar a un hombre con una coraza espacial mientras lleva un elefante en cada mano. Tienen la fuerza suficiente para elevarnos fácilmente a mí y a los Aulladores, que se cuelgan de mis piernas y brazos con los cinturones a modo de arneses mientras nos transportan a través de los remolinos de la tormenta de nieve hacia el Olimpo. Sevro carga con el resto.

Los próctores han urdido sus maquinaciones. Han ejercido sus presiones durante mucho tiempo. Sabían que yo era peligroso, que era algo distinto. Tarde o temprano tendrían que saber que reventaría e iría a por ellos. O quizá piensen que aún soy un niño. Qué idiotas. Alejandro no era más que un niño cuando destruyó su primera nación.

Nos elevamos a través de la tormenta y volamos sobre las pendientes del Olimpo. Flota casi un kilómetro y medio por encima del Argos. No tiene puertas. Ni muelle. La nieve cubre las pendientes. Las nubes cubren la brillante cima. Guío a los Aulladores hasta la ciudadela, pálida como el hueso, que corona la escarpada ladera. Se yergue por encima de la montaña como una espada de mármol. Los Aulladores se desabrochan los cinturones por parejas, y se dejan caer sobre el balcón más alto.

Nos agazapamos en la terraza de piedra. Desde aquí podemos ver las tierras brumosas de Marte, los campos y las colinas rocosas de Minerva, los Grandes Bosques de Diana, las montañas donde mi ejército guarnece Júpiter. Yo estaría allí abajo. Los idiotas tendrían que haberlo dejado estar. No tendrían que haberse llevado a Mustang.

Llevo la armadura de retroceso dorada. Es una segunda piel. Lo único que ha quedado expuesto es mi rostro. Cojo ceniza de uno de mis Aulladores y me la extiendo por las mejillas y la boca. Los ojos me arden de furia. Llevo el cabello rubio suelto y despeinado hasta los hombros. Saco la falce y agarro el puño de pulsos de onda corta en la izquierda. Me cuelga un filo de la cintura; no sé cómo usarlo. Tengo tierra debajo de las uñas. Los dedos corazón y meñique de la mano izquierda congelados. Apesto. La capa que llevo hiede como la cosa muerta que es. Cuelga mórbida a mi espalda. Manchas blancas con la sangre de un próctor. Me quito la capucha. Todos lo hacemos. Parecemos lobos. Y olemos la sangre.

Espero que los seleccionadores disfruten de esto o soy hombre muerto.

—Queremos a Júpiter —les digo a los Aulladores—. Encontrádmelo. Neutralizad al resto si nos cruzamos con alguno. Cardo, coge tú las gravibotas y ve a por refuerzos. Vamos.

Descalzo, abro las puertas con mi puño de pulsos. Encontramos a Venus tumbada en una cama con una camisola de seda, con la armadura goteando nieve en el perchero junto al fuego; acaba de volver de ayudar al Chacal. Uvas, tarta de queso y vino sobre la mesita de noche. Los Aulladores la inmovilizan en el suelo. Cuatro de ellos, para darle dramatismo. Atamos a Venus a los postes de la cama. Está tan conmocionada que tiene los ojos dorados abiertos de par en par. Apenas puede hablar.

—¡No podéis! ¡Soy una Marcada! ¡Soy una Marcada! —es lo único que puede decir. Dice que esto es ilegal, que ella es una próctor, dice que no nos está permitido atacarlos. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo? ¿Quién nos ha ayudado? ¿De quién es la armadura que llevo? Pero si es de Apolo. De Apolo. ¿Dónde está Apolo? En un rincón hay una distinguida ropa de hombre. Son amantes—. ¿Quién os ha ayudado?

—No me ha ayudado nadie —le digo, dándole una palmadita en la brillante mano con una daga—. ¿Cuántos próctores quedan?

No tiene palabras. Esto no debería pasar así. No ha pasado nunca. Los chicos no toman el Olimpo, ni en toda la historia de los planetas se pensó que pudiera hacerse. La amordazamos de todos modos y la dejamos atada, medio desnuda y con la ventana abierta para que pruebe un poco el frío.

Los Aulladores y yo nos escabullimos por el chapitel. Oigo a Cardo traer refuerzos. Tacto estará aquí y traerá con él su

propia clase de ira. Y vendrá Milia. Nyla no tardará en hacerlo. Mi ejército se alza por Mustang. Por mí. Por los próctores que nos engañaron, nos envenenaron la comida y el agua y nos dejaron sin caballos. Vamos de habitación en habitación. Buscando en los *frigidaria*, los *caldaria*, las termas calientes, las salas frías, los baños, los aposentos del placer llenos de rosas, los tanques de holoinmersión para los próctores. Abatimos a Juno en los baños. Los Aulladores se tiran al agua para luchar con ella. No lleva armas, pero Sevro, aún con la capa, tiene que usar un achicharrador que ha robado después de que Juno le rompa un brazo a Payaso y empiece a ahogarlo en el agua con las piernas. Por lo visto, tampoco se marchó cuando debió hacerlo. Todos rompen las normas.

A Vulcano lo encontramos en una sala de holoinmersión, con un chisporroteante fuego en una esquina. No nos ve entrar hasta que apagamos las máquinas. Vulcano estaba contemplando cómo Casio estaba de pie en el borde del campo de batalla mientras unos proyectiles en llamas dejan estelas de humo en el cielo. Les dieron unas puñeteras catapultas. Otra pantalla mostraba al Chacal tropezando en la nieve hasta la entrada de una cueva en la montaña. Lilath lo recibe con una capa termal y un medibot.

Le pregunto a los próctores adónde se han llevado a Mustang. Dicen que les pregunte a Apolo o a Júpiter. Que no es su problema. Y que no debería ser el mío. Por lo visto, harán rodar mi cabeza. Les pregunto que con qué lo harán.

—Yo tengo todas las hachas.

Mi ejército ata a los próctores y nos los llevamos mientras descendemos, inundando el siguiente nivel, y el siguiente, como un diluvio de furiosos medio lobos. Nos encontramos con rojos superiores y criados marrones y rosas domésticos. Yo los ignoro, pero mi ejército, en su rabiosa excitación, ataca a todos los que ve. Derriban a los rojos y arrasan por

completo a cualquier gris que cometa el error de intentar enfrentarse a nosotros. Sevro tiene que sofocar a un chico de Ceres que está sentado en el pecho de un rojo, aporreándole la cara con los puños cubiertos de cicatrices. Dos grises mueren a manos de Tacto cuando intentan dispararle. Esquiva los achicharradores y les rompe el cuello. Una patrulla de siete grises intenta abatirme, pero mi armadura de pulsos me protege de sus achicharradores. Solo me harán daño si concentran el fuego y el escudo empieza a sobrecalentarse. Esquivo el fuego y los derribo con mi puño de pulsos.

Mi ejército entra gota a gota, despacio al principio. Pero llegan más cada seis minutos. Estoy nervioso. No es lo bastante rápido. Júpiter podría destruirnos; como Plutón o cualquiera que quede por aquí. Mi ejército se siente exultante porque me tiene a mí, y me cree inmortal, imbatible. Ya saben que maté a Apolo. Oigo apodos propagarse como una corriente de agua por el ejército mientras avanzamos como un enjambre a través de las inmensas estancias doradas. Asesino de Dioses. Asesino del Sol, me llaman. Pero también los próctores oyen estas cosas. Los que hemos capturado, incluso a los que les divierte un poco la idea de que haya alumnos invadiendo el Olimpo, todos me clavan la mirada con palidez en los rostros. Se dan cuenta de que son parte del juego del que habían escapado hace muchos años, y de que no hay medibots que vayan de camino al Olimpo. Resulta divertido ver cómo los dioses se dan cuenta de que siempre han sido mortales.

Envío decenas de rastreadores por el palacio, con instrucciones de lo que necesito. Ya puedo oír cómo mi plan se despliega en las estancias inferiores. Júpiter, Plutón, Mercurio y Minerva siguen allí. Vienen a por mí. ¿O acaso voy yo a por ellos? No lo sé. Intento sentirme como el depredador, pero no puedo. Mi furia está calmándose. Se

está aplacando y dando paso al miedo conforme los pasillos se alargan. Tienen a Mustang; busco el recuerdo del olor de su pelo. Estos son los Marcados que aceptan sobornos del hombre que mató a mi mujer. La sangre me bombea más deprisa. La furia regresa.

Me encuentro con Mercurio en una estancia. Se está riendo histéricamente y cantando a voz en grito canciones obscenas de la HP mientras se encara a media docena de mis soldados. Lleva un albornoz, pero está bailando como un maniaco entre las estocadas de tres Caballos Muertos. No he visto tanta gracilidad desde las minas. Se mueve como yo minaba. El equilibrio entre la furia y la física. Una patada y se rompe un codo, golpea con fuerza en una rodilla para dislocarla.

Abofetea a uno de mis soldados en la cara. A otro le da una patada en la ingle. Y da una voltereta encima de una chica, le agarra del pelo cuando está dado la vuelta, aterriza y la lanza contra la pared como una muñeca de trapo. Entonces le da un rodillazo en la cara a un chico, le corta el pulgar a una chica para que no pueda sujetar la espada y trata de golpearme con el dorso de la mano antes de marcharse con su danza. Yo soy más rápido que él, y más fuerte, a pesar de su increíble don con la espada; así que, mientras dirige la mano hacia mi cara, le golpeo el antebrazo con todas mis fuerzas, rompiéndole el hueso. Da un grito y trata de retroceder, pero yo le agarro la mano y le golpeo el brazo con el puño hasta que se lo rompo.

Entonces dejo que se aleje, herido.

Estamos en una habitación con varios soldados tirados por el suelo a su alrededor. Grito a los demás que se aparten y levanto mi falce. Mercurio es un querubín. Es pequeño y rechoncho, con la cara de un niño. Las mejillas se le ponen rosadas. Ha estado bebiendo. Los rizos dorados le caen sobre los ojos. Se los aparta con un gesto. Recuerdo que había

querido elegirme para su casa, pero los seleccionadores se opusieron. Ahora blande de manera ostentosa su filo como un poeta la pluma, pero la mano libre le ha quedado inutilizada después que se la golpeara.

—Eres brutal —observa.

—Deberías haberme escogido para tu casa.

—Les dije que no te presionaran. Pero ¿me hicieron caso? No, no, no, no, no. Estúpido Apolo. El orgullo puede cegar.

—Las espadas también.

—¿Las que atraviesan un ojo? —Mercurio se fija en mi armadura—. Muerto, ¿entonces? —Alguien me grita que lo mate—. Vaya, vaya. Están hambrientos. Este duelo puede ser divertido.

Me inclino en una reverencia.

Mercurio hace una venia.

Me gusta este próctor, pero no quiero que me mate con ese filo.

Así que envaino la espada y le disparo en el pecho con el puño de pulsos ajustado para aturdirlo. Después lo atamos. Mercurio sigue riéndose. Pero más abajo en el pasillo, detrás de él, veo a Júpiter —un titán vestido con una armadura completa— avanzando como una furia con un bastón de pulsos curvado y una hoja afilada. Hay otro próctor armado con él. Creo que es Minerva. Retrocedemos. Incluso así diezman mis tropas. Vienen derechos hacia nosotros por el largo pasillo y se nos echan encima, derribando a los chicos como rocas aplastando espigas. Es imposible herirlos. Mis soldados escapan corriendo por el mismo sitio por donde vinimos, de vuelta a las escaleras, hacia los pisos superiores donde nos estrellamos contra los nuevos grupos de refuerzos. Trepamos unos sobre otros, y caemos sobre el suelo de mármol. Atravesamos las habitaciones doradas para huir de Júpiter y de Minerva mientras suben por las escaleras. Júpiter ríe de manera estrepitosa cuando nuestras

simples espadas y lanzas le rebotan en la armadura con un sonido metálico.

Las únicas armas que pueden hacerle daño son las mías. No es suficiente. El filo de Júpiter me atraviesa la armadura de pulsos y me quita la armadura de retroceso en la zona del muslo. Siseo de dolor y le disparo con el puño de pulsos. El escudo atrapa el pulso y lo retiene, pero a duras penas. Agita una hoja hacia mí como un látigo. Me roza el párpado y está a punto de quitarme el ojo. La sangre mana a borbotones de la pequeña herida y yo rujo de furia. Vuelo hacia él, dejando atrás a Minerva, y le golpeo con el puño de pulsos en la mandíbula. Me destroza el arma y la mano, pero consigo mellarle el yelmo dorado y desequilibrarlo. No le dejo tiempo para recuperarse. Doy un grito y ataco con la falce agitándola de un lado a otro como un torbellino incluso mientras asesto torpes golpes con el filo. Es una danza frenética. Le doy en la rodilla con el poco acostumbrado filo. Él me abre el muslo con el suyo. La armadura se cierra sobre la herida, la comprime y le administra analgésicos.

Hemos llegado al final de una escalera de caracol cuando lo empujo hacia atrás. El arma se le queda sin fuerzas y después se desliza alrededor de mi pierna como un lazo, preparada para estrecharse y cercenármela a la altura de la cadera. Le empujo con todas mis fuerzas. Caemos por las escaleras. Entonces rueda y se pone en pie. Lo agarro por detrás. Armadura contra armadura.

Nos estrellamos contra una sala de holoinmersión. Saltan chispas por el aire. No dejo de gritar y de empujar para que no pueda cortarme la pierna con el filo, débil aún y enrollado en torno a la carne y el hueso. Pedalea hacia atrás, sin equilibrio cuando lo saco por una ventana y nos volcamos en el vacío. Ninguno de los dos tiene gravibotas, así que caemos treinta metros sobre un banco de nieve en la ladera de una montaña. Rodamos por la pronunciada pendiente

hacia la caída de kilómetro y medio que termina en el caudaloso Argos.

Me recompongo en la nieve. Consigo ponerme en pie. No lo veo. Me parece oír su gruñido a lo lejos. Ambos estamos confusos entre las nubes. Me acuclillo y escucho, pero aún no he recuperado el oído desde lo de Apolo.

—Morirás por esto, chico —dice Júpiter. La voz viene de debajo del agua. ¿Dónde está?—. Tendrías que haberte enterado de cuál era tu sitio. Todo tiene un orden. Tú estás cerca de la cima, pero no en la cima, chico.

Respondo algo conciso sobre que el mérito no significa mucho.

—El mérito no se gasta.

—¿Así que el archigobernador te está pagando para hacer esto?

Escucho un aullido a lo lejos. Mi sombra.

—¿Qué crees que vas a hacer, chico? ¿Matarnos a todos los próctores? ¿Hacer que te dejemos ganar? Así no funcionan las cosas, chico. —Júpiter me busca—. Pronto los cuervos del gobernador llegarán en las naves con sus espadas y sus armas. Los soldados de verdad, chico. Los que tienen cicatrices que ni en sueños te imaginas. Los obsidianos, dirigidos por legados y caballeros dorados. Tú no estás más que jugando. Pero ellos creerán que te has vuelto loco. Y te cogerán, te harán daño y te matarán.

—No, si gano antes de que lleguen. —Esa es la clave de todo—. Puede que haya un retraso en los holos antes de que los seleccionadores los vean, pero ¿cuánto retraso? ¿Quién está editando los condenados holos mientras lucháis? Nos aseguraremos de que salga el mensaje correcto.

Me quito la cinta roja de la cabeza y me seco el sudor de la frente. Después me la vuelvo a colocar.

Júpiter permanece en silencio.

—Así que los seleccionadores verán está conversación. Verán que el gobernador te está pagando para hacer trampas. Verán que soy el primer alumno en la historia que ha asaltado el Olimpo. Y verán cómo te doblego, te quito la armadura y te hago desfilar desnudo por la nieve, eso si te rindes. Si no, tiraré tu cadáver desde el Olimpo y lo regaré con una lluvia dorada mientras cae.

Las nubes se despejan y Júpiter aparece de pie frente a mí en la nieve. Rojo goteante en la armadura dorada. Es alto, esbelto, impetuoso. Este sitio es su hogar. Su área de juegos. Los chicos son sus juguetes hasta que consiguen las cicatrices. Es como cualquier otro tirano mezquino de la historia. Esclavo de sus propios caprichos. Un maestro de nada salvo del egoísmo. Él es la Sociedad: un monstruo empapado de decadencia que no ve su propia hipocresía. Él ve todo este poder, toda esta riqueza como un derecho propio. Se engaña. Todos se engañan. Pero no puedo acabar con él frontalmente. No, da igual lo bueno que yo sea peleando. Es demasiado fuerte.

El filo le cuelga de la mano como una serpiente. La armadura refulge. El alba despunta cuando estamos frente a frente. Una sonrisa torcida se dibuja en sus labios.

—Habrías sido alguien importante en mi casa, pero eres un chico estúpido, colérico y de la Casa de Marte. Aún no puedes matar como yo soy capaz de hacerlo, pero aun así me desafías. Pura ira. Pura estupidez.

—No, no puedo desafiarte. —Le arrojo la falce a los pies y también mi filo. Apenas sé usarlo, de todos modos—. Así que haré trampas. —Asiento—. Adelante, Sevro.

El filo culebrea desde el suelo, se tensa y le atraviesa los tendones cuando se da la vuelta. Júpiter falla el golpe medio metro por lo alto. Está acostumbrado a luchar con hombres. Invisible, Sevro hiere a Júpiter en los brazos y le quita las armas. La armadura de retroceso avanza hasta las heridas

para frenar la hemorragia, pero los tendones van a necesitar algo más.

Cuando Júpiter se queda en silencio, Sevro se quita la espectrocapa de Apolo. Cogemos las armas de Júpiter. La armadura no le valdría a nadie, menos a Pax. Pobre Pax. Qué aspecto tan magnífico habría tenido con estas galas. Arrastramos a Júpiter de vuelta mientras subimos la pendiente.

Dentro, el curso de la batalla ha cambiado. Mis exploradores, al parecer, han encontrado lo que les pedí que buscaran. Milia corre hacia mí, con una sonrisa de satisfacción en su alargado rostro. Como siempre, arrastra las palabras cuando me cuenta las buenas noticias.

—Encontramos la armería.

Una infinidad de miembros de la Casa de Venus, recién liberados de su esclavitud, pasan como un rayo. Relucientes con sus puños de pulso y sus armaduras de retroceso. El Olimpo es nuestro y han encontrado a Mustang.

Ahora sí que tenemos todas las hachas.

43

LA ÚLTIMA PRUEBA

La encuentro dormida en una *suite* junto a la de Júpiter. Los cabellos alborotados. Tiene la capa más sucia que yo. Cuelga marrón y gris en vez de blanca. Huele a humo y hambre. Ha destrozado la habitación, tirado un plato de comida, enterrado la daga en la puerta. Los criados marrones y rosas le tienen miedo, igual que a mí. Veo cómo se escabullen. Mis primos lejanos. Los veo moverse, criaturas extrañas. Como hormigas. Tan carentes de emoción. Siento una punzada. La perspectiva es algo perverso. Así es como Augusto vio a Eo cuando la mató. Una hormiga. No. La llamó «perra roja». A sus ojos era como un perro.

—¿Le habían echado algo en la comida? —le pregunto a uno de los rosas.

El hermoso chico murmura algo mirando al suelo.

—Habla como un hombre —le exhorto con brusquedad.

—Sedantes, señor.

No me mira a la cara. No le culpo. Soy un dorado. Casi medio metro más alto. Mucho más fuerte. Y parezco claramente loco. Cuán malvado debe de pensar que soy. Le digo que se marche.

—Ocúltate. Mi ejército no siempre me escucha cuando le digo que no juegue con los colores inferiores.

La cama es enorme. Sábanas de seda. Colchón de plumas. Los postes son de marfil, ébano y oro. Mustang duerme en el suelo en una esquina. Hemos tenido que ocultar durante mucho tiempo el lugar donde dormíamos. Debió de parecerle un error tumbarse en la comodidad

absoluta, incluso con los sedantes. También ha intentado romper las ventanas. Me alegro de que no lo consiguiera. La caída es considerable.

Me siento a su lado. La respiración que sale por su nariz agita un único rizo. Cuántas veces he visto cómo dormía mientras tenía fiebre. Cuántas veces ella ha hecho lo mismo. Pero ahora ya no hay fiebre. No hay frío. No hay dolor en mi estómago. La herida de Casio se curó. El invierno ha terminado. Fuera he visto las primeras flores. Cogí una en la ladera de la montaña. Está en un compartimento secreto de mi capa. Quiero dársela a Mustang. Quiero que se despierte con el hemanto en los labios. Pero al sacarlo se me clava una daga en el corazón. Es peor que cualquier hoja de metal. Eo. El dolor no desaparecerá nunca. No sé si tiene que hacerlo. Y no sé si esta culpa que siento debería estar ya pagada. Beso el hemanto y lo vuelvo a guardar. Aún no. Aún no.

Despierto a Mustang con delicadeza.

Sonríe antes de que pueda abrir los ojos, como si supiera que estoy a su lado. Digo su nombre y le aparto el pelo de la cara. Parpadea y abre los ojos. En su iris danzan chispas doradas. Tan extraño junto a mis dedos callosos y sucios, con las uñas rotas. Me acaricia las manos con la nariz y consigue incorporarse. Bosteza. Mira a su alrededor. Casi me da un ataque de risa al ver cómo intenta digerir lo que ha pasado.

—Vaya, y yo que iba a contarte un sueño que he tenido con dragones. Eran morados y muy bonitos y les gustaba cantar canciones. —Me toca la armadura con el dedo. Repica—. Qué forma de eclipsarme. Capullo. ¿Qué ha pasado?

—Perdí la cabeza.

Gime.

—Me he convertido en la doncella en apuros, ¿no? ¡Mierda! Con lo que las odio.

Le comunico las novedades. El Chacal está dividido. Su ejército asedia Marte mientras él y Lilath se esconden en la

profundidad de las montañas. No nos costará mucho encontrarlo.

—Si quieres, puedes coger nuestro ejército y aniquilar a ese cabrón.

—Hecho. —Esboza una sonrisa torcida y levanta una ceja —. Pero ¿puedes confiar en mí? A lo mejor quiero ser la gran primus de este peculiar ejército.

—Puedo confiar en ti.

—¿Cómo lo sabes? —me pregunta.

Entonces la beso. No puedo darle el hemanto. Ese es mi corazón y es de Marte: una de las pocas cosas que crecen en la tierra roja. Y sigue siendo de Eo. Pero esta chica, cuando se la llevaron… Habría hecho cualquier cosa por volver a ver esa sonrisa socarrona. Quizás algún día tenga dos corazones que dar.

Sabe igual que huele. A hambre y humo. No nos separamos. Le paso los dedos por el pelo. Ella me acaricia con los suyos el mentón, el cuello y me frota el cabello en la parte posterior de la cabeza. Hay una cama. Hay tiempo. Y un hambre distinta de la primera vez que besé a Eo. Pero recuerdo cuando el sondeainfiernos de Gamma, Dago, le dio una larga calada al cisco, que en poco tiempo se volvió de un rojo intenso y se consumió. Me dijo: «Este eres tú».

Sé que soy impetuoso. Temerario. Eso lo entiendo. Y estoy lleno de muchas cosas: pasión, arrepentimiento, culpa, tristeza, nostalgia, ira. A veces me dominan, pero no ahora. No aquí. Acabé colgado en un cadalso por culpa de mis pasiones y de mi tristeza. Terminé tirado en el barro debido a mi culpa. La ira habría hecho que matara a Augusto la primera vez que lo vi. Pero ahora estoy aquí. No sé nada de la historia del Instituto. Pero sé que he conseguido lo que nadie más ha conseguido. Lo he hecho con rabia y astucia, con pasión y con ira. No conseguiré a Mustang de la misma

forma. El amor y la guerra son dos campos de batalla distintos.

Así que, a pesar del deseo, me aparto de Mustang. Ella conoce mis pensamientos sin que diga una palabra; y es así como sé que van en la dirección correcta. Me besa de nuevo con premura. El beso dura más de lo que debería, pero luego nos levantamos y nos marchamos. Vamos hasta la puerta cogidos de las manos, y después me vuelvo hacia ella.

—Tráeme el estandarte del Chacal, Mustang.

—Sí, lord Segador.

Me hace una burlona reverencia y me guiña un ojo. Después se marcha.

El lugar se ha convertido en una casa de locos del saqueo. En medio de todo ese caos, Sevro ha encontrado el holotransmisor. Tiene nuestras experiencias sensoriales almacenadas en el disco duro, esperando para transmitírselas a los seleccionadores, donde quiera que estén. No es una transmisión en tiempo real, así que los seleccionadores no tienen aún los acontecimientos del día de hoy. Hay una demora de medio día. Eso es lo único que hará falta. Le doy instrucciones a Sevro para que monte la historia que quiero contar. No se lo confiaría a nadie más.

Hago que traigan a Fitchner de las mazmorras del castillo de Apolo. Se reclina en una silla en el comedor del Olimpo. Tiene la cara amoratada de cuando lo golpeé. El suelo está hecho de aire condensado, así que quedamos suspendidos sobre un kilómetro y medio de caída vertical. Tiene los pies sobre la mesa y retuerce los labios en una sonrisa.

—Aquí está el maniaco —me dice, y se rasca la barbilla con un dedo—. Sabía que tendrías posibilidades.

Le hago un gesto obsceno con el dedo corazón.

—Mentiroso.

Me lo devuelve.

—Imbécil. —Extiende la mano en busca de la mía—. No me digas que aún estás amargado por lo del envenenamiento, las enfermedades, las trampas de Casio, los osos en el bosque, la tecnología de mierda, el tiempo horrible, los intentos de asesinato y la espía.

—¿La espía?

—La que te ha estado manipulando. ¡Ja! Todavía eres un niño. Hablando de lo cual, ¿dónde están tus soldados? ¿Correteando por ahí, comiendo como estúpidos, duchándose, durmiendo, follando y divirtiéndose con las rositas? Este lugar es una trampa de miel para moscas, chico. Una trampa que inutilizará tu ejército.

—Estás de mejor humor.

—Mi hijo está a salvo —responde, y me guiña un ojo—. Y bueno, ¿qué vas a hacer?

—Ya he enviado a Mustang para que se encargue del Chacal. Y después de eso iré a Marte. Entonces todo habrá terminado.

—Vaaaya. Salvo que no se ha acabado.

Fitchner hace estallar ese conocido chicle y tuerce el gesto. Le dejé la mandíbula hecha un desastre. Me da un ataque de risa. Tenía ganas de reírme desde que Sevro acabó con Júpiter. La pierna me palpita del dolor que me causó ese dichoso hombre. Incluso con los calmantes, apenas puedo caminar.

—Sin acertijos. ¿Por qué no se ha acabado?

—Tres cosas —responde Fitchner. Su rostro deforme me examina durante un momento—. Sois unas criaturas peculiares. El Chacal y tú. Todo el mundo quiere ganar. Pero vosotros dos os lleváis la palma, monstruos. Los dorados no moriríamos para ganar. Valoramos demasiado nuestras vidas. Pero vosotros, no. ¿De dónde os viene eso?

Le recuerdo que es mi prisionero y que debería contestar a mis preguntas.

—Hay tres cosas que aún no han acabado. Te lo diré. Te diré cuáles son si me contestas a esto. Dime, ¿cuáles son tus motivaciones? —Suspira—. Lo primero, buen hombre, es Casio. Simplemente tendrá que batirse en duelo contigo hasta que uno de vosotros caiga muerto.

Me lo temía. Contesto la pregunta de Fitchner.

Le digo que el Chacal quería saber lo mismo. Qué me motiva. Una respuesta rápida es la rabia. De principio a fin, es la rabia. Si ocurre algo y no lo he anticipado, reacciono como un animal: con violencia. Pero la respuesta desde lo más hondo es el amor. El amor me motiva, así que tengo que mentirle un poco.

—Mi madre soñó que yo podría ser más grande que nadie en mi familia. Más grande que el nombre de Andrómeda. El nombre de mi padre. —Padre falso. Familia falsa. Pero la idea es la misma—. No soy un Belona. Ni un Augusto. Ni una Octavia au Lune. —Sonrío con malicia, eso es algo que puede entender—. Pero quiero ser capaz de estar encima de ellos y mearles en sus condenadas cabezas.

A Fitchner le gusta eso. Siempre ha querido lo mismo, pero ha descubierto que sin el pedigrí, el mérito no te lleva más lejos. Esa frustración es su enfermedad.

—Lo segundo que no ha acabado es esto. —Fitchner hace un gesto con la mano a nuestro alrededor. No me descubre nada, ya lo tenía claro. He matado a un próctor. Tengo pruebas de que el archigobernador sobornó a unos y amenazó a otros cuantos para que su hijo pudiera ganar. Nepotismo. Manipulación de la escuela sagrada. Esto no es algo para tomar a la ligera. Romperá algo. Quizás incluso retire al archigobernador de su cargo. Acusaciones. ¿Castigos? Los seleccionadores querrán sangre—. Y el archigobernador querrá la tuya. Esto lo avergonzará y dejará

sitio a un archigobernador de los Belona. Tal vez el padre de Casio.

Fitchner me pregunta por qué confío en los soldados de mi ejército que eran esclavos.

—Confían en mí porque han visto cómo les habría ido en todo esto si yo no hubiera llegado. ¿Crees que quieren al Chacal como amo?

—Bien —responde Fitchner—. Confías en todos ellos. Espléndido. Entonces no hay tercera complicación. Me he equivocado. —Le presiono para que me diga a qué se refiere, así que suspira y transige—. Ah, solo que has enviado a Mustang con la mitad del ejército para encargarse del Chacal.

—¿Y?

—En realidad, nada. Confías en ella.

—No, dime. ¿A qué te refieres?

—Bueno, de acuerdo. Si tienes que saberlo, si no hay otra forma de seguir hablando de esto, ella es la hermana gemela del Chacal.

Virginia au Augusto. Hermana del Chacal. Gemela. Heredera de una gran familia, del *gens Augusta*. La única hija del archigobernador Nerón au Augusto. El hombre que hizo que llegáramos a todo esto. Encerrada y alejada de las miradas públicas para protegerla de los intentos de asesinato, igual que su hermano. Por eso Casio no conocía a la hija de su archienemiga familia. Pero cuando me senté con el Chacal, Mustang sabía quién era. Su hermano. ¿Ya conocía la identidad del Chacal? Nada puede explicar su silencio si sabía quién era y no dijo nada. Nada salvo la familia, y esa lealtad está por encima de la amistad, por encima del amor, por encima de un beso en una esquina de la habitación. He enviado a la mitad de mi ejército al Chacal. Le he dado

armaduras de retroceso, gravibotas, espectrocapas, filos, armas de pulso y tecnología suficiente para conquistar el Olimpo. Mierda.

Todos los próctores lo saben. Y cuando paso corriendo a su lado, se están riendo. Se ríen de mi estupidez. La rabia crece dentro de mí. Quiero matar. Organizo a mis tropas. Están repartidas por todo el castillo. Probando su comida, probando sus placeres. Insensatos. Insensatos. Mis mejores hombres están donde los necesito. Sevro sigue a su tarea. Eso es lo más importante. Ordeno a Tacto que dé caza a lo que quede de Venus y de Mercurio y los esclavice; y pongo a Milia al cargo del resto del ejército con Nyla. Tengo que ir a la Casa de Marte ahora. No puedo esperar a que mis hombres se reúnan. Necesito más gente porque cuando vengan los gemelos Augusto tendrán armas y tecnología equiparables a las mías, y quizá tengan más soldados. El juego ha cambiado. No estaba preparado para esto. Me siento un estúpido. ¿Cómo puedo haberla besado? Siento que las tinieblas engullen mi corazón. ¿Y si le hubiera dado el hemanto? Lo rompo en jirones cuando salto con las gravibotas desde el borde del monte Olimpo y dejo caer los pétalos.

Me llevo solo a los Aulladores conmigo, dejando atrás los pétalos mientras bajamos planeando.

Llevamos gravibotas y armaduras, puños y hojas de pulsos. Ha desaparecido la nieve en la tierra de la Casa de Marte. En su lugar hay tierra embarrada. Las tierras altas están envueltas en niebla. Huele a tierra y a asedio. Nuestras torres, Fobos y Deimos, son escombros. Las catapultas que los asediadores recibieron como regalo han hecho su trabajo. Como también lo han hecho en los muros de mi antiguo castillo. La fachada frontal está en ruinas y plagada de flechas, jarras de cerámica rotas, espadas, armaduras y algunos alumnos.

Una tropa de casi cien hombres asedia a Marte. El campamento está cerca del límite del bosque, pero alrededor del castillo de Marte han construido un cercado para evitar cualquier salida de la fortaleza. El invierno ha sido largo para ambos bandos, aunque me fijo en los cántaros solares, los calentadores portátiles, los paquetes nutricionales de las fuerzas de asedio del Chacal, que abarcan a Júpiter, Apolo y un cuarto de la Casa de Plutón. Al fondo de la pendiente se levantan algunas cruces. Están orientadas hacia el castillo. En las cruces hay tres cuerpos. Sé en qué estado están por los cuervos. La única señal de resistencia que veo en la Casa de Marte es nuestra bandera con el lobo de Marte, andrajosa y quemada. Cuelga flácidamente en el escaso viento.

Los Aulladores y yo llegamos desde el cielo como dioses dorados. Las raídas capas ondean a nuestra espalda. Pero si los sitiadores esperaban que fuéramos próctores con más regalos para ellos, no podrían estar más equivocados. Aterrizamos con fuerza. Los Aulladores primero. Y yo a la cabeza y, cuando impacto, el enemigo se escabulle en completo terror.

El Segador ha vuelto a casa.

Dejo que los Aulladores destrocen a los enemigos en nuestra tierra. Esto es lo más cerca que he estado de mi hogar, de Lico, en meses. Me agacho y cojo un puñado de tierra de la Casa de Marte mientras mis hombres hacen su trabajo a mi alrededor. Marte. Mi hogar. He enarbolado un estandarte distinto, pero he echado de menos mi casa. El enemigo corre hacia mí para atacarme. Ven el arma que llevo, saben quién soy. Avanzo impenetrable. La armadura de pulsos es mi escudo. Sevro y los Aulladores actúan como mi espada.

Camino hacia las tres cruces y alzo la vista para ver a Antonia, a Casandra y a Vixus.

Los traidores. ¿Qué habrán hecho esta vez?

Antonia, igual que Vixus, sigue viva, a duras penas. Le digo a Cardo que los descuelgue y que los lleve de vuelta al Olimpo para que los atiendan los medibots. Tendrán que vivir con la idea de que le cortaron la garganta a Lea. Espero que les duela. Me quedo un momento de pie en la falda de la colina. Les grito quién soy. Pero ya lo saben porque la bandera de Marte baja y en su lugar se iza una sábana manchada de tierra con una falce dibujada a toda prisa.

—¡El Segador! —gritan como si fuera su salvación—. ¡Primus!

Los defensores están harapientos, sucios y delgados. Algunos están tan débiles que tenemos que llevarlos desde los escombros del castillo. Los que pueden se acercan para recibirme con el saludo militar, inclinar sus cabezas o besarme en las mejillas. Los que no pueden, me tocan la mano al pasar. Hay piernas rotas y brazos aplastados. Serán sanados. Los transportamos de vuelta al Olimpo. La Casa de Marte no será de utilidad en la batalla venidera, así que usaré a los sitiadores de Plutón, Júpiter y Apolo. Hago que Payaso y Guijarro los esclavicen a todos con el estandarte de Marte. Un chico delgado que tengo dificultad para reconocer me lo entrega. Pero cuando me agarra en un abrazo esquelético, un abrazo tan fuerte que duele, sé quién es.

Un sollozo mudo resuena en mi pecho.

Me abraza en silencio. Después su cuerpo tiembla como lo hizo el de Pax al encontrar la muerte, salvo que estos temblores son de alegría, no de dolor.

Roque está vivo.

—Hermano mío —dice entre lloros—. Hermano mío.

—Creí que estabas muerto —le contesto mientras abrazo con fuerza su delicada complexión—. Roque, pensé que estabas muerto.

Le estrecho contra mí. Tiene el pelo muy fino. Siento sus huesos a través de la ropa. Es como un trapo mojado que envuelve mi armadura.

—Hermano. Sabía que regresarías. Lo sabía en lo más profundo de mi corazón. Este lugar estaba vacío sin ti. —Me sonríe lleno de orgullo—. Cómo lo llenas ahora.

El primus de la Casa de Diana tenía razón. Marte es un fuego descontrolado. Y se consume. Roque tiene cicatrices en la cara. Sacude la cabeza y sé que tiene historias que contar: dónde ha estado, cómo ha vuelto. Pero más tarde. Se aleja cojeando. Quinn, cansada y con solo una oreja, va con él. Me da las gracias con los labios y pone una mano en la espalda del delgado poeta de tal forma que hace saber que ha dejado a Casio.

—Nos dijo que regresarías —dice—. Roque nunca miente.

Pólux sigue de un humor jocoso cuando lo veo. La voz le suena como si alguien estuviera andando sobre gravilla y me agarra del brazo. Quinn y Roque mantuvieron unida la casa, dice. Casio desistió hace mucho tiempo. Me espera en la sala de mandos.

—No lo mates…, por favor. Le comió por dentro, tío. Le comió por dentro lo que te hizo; nos enteramos todos. Así que deja que pase un tiempo alejado de aquí. Te trastorna la cabeza. Hace que te olvides de que no tienes elección. —Pólux le da una patada a un pedazo de barro—. Me pusieron con una chiquilla, ¿sabes?

—¿En el Paso?

—Me emparejaron con una chiquilla. Intenté matarla con suavidad… pero no se moría. —Pólux gruñe algo y me da una palmada en el hombro. Trata de soltar una risita amarga—. Lo tuvimos crudo, pero al menos no somos rojos, ¿no crees?

Ya ves.

Se marcha y me quedo solo en mi viejo castillo. Tito murió en el lugar en el que me encuentro ahora. Miro el torreón. Está peor de lo que estaba en sus tiempos. Todo está peor ahora, de alguna forma.

Maldita escoria. ¿Por qué tuvo que traicionarme Mustang? Todo es oscuridad ahora que lo sé. Una sombra proyectada sobre la vida. Podría habérmelo contado tantas veces. Pero no lo hizo. Sé que quería hablar conmigo cuando estaba con el Chacal, pero probablemente para contarme algo poco importante. Algún chismorreo. ¿O traicionaría a su sangre por mí? No. Si lo hubiera hecho me lo habría dicho antes de que le diera la mitad de mi ejército. También se llevó su estandarte, y el de Ceres. ¿Para qué necesitaba tantos si no era para pelear conmigo? Parece como si ella hubiera matado a Eo. Parece como si ella hubiera puesto allí el nudo y yo hubiera tirado de los pies. Es hija de su padre.

Siento el leve chasquido recorrerme las manos. He traicionado a Eo.

Escupo en las piedras. Tengo la boca seca. No he tenido nada que beber durante toda la mañana. Me duele la cabeza. Es hora de echarle pelotas, como solía decir el tío Narol. Es hora de ver a Casio.

Está sentado con la hoja de iones a la mesa de la Casa de Marte. Está en el asiento que tallé con mi emblema. La vieja bandera está sobre su rodilla. La mano del primus le cuelga alrededor del cuello. Ha pasado tanto tiempo desde que metiera aquella hoja en mi vientre. El arma ahora parece ridícula. Un juguete, una reliquia. He dejado tan atrás esta habitación, su arma, su alcance, pero sus ojos me paran el corazón. La culpa es como una bilis negra en mi garganta. Me llena el pecho y me deja seco.

—Lo siento por Julian —le digo.

Sus cabellos de rizos dorados están apelmazados con grasa y arena. Las pulgas han hecho de ellos su hogar. Sigue

siendo hermoso, mucho más atractivo de lo que yo llegaré a ser. Pero la chispa de sus ojos ha desaparecido. Un tiempo y un espacio lejos de este lugar es lo que necesita su alma. Meses de asedio. Meses de rabia y derrota. Meses de pérdida y culpa le han vaciado de todo lo que le convierte en Casio. Qué pobre alma. Siento lástima por él. Casi me río. Después de que me clavase una espada en la tripa soy yo el que siente lástima por él. Nunca ha perdido una batalla. Solo él de entre todos los primus puede decir eso. Aun así, se quita el distintivo y me lo lanza.

—Has ganado. Pero ¿mereció la pena? —pregunta Casio.

—Sí.

—Sin dudarlo… —Hace un gesto con la cabeza—. Esa es la diferencia entre tú y yo.

Deja el estandarte y la espada, y se acerca caminando hasta mí, tan cerca que puedo oler la peste de su aliento. Creo que va a abrazarme. Yo quiero abrazarlo, disculparme e implorar su perdón. Entonces arranca una costra de sus nudillos, chupa la sangre y me escupe en la cara, dejándome perplejo.

—Esto es una enemistad de sangre. Si alguna vez volvemos a encontrarnos —murmura en alta jerga—, o soy tuyo o eres mío. Si alguna vez respiramos en la misma habitación, uno de los alientos cesará. Y ahora escúchame, miserable gusano. Somos un demonio el uno para el otro hasta que uno de nuestros corazones deje de latir. Ahora púdrete.

Es una declaración fría y formal que solo exige una cosa de mí. Asiento. Y él se marcha. Me quedo de pie temblando durante un momento después de que se haya marchado. El corazón me palpita en el pecho. Cuánto dolor. Había pensado que se acabaría, pero no todas las cicatrices se curan. No todos los pecados se perdonan.

Cojo la bandera de Marte y me abrocho la insignia del primus. Observo el mapa en la pared. La bandera con mi falce flota sobre todos los castillos; mis hombres han protegido los demás incluso mientras Tacto prepara el Olimpo para el asalto de Mustang. Ahora esos castillos me pertenecen a mí, no al lobo de la Casa de Marte. Mi falce se parece a la L de Lambda. Mi clan. El lugar donde mi hermano, mi hermana, mi tío, mi madre, mis amigos siguen matándose a trabajar. Parece que estuvieran en otro mundo, pero su símbolo, el símbolo de la rebelión —un utensilio de trabajo convertido en un arma de guerra— ondea sobre todas las casas de los áureos excepto una. Plutón.

Abandono el castillo por la torre. Soy un sondeainfiernos de los rojos de Lico. Soy el primus dorado de la Casa de Marte. Y me encamino a la última batalla de este maldito valle. Después de eso empieza la guerra de verdad.

44

EL COMIENZO

Tacto ha asumido el mando en mi ausencia. El hombre es una bestia cruel, pero es mi bestia cruel. Y con él a mi lado, mi ejército está preparado para el derramamiento de sangre. Nuestra armadura brilla. Trescientos hombres. Noventa esclavos nuevos. No tendrán la oportunidad de ganarse su libertad. No había bastantes gravibotas para todos. Ni armaduras suficientes. Pero todo el mundo tiene algo. Los Caballos Muertos y los Aulladores se agrupan junto al borde del monte Olimpo. Miran fijamente hacia abajo, un fino arco de oro, hacia el suelo que está un kilómetro y medio más abajo. Nuestros adversarios están en las montañas. Cuando Mustang y el Chacal lleguen de los picos nevados estarán en desventaja. Nuestro terreno es el más alto. El resto de mi ejército —el que fuera el destacamento de Pax y el de Nyla— custodia la fortaleza dorada y a los próctores. Los esclavos también están ahí. Ojalá Pax estuviera junto a mí. Siempre me sentía más seguro bajo su sombra.

He enviado a Nyla, a Milia y a otros cuantos cubiertos con espectrocapas para que rastreen las montañas en busca de los movimientos del Chacal. ¿Quién sabe qué información le ha dado Mustang a su hermano? Sabrá de nuestras debilidades, de nuestra distribución, así que cambio todo tanto como puedo. Lo que ella sepa será inútil. Alterar el paradigma. Me pregunto si podré vencerla tan despiadadamente como vencí a Fitchner. ¿A la chica que tarareó la canción de Eo? Nunca. Sigo siendo un rojo en el fondo.

—Odio esta condenada parte —se lamenta Tacto con un suspiro. Inclina su cuerpo nervudo a mi lado para asomarse al borde de la montaña flotante—. Esperando. Bah. Necesitamos oculares.

—¿Qué?

—¡Oculares! —exclama, más alto.

Mi oído va y viene. Tener los tímpanos perforados es una cosa desagradable.

Dice algo sobre Mustang y sobre cortarle los pulgares para empezar. No consigo entender la mayor parte. Lo más probable es que no quiera; Tacto es del tipo de personas que se hace una trenza con las entrañas de alguien.

—¡Ahí!

Entonces vemos algo dorado que vuela y atraviesa una nube. Le siguen tres más. Nyla… Milia… Mustang… y algo más.

—¡Esperad! —le grito a Sevro y a sus Aulladores.

Ellos repiten en eco la orden mientras Mustang se acerca portando algo extraño.

—Qué hay, Segador —me saluda Mustang en voz alta.

Espero a que aterrice. Las botas la ponen pronto en el suelo.

—Qué hay, Mustang.

—Por lo visto, Milia dice que ya lo has averiguado. —Mira a su alrededor con una curiosa sonrisa—. Entonces ¿todo esto es por mí?

—Por supuesto. —Estoy confuso—. Pensé que podría haber una refriega entre Augusto y Andrómeda.

—Esta vez no habrá refriegas. Te he traído un regalo. Déjame que te presente a mi hermano, Adrio au Augusto, el Chacal de las Montañas, y a su estandarte. Y está —me mira con una dura sonrisa cuando se da cuenta de que yo creía que me iba a traicionar— desarmado.

Deja caer al Chacal atado, amordazado y desnudo.

—¡Por mis condenadas pelotas! —reniega Tacto.

He ganado.

Mustang está de pie junto a mí mientras las naves de desembarco llegan al Olimpo. Me ha rogado que no me sienta culpable por haber dudado de su lealtad. Que debería haberme hablado de sus lazos familiares incluso aunque no considere al Chacal su hermano. No de espíritu. A su verdadero hermano, su hermano mayor, lo asesinó uno de los hombres de Casio, un bruto de nombre Karnus. Augusto y Belona. La enemistad entre las dos familias es profunda y siento sus corrientes tirando de mis piernas.

Pero la pregunta permanece. ¿Es Mustang una digna hija de su padre? ¿O acaso es la chica que tararea la canción de Eo? Creo que conozco la respuesta. Ella simboliza lo que los dorados pueden ser, deberían ser. Pero su padre y su hermano simbolizan lo que los dorados son en realidad. A Eo no se le habría pasado por la cabeza que esto pudiera ser tan difícil. Hay bondad en los dorados porque, en muchos sentidos, son lo mejor que puede ofrecer la humanidad. Pero también lo peor. ¿Cómo afecta eso a su sueño? Solo el tiempo lo dirá.

Mis lugartenientes me flanquean: Mustang, Nyla, Milia, Tacto, Sevro, e incluso Roque y Quinn. Dejamos el hueco de Pax y de Lea. Mi ejército los flanquea. No es necesario avergonzar a los alumnos de Plutón. Quiero hacerlo, pero no lo hago. Están dispersos entre mis seis unidades. Esperamos en un amplio patio frente a las rampas de aterrizaje. Es un día primaveral así que la nieve se derrite rápido.

Sevro está cerca de mí. Veo una ligera diferencia cuando me mira. La conversación que tuvimos cuando él terminó de editar las grabaciones fue corta y aterradora. Todavía resuena en mis oídos.

—El audio estaba dañado por la tormenta —me aclara—. No logré entender las últimas palabras que le dijiste a Apolo, así que las borré.

Una de las últimas palabras que le dije a Apolo fue «maldito».

¿Qué sabe Sevro? ¿Qué cree que sabe? El hecho de que las borrara implica que piensa que son lo bastante importantes para ocultarlas.

El archigobernador Augusto, los emperadores Belona y Adriato y una multitud de otros dignatarios que llegan a la cifra de doscientos bajan de los transbordadores, cada uno con un conjunto de asistentes. La directora nos inspecciona y se ríe del estado de los próctores. Los he dejado con las ataduras y las mordazas. Aquí no cabe la compasión. La mínima duda acerca de si me castigarían se desvanece. El único que no está atado es Fitchner. Si hay alguna recompensa destinada a los próctores, él debería recogerla. Ya han visto las holoexperiencias. Sevro se aseguró de que fueran las correctas. Conocía bien la historia que yo quería contar. Yo solo hice algunos retoques.

La directora Clintus es una mujer pequeña con un escarpado pico montañoso por cara. Consigue soltar un comentario gracioso sobre que esta es la primera vez que celebran la ceremonia en un lugar tan encumbrado, aunque cree que será la última. No es la forma en la que se supone que se debería jugar al juego, aunque eso pone de manifiesto mi creatividad y mi astucia. Parece que le gusto mucho y se refiere cariñosamente a mí como «el Segador». De hecho, parece que les caigo muy bien a todos. Aunque puedo ver que algunos se muestran recelosos. A los gobernantes no les suelen gustar aquellos que rompen las normas.

—Los seleccionadores de todas las casas se pelean por reclutarte, muchacho. Tendrás donde elegir, aunque la

primera oferta es de Marte. En tus manos está. ¡Cuántas oportunidades para el Segador!

Clintus se ríe de manera nerviosa.

Belona y Augusto, enemigos de sangre, me miran como si fuera una serpiente. Maté a uno de sus hijos y avergoncé al del otro. Esto puede resultar verdaderamente incómodo.

La ceremonia es sobria. Los asistentes van de acá para allá. La situación es de todo menos formal. La auténtica ceremonia se celebrará en Agea, donde habrá un gran festival, una fiesta para prender fuego a los cielos y la holopresencia de la soberana misma. Libaciones, bailes, carreras, escupefuegos, esclavos para el placer, estimulantes, polvo inflorescente, políticos o eso me dice Mustang. Resulta extraño creer que a otros les importa lo que nos ocurrió aquí, extraño creer que muchos de los dorados son criaturas insustanciales. No saben nada de lo que es ganarse la cicatriz de los Marcados como Únicos. Golpear a un chico hasta matarlo en una fría estancia de piedra. Pero nos rendirán homenaje. Durante un momento, me olvido de contra quién estábamos luchando. Me olvido de que esta es una raza que lucha de manera encarnizada para ganarse sus frivolidades porque las desea con fervor. No entiendo esa motivación. Entiendo el Instituto. Entiendo la guerra. Pero no entiendo lo que espera en Agea o lo que vendrá después de eso. Quizá por eso me parezco más a los Dorados de Hierro. Los mejores de los Marcados. Aquellos que son como sus antepasados. Los que atacaron con armas nucleares un planeta porque se levantó contra sus normas. En menuda criatura me he convertido.

Cuando todo termina, la directora Clintus me pone algún tipo de insignia. Guiña un ojo y me toca en el hombro. Después nos dispersamos. Así sin más. El juego se ha terminado y nos dicen que hay naves de desembarco de camino para devolvernos a nuestros hogares, donde los

padres esperan para dar su aprobación o repudiar a aquellos hijos que los hayan decepcionado. Así, sin más. Hasta entonces deambulamos, sintiéndonos idiotas con todas las armaduras, todo el arsenal que hemos acumulado y que ahora significa tan poco. Observo mi falce y me maravilla lo inútil que es ahora. Es como si se supusiera que tenemos que felicitarnos unos a otros, animarnos o algo. Pero solo hay silencio. Un silencio hueco para vencedores y vencidos.

Yo estoy vacío.

¿Qué hago ahora?

Siempre había un miedo, siempre una preocupación, siempre una razón para hacer acopio de armas y de comida, siempre una misión o una prueba. Ahora, nada. Solo el viento que sopla y barre el campo de batalla. Un campo de batalla vacío que se llena con los ecos de aquello que perdimos y aprendimos. Amigos, lecciones. Pronto será un recuerdo. Siento como si hubiera muerto una amante. Quiero llorar. Me siento vacío. Sin rumbo. Busco a Mustang. ¿Le importaré aún? Y entonces el archigobernador Augusto me coge de repente del codo y me aparta del resto de los atónitos chicos.

—Soy un hombre ocupado, «Segador» —dice mofándose de la palabra—. Así que iré al grano. Me has complicado mucho la vida.

Quiero gritar al sentir su contacto. Sus labios finos no dejan traslucir nada. Tiene la nariz recta. Tiene unos ojos llenos de desprecio y hechos de los rescoldos de un sol moribundo. La misma imagen de un Marcado. Pero no es hermoso. Su rostro está tallado en granito. Las mejillas hundidas. La piel dura y masculina, no bruñida como la de esos idiotas de la HP o los florecillas que merodean por los clubes nocturnos. Apesta a poder como los rosas lo hacen a perfume. Quiero hacer que su cara se parezca a un rompecabezas roto.

—Sí —es todo cuanto digo.

Ni sonríe ni muestra desdén.

—Mi mujer es una pedigüeña. Me suplicó que ayudara a ganar a su hijo.

—Un momento. Pero ¿él tuvo ayuda? —le pregunto.

La boca se le tuerce en una sonrisa blanda. Esa que se reserva para las diversiones sencillas.

—Doy por supuesto que no vas a informar a nadie de mi participación.

Quiero destrozarlo. Después de todo lo que ha ocurrido, espera que colabore, como si fuera algo que se le debiera. Como si tuviera todo el derecho del mundo a recibir mi ayuda. Suelto los puños. ¿Qué querría Dancer que dijera?

—No te preocupes —consigo decir—. No te puedo ayudar en materia doméstica, pero no le diré a nadie que el Chacal tuvo ayuda de papá.

Levanta la barbilla.

—No lo llames por ese nombre. Los hombres de Augusto somos leones, no carroñeros infestados de pulgas.

—Sea como sea, tendrías que haber apostado por Mustang —respondo, evitando adrede decir su verdadero nombre.

—No me hables de mi familia, Darrow. —Acerca la nariz hacia mí—. Bueno, la pregunta ahora es cuánto quieres por tu silencio. No acepto regalos. No hay que deberle nada a nadie. Así que serás atendido con una condición.

—¿Que me mantenga alejado de tu hija?

—No. —Se ríe bruscamente, para mi sorpresa—. A las familias estúpidas les preocupa la sangre. A mí me trae sin cuidado la pureza de la familia o el abolengo. Eso es algo superficial. Lo único que me importa es la fuerza. Lo que un hombre puede hacerle a otros hombres, a otras mujeres. Y eso es algo que tú tienes. Poder. Fuerza. —Se inclina más

cerca y en sus pupilas veo cómo muere Eo—. Tengo enemigos. Son fuertes. Son muchos.

—Los Belona.

—Y otros. Pero sí, el emperador Tiberio au Belona tiene más de cincuenta sobrinos. Tiene nueve hijos. Ese Goliath, Karnus, el mayor. Casio es su favorito. Su semilla es fuerte. La mía… no lo es tanto. Tenía un hijo más valioso que todos los de Tiberio juntos. Pero Karnus lo mató. —Se queda callado durante un momento—. Ahora tengo dos sobrinas. Un sobrino. Un hijo. Una hija. Y eso es todo. Así que colecciono aprendices.

»Mi condición es la siguiente. Te daré lo que quieras a cambio de tu silencio. Te compraré rosas, obsidianos, grises y verdes. Auspiciaré tu ingreso en el Instituto, donde aprenderás a pilotar las naves que conquistaron los planetas. Te proveeré de fondos y los requisitos del mecenazgo. Te presentaré a la soberana. Haré todo esto por tu silencio si te conviertes en uno de mis lanceros, un ayudante de campo, un miembro de mi casa.

Me pide que traicione mi nombre. Que deje de lado a mi familia por la suya. La mía es una familia falsa, Andrómeda, una familia creada para el engaño, pero una parte de mí siente dolor.

Lo veía venir. Pero no sé qué decir.

—Uno de los soldados de vuestro hijo puede decir algo de vuestra implicación, mi señor.

Resopla.

—Me preocupan más tus tenientes.

Me río.

—Pocos de mis hombres saben la verdad. Y los que la saben no dirán una palabra.

—Cuánta confianza.

—Soy su archiprimus —me limito a decir.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta confundido como si yo no entendiese bien algo tan básico como la gravedad—. Chico, las lealtades se resquebrajarán en cuanto nos subamos a esa lanzadera. A algunos de tus amigos se los llevarán a los señores de los satélites. Otros irán a los gobernadores de los gigantes gaseosos. Algunos pocos a Luna, incluso. Te recordarán como una leyenda de su juventud, pero nada más. Y esa leyenda no implica la lealtad. He estado en tu mismo lugar. Yo gané mi año, pero la lealtad no se encuentra en estas estancias. Así son las cosas.

—Así eran las cosas —repito con dureza, para su sorpresa. Pero creo en lo que digo—. Yo liberé a los esclavos y dejé que los heridos se curaran. Les di algo que vosotros, las viejas generaciones, no entendéis.

Suelta una risita que me saca de mis casillas.

—Ese es el problema de la juventud, Darrow. Olvidáis que todas las generaciones han pensado lo mismo.

—Pero en mi generación es cierto.

Lo mismo da su confianza: tengo razón. Se equivoca. Soy la chispa que prenderá el fuego a los mundos. Soy el martillo que rompe las cadenas.

—Esta escuela no es la vida —me recita—. No es la vida. Aquí eres el rey. En la vida, no hay reyes. Hay muchos aspirantes a reyes. Pero nosotros, los Únicos, los ponemos en su sitio. Muchos otros antes que tú han ganado este juego. Y esos ahora sobresalen fuera de la escuela. Así que no actúes como si después de graduarte fueras a ser el rey, a tener súbditos fieles: no será así. Me necesitarás. Necesitarás unos cimientos, alguien que te ayude a ascender. Y para eso, nadie mejor que yo.

No es a mi familia a quien traicionaría, sino a mi gente. La escuela era una cosa, pero ponerse debajo del ala del dragón… Dejar que me abrace de cerca, acomodarme en el

lujo mientras los míos mueren, sudan, pasan hambre, se queman… es suficiente para destrozarme el corazón.

Sus dos hijos nos observan. También Casio y su padre después de abrazarse. Derraman lágrimas por Julian. Ojalá estuviera con mi familia en vez de aquí. Ojalá pudiera sentir la mano de Kieran en mi hombro, sentir la mano de Leanna en la mía mientras vemos a mi madre prepararnos la cena. Eso es una familia. El amor. Esta gente solo piensa en la gloria, la victoria y el orgullo familiar, pero no saben nada del amor. Nada de la familia. Son familias falsas. Solo son equipos. Equipos que compiten en sus juegos de orgullo. El archigobernador ni siquiera ha saludado a sus hijos. A este hombre vil lo único que le importa es hablar conmigo.

—Qué curioso —digo.

—¿Curioso? —pregunta sombríamente.

Improviso.

—Qué curioso cómo una sola palabra puede cambiar toda tu vida.

—No es curioso en absoluto. El acero es poder. El dinero es poder. Pero de entre todas las cosas de todos los mundos, las palabras son poder.

Lo observo durante un momento. Las palabras son un arma más poderosa de lo que él cree. Las palabras despiertan la mente. La melodía despierta el corazón. Vengo de una gente de bailes y canciones. No le necesito a él para conocer el poder de las palabras. Pero sonrío de todos modos.

—¿Cuál es tu respuesta? ¿Sí o no? No lo volveré a preguntar.

Echo un vistazo a una docena de Marcados como Únicos que quieren hablar conmigo, sin duda para ofrecerme mecenazgos o aprendizajes. Ahí está el viejo Lorn au Arcos. Lo reconozco incluso sin su máscara de seleccionador. El caballero de la Furia. El hombre que me envió mi pegaso y el

anillo de Dancer. Un hombre de perfecto honor y el líder de la tercera casa más poderosa de Marte. Un hombre del que podría aprender.

—¿Ascenderás conmigo?

Me fijo en la yugular del archigobernador. Su latido es fuerte. Recuerdo el Lamento Languideciente cuando Eo murió. Pero cuando lo cuelgue a él no recibirá nuestra canción. Su vida no producirá ningún eco. Simplemente se detendrá.

—Creo, mi señor, que podría ofrecerme algunas oportunidades interesantes.

Alzo la mirada hasta que sus ojos están a la altura de los míos. Espero que confunda la furia que hay en ellos con entusiasmo.

—Ya conoces las palabras —inquiere.

Asiento.

—Entonces debes pronunciarlas. Aquí. Ahora. Para que todos puedan ser testigos de que he reclamado al mejor de la escuela.

Su orgullo apesta. Aprieto los dientes y me convenzo de que es el camino correcto. Con él ascenderé. Asistiré al Instituto. Aprenderé a dirigir las flotas. Ganaré. Me moldearé a mí mismo hasta ser tan afilado como una espada. Daré mi alma. Me zambulliré en el infierno con la esperanza de un día alzarme en libertad. Me sacrificaré. Y engrandeceré mi leyenda y la extenderé entre las gentes de todos los mundos hasta que esté preparado para liderar los ejércitos que romperán las cadenas de la esclavitud, porque yo no soy un mero agente de los Hijos de Ares. No soy una simple estrategia o instrumento en los esquemas de Ares. Soy la esperanza de mi gente. De toda la gente sometida.

Así que me arrodillo ante él, como dicta la costumbre de los dorados. Y como dicta su costumbre, posa sus manos

sobre mi cabeza. Las palabras salen reptando de mi boca y su eco resuena como cristales rotos en mis oídos.

—Renunciaré a mi padre. Abandonaré mi nombre. Seré tu espada. Nerón au Augusto, haré de tu gloria mi propósito.

Los que están observando se quedan atónitos ante la repentina proclamación. Otros maldicen ante la falta de decoro, ante la desfachatez de Augusto. ¿Acaso no tiene sentido de la decencia? Mi maestro me besa en la cabeza y susurra las palabras que le corresponden, y yo hago todo lo posible por enjaular la furia que me ha convertido en algo mucho más afilado que un rojo. Mucho más duro que un dorado.

—Darrow, lancero de la Casa de Augusto. Levántate, pues hay tareas que debes completar. Levántate, pues hay honores que recoger. Levántate para la gloria, para el poder, para la conquista y el dominio de los hombres inferiores. Levántate, hijo mío. Levántate.

PIERCE BROWN (Denver, EEUU). Autor estadounidense, Amanecer Rojo es su primera novela, una distopía ambientada en Marte y publicada en 2014.

Pierce Brown pasó su infancia construyendo fuertes y tendiendo trampas para sus primos en los bosques de seis estados y los desiertos de otros dos. Se graduó en la universidad en 2010 y fantaseó con la idea de continuar sus estudios en la escuela Hogwarts de magia y hechicería. Desafortunadamente, no tiene ni una pizca de magia en su cuerpo. Así que mientras intentaba abrirse camino como escritor, ha trabajado como administrador de redes sociales en una compañia tecnológica, ha sido agotado trabajando en el set Disney de los estudios ABC, ha pasado un tiempo como una página de la NBC y ha sido privado de sueño durante toda una campaña electoral.

Ahora vive en Los Ángeles, donde garabatea cuentos de naves espaciales, magos, *ghouls* y otras cosas antiguas y extrañas.